

Bilogía «Los chicos Bradford»

Savanna, *tentadora Obsesión*

Mar Fernández



Bilología: «Los chicos Bradford»

Savanna,
tentadora obsesión



Mar Fernández

Savanna, tentadora obsesión

Copyright © 2017 Mar Fernández Martínez

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Dana Roberts

Portada: Valerie Miller

© <http://es.123rf.com/>

archivo nº: 44351955

Autor : Volodymyr Nikulin

All Rights reserved

1ª edición en Mayo 2017

www.safecreative.org

nº: 1705012219196

*Esta historia se la quiero dedicar a
Susana Pérez Muñoz, por el cariño que
demuestra por mis novelas. y sus personajes.*

*Tiene algo en común con la protagonista
de esta historia, Savanna, que siente algo
muy especial por “El principito”.*

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Mar Fernández Martínez](#)

[Otras obras de la autora](#)

Prólogo

Suzanne Smith hacía malabares con su bolso y su maletín mientras el fuerte viento se empeñaba en ondear la tela del paraguas que apenas la protegía de la lluvia. Respiró aliviada cuando llegó al amparo del edificio de ladrillos rojizos donde se encontraba la oficina de asuntos sociales de Dallas, donde trabajaba desde hacía varios años. Ya en el interior, se deshizo de su humedecido abrigo y la bufanda que le había regalado una amiga por Navidad.

Al entrar en su despacho, descubrió que nuevas carpetas se apilaban sobre su escritorio, y suspiró con pesadez. Tras dejar sus cosas en un armario, se sentó tras el escritorio y cogió la primera, que abrió ante sus ojos. Imaginaba lo que había en su interior, y al contemplar la foto de Savanna Chandler, una pequeña de apenas seis años, sintió que el corazón se encogía en su pecho al descubrir su mirada triste.

Así era su trabajo, lo sabía, pero no podía evitar empatizar con los niños a los que ayudaba, y por consiguiente, sufrir. Ella misma había sido una de ellos y, por eso mismo, cuando llegó el momento de elegir su futuro, se decidió por una carrera que la había llevado a ser asistente social.

Por lo general no solía ser difícil encontrar buenos hogares para esos niños. Los padres adoptivos, en su gran mayoría, estaban deseando dar ese amor que tanto necesitaban los pequeños. Desgraciadamente, también había casos en los que los niños pasaban de una casa a otra, sin llegar a ser admitidos en esas familias. «No es porque no seas bueno», les intentaba explicar cuando regresaban al centro, pero a pesar de sus esfuerzos, de nada servía, y cada vez que veía sus lágrimas se le rompía el corazón. Eran demasiado jóvenes para aceptar una verdad que solo correspondía a los adultos. Ese era el caso de Savanna Chandler.

Con resignación, cerró la carpeta y abandonó la silla. Se acercó nuevamente al armario, cogió sus cosas y guardó el informe en su maletín antes de salir de su pequeño despacho. Al traspasar la puerta del edificio notó el frío sobre la piel de su rostro. Cogió una punta de su bufanda rosa y le dio otra vuelta alrededor de su cuello antes de abrir nuevamente el paraguas. Caminó

con celeridad y llegó hasta su coche, aparcado a pocas manzanas, y ya en su interior encendió la calefacción y arrancó el motor.

Savanna observó la maleta roja que reposaba sobre la cama. No era mucho lo que tenía que guardar, y no era la primera vez que realizaba la acción, pero en aquella ocasión era diferente. Sus ojos buscaron instintivamente el osito de peluche color marrón que le había regalado la señora Murphy a su llegada. Se había convertido en su amigo, y desde el primer día durmió con él, pero ahora tenía que dejarlo atrás, como tantas otras cosas que había tenido que perder en su corta vida. Una vez vaciados los cajones de la cómoda de pino, cerró la cremallera de la maleta y, sin poder contenerse, se acercó hasta la estantería y abrazó a Tommy.

Así la encontró Michelle, su madre adoptiva, que contenía las lágrimas a duras penas, a pesar de que ella misma, junto a su marido, habían tomado la decisión de devolver a la pequeña. La culpabilidad pesaba sobre sus hombros, pero su incapacidad de asumir la responsabilidad que conllevaba criar a un niño, cosa que había anhelado durante años, era aún peor.

Secándose la humedad de su rostro con la manga del jersey, entró en la habitación de la pequeña.

—¿No vas a llevarte a Tommy contigo? —preguntó acercándose a Savanna, que se sobresaltó al escuchar su voz.

—¿Puedo? —preguntó la niña, esperanzada.

—Por supuesto, cielo, es tuyo.

Savanna clavó su mirada en el rostro de Michelle, descubriendo los restos de las lágrimas, y le dedicó una triste sonrisa. No estaba enfadada con ella, se había portado bien y la había cuidado, aunque por experiencia sabía que eso no era suficiente.

—Gracias —pronunció con sinceridad.

Michelle Murphy no pudo contener un sollozo, que se incrementó cuando una pequeña manita le tocó la pierna.

—No tienes que estar triste, estaré bien —indicó Savanna, mostrando una madurez que no iba acorde a su corta edad.

La mujer, rota por sus palabras, se agachó y la estrechó entre sus brazos.

—Espero que sepas perdonarme —rogó, buscando la tranquilidad de su alma.

El sonido del timbre interrumpió su conversación y ambas se miraron a los ojos, sabiendo que el momento había llegado.

—Ponte el abrigo —indicó Michelle, mientras cogía la maleta—, fuera hace demasiado frío.

La niña cogió el *anorak* azul, que colgaba de un perchero tras la puerta, y se lo colocó, subiendo la cremallera hasta arriba. Michelle la esperaba a la entrada de la que había sido su habitación. Se acercó a ella y ambas bajaron las escaleras cogidas la mano.

Suzanne esperaba pacientemente en el porche mientras se frotaba las manos, intentando calentarlas con la fricción. Tras unos minutos, la puerta se abrió, y ante sus ojos apareció una pareja singular.

La señora Murphy mostraba congoja en su rostro, que contrastaba con la expresión serena de la pequeña.

—Buenos días, señora Murphy —saludó con educación, tendiéndole su mano—, soy Suzanne Smith, la asistente social —se presentó.

—Buenos días, señora Smith —retribuyó Michelle el saludo—; ya está preparada —informó, soltando la mano de la pequeña, que había mantenido aferrada hasta entonces.

Suzanne se acuclillo para quedar a la altura de la pequeña y sonrió forzosamente antes de hablar.

—Savanna, ¿estás preparada?

—Sí —fue la escueta respuesta de la niña.

Durante casi todo el camino, desde Dallas a Darrell Creek, se mantuvieron en silencio. Suzanne respetaba su espacio, pero cuando la niña fijó su mirada en el libro que tenía en el departamento de la puerta, no dudo en ofrecérselo.

—¿Te gustan los cuentos? —le preguntó, recordando cuando a ella misma le habían regalado un ejemplar de *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. Desde entonces, se convirtió en su libro favorito, a pesar de que pensaba que era un libro para niños. Aquel que llamaba la atención de la niña lo había comprado dos días antes. Era su vicio inconfesable y, a pesar de que tenía varias ediciones diferentes, siempre acababa cayendo en la tentación de comprar una nueva. Cada vez que pasaba por una librería y descubría el libro con un nuevo formato, no podía resistirse a comprarlo.

—Puedes cogerlo si quieres —le indicó, mientras la miraba por el

rabillo del ojo.

Savanna dudó, pero el cielo, de un azul intenso, que presidía la portada, parecía llamarla. Lo cogió con manos inseguras y disfrutó de su tacto entre sus dedos. Ahora estudiaba la esfera donde un pequeño niño con levita azul, que asemejaba a una capa, la hipnotizó.

—¿Te gusta? —preguntó Suzanne, mientras tomaba el desvío hacia Darrell Creek.

—Sí —confesó la niña, mientras empezaba a leer el título con voz titubeante—. El prin... ci... pi... to.

—Pues es tuyo —expresó Suzanne con una sonrisa.

Savanna se sintió sorprendida e incrédula a partes iguales, pero no pudo evitar agradecer a aquella desconocida su regalo.

—Gracias, nunca he tenido nada tan hermoso.

—Cada vez que te sientas triste y no entiendas el mundo, léelo —le aconsejó Suzanne con una sonrisa.

Darrell Creek, Texas.

Aquel día de primeros de noviembre amaneció oscuro, con un aire frío que cortaba la piel. Allen Bradford había sido consciente de ello cuando fue a dar de comer a las gallinas, que permanecían en un granero para resguardarlas de las inclemencias de aquella estación. Sus pasos habían sido acompañados por el crujir de la tierra bajo sus pies. Una helada había caído durante la noche y el suelo estaba escarchado.

Regresó a la casa, aferrando el cuello de su *anorak* para protegerse, y agradeció el calor que percibió al entrar en la vivienda. Tras cambiar sus botas de trabajo por unas zapatillas, dirigió sus pasos a la cocina.

Siempre era el primero en levantarse, su cuerpo ya se había acostumbrado al horario y ni siquiera los días festivos era capaz de quedarse ni una hora más en la cama. Abrió el armario situado sobre la pila y cogió el bote de porcelana, adornado con unos gallos, y lo colocó sobre la encimera de madera. Con movimientos diestros cargó la cafetera y la colocó sobre el fogón para preparar el café que necesitaba cada mañana para ponerse en marcha. Esperó paciente, observando a través de la ventana el movimiento de las ramas de los árboles, ya sin hojas, mecidas por el viento. La temperatura había

bajado varios grados y eso solo podía significar una cosa: estaba a punto de caer una gran nevada.

Se sobresaltó al escuchar el siseo de la cafetera, y se giró para apagar el gas y servirse una taza. Dio el primer trago y disfrutó del calor que le proporcionó a su cuerpo.

—¿Ya has dado de comer a las gallinas? —preguntó la voz de Adelle a su espalda.

Allen se giró sorprendido y clavó su mirada en su esposa. Llevaba una bata de color rosa y su pelo castaño se mostraba revuelto sobre sus hombros. Era evidente que acababa de levantarse, y a pesar de su aspecto, seguía pareciéndole la mujer más atractiva de la humanidad. Con una sonrisa en los labios se aproximó hasta ella y, tirando del cinturón de su bata, la acercó a su cuerpo para besarla.

—Buenos días, mi amor. Sí, ya me encargué.

—Me has dejado dormir —le reprochó ella con una sonrisa—, pero te lo agradezco, no me apetece salir con este tiempo —dijo, fijando su mirada en la ventana, que mostraba un día gris.

—Lo he supuesto.

Adelle se separó de su marido y cogió una taza de la alacena para llenarla con aquel brebaje que solía preparar Allen. Tuvo que endulzarlo con un par de cucharadas de azúcar, porque era demasiado amargo para su gusto. Luego cogió la lata redonda que solía esconder en uno de los muebles bajos de la cocina y la colocó sobre la mesa.

—Siéntate y come algo —invitó a su marido, que no dudó en sentarse a su lado—, no puedes trabajar con el estómago vacío —sentenció, tendiéndole una magdalena casera que ella misma había horneado la tarde anterior.

Allen la aceptó y le dio un bocado, disfrutando de su sabor.

—Por favor, Adelle, aún soy un jovencuelo —comentó con humor.

Los ojos verdes de su esposa se clavaron en su persona, y no parecía muy contenta. Sus sospechas se confirmaron cuando habló.

—Hablando de jovencuelos —comenzó—, tienes que tomar una decisión respecto a tus sobrinos. Ayer volvieron a llamar los de asuntos sociales para preguntar si nos haremos cargo de ellos. Quiero que se queden —afirmó con rotundidad.

Allen chascó la lengua, contrariado. Sabía que Adelle tenía razón, no podía posponer más los trámites que dictaba la ley. La muerte de su hermano

en un tiroteo, mientras realizaba su trabajo de policía, había dejado a los chicos sin un hogar. Su cuñada, Alice, la madre de los chicos, había muerto años antes y él era la única familia que les quedaba.

El pequeño, Callum, se había adaptado bien, y hacía buenas migas con Keith y Andrew, pero Trevor era otra cuestión. Desde el principio había mostrado un carácter taciturno y reservado, que atribuía a lo que habían vivido en los últimos meses.

—No te preocupes, el lunes iré a la ciudad para encargarme de eso —le aseguró, disfrutando de la mirada iluminada de su esposa.

—¿Has logrado hablar con Trevor? —indagó Adelle, preocupada por el mayor de los hermanos.

—Cielo, lo he intentado en varias ocasiones, pero solo ha contestado con monosílabos. No sé qué hacer para que se integre.

Adelle entendía sus temores, pero no podían continuar así. En las semanas que llevaba en la casa se pasaba parte del día metido en su dormitorio y apenas hablaba con nadie. Su hermano, Callum, al menos había hecho el esfuerzo de formar parte de la familia.

Estiró su mano y atrapó la de su esposo en la propia, en un gesto que pretendía infundirle fuerzas.

—Pues algo habrá que hacer. Quizás deberías pedirle que te ayude con las tareas del rancho, es una forma de comenzar una relación.

—Lo intentaré, pero no estoy seguro de lograrlo. —Fue su escueta respuesta.

—No lo sabrás hasta que no lo intentes —replicó sabiamente su esposa.

Allen sonrió tenuemente, y apretó los dedos de su mujer en los propios.

—De acuerdo, lo haré.

Su conversación fue interrumpida con la llegada del aludido, que sorprendió al matrimonio. Después de un escueto saludo, se dirigió directo a buscar un bol en la alacena y servirse leche con cereales. Luego se acercó a la mesa y se sentó.

—Trevor —comenzó Allen con cierta reticencia—, había pensado que quizás podrías ayudarme a agrupar el rebaño para moverlo a una zona más protegida.

Trevor observó a su tío mientras masticaba, dejando pasar los minutos sin contestar, colmando la paciencia de Adelle. Entendía la reticencia de Allen, pero estaba segura de que con aquel chico se funcionaba mejor con un

ataque directo.

—Trevor, será mejor que te abrigues bien, fuera hace frío. Si vas a vivir en esta casa, tendrás que poner de tu parte. ¿Acaso no sabes trabajar? —añadió dañina, con la única intención de que el joven reaccionara.

Trevor apretó los labios. No le había gustado lo que había insinuado su tía.

—Por supuesto que sé.

—Pues hoy es un buen día para que lo demuestres —replicó Adelle, ante la mirada sorprendida de su esposo.

Capítulo 1

San Antonio, Texas.

Años después.

Keith dobló y colocó la última camiseta en su petate antes de cerrar la cremallera con vigor. Estaba nervioso, no lo podía negar, era el primer permiso largo del que disfrutaba y estaba impaciente por llegar a Darrell Creek: su hogar.

Desde que había llegado a la base de las Fuerzas Aéreas de Lackland, en San Antonio, apenas había tenido permisos. Su tiempo era escaso, y había tenido que combinar su entrenamiento militar con sus estudios en la facultad. Había decidido especializarse en tecnología de sistemas aereoelectrónicos y así ganar los créditos universitarios necesarios para culminar su sueño: llegar a ser piloto de reconocimiento.

Le faltaba menos de un año para poder graduarse, y no podía negar que se sentía orgulloso de sus logros. Los sacrificios realizados no habían sido en vano, y estaba deseando llegar a casa para celebrarlo con su familia, a la que hacía demasiado tiempo que no veía.

Comprobó que las mantas de su cama estaban correctamente estiradas y que sus libros estaban organizados sobre el escritorio antes de clavar su mirada en la esfera de su reloj. Chascó la lengua, contrariado, al ver que su amigo se retrasaba cinco minutos.

—¡Bradford! —le llamaron desde la puerta—, ¿te pesa el culo?

Keith sonrió al reconocer la voz de Sloan, y al girarse descubrió que permanecía apoyado contra la jamba de la puerta, despreocupadamente, mientras su bolsa color *caqui* permanecía en el suelo.

—Foster, llegas tarde —le recriminó, mientras colgaba a su espalda su equipaje y caminaba hasta él.

Sloan hizo lo propio y puso los ojos en blanco mientras lo seguía por el amplio pasillo. Conocía bien a Keith y sabía que era ordenado y estricto, dos cualidades que se valoraban en el ejército.

—Keith, tranquilízate, llegaremos media hora antes a la estación, no perderemos el autobús.

—Lo siento, tío —se disculpó, percatándose de que su amigo tenía razón—, pero hace más de dos años que no veo a mi madre.

Sloan hubiera querido decirle que lo entendía, pero él se había criado con sus abuelos, y la verdad es que hubiera preferido no tenerlos a menos de una hora en coche. Eran buenas personas, y se habían preocupado de él, pero no había sido fácil criarse con personas que le llevaban varias décadas de ventaja.

—Y dime, Bradford, en Darrell Creek, ¿hay chicas guapas? —preguntó Sloan con curiosidad. Estaba cansado de escuchar las maravillas del lugar por boca de Keith, pero no podía evitar imaginar un pueblucho aburrido.

Keith no pudo evitar reír al escuchar su pregunta. Sloan era un conquistador nato con sus casi dos metros de altura, ancha espalda y pelo rubio, heredado de sus genes nórdicos por parte de la rama paterna. Las pocas veces que había salido a divertirse con él a San Antonio, su amigo había acabado con la chica más explosiva del local. Imaginaba que pensaba que en Darrell Creek solo encontraría chicas pueblerinas con bigote.

—Eres un clasista —le recriminó, mientras entraban en el bus militar que los llevaría hasta la estación de autobuses estatal.

Sloan elevó una de sus cejas y clavó su mirada en el rostro de su amigo.

—¡Oh, vamos!, solo quiero saber qué posibilidades tengo. Llevo meses sin estar con una mujer.

—Semanas —puntualizó Keith mientras ocupaba su asiento.

—Lo que sea —replicó Sloan con una sonrisa—. No me digas que no hay una belleza fulgurante en Darrell Creek —persistió.

Keith pensó en sus palabras, pero no tenía respuesta para ellas. Se había marchado de casa con escasos 17 años, y en ese tiempo no había tenido tiempo para ir tras las faldas de ninguna de las chicas de su edad. El rancho de su padre daba demasiado trabajo, y tras la marcha de su primo Trevor a Portland para entrar en la academia de policía, todo se había complicado. Callum y Andrew hacían lo que podían, pero aún eran demasiado jóvenes.

—Sloan, no insistas, hace años que no vivo allí.

Su amigo clavó su mirada azul en su persona y sonrió.

—Eres un aburrido —le recriminó—, aún no entiendo cómo hemos llegado a ser amigos —dudó.

—Porque no tienes ni idea de sistemas aeroelectrónicos —replicó Keith con humor, aludiendo a las largas noches que habían pasado estudiando.

—Ni tú de mujeres —replicó Sloan con humor—. Quizás yo también tenga que darte unas clases sobre el asunto —añadió, mientras le guiñaba un

ojo.

Savanna se sobresalto al escuchar el sonido del despertador, situado en la mesilla de noche. Levantó la cabeza del escritorio, desorientada, para descubrir que se había quedado dormida mientras estudiaba. Se levantó con esfuerzo y se estiró, intentando desentumecer los músculos de su cuerpo. Comprobó nuevamente la hora y decidió ponerse en marcha, en menos de dos horas tenía que entrar a trabajar y apenas le quedaba tiempo para cumplir con sus tareas en la granja y darse una ducha.

Llevaba varios meses trabajando de camarera en el restaurante de Bonnie, engrosando su cartilla de ahorros, donde guardaba cada centavo que ganaba para sus estudios. Sus padres hacían lo que podían para ayudarla, y aunque la granja daba ganancias, no eran suficientes para costear los gastos universitarios que Savanna siempre había soñado.

Hacía un año que había terminado la secundaria, y estaba en un programa de educación a distancia que ofrecía un curso completo de Biblioteconomía a través de internet. Tras acabar el curso, su intención era ir a una escuela de la Universidad de Denver, donde se impartía un curso de gestión de contenidos en internet e inteligencia competitiva. Lo que quería era prepararse al máximo para poder cumplir su sueño: trabajar en una biblioteca.

Tras vestirse atropelladamente, bajó y se sirvió un café, antes de salir de la casa y dirigirse a dar de comer a los animales. Regresó acalorada, ya que el sol ya había calentado el ambiente, y se dio una ducha rápida antes de ponerse el uniforme y subir al viejo Volvo de su padre, que por una vez arrancó a la primera.

Llegó a la entrada del restaurante cinco minutos antes de la hora y respiró tranquila mientras alisaba la falda de su uniforme, de un llamativo color azul celeste que resultaba de lo más *vintage*, pero que Savanna odiaba.

Media hora después, el servicio estaba desbordado, ya que Jane, una de las camareras, no había ido a trabajar porque su pequeño estaba enfermo. Hubiera agradecido que Dakota, su mejor amiga, estuviera allí aquella mañana de locos, pero sabía que era su día libre, y no debía ser egoísta, se recriminó. Le había mandado un mensaje al móvil antes de salir de casa, pero no había recibido respuesta y empezaba a estar preocupada. Al salir del trabajo se pasaría por el rancho para asegurarse de que estaba bien, anotó mentalmente,

mientras iba a buscar el siguiente pedido.

Cogió dos bandejas de la zona de barra reservada para los camareros y se adentró con destreza entre las mesas del comedor, pero no contó con el pequeño David, el hijo de la señora Connor que, haciendo una de sus gamberradas, colocó su pierna para que la joven tropezara. La mala suerte quiso que acabara empotrada contra el pecho de uno de los clientes que acababa de entrar en el local.

Savanna quiso que se la tragara la tierra y, sin mirar al rostro del pobre agraviado, que había acabado con espaguetis a la carbonara hasta la cabeza, comenzó a limpiar su camisa con el mandil que poco antes se anudaba a su cintura.

—Lo siento muchísimo —se disculpó mortificada, antes de elevar su mirada y clavarla en un rostro de lo más atractivo.

Sus movimientos, que hasta el momento habían sido frenéticos, se detuvieron al instante. Conocía a cada uno de los conciudadanos de Darrell Creek, y estaba segura de que nunca había visto a ese chico. Su pelo corto era castaño, y la piel de su rostro estaba bronceada, como si pasara mucho tiempo al aire libre. Pero lo que de verdad llamó su atención fueron las facciones de su rostro, que a pesar de ser fuertes y marcadas eran atractivas. Tragó saliva cuando descubrió que su mirada verde no se apartaba de su persona, y fue cuando logró reaccionar.

—Perdone, si es preciso le pagaré la camisa —se ofreció, comprobando por el rabillo del ojo cómo Bonnie la observaba ceñuda desde la barra.

Keith solo reaccionó cuando volvió a escuchar su dulce voz. Cuando había entrado por la puerta, se había fijado irremediabilmente en el pequeño cuerpo de aquella pelirroja, embutido en un vestido corto que dejaba al descubierto sus preciosas piernas bronceadas. No la recordaba de su infancia, pero tenía claro que no tardaría en descubrir quién era ella, pero todo se borro de su cabeza cuando vio cómo un pequeño le hacía la zancadilla y la muchacha acababa prácticamente tirada sobre su cuerpo, y no era que no estuviera agradecido de haber evitado la caída de la joven, pero la humedad de la comida que había acabado sobre su ropa le había hecho olvidar el deseo instantáneo que lo había embargado. Hubiera entrado en cólera si no llega a ser porque la joven había elevado su rostro avergonzado para mostrarle unas dulces facciones cuyos ojos marrones, de un tono claro, presidían un rostro

ovalado. Sus labios formaban un pequeño puchero, y sus mejillas estaban sonrojadas, mostrando unas pequeñas pecas, apenas perceptibles.

—No será necesario —expresó con voz neutra mientras apartaba a la joven y observaba el desaguisado formado—, tengo más en mi petate —añadió, señalando la bolsa que colgaba a su espalda.

—¡Niña! —tronó la voz de Bonnie a su espalda—, acompaña al muchacho al vestuario y deja que se cambie. Yo prepararé una mesa para él y su amigo.

Savanna se sintió cohibida, pero indicó con un gesto al joven que la acompañara.

Keith no podría haber apartado la mirada de su trasero aunque hubiera querido, mientras la seguía a la trastienda del local. Hacía mucho tiempo que no se fijaba en una chica, ni recordaba la última vez que había salido con una, y se sintió estúpido. Ahora recordaba la conversación que había mantenido con Sloan durante el viaje, y supo que su amigo tenía razón. Se había centrado demasiado en sus estudios, dejando relegada una parte de su vida que parecía proclamar atención.

—Es aquí —expresó la joven, mientras abría una puerta y lo instaba a entrar.

Ya en el interior, Keith dejó su bolsa en el suelo y rebuscó en su interior hasta dar con una camiseta limpia. En un acto casual, comenzó a desabrochar su camisa, dejando su pecho al descubierto, sin ser consciente de la mirada atenta de la joven.

Savanna no podía apartar los ojos de aquel amplio pecho musculado que parecía duro como la piedra. Hubiera deseado acariciarlo con sus dedos para comprobarlo, pero al ser consciente del rumbo que estaban tomando sus pensamientos, se apartó y caminó hasta el lavabo, donde cogió una toalla limpia que le entregó.

Keith la aceptó con una sonrisa, y se acercó a la pila para abrir el grifo y así poder afeitarse. Mientras, observaba a la joven a través del espejo frente a sí. De nuevo se sintió hipnotizado por su timidez. Si la hubiera conocido en otro lugar, en otras circunstancias, no habría dudado en pedirle su teléfono, pero conocía de sobra cómo era Darrell Creek, y que los cotilleos llegarían raudos a su madre, que pensaría que ya estaba a punto de llevar a la joven al altar.

—Dame la camisa —le sobresaltó la voz de la joven—, yo te la lavaré.

—No, de verdad, no es necesario —expresó Keith, mientras hacía una bola con la tela sucia y la guardaba en un apartado de su bolsa—. Ya está todo arreglado —le aseguro—, un accidente lo tiene cualquiera, y más si un pequeño está dispuesto a hacer una travesura.

Los ojos de Savanna se abrieron desorbitadamente, y entonces recordó la presencia del pequeño David en el restaurante. Conocía bien al niño, y no era la primera vez que hacía una de las suyas. Le hubiera gustado cogerle por las orejas y hacer que se disculpara, pero sabía que no había ninguna posibilidad de que lo hiciera. Su madre se convertiría en una hiena enfurecida si alguien se atreviera a decir que su hijo no era un angelito.

Resignada, suspiró y decidió regresar a su trabajo. No quería que Bonnie le descontara nada más de su sueldo, ya tenía bastante con tener que pagar la comida desperdiciada. No era mala mujer, pero no dejaba que ni un solo centavo desapareciera de su caja registradora.

—¿Estás listo? —preguntó distraídamente.

Keith fue consciente del cambio de actitud de la joven, pero decidió que era mejor regresar junto Sloan cuanto antes. Ya se imaginaba las bromas que le gastaría su amigo tras lo sucedido.

—Por supuesto, y tranquila, que vigilaré a ese *jovenzuelo* de cerca —añadió con humor, logrando que la joven esbozara una leve sonrisa.

Capítulo 2

Sloan se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano mientras seguía los pasos de Keith por el camino asfaltado. Llevaban media hora andando bajo un sol abrasador y, soltando su petate, se detuvo a un lado de la carretera.

—¡Tío, para un momento, me derrito! —expresó con malestar.

Keith se giró y clavó su mirada en su amigo, sonriendo levemente antes de responder.

—Sloan, eres un blandengue —le achacó.

El aludido sacó una botella de agua mineral, que guardaba en el bolsillo de su pantalón, y vació su contenido sobre su cabeza, disfrutando del frescor.

—¿Por qué no llamaste a alguien para que fuera a recogernos? —le recriminó, mientras doblaba la botella de plástico y la guardaba en su mochila.

—Porque no saben que he venido, es una sorpresa. Vamos, faltan poco metros para llegar —mintió.

—¡Maldita sea! —explotó Sloan, mientras volvía a coger su equipaje, olvidado en el suelo.

—No te quejes, este camino lo he recorrido miles de veces y no me he muerto. Eres un niño malcriado —expresó con humor, mientras le daba la espalda y seguía con su camino.

Sloan frunció el ceño, pero no dudó en seguir a su amigo.

—Y dime, ¿has quedado con la pelirroja? —le preguntó, sabiendo que molestaría a Keith.

—No —replicó Keith escuetamente.

—Amigo, no sabía que eras tan estúpido —replicó, poniéndose a su altura—; esa chica esta cañón, ¿a qué esperas, a que acabe tu permiso?

—Vamos, Sloan, no me jodas. Las chicas de aquí no son como las de San Antonio.

—Pues que yo recuerde, esa pelirroja tiene dos piernas de infarto, un rostro angelical y dos pares de....

—¡Sloan, cállate! —explotó Keith, sorprendiéndose a sí mismo.

—Bradford, no me digas que te ha gustado de verdad. ¿Le vas a pedir matrimonio antes de besarla? —Se mofó Sloan disfrutando de la situación.

Keith se detuvo y clavó su mirada en su amigo, con ganas de partirle la cara, pero su intención se vio interrumpida por el sonido de un motor. Al levantar la vista descubrió una vieja furgoneta *Ford* que se acercaba. Reconoció al instante a su dueño, el señor Crawford, un viejo ranchero que, para su suerte, era vecino de su padre. Como esperaba, se detuvo a su altura y bajó la ventanilla.

—¡Vaya! —exclamó el viejo desdentado—, si es uno de *los chicos Bradford* —expresó con alegría—. ¿No estabas en el ejército? —preguntó confuso, mientras se quitaba la gorra de los *Texas Rangers* y se rascaba la cabeza.

—Sí, señor Crawford, estoy de permiso.

—¿Y ese quién es? —preguntó, clavando la mirada en Sloan, que observaba al anciano como si fuera un extraterrestre.

—Un amigo.

—¿Queréis que os acerque?

Keith estuvo tentado de declinar su invitación, solo para fastidiar a Sloan, pero no pudo responder a tiempo, su amigo ya agradecía su amabilidad al anciano.

—Por supuesto, señor —expresó Sloan, mientras rodeaba la vieja furgoneta y metía su petate en la parte trasera—, es usted muy amable.

Keith lo siguió e hizo la misma acción que su amigo antes de sentarse en la parte trasera. No le apetecía hablar con Sloan, que se había dedicado a fastidiarle desde su llegada a Darrell Creek. Sabía que solo estaba jugando con él, pero la mención de la joven pelirroja le había hecho recordar lo que esta le había hecho sentir.

No podía negar que le hubiera gustado quedar con ella, conocerla, pero sabía que era una mala idea desde el momento en que se cruzó por su cabeza. El tenía un objetivo que cumplir, y no podía mantener una relación a distancia a la que no podría prestar atención. Cuando el vehículo arrancó, meneó la cabeza, con la intención de que la joven pelirroja desapareciera de su cabeza.

Allen salió al porche al escuchar que un vehículo se aproximaba, y achicó los ojos para poder distinguir mejor el modelo. Sonrió al reconocer el viejo trasto de Crawford, y lo saludó con la mano. A medida que se acercaba a la casa, descubrió que no venía solo, y se extrañó. Pero cuando la furgoneta se detuvo y de la parte trasera saltó Keith, no pudo contener la emoción y bajó

los dos escalones del porche para ir a su encuentro.

Adelle, que salía en aquel momento, llegó a tiempo de presenciar el abrazo de oso que intercambiaron padre e hijo. Una lágrima de alegría surcó su mejilla y, limpiándose las manos en el mandil, se acercó a ellos para unirse al recibimiento.

—¡Hijo! —le llamó la mujer, mientras besaba su rostro sonoramente—. ¿Cómo es que no nos has avisado? —le largó ceñuda.

—Adelle, déjale respirar —le dijo Allen, aunque sonreía feliz ante aquel encuentro inesperado—. Bueno, ¿y quién es este muchacho? —preguntó, clavando la mirada en Sloan, que permanecía discretamente a unos pasos de distancia.

—Mi amigo, Sloan Foster —le presentó Keith, mientras se separaba de su madre y se dirigía a la parte trasera de la furgoneta para sacar los petates—. Gracias por traernos, señor Crawford —dijo acercándose a la ventanilla del conductor.

—Nada, muchacho —dijo el hombre, quitándole importancia al asunto—. Ahora tengo que irme, se me han escapado unas reses —le explicó.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Keith dispuesto.

—No te preocupes, muchacho, aún puedo ocuparme yo —replicó, mientras le guiñaba un ojo y arrancaba.

Cuando la furgoneta desapareció por el camino, levantando una nube de polvo, Keith regresó al grupo, que conversaba animadamente. Torció el gesto cuando Sloan comenzó a hablar con su madre sobre las anécdotas de la base, donde él no quedaba en buen lugar. Iba a protestar, cuando una fuerte palmada sobre su espalda lo sobresaltó. Al girarse descubrió quién había sido, y sonrió ampliamente.

—¡Callum! —exclamó, mientras estrechaba a su primo entre sus brazos con afecto sincero.

—Keith —replicó el aludido, con una sonrisa genuina—, menuda sorpresa nos has dado.

—Esa era la idea —respondió, mientras le guiñaba un ojo.

—¿Habéis comido? —preguntó Adelle preocupada.

Sloan clavó su mirada en su amigo con humor, y sonrió maquiavélicamente antes de responder.

—Sí, señora, no sabe el saque que tiene su hijo: espagueti, raviolis, hamburguesa...

—¡Foster, cállate, maldita sea! —exclamó Keith, perdiendo la paciencia.

—Keith Bradford, vigilia tu lenguaje —le amonestó su madre, mientras le propinaba una colleja.

Keith se frotó la nuca, molesto, mientras el resto reía sonoramente.

Savanna agradeció cuando su turno terminó. Caminó hasta su coche y abrió la puerta para comprobar que estaba ardiendo. Chascó la lengua molesta, y colocó su mandil sobre el cuero del asiento, para evitar que sus piernas se abrasaran. No era una joven que estuviera acostumbrada a los lujos, ni los quería, pero en aquel momento hubiera deseado con todas sus fuerzas tener aire acondicionado. Giró la manecilla de la ventanilla y la bajó al máximo, y repitió la misma acción con la del acompañante. Metió la llave en el contacto y arrancó.

Agradeció el aire que entró y refrescó el vehículo, y un poco más animada encendió la radio, donde comenzó a sonar una de sus canciones favoritas. Tarareó alegremente, mientras golpeaba con sus dedos el volante, siguiendo el ritmo de la música. Pero toda su positividad se evaporó cuando comenzó a salir humo del capó. Con esfuerzo, logró que el coche llegara a la cuneta antes de detenerse por completo. Estaba a pocos kilómetros de la casa de su amiga, y en medio de ningún lugar. Abrió la puerta con frustración y salió del vehículo para ver lo que le sucedía al motor, aunque no tenía ni idea de mecánica. Levantó el capó y, tras husmear un poco, desistió, sabiendo que definitivamente estaba perdida. Dio un puntapié a una de las ruedas y gritó al notar el intenso dolor que sintió en el dedo gordo del pie.

A duras penas contuvo las lágrimas que pugnaban por salir, y no por el golpe, sino por la frustración.

Keith había dejado a Sloan con su primo Callum, ya que habían parecido congeniar, y decidió ir al pueblo para buscar unos recambios para el tractor de su padre, que no funcionaba. Estaba a medio camino cuando su mirada se fijó en un viejo Volvo marrón con las luces de avería encendidas.

Cuando descubrió el cabello flameante de cierta camarera, deseó seguir con su camino. Ya había decidido que no se acercaría a la joven, por temor a

la tentación, pero allí estaba, deteniéndose tras su coche, dispuesto a ayudarla.

Savanna escuchó un coche pararse y se giró para descubrir una furgoneta azul reluciente. Clavó su mirada en el hombre que descendió de la misma, y se quedó sin aliento. «Es él», se dijo con nerviosismo, y no pudo evitar que sus piernas temblaran mientras se acercaba hasta ella. Su camiseta blanca refulgía con los rayos del sol, y sus vaqueros azules se ajustaban perfectamente a sus piernas.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Keith cuando estuvo a su altura.

Savanna tragó saliva antes de contestar.

—Mi coche —balbuceó, sintiéndose estúpida, mientras señalaba el motor.

—Pues hoy es tu día de suerte —replicó Keith con humor—, sé algo de mecánica —añadió, mientras se asomaba al lugar que indicaba la joven.

Savanna lo observó expectante mientras él hurgaba en el interior. Minutos después, se incorporó para clavar su mirada en su rostro, haciendo que su cuerpo temblara.

—Me temo que el carburador ha muerto —indicó Keith.

Savanna notó cómo el color abandonaba su rostro al escuchar sus palabras. Una avería de ese calibre constaría un dineral, y su familia no podía permitírselo. Imaginaba que su padre se disgustaría, y por nada del mundo quería que se enterase.

Keith observó el cambio que se produjo en su rostro, y no pudo evitar sentir lástima por ella. Parecía perdida en sus propios pensamientos, mientras se mordía el labio inferior.

—¿Quieres que llame a la grúa? —se ofreció, mientras sacaba su móvil.

Savanna, al escuchar su voz, recordó su presencia.

—No te molestes, no puedo pagar ni la grúa ni la avería —confesó, arrepintiéndose al instante.

«¿Cómo soy tan estúpida de contarle a un extraño mis desgracias?», se recriminó avergonzada.

Keith se apoyó contra el coche, cruzando los brazos sobre su pecho, y observó a la joven con deleite, recriminándose al instante al ver su estado pesaroso.

—Yo puedo ayudarte. —«Bonita forma de alejarte de ella, estúpido»,

se reprochó. Más cuando vio la esperanza plasmada en sus ojos.

—¿De veras? —exclamó Savanna reanimada.

—Claro —replicó Keith, abandonando su postura relajada—, conseguiré la pieza y te la cambiaré yo mismo.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Savanna con sorpresa.

—¿Por qué no? —preguntando Keith, elevando una de sus cejas oscuras.

—No me conoces de nada —replicó Savanna confusa.

—Y estaría bien cambiar eso —respondió Keith con una sonrisa—. ¿Cómo se llama la *chica de cabello flameante*? —preguntó con cierto humor.

—Savanna Chandler —respondió la joven, con más prontitud de la pretendida.

—Savanna, bonito nombre —dijo, paladeándolo en su boca—, yo soy Keith —se presentó, sin poder apartar sus ojos de su rostro. Era demasiado bonita, pensó nuevamente.

—Gracias por tu ayuda, Keith —pronunció Savanna tímidamente.

El aludido sintió algo recorrer su estómago pero, dispuesto a ignorarlo, decidió tomar las riendas de la situación.

—Bueno, pues manos a la obra. Voy a enganchar tu coche al mío y lo remolcaremos hasta tu casa...

—¡No! —exclamó Savanna con nerviosismo, interrumpiendo su discurso—. A mi casa no.

—¿Por qué? —preguntó Keith confuso.

—No quiero que mi padre se entere de esto, es su coche.

Keith entendió la situación al instante, y tuvo que contener una sonrisa.

—Entonces, ¿en mi casa? —replicó con humor.

—Mi amiga vive a pocos kilómetros de aquí —comenzó Savanna con más seguridad—, iba a visitarla ahora mismo. ¿Puedes llevarlo allí?

—Por supuesto —replicó Keith, mientras ya se dirigía a su coche.

Savanna lo observó mientras se alejaba, sin poder evitar admirar su forma de andar. Se ordenó tranquilizarse e ignorar los sentimientos que despertaba Keith en su cuerpo. Siempre había estado muy centrada en sus estudios, y había intentando mantenerse alejada de los chicos, pero aquel era diferente, con solo mirarla lograba que los latidos de su corazón se aceleraran y eso la asustó.

Capítulo 3

Keith cambió de marcha e inconscientemente su mirada se desvió para perderse en las piernas bronceadas de la joven. Maldiciéndose a sí mismo, la apartó, y la clavó en la carretera frente a sí.

—Es el siguiente camino de tierra a la izquierda —indicó Savanna con sus ojos clavados en sus manos, situadas sobre su regazo, sin ser consciente de las miradas furtivas de Keith.

—¿Tu amiga vive aquí? —preguntó Keith sorprendido. Conocía a la perfección aquel rancho, donde había compartido muchas tardes con su amigo Sean. Apenas recordaba a su hermana pequeña, pero imaginaba que se trataba de la amiga de Savanna.

—Sí —replicó Savanna escuetamente.

Keith siguió el camino de tierra hasta llegar a la vieja casa de piedra, que permanecía igual a como la recordaba. Cuando aparcó, la puerta se abrió y del interior salió una joven delgada de cabello oscuro que se acercó a ellos.

Savanna bajó del vehículo antes de que Keith apagara el motor y se aproximó a su amiga, a la que abrazó fuertemente.

—Por favor —le rogó Savanna a Keith—, ¿puedes dejar el coche al lado del granero? —expresó, esperando ganar unos segundos para informar a su amiga de la situación.

Keith aceptó y continuó el camino hasta llegar al lugar indicado, donde desenganchó el Volvo antes de subir nuevamente al vehículo y recular para quedarse frente a las jóvenes.

—Pues ya está —comentó, mientras se limpiaba las manos con un trapo que había cogido de la guantera.

Savanna se sentía incómoda. Sabía que algo le sucedía a Dakota, y la presencia de Keith lo complicaba todo. Aún así, se mostró cortés.

—Esta es mi amiga, Dakota Crawford.

—Yo soy Keith —se presentó mientras sonreía, pero viendo que estorbaba, decidió despedirse—. Ahora tengo que marcharme —se excusó—. ¿Cuándo te viene bien que venga a arreglar el coche? —preguntó con cautela.

Savanna se tomó unos segundos para responder a su pregunta.

—El miércoles —expresó Savanna—, es mi día libre. ¿A las diez te

viene bien? —preguntó indecisa.

—Perfecto, aquí estaré —se despidió Keith, antes de arrancar y marcharse por el camino por el que habían llegado.

Savanna esperó a que la furgoneta desapareciera de su vista para interrogar a su amiga, que parecía que se le había comido la lengua el gato.

—Dakota, ¿qué ha pasado? —indagó, clavando su mirada en el rostro de su amiga.

—¡Estoy harta! —se desahogó—. Ayer salí con Peter, pero como siempre, mi hermano Sean apareció para estropearlo todo —se desahogó, cansada del yugo que suponía su hermano en su vida social.

Savanna la volvió a abrazar, intentando consolarla. Había sido testigo en primera persona de la actitud de Sean hacia su hermana, pero también sabía que Dakota podía llegar a ser un terremoto, y cada cierto tiempo se metía en un lío.

—¿Discutisteis? —preguntó Savanna.

—Me sacó en volandas de la cafetería *Delight's* —contestó su amiga contrariada—, delante de Peter —confesó mortificada, ante la humillación vivida delante del chico que le gustaba—. ¿Cuándo me dejará vivir mi vida? —preguntó frustrada, mientras cruzaba sus brazos sobre su pecho.

—Ya sabes que Sean te cree aún una niña, pero ya conoces nuestro lema: nunca rendirse —proclamó Savanna, intentando animarla.

Dakota sabía que Savanna tenía razón, pero estaba empezando a cansarse de la actitud inquisitoria de su hermano, que solo provocaba que deseara huir de Darrell Creek.

—Por cierto —comenzó, cambiando de tema—. ¿Quién era ese *macizorro*? —preguntó, clavando su mirada en el rostro de Savanna para estudiar su reacción.

—Lo conocí esta mañana —comenzó Savanna, clavando su mirada en una columna del porche de la casa—, cuando choqué con él, y acabó de salsa de tomate y restos de comida hasta las orejas.

Dakota, al escuchar sus palabras, imaginó la escena y no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Madre mía! ¿Y qué dijo Bonnie? —indagó curiosa.

—Me descuenta los menús perdidos —confesó Savanna, mientras se cruzaba de brazos con enfado.

—Que hija de...

Savanna cortó sus palabras con un gesto de la mano.

—Las dos sabíamos cómo era cuando comenzamos a trabajar para ella.

—Lo sé —replicó Dakota—, y bien que se aprovecha, sabe que en esta mierda de pueblo no hay muchas más opciones.

Keith cambió la junta de culata y rezó para que el tractor arrancara a la primera. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se sentó sobre el asiento del vehículo antes de girar la llave. Cuando escuchó rugir el motor, elevó su puño en señal de victoria y abandonó la cabina. Sonrió al descubrir que su hermano Andrew se acercaba a él con un par de cervezas en la mano.

—Gracias, Andrew —agradeció Keith mientras daba el primer trago, disfrutando de su frescor—, me has leído el pensamiento.

El aludido sonrió ampliamente e hizo lo propio con su bebida antes de hablar.

—¿Lo has arreglado? —preguntó Andrew esperanzado.

—Sí —replicó Keith con una sonrisa—, al menos por una temporada.

—Menos mal —replicó Andrew con alegría—, me veía preparando los campos manualmente. El año pasado las cosas no fueron muy bien con la venta del ganado, y no podemos permitirnos comprar otro tractor.

Keith apretó los dientes molesto, no con su hermano, sino consigo mismo. No podía evitar sentirse culpable por haber perseguido su sueño. Para ello, había tenido que dejar su hogar y a su familia, sin importarle sus necesidades.

Desde niño, había fantaseado con ser aviador. Cuando ayudaba a su padre en la siembra y veía sobrevolar los cielos azules a algún avión o biplano, soñaba con ir en su interior y conocer otros lugares. Cuando le había contado sus anhelos a su madre, ella le había animado a alcanzar su sueño y luchar por él, pero ahora, con el tiempo, comprendía que había dejado en la estacada a su padre y a su hermano. Las dudas lo asaltaron, y lo que tanto le había atormentado en los últimos años surgió de sus labios, sorprendiendo a Andrew, que no esperaba sus palabras.

—Andrew, ¿eres feliz, has logrado lo que querías en la vida?

El aludido clavó su mirada en el rostro de su hermano y meditó sobre sus palabras largamente antes de responder a su pregunta.

—Keith, no aspiro a más de lo que tengo. Me gusta mi vida tal cual es, y soy feliz en el rancho. Cuando papá no pueda seguir llevando el negocio, yo lo sustituiré, y quién sabe —expresó con una radiante sonrisa—, quizás para entonces ya haya logrado conquistar a la hija de los Keller.

Keith se sorprendió al escuchar sus palabras, y no pudo evitar sentir curiosidad por la joven de la que parecía que su hermano pequeño se había enamorado.

—¿La hija de los Keller? —preguntó.

—Sí, es la chica más guapa de Darrell Creek, y va a ser mía —indicó Andrew con seguridad—. Estoy a punto de lograrlo, llevo un año detrás de ella, pero le gusta hacerse la interesante.

Irremediablemente, sus palabras le hicieron recordar a Savanna y su belleza. Si las palabras de Andrew eran ciertas, la hija de los Keller debía ser una chica espectacular para superar a la joven de cabello flameante.

—Pues escóndela bien —le aconsejó con una sonrisa—, porque como se cruce en el camino de Sloan, lo vas a llevar claro.

Fue consciente del momento exacto en el que el rostro de su hermano se tensó.

—Ata en corto a ese militar amigo tuyo, ella es mía —indicó Andrew con rotundidad.

—¡Eh, tranquilo! —dijo Keith palmeando su espalda con afecto—, solo era una broma. Puedes estar tranquilo, que Sloan no se interpondrá entre tú y *esa Diosa* —concluyó con humor.

—Más le vale, o le partiré la cara —amenazó Andrew con el ceño fruncido.

—Venga, déjate de estupideces y vamos a casa, que mamá ya habrá hecho la comida, y ya sabes que no le gusta esperar —le recordó, mientras se limpiaba las manos con un trapo y comenzaba a andar junto a su hermano.

Adelle Bradford cortó la última rebanada de pan y clavó su mirada en la mesa, situada en el centro de la cocina. Una sonrisa genuina surgió en sus labios y respiró feliz al ver a la familia reunida. Amaba a cada uno de *los chicos Bradford*, como solía calificarlos. Trevor había llegado el día anterior de la academia de policía de Portland. Podía haber asistido a la de Dallas, pero el joven había insistido en seguir los pasos de su padre, y no dudaba que

lo mejor para empezar era ir a la misma academia que había otorgado su puesto a su progenitor.

Los cinco hombres, incluido el amigo de su hijo, charlaban amigablemente mientras esperaban el succulento asado de ternera que Adelle ya servía en una fuente, junto a la guarnición de verduras. Lo colocó todo sobre la mesa y se sentó.

—Papá —llamó a su marido, como se había vuelto costumbre con el paso de los años—, haz los honores y corta la carne.

Allen dejó de prestar atención a las andanzas que Sloan contaba sobre Keith y sonrió a su esposa.

—Por supuesto, querida —indicó, levantándose de la mesa y cogiendo el cuchillo de grandes dimensiones que había a su derecha—, pero no sé si esto será suficiente para estos hombretones —finalizó con humor.

—Intentaremos apañarnos —comentó Sloan, salivando con el olor que llegaba hasta su nariz—, pero sírvame a mí primero por si acaso —prosiguió, guiñando un ojo a la buena mujer—. Me he enamorado de su cocina, señora Bradford.

Keith tiró su servilleta al rostro de su amigo, que no dudó en atrapar en el aire.

—Buenos reflejos —expresó Callum.

—Déjate de zalamerías —indicó Keith con seriedad, aunque en sus ojos se evidenciaba el humor—, mi madre no se dejará impresionar.

—Ni ninguna chica de Darrell Creek —añadió Andrew, clavando su mirada en el rostro del amigo de su hermano.

Sloan se sorprendió por la advertencia velada del hermano pequeño de Keith, pero no le dio la mayor importancia. Por mucho que tuviera fama de conquistador, no pensaba meter la pata en aquel pequeño pueblo. Apreciaba demasiado a su amigo y a su familia como para molestarlos con un comportamiento poco apropiado.

Capítulo 4

Savanna llegó a la hora acordada al rancho Crawford, a pesar de haber ido en bicicleta, que se había vuelto su medio de transporte en los últimos días. Durante ese tiempo no había sido fácil ocultar a su padre la desaparición del coche, pero lo había logrado gracias a que él estaba demasiado ocupado con la fumigación de los campos a consecuencia de una plaga que le traía de cabeza.

Había tardado más de una hora en decidir qué ponerse, y finalmente había optado por unos pantalones cortos de color blanco y una camiseta de rayas azules y blancas. Tras peinar su cabello, que dejó suelto sobre sus hombros, y darse algo de brillo en los labios, salió de la casa despidiéndose de su madre alegremente.

No podía negar que estaba nerviosa, a pesar de saber que era una estupidez, ya que no era una “cita”. Él solo iba a arreglar el coche, y su mente fantasiosa no hacía más que divagar sobre cómo sería ser besada por él. «Eres una estúpida», se reprendió por enésima vez, «Keith solo está siendo amable, ¿cómo se va a fijar en ti?», prosiguió la discusión consigo misma.

El sonido de un motor la sacó de sus pensamientos y, ante sus ojos, apareció una furgoneta que reconoció al instante: «ya está aquí», se dijo con nerviosismo.

Keith se quitó las gafas de sol que protegían su mirada cuando se adentró en el camino de tierra. Giró el volante en la siguiente curva y, ante sus ojos, apareció Savanna. Tuvo que cerrar la boca, que se le había quedado abierta, al descubrir su flameante melena suelta. No llevaba el uniforme de color celeste con el que la había visto en las dos ocasiones que habían coincidido, y pudo apreciar la diferencia. Según se iba acercando, pudo valorar mejor su rostro. La joven aferraba fuertemente su bolso, y sus dientes mordían con nerviosismo su labio inferior, en un gesto que parecía ser usual en ella.

En ese preciso instante deseó ser él quien mordía sus sugerentes labios, antes de penetrar en su boca con su lengua. Reprimiéndose mentalmente, se obligó a prestar atención al vehículo que conducía. Aparcó junto al viejo

granero y apagó el motor antes de bajar y acercarse a la joven.

—Buenos días —la saludó, mientras cogía la caja de herramientas de la parte trasera de la furgoneta.

—Buenos días —replicó Savanna con alegría, mientras le seguía.

—Has llegado pronto —expresó Keith mientras se acercaba al Volvo y levantaba el capó—. ¿Tienes planes para cuando acabemos con esto? —indagó curioso.

—No —respondió Savanna con el corazón acelerado—, es mi día libre.

—¿Y qué tienes pensado hacer? —indagó Keith, mientras comenzaba a desatornillar algunas piezas.

—Estudiar —replicó Savanna segura, para arrepentirse al segundo. «Por qué he dicho eso, va a pensar que soy una cerebrita», se recriminó, mordiendo nuevamente su labio inferior.

Keith, al escuchar su respuesta, elevó su mirada del motor que intentaba reparar y la clavó en su rostro, donde descubrió sus dientes perlados mordiendo su labio rosado y carnoso. Pudo descubrir en sus ojos castaños la duda.

—Te comprendo —comenzó, disfrutando de la sorpresa reflejada en su rostro—, yo le tengo que dedicar muchas horas al estudio, pero merece la pena.

—¿Una carrera? —indagó Savanna curiosa—. Creí que los militares solo entrenaban su cuerpo.

Keith no pudo evitar sonreír al escuchar sus palabras antes de responder.

—Sí, quiero pilotar un *Boeing RC-135*. Necesito varios créditos universitarios para lograrlo.

—¿Un qué? —preguntó Savanna curiosa.

—Es un avión de reconocimiento. Se encarga de recoger información en vuelo dentro del área donde se encuentra desplegado y proporciona, casi en tiempo real, la información para su recopilación, análisis y difusión, gracias a las múltiples antenas y sensores, instalados a lo largo del fuselaje —explicó Keith con la emoción reflejada en sus ojos verdes—. ¿Y tú, qué quieres ser en la vida? —indagó curioso.

Savanna dudó antes de responder, pero finalmente se animó a confesar sus sueños y desvelos a aquel chico que parecía estar interesado en sus cosas, a pesar de que acababan de conocerse.

—Quiero ser bibliotecaria, aunque todo el mundo piensa que eso no sirve para nada en un pueblo como Darrell Creek.

—Savanna, no permitas que nadie corte tus alas, ni dejes nunca de luchar por lo que quieres. Además —añadió con una sonrisa en los labios—, así quizás algún día la señora Albany se jubile —concluyó con humor, logrando lo que esperaba con su comentario: una flamante sonrisa por parte de la joven.

—Seguiré tus consejos —verbalizó Savanna con seguridad.

Tiempo después, Keith se centró en el cambio del carburador. Eventualmente le solicitaba alguna herramienta a Savanna, que le entregaba rauda lo que le pedía. Keith apretó el último tornillo y se limpió las manos con un trapo que tenía al lado antes de incorporarse y admirar su trabajo.

No pudo evitar que en sus labios se dibujara una sonrisa al dirigir su mirada al rostro de Savanna, que le observaba expectante. «Deliciosa», fue la palabra que le vino a la mente, y más cuando descubrió unas pequeñas manchas de grasa en su mejilla derecha. En un acto de lo más natural, cogió una punta del paño que sostenía y, con cuidado, limpió su rostro.

Savanna notó su corazón cabalgar sobre su pecho cuando él se fijó en su persona y le prestó toda su atención. Más cuando descubrió en sus ojos verdes una emoción que la dejó sin aire en los pulmones. Cuando se acercó a su cuerpo y se inclinó sobre su rostro, pensó que iba a besarla, pero cuando notó el roce de la tela en su piel sintió que todas sus ilusiones se derrumbaban.

—Tenías una mancha —le explicó Keith inseguro, al descubrir el cambio de expresión en su rostro.

—Gracias —replicó Savanna apartándose de su cercanía—, por esto y por arreglar el coche. Mi padre adora su viejo Volvo, y si llega a descubrir que algo le ha sucedido me matará.

—Ha sido un placer, *chica del cabello flameante* —comentó él con humor, mientras le guiñaba un ojo y comenzaba a recoger las herramientas que había utilizado—, pero me debes unas horas de tu tiempo, me gusta hablar contigo.

Savanna se quedó con la boca abierta, sin saber cómo tomarse sus palabras. ¿Sería verdad que quería volver a verla?, se preguntó confusa. Keith no apartó su mirada de su rostro, mientras esperaba su respuesta.

—Sería estupendo —expresó ella, sorprendiéndose a sí misma.

—¿Mañana por la tarde? —indagó Keith.

—Vale.

—Iré a buscarte cuando acabe tu turno —presionó Keith, con miedo a que se arrepintiera.

—Genial —replicó Savanna con una sonrisa.

Savanna suspiró frustrada mientras dejaba una bandeja con platos sucios sobre la barra, pero cuando vio entrar a Dakota, que le haría el cambio de turno, sonrió feliz. Keith ya estaría esperándola fuera, y estaba deseando salir. Desde la tarde que se encontraron en la carretera y Keith la auxilió, se habían visto cada vez que tenían ocasión, que había sido cada día.

Cuando su amiga se acercó, toda su alegría se evaporó al descubrir su rostro sombrío.

—Dakota, ¿estás bien? —preguntó preocupada.

La aludida sonrió levemente, mientras se anudaba el delantal a la espalda antes de contestar a su pregunta.

—Peter no quiere salir más conmigo —confesó.

—¿Cómo? —exclamó Savanna sorprendida.

—Estoy segura de que ha sido por culpa de Sean.

—Cielo —le dijo Savanna mientras enlazaba su cintura—, no te preocupes, si Peter tiene miedo a Sean y prefiere renunciar a ti, es que no merece la pena.

—Tienes razón —expresó Dakota, meditando las palabras de su amiga.

—Además —añadió Savanna—, siempre me tendrás a mí.

—Y tú a mí —replicó Dakota, tan segura de sus palabras como su amiga.

Savanna deseaba abrazar a su mejor amiga, pero la llegada de Bonnie, su jefa, se lo impidió.

—¡Vamos, niñas! —exclamó Bonnie con brío—, hay mucho trabajo por hacer, dejad de cuchichear —las sermoneó.

Dakota se acercó a su amiga y desanudó los lazos del delantal para quitárselo, antes de susurrar en su oído.

—Disfruta con ese *macizorro* —le aconsejó con picardía, mientras la empujaba a la trastienda del restaurante, donde estaba el vestuario de los

trabajadores.

Keith miró por cuarta vez la esfera de su reloj, pero aún faltaban unos minutos para que ella apareciera. Todavía no sabía por qué había vuelto a quedar con Savanna, pero allí estaba él, comenzando algo que no sabía a dónde lo llevaría, y no podía negar que eso le encantaba. Durante demasiado tiempo había mantenido un férreo control sobre su vida, dedicando cada minuto al estudio y las maniobras militares. «Quizás ha llegado el momento de disfrutar del ahora», se dijo ilusionado.

—¡Hola! —sonó una dulce voz a su espalda, y al girarse descubrió una sonrisa en los labios de Savanna, dedicada solamente a él.

—Hola, *preciosa* —replicó, metiendo sus manos en los bolsillos traseros de sus pantalones con nerviosismo.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpó ella, mientras jugaba con el asa de la misteriosa bolsa que pendía de sus dedos.

—No te preocupes, te esperaré una eternidad —replicó Keith a modo de broma, aunque intuía que sus palabras revelaban una verdad que aún debía asumir—. ¿Nos vamos? —preguntó mientras subía al coche y le indicaba a Savanna, con un gesto de la mano, que entrara.

Savanna agradeció el aire acondicionado del interior. Eso le hizo recordar el día que su coche se averió y Keith se erigió como su salvador. Solo hacía unos días que se conocían, y ya ocupaba un espacio muy especial en su vida.

—¿Dónde vamos a ir hoy? —preguntó curiosa, cuando Keith entró en el vehículo.

—Pues no lo sé —exclamó él, mientras se masaba la nuca—, se me acabaron los sitios —confesó, con una sonrisa traviesa.

—¿Y si vamos a Canyon Lake? —propuso Savanna, sorprendiendo a Keith.

—¿Al lago?, no he traído bañador —replicó confuso.

—Ni yo tampoco —respondió Savanna, mientras le guiñaba un ojo.

Keith encendió el motor y sonrió ampliamente al escuchar sus palabras.

Una hora y media después, Keith aparcó el coche en una explanada cercana al lago, cerca de un pequeño muelle flotante. Ambos bajaron del vehículo y se acercaron a la orilla. Los rayos del sol intensificaban el brillante color esmeralda de sus aguas. Varios barcos de recreo navegaban mientras los

veraneantes eventuales que los ocupaban se afanaban en fotografiar con sus móviles el frondoso paisaje verde que los rodeaba.

—Me encanta este lugar —confesó Savanna con la mirada perdida en la lejanía—. Cuando era pequeña, venía con mis padres algún domingo —rememoró con una sonrisa en los labios.

Keith sintió algo en su pecho al descubrir en su rostro una expresión soñadora. Ni siquiera le importaba lo que los rodeaba, solo tenía ojos para ella. No sabía qué le empujaba cada día a buscar una excusa ante su familia y Sloan para desaparecer unas horas y poder ver a Savanna. Solo sabía que, cuando estaba con ella, el resto del mundo no importaba y que se sentía pleno, aunque solo conversaran. Ni siquiera se había atrevido a besarla ni una sola vez. Aquella joven era tan especial y diferente que no quería estropear la conexión que existía entre ellos por algo físico. Eso no quería decir que no la deseara, claro que quería probar su sabor y aspirar su aroma, pero quería que fuera tan único que no lo olvidara nunca. No quería tener un amor de verano, quería algo para siempre, y eso le asustaba.

—Es precioso, creo que vine una vez con mis primos y mi hermano, pero de eso hace demasiado tiempo. Bueno, y ahora que estamos aquí, ¿cuál es el plan? —indagó Keith.

Savanna no respondió, y con el dedo índice hizo un gesto sobre sus labios para silenciarlo, antes de regalarle una de sus maravillosas sonrisas y correr hasta el pequeño muelle, donde un viejo permanecía sentado sobre una silla, mientras sus manos aferraban una enorme caña de pescar. El hombre, al ver a la joven, sonrió ampliamente, parecía que se conocían, pensó Keith cuando Savanna besaba la mejilla arrugada del hombre, antes de dirigirse hacia él con paso alegre.

—Coge la bolsa que dejé en el maletero, Roger nos espera. —Keith asintió, y no dudó en acatar sus órdenes mientras ella lo seguía.

—¿Quién es Roger? —preguntó Keith curioso.

—Un viejo amigo de mi padre, me ha preguntado si sabes nadar.

—¿Qué? —boqueó Keith incrédulo.

—Dice que pareces un *muchacho de ciudad*, pero le he asegurado que sabes mancharte las manos con la tierra de los campos —replicó con humor, guiñándole un ojo con picardía al descubrir en su rostro una expresión que resultaba de lo más cómica.

Capítulo 5

Keith disfrutó del viaje en barco. No pudo evitar reír con las historietas que les contó Roger a lo largo del trayecto. Era algo cascarrabias, pero parecía un buen hombre. Tuvo que soportar que le llamara *muchacho de ciudad*, pero no le importó, merecía la pena con tal de poder disfrutar de la visión de Savanna y su cabello flameante ondeando al viento. Parecía un ser irreal, con su mirada perdida en la frondosidad del bosque que abrazaba al lago. Su gesto de serenidad hizo que su corazón palpitará frenéticamente en su pecho.

Lamentó cuando el viaje terminó y el barco atracó en una pequeña playa. Bajó primero, y ayudó a Savanna a descender, y cuando sus manos se rozaron sintió que una corriente eléctrica recorría su cuerpo. Se quedó unos instantes parado, y solo salió de tal estado cuando escuchó la voz rasgada del viejo Roger.

—Vendré a recogeros a las seis —les advirtió—, portaos bien —añadió con una sonrisa pícaro.

—Gracias, Roger —replicó la joven—, lo haremos —prometió, dedicándole al anciano una mirada angelical.

Minutos después, Keith era incapaz de apartar su mirada de Savanna, que en aquel momento extendía una manta de cuadros rojos y blancos sobre la tierra arenisca junto a la orilla. Tenía que reconocer que aquel lugar, apartado y secreto, era especial, aunque no tanto como la joven que se afanaba en colocar platos y vasos de plástico sobre el mantel improvisado. Sonrió al recordar las palabras de Sloan sobre la joven, y a pesar de que no le gustaba dar la razón a su amigo, en aquella ocasión la tenía. Esa pelirroja había logrado que deseara cosas que nunca creyó necesitar, y la idea de conquistarla era de lo más tentadora.

—¿Te gustan los sándwiches de salmón? —le sobresaltó la voz de la joven.

«Me gustas más tú», pensó, sin poder apartar la mirada de sus dulces labios, que en aquel momento formaban una tímida sonrisa.

—¡Claro, me encantan! —respondió, mientras se sentaba junto a ella sobre la manta—. ¿Y qué más traes? —preguntó distraídamente, mientras se

acercaba con la intención de ayudarla, pero ella se lo impidió con un gesto de la mano.

—Ensalada *Waldorf* y carne guisada de mi madre.

—¿Ensalada *Waldorf*? —preguntó Keith curioso.

—Lleva manzanas rojas, apio y nueces picadas. Se rocía con jugo de limón y mayonesa casera y, listo —explicó Savanna, concentrada en revolver la misma, para que el sabor se unificara.

—Suená muy bien.

—Y sabe mejor —replicó Savanna elevando su mirada, perdiéndose en la marea verde de sus ojos.

—No lo dudo, aunque estoy seguro de que el postre me gustará más —comentó Keith, dispuesto a probar sus labios antes de que acabara el día.

Comieron amigablemente, intercambiando anécdotas, descubriendo los puntos en común que tenían sus vidas, mientras disfrutaban de los rayos del sol que acariciaban sus pieles. Si Keith se había sentido atraído irremediamente por el físico de la joven, su personalidad le había arrollado como un tren de mercancías. Quería más de ella, conocer cada uno de sus secretos y ser el hombro sobre el que llorara en los malos momentos. Pero la pregunta que pronunció Savanna le cayó como un jarro de agua fría sobre la cabeza.

—¿Cuándo regresarás a la base? —indagó Savanna con cautela, mientras jugueteaba con los restos de su plato.

—En una semana —respondió Keith, con la vista fija en las aguas verdeazuladas del lago, incapaz de enfrentar su mirada.

No pudo ver el rostro de la joven, que se entristeció ante la noticia.

Savanna estaba segura de que, tras su marcha, no la recordaría, y a pesar de que era una locura, sentía una fuerte sensación de pérdida. «¿Por qué me siento así?», se preguntó confusa. En su corta vida nunca había estado enamorada, quizás sí encaprichada con algún chico, pero para ella la palabra “amor” era muy grande, y no podía creer que un sentimiento que la había hecho suspirar en más de una ocasión cuando leía un libro romántico, ahora estuviera removiendo su interior.

—Bueno —dijo, mientras comenzaba a guardar los utensilios que habían utilizado para comer—, Roger debe estar a punto de llegar —informó, mientras se incorporaba de la manta, esperando a que Keith la imitara.

Él hizo lo propio, pero cuando la joven se dispuso a doblar la manta, la

sobresaltó al hablar.

—Espera —dijo Keith elevando su mano, sorprendiendo a Savanna—. Aún no nos hemos bañado —le recordó.

Savanna cerró la cremallera de la bolsa de lona, provocando un sonido metálico, y se quedó perpleja cuando Keith comenzó a desvestirse con soltura. Primero la camiseta azul claro, dejando al descubierto su pecho musculado, luego se deshizo de las zapatillas deportivas, y finalmente de los *jeans*, para quedar en calzoncillos. Solo levantó la vista de su cuerpo y la clavó en su rostro, que tenía una expresión divertida, cuando escuchó su voz.

—¿A qué esperas? —preguntó Keith, esperando su reacción.

No podía negar que le había gustado la radiografía que había hecho de su cuerpo Savanna mientras se desvestía, y su cuerpo reaccionó ante su mirada ávida. Temiendo que ella se percatara de la situación, salió corriendo hacia las aguas y se tiró para dar unas cuantas brazadas, con la única intención de controlar la excitación de su cuerpo. Cuando lo hubo logrado, se detuvo, y quitando con sus dedos el exceso de agua de su cabello, clavó su mirada en la joven, que permanecía en el mismo lugar.

—¡Vamos, Savanna!, ¿eres una cobarde? —la picó, hasta ver cómo ella sonreía y comenzaba a desanudar el vestido blanco que cubría su cuerpo, mostrando ante sus ojos un minúsculo bikini amarillo. Notó cómo se cortaba su respiración, y tuvo que volver a nadar para apaciguar sus sentidos. Solo paró cuando ella se aproximó a él lentamente, con un movimiento de lo más sensual.

—Me has engañado —le reprochó.

Los ojos de la joven se abrieron en toda su amplitud, y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios. Y aun así, respondió como si no supiera de qué hablaba.

—No sé a qué te refieres —replicó, con fingida inocencia.

Keith dio una nueva brazada, para acercarse más a ella.

—Me dijiste que nos bañaríamos en ropa interior, y tú llevas traje de baño; me mentiste, y eso no está bien.

La risa cantarina de Savanna se propagó por el aire y llegó como un tintineo de campanillas hasta sus oídos.

—Y pagarás las consecuencias —prosiguió Keith con humor, mientras sus manos aferraban la cintura femenina y comenzaba a mover sus dedos sobre su piel para hacerle cosquillas.

Las risas se convirtieron en carcajadas hasta que, tras tanto forcejeo, Savanna decidió rendirse.

—¡Tú ganas, lo siento, pero para! —le rogó ella.

Keith lo hizo, pero no la liberó, más bien la acercó a su pecho, aferrándola fuertemente a su cuerpo. Sus ojos estaban a escasos centímetros y acortó la distancia que los separaba, dispuesto a tomar sus labios.

—Tomaré una prenda como recompensa —le advirtió, antes de apoderarse de su boca con deseo.

Fue como probar el dulce más apetitoso, y cuando sus lenguas se rozaron, una explosión de sensaciones tomó sus sentidos. Si de verdad existía el paraíso, Keith se sintió en él en aquel preciso instante.

Savanna había soñado con ese momento desde que Keith se cruzó en su camino, pero lo que estaba sintiendo superaba con creces a cómo se lo había imaginado. No era la primera vez que era besada, pero los demás besos habían desaparecido, borrados de un plumazo por aquel contacto cálido e incendiario. Una necesidad, un ansia desconocida, había surgido de lo más profundo de su ser, y estaba dispuesta a dejarse perder entre sus brazos.

El beso se intensificó, en duelo sin tregua. Las manos de Keith recorrían la piel húmeda de Savanna, mientras intentaba controlar la estabilidad en el agua. Cuando los dedos de ella se enredaron en su pelo no pudo evitar soltar un bufido, pero el sonido de una bocina, proveniente de un barco que se acercaba, le alertó de la llegada de Roger. Maldijo para sus adentros y, con esfuerzo, separó a la joven de su cuerpo.

—Esto no quedará aquí —le prometió, apoyando su frente en la de ella.

—Puedes estar seguro de eso —fue la sorpresiva réplica de Savanna.

Keith llegó a casa al anochecer, y aparcó la furgoneta junto al granero, donde una luz iluminaba tenuemente el interior. Imaginaba que su padre y su hermano se encontrarían en el interior en aquel momento, organizando todo para el día siguiente, y no pudo evitar sentirse mal por no entrar y echar una mano, pero necesitaba darse una ducha antes. Ni siquiera se había percatado del paso de las horas. Aún notaba la ropa húmeda sobre su piel, pero no le importaba, porque eso hacía que recordara el momento vivido con Savanna en las frías aguas del lago de Canyon Lake. Conocer a aquella chica había

cambiado todos los planes que tenía para su estancia en Darrell Creek, y a pesar de eso, se sentía feliz.

Entró por la parte delantera de la casa procurando no hacer ruido, como si se tratase de un vulgar ladrón. Con paso resuelto, subió las escaleras, agradecido de no encontrarse con nadie, y llegó a su habitación, donde se deshizo de sus ropas y entró directamente en el baño, donde accionó el grifo antes de introducirse en el interior de la ducha. Agradeció el agua caliente que recorrió su piel, y se permitió relajarse durante unos minutos antes de salir y atrapar una toalla para secarse. Volvió al dormitorio y rebuscó en la cómoda para encontrar su ropa interior, pero cuando estaba a punto de quitarse la toalla enrollada a su cintura para colocarse los calzoncillos, una voz a su espalda le sobresaltó.

—¿Dónde te has metido todo el día? —le reprochó la voz de Sloan.

Al girarse, Keith descubrió a su amigo cómodamente tumbado en una de las camas gemelas que presidían la estancia. Permanecía a oscuras, en postura relajada, con los brazos flexionados y su cabeza reposaba sobre el nido que formaban sus manos. No pudo evitar rascarse la cabeza, ganando tiempo para responder.

—No pierdas tiempo en inventarte una excusa —indicó Sloan, mientras se incorporaba y encendía la lámpara de la mesilla—, estoy seguro de saber qué has estado haciendo.

—¡Oh, vamos, Sloan!, ¿te crees mi madre? —le recriminó, molesto por su interrogatorio.

—Tranquilo, amigo, no te enfades. Comprendo que cambies mi compañía por la de esa pelirroja —replicó Sloan con una sonrisa socarrona.

—¿Y quién te ha dicho que he estado con ella? —cuestionó Keith mientras se vestía, dando la espalda a su amigo.

—Bradford, no me tomes por estúpido; además, si yo estuviera en tu lugar, no desaprovecharía el tiempo para conquistarla. ¿Cómo te fue?

Keith suspiró pesadamente, sabiendo que de nada serviría negar lo evidente. Se acercó hasta una de las camas y se sentó frente a su amigo antes de hablar.

—Bien —replicó escuetamente.

—¡Tío, no seas así! Quiero que me cuentes todo con pelos y señales, y lo más importante, que me digas qué sientes por ella.

Por nada del mundo pensaba contarle a Sloan la intimidad que había

compartido con Savanna en el agua. Y sobre la cuestión de los sentimientos, ni siquiera él sabía qué le estaba pasando con aquella chica.

—Te gusta mucho, no lo niegues —expresó Sloan mientras clavaba su mirada en el rostro de su compañero—, y si no me equivoco, eres un pajarillo comiendo de su mano. Amigo, has caído en la trampa. ¿No has aprendido nada de lo que te he enseñado? —le reprochó con el humor reflejado en su voz—. Las chicas están bien para divertirse, pero nunca debes entregar el corazón.

—¡Deja de decir gilipolleces! —Explotó Keith, abandonando su asiento y acercándose a la ventana, donde descubrió una impresionante luna llena—. Solo me gusta. ¡Por Dios, apenas la conozco!

—Eso cuéntaselo a otro. La única y primera vez que me enamoré, lo hice en una tarde, y mi corazón no salió muy bien parado.

Keith giró su rostro, sorprendido por su declaración, y clavó su mirada en su amigo.

—¿Tú, enamorado? —expresó, sin dar crédito a las palabras de Sloan, aunque su rostro mostraba una desolación que nunca había visto en su amigo.

—Sí, amigo; y por no ser valiente la perdí. ¿Vas a cometer tú el mismo error? —le preguntó, mientras se levantaba y se acercaba hasta la puerta—. Hazme un favor, no seas tan estúpido como yo —añadió, antes de abandonar la habitación.

Keith colocó una mano sobre el marco de la ventana, donde apoyo el peso de su cuerpo, mientras con la otra se frotaba la nuca. Creía conocer a Sloan, un hombre divertido y superficial que siempre estaba de broma, pero parecía que escondía un secreto, un dolor que flagelaba su alma. Quizás tenía razón y, a pesar de que no se había planteado a dónde lo llevaría su incipiente relación con Savanna, estaba seguro de que aquella joven se había apoderado de parte de su corazón, y no le quedaba más remedio que asumirlo.

Capítulo 6

Dakota estaba recluida en su dormitorio tras su última discusión con su hermano. Permanecía tumbada sobre la cama, boca arriba, con la mirada perdida en el techo y maldiciendo su mala suerte. Sean siempre había sido muy protector para con ella, y no había sido malo mientras asistió a primaria, pero cuando comenzó a ir al instituto, todo cambió para peor. Su hermano no parecía comprender que ya era una mujer, no una niña, y que estaba convirtiendo su vida social en un verdadero infierno.

Unos golpes en la puerta la alertaron de la llegada de alguien y, presurosa, se sentó sobre la cama y esperó. Para su alivio, la cara que asomó tras la hoja de la puerta fue la de Savanna.

—¿Se puede? —preguntó su amiga con una sonrisa.

—Por supuesto —la invitó Dakota—, no seas tonta.

—Me he encontrado con Sean y me ha dicho que no estabas de humor.

—¡Bah! —exclamó sulfurada—, me tiene harta, todo es culpa suya.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó Savanna, mientras se sentaba junto a ella en la cama y le ofrecía su regazo para que colocara su cabeza y así poder mesar su cabello. Conocía demasiado bien a su amiga, y estaba claro que necesitaba desahogarse.

—Se niega en rotundo a que vaya a Dallas a estudiar bellas artes —confesó compungida.

Savanna abrió sus ojos ampliamente, anonadada ante la actitud de Sean.

—¿Acaso no te ha visto pintar un retrato en una servilleta? —preguntó con el mismo enfado de su amiga.

—Dice que esa carrera no sirve para nada, que solo tengo pájaros en la cabeza.

—Dakota, por favor —le rogó—, no dejes que se salga con la suya. Recuerda mi frase favorita: *“Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin de que algún día cada uno pueda encontrar la suya*¹”*. Busca la tuya, vales mucho, y mereces alcanzar tus sueños.

Dakota elevó su mirada y la clavó en el rostro de su amiga. Una sonrisa genuina surgió en sus labios. Ese era el don de Savanna, que siempre sabía decir las palabras oportunas para que uno se sintiera mejor.

—Gracias, lo haré, hablaré con mi padre, seguro que él me apoya —expresó Dakota con más ánimo.

—Un placer, ya sabes que me encanta levantarte cuando acabas en el suelo —expresó Savanna con humor.

—Eres tonta —replicó Dakota mientras le daba un manotazo cariñoso en el hombro—. Y ahora cuéntame, ¿para qué has venido?

—Necesito uno de tus fantásticos vestidos para la fiesta del cuatro de Julio.

Dakota abandonó su postura relajada y se incorporó como un resorte.

—¿Vas a ir con él?

—¡Sí! —expresó Savanna triunfal.

—Todo Darrell Creek va hablar de vosotros —le advirtió Dakota mientras se levantaba y se dirigía al armario, donde empezó a revolver hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Ajá, este! —dijo triunfal, mientras se giraba para mostrar a Savanna un vestido corto de color rosa—. El color es perfecto para ti.

Savanna lo observó y se quedó sin aliento. Era un vestido realmente precioso y ya se imaginaba la cara que pondría Keith cuando la viera. A pesar de que solo quedaban dos días para su marcha, estaba esperanzada con que su relación perdurara en el tiempo a pesar de la distancia. Una nueva ilusión había surgido en su vida y en su corazón y estaba dispuesta a apostar por ella.

—¡Me encanta! —le dijo a su amiga, que ya buscaba unos zapatos que combinaran con su indumentaria.

—Me alegro, otra cosa no, pero vestidos tengo para llenar un remolque —comentó Dakota más animada—. Espera que no haga un mercadillo y venda todo para pagarme la carrera —añadió mientras le guiñaba un ojo.

Keith estaba nervioso aquel día del cuatro de Julio, que se presagiaba muy especial. Había tomado una decisión muy importante, aunque si Sloan conociera sus planes, pensaría que era un hortera. Sabía que en los tiempos en los que vivían pedir salir a una chica formalmente no se llevaba, pero a él le importaba un pepino lo que pensara el resto del mundo. El día anterior había comprado un anillo de plata con forma de corazón, que pensaba entregarle a Savanna como muestra de sus sentimientos. Pensaba pedirle que lo esperara,

que llevaran una relación, aunque fuera a distancia. Los días que había pasado junto a ella habían sido los más especiales de su vida, y no quería ni podía renunciar a ella. Hacía apenas unos días que se conocían, pero le había atrapado en su influjo, derrotándolo con su dulzura y espontaneidad.

Nunca se había acercado a ninguna mujer, ya que temía que se interpusiera en su camino y destruyera sus posibilidades de alcanzar su sueño de ser aviador, pero estaba seguro de que Savanna no lo haría, ya que parecía tan empeñada como él en alcanzar sus metas.

Su madre había organizado todo para la comida campestre que se solía celebrar en la colina junto a la iglesia. Era una tradición en Darrell Creek que le encantaba. Ese día todos los ciudadanos se reunían y festejaban el día de la nación entre risas y conversaciones. Tras salir de la ducha, rebuscó en el armario para vestirse. La tarea le llevó más tiempo de lo esperado. Se cambió de camisa por quinta vez, hasta dar con lo que buscaba, y finalmente se puso una de color azul claro. Estaba intentando peinar su espeso pelo castaño cuando su hermano se asomó por la puerta y le observó con una sonrisa curiosa antes de entrar.

—¿Te estás emperifollando para alguien en especial? —indagó juguetonamente Andrew, mientras entraba y se sentaba sobre la cama.

Keith se ajustó el cinturón y, tras echar un último vistazo a su aspecto, se giró para buscar un poco de colonia, cuyo frasco reposaba sobre la cómoda.

—No te voy a mentir, hay una chica —confesó Keith, con temor a añadir algo más por si se estropeaba.

—Suena de lo más enigmático —insistió Andrew, tirándose sobre la cama. Sabía de sobra que si su madre estuviera viéndolo, recibiría un sermón por su acción.

—Andrew, no es para tanto. ¿Y tú? —preguntó Keith, para evitar su pregunta, que solo podía llevarlos a una conversación que no quería mantener.

—Hoy pienso pedirle salir.

—¿A la hija de los Keller? —preguntó Keith intrigado; en el tiempo que llevaba en el rancho, no había preguntado nada de la joven que le gustaba a su hermano.

—Sí —replicó Andrew, enlazando sus dedos tras su nuca, mirando al techo soñadoramente—, es mi Diosa en la tierra. Cuando la conozcas, lo entenderás.

Keith sonrió, feliz de saber que su hermano había encontrado también el

amor, y estaba deseando conocer a la afortunada. Imaginaba la reacción de su madre cuando se enterara de que sus dos hijos habían encontrado el amor a la vez. Solo esperaba que no saliera corriendo hacia la iglesia, imaginando que habría más de una boda en la familia.

La pradera era un hervidero de gente, a pesar de la hora temprana. Las mesas de madera estaban todas ocupadas, y Keith y Andrew tuvieron que sacar una portátil que su madre, previsoramente, les había ordenado cargar en la furgoneta junto a varias sillas plegables. Cuando acabaron de sacar todo y organizarlo, se acercaron a la nevera portátil y sacaron un par de cervezas frescas que bebieron con gusto.

Keith oteó a su alrededor, en busca de Savanna. No habían quedado en ningún lugar en concreto, ni a ninguna hora, pero estaba seguro de que ya se encontraba en el lugar, y estaba deseando estrecharla entre sus brazos. Sus pesquisas dieron sus frutos cuando descubrió una figura menuda enfundada en un vestido de color rosa, situada a pocos metros del lugar donde se encontraba.

Permanecía al borde de la colina, con la mirada perdida en los amplios pastos junto a la iglesia, y su cabellera flameante se mecía tenuemente con ayuda de la ligera brisa que corría; aquella visión le cortó el aliento.

La voz de su hermano, situado a su espalda, le sobresaltó y logró que la sangre se helara en sus venas.

—¿Ves a esa chica del vestido rosa?, es ella —confesó Andrew con entusiasmo.

—¿Quién? —preguntó, aunque de sobra sabía la respuesta.

—Savanna, la hija de los Keller.

Keith, que en aquel momento estaba de espaldas, no pudo ni quiso girarse. Andrew estaba enamorado de Savanna, la dura realidad lo atravesó como un cuchillo. Maldijo al destino por su crueldad. Su hermano estaba enamorado de la misma chica que le quitaba el aliento. «¿Qué voy a hacer ahora? », se preguntó consternado.

—¡Keith! —Le reclamó la voz de su hermano—. ¿Estás bien? —preguntó mientras se acercaba a él y palpaba su espalda.

—Sí, sí, claro —replicó el aludido, dibujando en sus labios una sonrisa que no sentía, antes de enfrentarse a la mirada de su hermano.

—Te has quedado blanco —expresó Andrew con preocupación.

—Sí, no te preocupes, hermano, solo es que me queda poco tiempo aquí y me hubiera gustado ayudar más con el rancho.

—Hombre, no te preocupes, no te vas al otro hemisferio. Estoy seguro de que esa chica que te tiene loquito te hará venir a Darrell Creek más a menudo. Estoy deseando conocerla. ¿Dónde está? —preguntó curioso.

—Pues aún no la he encontrado —mintió Keith, necesitaba tiempo para pensar qué hacer, ahora que conocía una verdad que desgarraba su pecho.

Capítulo 7

Darrell Creek, varios años después.

Savanna intentó descifrar la caligrafía imposible de la señora Albany, que con los años se había vuelto imposible. Chascó la lengua, molesta, y se colocó sobre el puente de la nariz las gafas que solían colgar de una cadena sobre su cuello. Estaba claro que aquel día no saldría a su hora de la biblioteca, cosa que odiaba, ya que cuando llegara a casa Adelle ya estaría acostada.

Estaba tan concentrada en su tarea que no se percató de que la puerta a su espalda se abría para dar paso a Makayla, su ayudante en la biblioteca. La joven se acercó con sigilo hasta la mesa, y solo habló cuando estuvo a su lado, sobresaltando a Savanna.

—Señora Bradford —comenzó la joven.

Savanna, con la mano en el pecho, giró su rostro y clavó su mirada en el de la joven.

—¡Makayla, qué susto me has dado! —expresó con sinceridad, mientras se quitaba las gafas y las dejaba caer libremente sobre su pecho—. ¿Qué sucede? —preguntó curiosa.

—Ha llamado el *Sheriff* Bradford —informó la joven.

—¿Y? —preguntó Savanna con impaciencia.

—Ha dicho que hoy no podrá ir a recoger a Adelle en el parvulario.

—¡Mierda! —exclamó Savanna, frunciendo el ceño al escuchar la noticia.

Makayla dio un respingo al escuchar su exclamación. La señora Bradford se caracterizaba por su buen talante y buenas maneras, pero en aquella ocasión parecía más que irritada, y no se molestó en ocultarlo.

A Savanna le fastidiaba que Keith siempre hiciera lo mismo, avisarla en el último momento. Entendía que su trabajo como *sheriff* requería muchos sacrificios, pero sus constantes imprevistos conseguían trastocar todos sus planes.

No tenía más opción que recurrir a su suegro para pedirle que fuera él a recoger a la niña. Sabía que el hombre aceptaría encantado, pero no quería

abusar de su confianza. A pesar de que el hombre no protestaba, las tareas del rancho cada vez eran más pesadas para un cuerpo cansado como el suyo.

—Si quiere puedo ir yo a recogerla —le propuso Makayla amablemente.

Savanna volvió a prestar atención a la joven, agradecida por su ofrecimiento.

—¿Harías eso por mí?

—¡Claro! —exclamó la joven con alegría.

—Te debo más de un favor —expresó Savanna más relajada.

—Ya sabe que lo hago encantada —replicó la joven sonriendo—. Debo volver a la sala —expresó, refiriéndose al lugar donde los estudiantes debían estar formando ya un escándalo—, no quiero que la señora Albany se enfade conmigo —concluyó.

Savanna se vio retratada en Makayla, no tantos años antes, cuando había sido ayudante de la señora Albany. Conocía bien su genio agrio y sus malas maneras, y comprendía el temor de la joven.

—Ve tranquila —la alentó.

Cuando la joven desapareció por la puerta, Savanna centró nuevamente su atención en los papeles dispersos sobre la mesa. Entre ellos descubrió un albarán de un nuevo lote de libros, y sonrió ampliamente al descubrir que se trataba de una conocida escritora de novela romántica a la que adoraba. No había sido fácil convencer a la señora Albany, que menospreciaba ese tipo de lecturas, para solicitar los ejemplares. Todo era gracias al club de lectura que había organizado para la tarde de los miércoles. Las constantes peticiones de las integrantes habían logrado lo imposible: que la señora Albany permitiera que en los estantes de la biblioteca de Darrell Creek hubiera “novela rosa”, como solía calificarla con desprecio.

Tras memorizar el número del lote, se acercó hasta las cajas marrones por desembalar y lo localizó con facilidad. Cogió el cúter que reposaba sobre la mesa y rasgó el precinto con anticipación. Tras apartar las solapas de la caja, cogió con reverencia uno de los ejemplares y estudió la portada con atención. En la imagen aparecía una joven nostálgica, que miraba con intensidad una vieja casa victoriana. Al girar el volumen y leer la sinopsis, descubrió que se trataba de una novela contemporánea que narraba el regreso de una joven a su hogar, donde tendría que desentrañar los secretos del pasado de su familia. Sin dudar, lo guardó en su bolso, con la intención de devorarlo

cómodamente tumbada en su cama aquella noche.

Keith giró la llave por cuarta vez, pero el viejo tractor de su padre no estaba dispuesto a ponerse en marcha. Frustrado, abandonó la pequeña cabina del vehículo y dio una patada a una de las enormes ruedas, antes de maldecir sonoramente por su mala suerte.

—¡Joder!, ¿y ahora qué? —se preguntó, mientras secaba el sudor de su frente con el dorso de su mano.

Aquel “cacharro” y él eran viejos conocidos. Dominaba su motor como la palma de su mano, y sabía de sobra que su vida útil había acabado tras veinte años de servicio. Comprendía que un tractor no podía durar eternamente, pero el problema radicaba en que las cuentas del rancho estaban bajo mínimos, y no se podían permitir el lujo de comprar uno nuevo.

Cavilaba sobre cómo enfrentar el nuevo problema que se sumaba a una larga lista cuando una voz femenina lo sacó de sus oscuros pensamientos.

—Señor Bradford —le llamó la joven a su espalda.

Keith se giró como un resorte para descubrir que se trataba de Makayla Richmond, la joven ayudante de Savanna en la biblioteca.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado, mientras acertaba la distancia que los separaba.

—Solo quería avisarle de que Adelle ya se durmió —le informó.

Keith elevó su mirada y oteó más allá de la joven, para descubrir que el sol ya se ocultaba en el firmamento.

—Se me ha hecho tarde —expresó en voz alta, frustrado porque aquella noche le tocaba hacer la cena a él.

—Sí —replicó Makayla—, y yo debo regresar a casa, o mi madre se preocupará.

—¡Ah, sí, perdona! —Se disculpó Keith, mientras metía su mano en el bolsillo trasero de sus *jeans* para sacar su cartera, que encontró con facilidad—. Deja que te recompense por las molestias —expresó, mientras cogía unos billetes.

—No es necesario —exclamó la joven, alargando sus manos para atrapar la del hombre, intentando con el gesto detener sus movimientos.

Una tos que provenía de su espalda hizo que ambos se giraran a la vez para descubrir a Savanna, que los observaba a corta distancia, con los brazos cruzados sobre su pecho y una expresión indescifrable en el rostro.

Makayla fue la primera en reaccionar y apartarse del hombre. Conocía bien a su “jefa”, y estaba claro que no estaba de buen humor. Comenzó a avanzar hacia su coche, que se encontraba a poca distancia y, tras balbucear una breve despedida, subió al vehículo y arrancó.

Keith volvió a maldecir para sus adentros al descubrir lo mismo que había ahuyentado a Makayla. Conocía demasiado bien a Savanna para no saber lo que significaba su ceño fruncido. Estaba claro que aquel no era su día, y la cosa estaba empeorando vertiginosamente. Se avecinaba una tormenta.

—¿Y bien? —preguntó la voz de Savanna, que no se molestó en ocultar su enfado.

—¿Qué? —respondió Keith hoscamente.

—¿Me vas a contar por qué narices no has ido hoy a buscar a Adelle? —preguntó, aunque no esperó su respuesta—. ¡Me lo prometiste! —le recriminó.

—Tenía asuntos que solucionar en la comisaría, por no hablar de lo que me esperaba aquí —respondió Keith sin amilanarse, señalando con su mano el viejo tractor.

—Y yo tenía turno esta tarde, te lo dije ayer. No podemos seguir así —insistió Savanna.

Keith cambió su peso de una pierna a la otra y achicó sus ojos para clavarlos en la mujer antes de responder.

—¿Y qué propones? Me encantaría poder con todo esto, pero recuerda que también soy el *sheriff* de esta localidad.

Savanna frunció el ceño molesta. No era la primera vez que mantenían esa conversación, y estaba empezando a cansarse de la cabezonería que mostraba aquel hombre, que tenía la capacidad de sacar lo peor de su carácter.

—Voy a tener que escribirlo y pegártelo en la puerta de la nevera. La solución es fácil: contratemos a alguien que se encargue de parte de las tareas del rancho. Tú apenas puedes ocuparte, y tu padre ya no tiene edad...

—No —fue la respuesta tajante de Keith.

—¡No, no, no! —vociferó Savanna fuera de sí—, estoy cansada de que me des siempre la misma respuesta, pero esto se va a acabar, voy a tomar

medidas...

Keith sintió cómo la vena de su garganta engrosaba y las aletas de su nariz se movían vertiginosamente. Con paso lento y peligroso, se fue aproximando hasta la mujer, y solo habló cuando estuvo a escasos centímetros de su rostro.

—Escúchame bien, el rancho es asunto solo mío, y no voy a permitir que te entrometas en su gestión.

Savanna sintió la imperiosa necesidad de estampar su mano contra su mejilla, pero la oportuna llegada de su suegro, Allen Bradford, evitó que lo hiciera.

—¡Eh, tiempo muerto, chicos! —expresó el anciano con una amplia sonrisa en los labios—. Si siguen saltando chispas, corremos el riesgo de que el establo se incendie —comentó con humor—. Hijo, tengo un hambre que devoro.

Keith cerró y abrió los ojos antes de apartarse de la cercanía de Savanna. Hubiera querido mandar al cuerno a su padre por recordarle que no había cumplido con “otra de sus obligaciones”.

—Ahora pido unas pizzas —replicó, esperando la réplica de Savanna, que no se hizo esperar.

—¡Ah, perfecto, tampoco te has ocupado de la cena!

—Escucha, pelirroja... —comenzó Keith, pero sus palabras se vieron interrumpidas por la intempestiva marcha de su cuñada, que entró en la casa como una exhalación.

—¡Joder! —exclamó Keith frustrado, pateando el suelo con la suela de su bota—. ¿No podemos tener nunca paz en este maldito rancho? —preguntó al aire, sin acordarse de que su padre estaba a escasos pasos.

Allen fue testigo directo de la frustración de su hijo, y con los brazos cruzados sobre su pecho, observó los movimientos de su cuerpo. Estaba empezando a cansarse de las constantes discusiones entre Keith y Savanna, que en los últimos tiempos se habían recrudecido. Si se querían matar, era su problema, pero no le gustaba que su nieta, la pequeña Adelle, sufriera por su causa. Como siempre, le tocó intentar mediar entre ambos.

—Hijo, tranquilízate.

Keith giró su rostro con virulencia y clavó su mirada en el rostro de su padre. Se había olvidado de su presencia, y no pudo evitar sentirse avergonzado.

—Lo siento papá, es que esa mujer tiene la capacidad de sacarme de mis casillas —se intentó excusar.

—Lo comprendo, pero tienes que tener paciencia. Además, en este caso la culpa es tuya por no cumplir con tu palabra.

Keith sintió que la frustración se apoderaba de su cuerpo e intentó controlar su ira. Metió las manos en los bolsillos de sus *jeans* y esperó, dispuesto a recibir estoicamente el rapapolvo que su progenitor estaba a punto de administrarle.

—¿No vas a decir nada, *muchacho*? —indagó Allen con el ceño fruncido.

Keith tuvo que morderse la lengua para no gritar que ya no era un muchacho, si no un hombre de treinta y cinco años.

—¿Qué quieres que diga? —replicó forzado, intentando controlarse.

—Que no puedes con todo, debes asumirlo. No puedes ser *sheriff* del pueblo y además llevar un rancho. Yo ya soy un viejo, y apenas puedo mover mi viejo cuerpo. Deberíamos contratar a alguien, como bien dice Savanna.

A pesar de las buenas intenciones de Keith, no pudo evitar explotar.

—¡Me importa una mierda lo que penséis! No pienso contratar a nadie —se negó, antes de darle la espalda a su padre y volver a entrar en el granero, dispuesto a que aquel cacharro arrancara.

Capítulo 8

Chase abrió la puerta y un fuerte olor a cerrado invadió sus fosas nasales. Contuvo durante unos instantes el aliento, antes de atreverse a entrar. Solo hacía dos semanas que aquella estancia estaba cerrada a cal y canto, y parecía que había pasado un siglo desde entonces.

Se acercó hasta las ventanas, sin tropezar con nada, ya que conocía cada mueble de la habitación, y descorrió los espesos cortinajes para dejar entrar la luz del día. Su mirada tuvo que adaptarse a la claridad antes de poder enfocar el escritorio de su padre, que seguía tal cual él lo dejó antes de que un infarto de miocardio sesgara su vida.

Hubiera deseado no entrar nunca más en aquel lugar, que despertaba tantos recuerdos que ahora dolían, pero no podía permitir que su madre se encargara de la dura tarea que era recoger los enseres personales de su padre. Salió con paso lento de la estancia y volvió cargado con varias cajas de cartón. Colocó una de ellas sobre la mesa y comenzó a guardar los retratos familiares, ordenadamente colocados sobre la superficie de caoba. Procuró no mirarlos, simplemente quería meterlos en la caja, pero no pudo evitar detenerse en uno de ellos donde aparecía él, cuando apenas tenía ocho años, y sonreía para mostrar la falta de uno de sus dientes delanteros.

Continuó con los objetos de oficina, que eran especiales para su progenitor, ya que los había adquirido a lo largo de su vida, en sus múltiples viajes de negocios. Prosiguió durante una hora, cerrando cajas y amontonándolas junto a la puerta. Cuando comprobó que todo lo importante estaba guardado, se acercó a uno de los cuadros que adornaban las paredes y descolgó uno que mostraba una imagen campestre, para dejar al descubierto la caja fuerte. Tecleó la combinación, que previamente había memorizado, tras descubrir la clave después de la lectura del testamento, y esperó a que el sonido mecánico de la caja le permitiera abrirla. Encontró varios documentos de importancia, pero una carpeta verde llamó poderosamente su atención, y al abrirla se llevó una sorpresa que detuvo su corazón por un instante. Tuvo que volver a leer varias veces el texto para asegurarse de que su vista no le engañaba, y necesitó sentarse en una silla para no caer desmayado por la impresión tras descubrir una verdad que había removido los cimientos de su

vida.

Evolet Manole permanecía sentada en un sofá, con la vista perdida, mientras un libro reposaba sobre sus rodillas. Sabía que debía salir del pozo de tristeza en el que se encontraba, pero aún no había encontrado las fuerzas necesarias para hacerlo. Su Josep se enfadaría con ella si viera el estado en que se encontraba, pero no podía evitarlo.

El sonido de la puerta abriéndose a su espalda la asustó, y al girarse descubrió a su hijo, que mostraba su rostro descompuesto. Con preocupación, dejó el libro sobre una mesa y abandonó su asiento para caminar con celeridad hasta él.

—Chase, ¿qué te sucede? —indagó, mientras palpaba su mejilla. Sus ojos se mostraban fríos, y no entendía el porqué.

—Que he vivido en una mentira —lanzó Chase apartándose.

Evolet sintió que la temperatura de su cuerpo descendía varios grados. No sabía qué le pasaba a su hijo, pero el tono de su voz la asustó.

—Hijo mío, ¿de qué estás hablando?

—De eso mismo, que no soy tu hijo —respondió Chase, sin medir el dolor que estaba infringiendo a la mujer, cuyo rostro demudó de color.

Evolet sintió que sus piernas no le respondían; luego, solo una oscuridad que la atrapó. Minutos después se despertó. Se encontraba tumbada en uno de los sofás del salón, y Chase la abanicaba con una revista. Una sirvienta entró en ese momento y entregó a su hijo un vaso de agua.

—Bebe —le ordenó Chase—, te hará sentir mejor.

Evolet siguió su mandato, aunque era incapaz de apartar la mirada del rostro de *su pequeño*. Siempre temió aquel día, pero nunca esperó tener que enfrentarlo sola, sin el apoyo de Josep. Se tomó unos minutos y, tras devolver el vaso a manos de su hijo, habló.

—Lo siento mucho, corazón —le dijo, esperando su reacción.

Chase clavó su mirada en el rostro de su madre, porque a pesar de sus palabras, fruto del enfado, seguía queriéndola como tal, y eso nunca cambiaría. Ahora se arrepentía de cómo la había tratado. Cuando se había desmayado entre sus brazos, temió perderla, al igual que a su padre.

—No, mamá, lo siento yo, no debí hablarte así —se disculpó.

Evolet se sentó en el sofá donde se encontraba recostada, y palmeando el cojín a su lado, le indicó a Chase con su gesto que la acompañara. Cuando

él ocupó el lugar a su lado, tomó aire para darle la explicación que le debía.

—Estabas enfadado, es normal tu reacción al conocer la verdad. Debimos decírtelo antes, pero tu padre y yo siempre lo posponíamos por temor a que nos odiaras —confesó, mientras se mesaba las manos.

Chase tomó una entre la suyas, intentando calmarla, y notó que su piel estaba fría como la nieve.

—Escúchame bien —le dijo, clavando su mirada en su rostro con intensidad—, eso no sucederá jamás de los jamases.

—Gracias, mi cielo —dijo Evolet antes de abrazarse fuertemente a él.

—Te quiero, mamá —expresó Chase, con la voz templada de emoción.

—Y yo a ti, mi niño —replicó Evolet, antes de apartarse de su calor—. Y ahora creo que ha llegado el momento de contarte toda la verdad.

—No es necesario... —comenzó Chase, pero sus palabras fueron interrumpidas por un gesto de la mano de su madre.

—Sí, lo es. Durante años, tu padre y yo intentamos concebir, pero mi cuerpo estaba seco, y finalmente no nos quedó otra opción que rendirnos a lo evidente. Fue entonces cuando decidimos adoptar, dar un hogar a un niño que estuviera solo en el mundo. No queríamos un bebé, que era lo usual, creímos que era mejor dar la oportunidad a un niño más mayor. La gente suele ser egoísta. Entonces llegaste tú. Por aquel entonces estabas muy perdido. Habías pasado varios meses en un hospital, recuperándote del grave accidente que sufriste junto a tus padres.

Chase escuchaba cada palabra con avidez. Pero el relato se estaba tornando desgarrador.

—¿Mis... padres —le costó pronunciar la palabra— murieron en ese accidente?

—Lamentablemente sí —confirmó Evolet, sufriendo por el dolor que vio en su rostro.

—¿Por qué no los recuerdo? —preguntó confuso.

—En el accidente perdiste la memoria, todos y cada uno de tus recuerdos.

Chase sintió un vacío desconocido en su interior. Una culpabilidad incomprensible lo atravesó, y tuvo que levantarse. Comenzó a pasear por la estancia con la única intención de apaciguar el nerviosismo que lo dominaba.

—¿Estás bien? —preguntó Evolet desde su posición.

Chase detuvo su incesante movimiento y dibujó una sonrisa en sus labios

antes de girarse y enfrentar a su madre.

—Creo que sí —mintió—, solo necesito tiempo para asumirlo.

—Hay algo más —añadió Evolet con voz queda.

—¿Qué? —preguntó Chase sorprendido.

—Tiempo después descubrimos que tenías una hermana. Intentamos localizarla, pero fue imposible. Nos hubiera gustado encontrarla, para que estuvierais juntos, pero los datos eran confidenciales.

«Tengo una hermana», se repitió Chase una y otra vez, sin saber cómo sentirse por aquella nueva revelación. Necesitaba una copa, y no dudó en acercarse al mueble bar y servirse un Whisky solo. Se lo bebió de un trago, sin importarle la mirada reprobatoria de su madre.

—¿Qué piensas hacer ahora? —indagó Evolet, con el corazón en un puño.

—Nada, madre —respondió Chase, dejando el vaso sobre una mesa antes de acercarse hasta ella y sentarse a su lado para poder estrecharla entre sus brazos—. Solo necesito tiempo para asumir todo esto. ¿Me lo darás?

—Claro, *cielo* —dijo la mujer, con las lágrimas corriendo por sus mejillas, aliviada al saber que no había perdido a *su pequeño*, como tanto había temido durante años—; el que necesites.

—Gracias, mamá —expresó Chase agradecido—. Ahora necesito estar solo —añadió, estudiando la reacción de su madre.

—Lo entiendo, hijo, pero por favor, no cojas el coche.

Su madre lo conocía demasiado bien, y Chase no pudo evitar sonreír levemente antes su petición. Hubiera querido negarse, pero al descubrir el temor en el rostro de su madre, no tuvo más remedio que aceptar su petición.

—No lo haré, te lo prometo —respondió, antes de tomar su mano y besar amorosamente el dorso—. Y ahora seguiré con mi tarea, aún quedan cosas por guardar en el despacho.

—Gracias —replicó Evolet agradecida por su promesa.

—Nos vemos a la hora de cenar —añadió su hijo, antes de abandonar la estancia con paso lento.

Chase abandonó el salón con la intención de seguir con su tarea, como le había prometido a su madre. En realidad hubiera deseado subirse a su coche y conducir a ninguna parte. Necesitaba despejar su cabeza, que no dejaba de dar vueltas al secreto que acaba de descubrir, y conducir siempre le había

ayudado. Tendría que conformarse con el mueble bar de su padre, pensó pesaroso. No era muy amigo de ahogar sus penas en alcohol, pero en aquel momento le pareció la mejor opción.

Capítulo 9

Keith apenas había dormido aquella noche. Había estado intentando arreglar el motor del tractor hasta altas horas de la madrugada, y para colmo de males, no había logrado nada. No quería decirle a su padre que se habían quedado sin el vehículo, porque sabía que se disgustaría, y la única salida que encontraba era la de pedir un préstamo al banco para poder sufragar la compra de uno nuevo.

Frustrado, se pinzó el puente de la nariz y cerró los ojos. Debía concentrarse en el informe que había sobre su mesa, pero su cabeza no parecía estar por la labor. Se puso recto sobre la silla y cogió la taza de café que reposaba a su derecha dispuesto a volver a leer el último párrafo del texto cuando Rosalyn, su secretaria, entró en su despacho sin llamar. Su rostro estaba sonrojado y jadeaba con esfuerzo.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado, mientras se incorporaba y se acercaba hasta ella.

—Ha habido un aviso. —Rosalyn se tomó unos segundos para recuperar el resuello antes de proseguir—. El viejo Perkins ha ido a la propiedad de Crosswell.

Keith se relajó al escuchar sus palabras. No era la primera vez que ambos vecinos discutían por un problema de lindes.

—¿Y? —Cuestionó, elevando una de sus cejas—. Manda a Aaron —expuso resuelto, pero Rosalyn no parecía dispuesta a hacer lo que le pedía.

—Ya está allí, pero Perkins tiene una escopeta.

—¡Joder! —exclamó Keith mientras se mesaba el cabello con los dedos. Aquel viejo era un cabezota y un cascarrabias, y sabía que con un arma podía llegar a ser peligroso—. Está bien —dijo, mientras cogía su arma del cajón y la ajustaba a su cinturón, antes de ponerse el sombrero que hasta entonces reposaba sobre su mesa—, voy para allá.

—Tenga cuidado —solicitó Rosalyn, más tranquila al saber de la intervención de su jefe en el asunto.

—Lo tendré —replicó Keith, que ya salía por la puerta.

Tardó veinte minutos en llegar al lugar de los hechos, y como le había advertido Rosalyn, la escena era tensa. Perkins mantenía su escopeta en alto y

apuntaba directamente al pecho de Crosswell, que lejos de amedrentarse, lo insultaba sonoramente. Aaron, mientras tanto, intentaba dialogar con ambos, pero no parecía que le hicieran demasiado caso.

Keith bajó del coche patrulla y, con paso seguro, se aproximó hasta ellos. Solo habló cuando estuvo a pocos pasos de Perkins.

—John, por favor, baja ese arma, alguien podría salir herido —comenzó.

El aludido giró levemente su rostro y clavó su mirada en Keith.

—*Sheriff*, ¿cree que eso me importa? —preguntó, elevando una de sus frondosas cejas oscuras, salpicadas por alguna cana.

—Hombre, por un problema de lindes, no te metas en un lío.

—¡No es solo un problema de lindes! —vociferó el hombre, mientras sus manos temblaban sobre el arma que portaba—. El hijo de Crosswell ha desflorado a mi nieta —añadió con la voz cargada de ira—, y ahora se hace el desentendido.

Keith tuvo que tragar saliva al escuchar sus últimas palabras. Conocía bien al chico de los Crosswell, que había conquistado a la mitad del género femenino de su edad, y no dudaba que había logrado seducir a Margerite con su palabrería. La joven era una chica inocente, que apenas había salido de debajo de las faldas de sus abuelos, y comprendía a la perfección el enojo de John, pero no podía permitirse darle la razón en aquel momento. Solo tenía una opción, y era intentar mediar entre ambos.

—John, entiendo tu enfado —comenzó, mientras se acercaba con sutileza, con la única intención de coger el arma—, pero los tiempos han cambiado, y los jóvenes...

—*Chico Bradford* —gritó el hombre—, no me vengas con gilipolleces. ¿Qué pasará con el niño?

—¿El niño? —repitió Keith tontamente, mientras detenía su avance.

—Ese cabeza hueca la ha dejado preñada. Dime, ¿qué pretendes que hagamos con ese bebe? *Mi niña* —expresó, mientras Keith no perdía de vista sus dedos, que apretaban fuertemente la empuñadura del arma al referirse a su nieta— apenas sabe cuidar de ella misma, y mi esposa y yo ya somos demasiado mayores —se lamentó el hombre, antes de tragar el nudo que invadía su garganta.

—John, por favor, baja el arma y deja que hable con Crosswell unos minutos. Solucionaré esto ahora mismo —le prometió.

El hombre clavó su mirada en sus ojos, buscando la verdad en ellos, y con cierta reticencia accedió a lo que le pedía. No soltó el arma, ni Keith lo había esperado, pero eso le dio la opción de separar al otro hombre de su trayectoria.

Se acercó hasta Paul, y con un gesto de la cabeza le indicó que le siguiera hasta la valla para poder hablar con privacidad.

—*Sheriff* —comenzó el hombre con voz grave—, ese hombre está como una cabra, tiene que hacer algo. No puede ir por ahí apuntando a la gente con un arma.

—Paul —comenzó Keith, colocando una mano sobre su hombro—, tienes razón, pero tienes que entenderlo.

—¿Qué debo entender? —replicó Paul con el gesto torcido.

—Kevin ha dejado embarazada a su nieta. ¿Cómo reaccionarías tú si en el futuro alguien hiciera lo mismo con Becca? —preguntó, aludiendo a la hija pequeña de Crosswell.

Paul se apartó de Keith y clavó su mirada en los campos frente a sí. Sabía que el *Sheriff* tenía razón, y conocía demasiado bien a su hijo, que era un picaflor. Sus andanzas anteriores no habían tenido consecuencias, pero esta vez no podía pasar por alto lo sucedido. Tras unos minutos de reflexión, se giró para dirigirse a Keith.

—Está bien, hablaré con Kevin y se hará cargo de la situación. Se casará con la chica...

—Paul, ¿quieres un consejo?

—Sí —aceptó el hombre con reticencia.

—Habla con él y con la chica. A pesar de las circunstancias, un matrimonio no siempre es la mejor opción.

—Claro —replicó el hombre.

—Y ahora deja que tranquilice a John —le rogó.

Una hora después, Keith aparcó frente al restaurante de Bonnie. Casi era la hora del almuerzo, y su estómago reclamaba atención. Estaba aliviado tras haber logrado solventar la difícil disputa entre Crosswell y Perkins, aunque no podía evitar sentir cierta lástima por los jóvenes protagonistas de la situación. Eran apenas unos críos y, por su imprudencia, ahora tendrían que madurar demasiado deprisa. Con esos pensamientos traspasó las puertas del restaurante

y oteó su interior, con la esperanza de encontrar una mesa libre; lo que no esperaba descubrir era a su primo Callum.

Se suponía que estaba en Portland, donde vivía desde que se había graduado en la academia de policía. Hacía casi un año que no se veían, y le extrañaba que no le hubiera avisado de su llegada. Dudó unos segundos antes de acercarse a su mesa, ya que estaba acompañado por una joven desconocida, pero estaba deseando abrazarlo.

—¿Callum? —Pronunció Keith, disfrutando de la cara de sorpresa de su primo—. ¿Qué haces aquí?, ¿por qué no me avisaste? —le recriminó.

La joven que lo acompañaba giró levemente su rostro y dio un pequeño bote sobre la silla, antes de clavar su mirada en el rostro de su primo, que mostraba incomodidad.

Callum, por su parte, chascó la lengua con fastidio al tener que enfrentarse a su primo antes de lo esperado. Keith mantenía su mirada clavada en él, y no le quedó otra opción que responder a una de sus preguntas.

—He venido a visitaros —mintió, intentando transmitir con el gesto de su rostro que no era el lugar para dar la explicación que le solicitaba.

Keith barrió el salón con su mirada y asintió levemente.

—Querido primo, no sabes qué sorpresa vas a darle a Adelle cuando te vea, creo que está loquita por ti —replicó sonriente mientras le guiñaba un ojo.

A pesar de no haber sido invitado, Keith ocupó una de las sillas libres en torno a la mesa y se quitó el sombrero antes de indicar a la camarera con un gesto que le sirviera una taza de café.

La joven de cabello castaño los observó alternativamente, con los ojos abiertos como platos, sorprendida por el parentesco existente entre ambos.

—Estoy deseando darle un abrazo y saber cómo se encuentra Savanna —replicó Callum, ignorando concienzudamente a Mara, cuya mirada notaba clavada en su persona—. ¿Y cómo está el viejo? —preguntó, siguiendo con la conversación segura que mantenían.

—Tan cascarrabias como siempre —confirmó Keith—, aunque la pequeña Adelle ha logrado suavizar su carácter.

—Eso quiero verlo —replicó Callum con humor, pero su primo no le prestó atención, fijando su mirada en Mara.

—Bueno, ¿y cuándo me vas a presentar a esta belleza? —soltó Keith a bocajarro.

Callum se removió incómodo en su silla, sabiendo que no tenía otra salida.

—Es Mara, una amiga de Portland —explicó escuetamente—. Mara —la llamó, dirigiéndose a ella por primera vez—, te presento a mi primo Keith, el *sheriff* de este idílico lugar.

—Encantada —replicó Mara, mientras le tendía la mano al hombre sonriente que la estrechó con firmeza.

—El gusto es mío, preciosidad.

Finalmente, acabaron compartiendo el desayuno, poniéndose al día sobre sus vidas. La joven que acompañaba a Callum no abrió la boca en ningún momento, y eso hizo que una alerta sonara en la cabeza de Keith, pero decidió esperar a estar a solas con su primo para descubrir las causas de su sorpresiva visita.

Capítulo 10

Savanna había dejado a Adelle en el colegio a primera hora de la mañana y, como aquel era su día libre, decidió regresar a casa y encargarse de la ropa que se apilaba y medraba de una forma alarmante en el cuarto de la colada, situado en la parte trasera de la cocina.

Estaba accionando el botón de la secadora cuando el estrepitoso sonido del cristal al romperse desgarró el silencio. Su corazón palpitó aceleradamente, y llegó a la cocina con la mano en el pecho.

Allen Bradford elevó su mirada para encontrarse con el rostro asustado de Savanna, y no pudo evitar sentirse abochornado bajo la mirada de su nuera. No solía ser torpe, pero aquella maldita taza había escapado de sus dedos y acabó hecha añicos contra el suelo.

—Lo siento, Savanna, soy un viejo torpe —se disculpó, agachándose para recoger los pedazos.

Savanna sonrió y se acercó hasta él con la escoba y el recogedor ya en sus manos. Se acuclilló, para quedar a su altura, y se unió a la tarea de recoger los trozos más grandes.

—Allen, no te preocupes, es una simple taza.

El sexagenario clavó su mirada en el rostro femenino y se sintió agradecido de que aquella joven, a la que conocía desde que llevaba calcetines largos, fuera parte de su vida y de su familia.

—Savanna, no me gusta darte trabajo, ya tienes suficiente. Deberías dejar tu puesto en la biblioteca...

La aludida meneó la cabeza, molesta, cansada de aquella vieja cantinela.

—Allen, no insistas, no voy a hacerlo. Me gusta mi trabajo. Además, me permite ser independiente económicamente.

—Sabes perfectamente que en esta casa nunca te faltará nada, ni a ti ni a mi pequeña —le rebatió Allen convencido.

Savanna procuró ignorar las palabras de su suegro. Lo quería demasiado como para volver a discutir con él sobre un tema que nunca llegaría a comprender. Debía ser un problema generacional, pensó pesarosa. Allen nunca entendería que ella necesitaba trabajar, y no solo por el sueldo

que percibía, sino porque le gustaba lo que hacía y disfrutaba estando rodeada de libros.

—Allen, nunca lo he dudado, pero...

Las palabras de Savanna se vieron interrumpidas por la puerta que se abría a su espalda. Ambos se levantaron y se encontraron frente a Keith, Callum y una joven desconocida.

Allen fue el primero en reaccionar y se acercó a su sobrino a grandes zancadas para atraparlo entre sus brazos y darle un abrazo de oso.

—¡Callum!, granuja, ¿cuánto tiempo hace?

El aludido reintegró el saludo con igual efusividad, notando su garganta agarrotada antes de hablar.

—Un año aproximadamente.

Allen apartó a su sobrino y estudió unos instantes su rostro.

—Tienes una pinta horrible —soltó sin miramientos.

Callum no se tomó a mal el comentario, al contrario, sonrió anchamente.

—Y tú estás más viejo —contraatacó.

—¿Y quién es esta preciosidad que te acompaña? —preguntó el anciano con curiosidad—. ¿Es tu novia?

Mara, que permanecía oculta tras el cuerpo del *sheriff*, notó cómo sus mejillas se coloreaban por momentos.

Callum, por el contrario, estalló en sonoras carcajadas.

—Viejo pícaro, ¿no estarás pensando en conquistarla?

—¿No me ves capaz de ello? —replicó Allen, siguiendo con la broma.

Savanna, que había sido testigo de lo que sucedía, se percató del estado de azoramiento de la joven, e ignorando a los hombres, se situó frente a Mara, tendiéndole su mano.

—Soy Savanna Bradford —se presentó—. Disculpa a estos *caballeros* —los excusó—, pero a veces se olvidan de las normas sociales básicas.

—No te preocupes —respondió Mara tímidamente, estrechando la mano que le tendía aquella amable mujer—. Mara Brennan.

—Genial, Mara —exclamó Savanna con una sonrisa—; si quieres, te enseño la casa y te digo dónde vas a dormir. Porque os vais a quedar, ¿verdad? —interrogó, clavando su mirada en el rostro de Callum, que asintió con un gesto de cabeza.

—No quiero darte faena —replicó Mara, pero un gesto de la mano de Savanna interrumpió sus palabras.

—Mara, no digas tonterías —dijo Savanna—, estoy encantada de tener una mujer en esta casa. Estoy harta de ser minoría —concluyó con humor antes de sacar a la joven de la cocina para dirigirse a la planta superior.

Cuando los tres hombres se quedaron solos, decidieron sentarse en torno a la mesa de la cocina. Keith se sorprendió de la viveza que brillaba en los ojos de su padre, y se alegró, porque desde la muerte de su hermano parecía que había envejecido diez años. Llevaba tiempo preocupado por él, pero la llegada intempestiva de su primo parecía haberlo rejuvenecido.

—Bueno, ¿qué haces aquí?, ¿y quién es esa monada? —preguntó su tío mientras le guiñaba un ojo.

Callum no estaba preparado para esas preguntas y dudó unos segundos antes de responder. Tenía que inventarse algo, y rápido.

—Solo quería veros —comenzó, pero su tío no lo dejó terminar.

—Y presentarnos a tu novia —acabó con emoción.

Callum titubeó, dudoso sobre cómo proceder, pero la oportuna intervención de Keith lo salvó.

—Papá, no te pongas pesado, que pareces una vieja cotilla.

—¡Eh! —exclamó el aludido—, no te pases, chico —advirtió a su hijo molesto.

—¿No tienes algún rebaño que cuidar? —indagó Keith, seguro de lograr que su padre se esfumara. La inesperada llegada de su primo no presagiaba nada bueno y quería descubrir qué sucedía.

Allen abrió los ojos ampliamente.

—¡Diablos! —maldijo, antes de abandonar su silla y salir precipitadamente por la puerta.

—Estoy seguro de que alguna cosa importante se le ha olvidado —comentó Keith mientras se levantaba y se servía una taza de café, que se mantenía caliente en la cafetera—, últimamente no parece el mismo —concluyó preocupado.

—No sabía nada —se excusó Callum.

—Hablaremos de eso en otro momento, ahora quiero que me cuentes la verdad.

Callum clavó sus ojos en el rostro de su primo y asintió, sabiendo que había llegado el momento que tanto había temido desde que había decidido

dirigir sus pasos hasta allí.

—Vamos al despacho, mejor que nadie nos escuche —solicitó Callum, que no quería que nadie se enterara de sus circunstancias.

Keith clavó su mirada en el rostro de su primo antes de responder, leyendo más de lo que esperaba en la expresión seria de su primo.

—Está bien, como prefieras.

Callum siguió a Keith hasta el viejo despacho de su tío y no se sorprendió al encontrarlo tal cual lo recordaba, a pesar de que en su última visita Savanna le había contado sus planes de reformar la casa. Las paredes forradas de madera de roble, el escritorio de su abuelo, que parecía haber conocido tiempos mejores, y los viejos sillones de cuero individuales junto a la chimenea seguían en el mismo lugar.

—Siéntate y cuéntame qué está pasando —le instó Keith, directo, como era su costumbre.

Callum siguió su indicación y ocupó uno de los sillones. Se recostó sobre este y descubrió en aquel momento lo cansado que estaba. Era una historia larga de contar, pero sabía que no tenía otra salida que explicarle a Keith lo sucedido en los últimos días. No solo porque tenía derecho a saber en qué lio estaba metido antes de acogerlos, sino porque era el *sheriff* de Darrell Creek.

Se frotó la frente, decidiendo cómo empezar el relato, pero Keith no se caracterizaba por su paciencia.

—¿Quién es ella?

—Es una testigo protegido —confesó Callum, sabiendo de antemano que su primo no se tomaría bien la noticia, y menos lo que vendría a continuación.

Keith se hubiera esperado cualquier cosa por parte de Callum, incluso un ex marido celoso, pero nunca nada semejante. Observó su aspecto desde su posición; parcialmente aposentado sobre el escritorio y con los brazos cruzados sobre su pecho.

Las ropas de Callum estaban arrugadas, y su camiseta presentaba una leve mancha de sangre en la zona de su costilla derecha. Estaba claro que había sido herido, y eso solo podía significar una cosa; la huida que los había llevado hasta allí no había sido fácil, y alguien seguía persiguiéndolos.

—Debe ser un caso importante para que se tomen tantas molestias para deshacerse de ella —caviló Keith en voz alta.

Callum no quería contarle la verdad porque sabía que su primo iba a explotar con lo peor de su genio, pero no tenía más salida que dar un paso hacia delante.

—Se trata de Ed Sullivan —amplió la información, y como supuso, los ojos de su primo estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

Keith abandonó el lugar que ocupaba y se aproximó a Callum. Colocó ambas manos sobre los reposabrazos, proyectándose hacia adelante, para que su mirada quedara a la misma altura que la de su primo, en una actitud amenazante.

—¡Ed Sullivan! —Sus ojos verdes echaban chispas mientras su voz se volvía acerada—. ¡Ed Sullivan! —repitió para confirmarse a sí mismo lo que acaba de escuchar—. No me lo puedo creer —exclamó mientras se apartaba y comenzaba a caminar en círculos en medio del despacho—. Te dije que dejaras ese asunto, ¿y qué haces tú? ¡Todo lo contrario! —gritó fuera de sí.

Callum se pinzó el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar, cerrando sus ojos antes de contestar.

—Yo nunca te prometí nada.

—¡Maldita sea, Callum! Tienes que dejar el pasado atrás.

—¡No puedo! —replicó, clavando su mirada furibunda en el rostro de su primo.

Keith no se amedrentó ante Callum y siguió metiendo el dedo en la llaga.

—Pues deberías, eso no te va a devolver a Trevor —puntualizó.

Keith fue testigo de cómo Callum apretaba los puños, situados sobre sus muslos, y sus ojos desprendían chispas. Estaba claro que su primo tenía muchas explicaciones que darle, pero lo conocía lo suficiente como para saber que era mejor no presionarlo.

—¿Quién es ella para ti? —preguntó.

—Ya te lo he dicho —respondió Callum con fastidio—, es una testigo protegido.

—¿Y qué más? —insistió, en busca de la verdad.

—No sé a qué te refieres —replicó Callum, pero en su voz no había seguridad, hasta él lo había notado.

—Pues deberías, o si no, es que eres un iluso.

—¿Por qué?

—Si la has traído aquí, a tu hogar y con tu única familia, es porque es

importante para ti.

—¿Y Savanna? —atacó Callum, achicando los ojos.

En su anterior visita no le habían pasado inadvertidas las miradas que Savanna le había dirigido a su primo en un par de ocasiones y la actitud huidiza de Keith respecto a su cuñada. Había notado algo extraño entre ellos, pero hasta aquel momento no había querido sacar el tema.

—¿Qué pasa con ella? —replicó Keith, desviando la mirada.

—Me sorprende que aún no te hayas ido del rancho, tienes una casa propia en el pueblo —comentó Callum.

—Vine a ayudar a mi padre con los animales. Tras la muerte de Andrew —Callum fue consciente del modo emotivo que utilizó Keith para referirse a su hermano—, el rancho necesitaba apoyo.

—¿No iban a contratar a un hombre? —persistió Callum, deseoso de llegar a donde quería.

—No he tenido tiempo —replicó Keith a la defensiva.

—¿En dos años no has sacado ni un solo minuto para eso? —cuestionó con una sonrisa burlona.

Keith hubiera deseado estampar su puño contra el rostro de Callum, pero se contuvo. Sabía que solo pretendía vengarse de él tras el interrogatorio sobre la señorita Brennan, y lo tenía merecido.

—*Touché*, yo no me meteré en tus asuntos —indicó más sosegado—, y tú no lo harás en los míos.

Callum se levantó del asiento que ocupaba y se acercó hasta su primo para palpar su hombro.

—Hecho, y ahora perdona, pero me gustaría darme una ducha.

—En mi armario encontrarás ropa —le ofreció.

—Gracias, Keith.

—¿Por qué? —preguntó este confuso.

—Por dejar que nos quedemos.

—Eres de la familia —contestó su primo con una sonrisa—. Esta tarde, cuando hayas descansado, hablaremos a fondo de la situación de la señorita Brennan. Tengo que saber a qué nos enfrentamos.

—De acuerdo —aceptó Callum, despidiéndose con un gesto de la mano.

Cuando Keith se quedó solo, se sentó tras el escritorio. Tenía que

revisar las cuentas del rancho del último mes y pensó que no era mal momento. Abrió el primer cajón y, cuál no fue su sorpresa, al encontrarse con un colorido dibujo. Lo cogió entre sus dedos y lo estudió.

En él se podía adivinar una casa, una especie de caballo, cuyas patas eran unas rayas transversales, y una pareja de la mano junto a una niña. La firma, con trazos inseguros, era inequívocamente de Adelle, su sobrina. Lo dejó sobre la mesa y se recostó contra el sillón, cerrando los ojos.

La llegada de su primo había sido una sorpresa, y cuando había intentado averiguar lo sucedido, se encontró con un Callum esquivo. Eso no le afectaba, lo conocía demasiado bien, como a un hermano, pero escuchar sus preguntas defensivas había removido algo en su interior.

Era verdad que mil veces se había preguntado el porqué seguía allí cuando tenía su propia casa, y otras tantas se había respondido con la excusa de que tenía la obligación de ayudar en el rancho. Al principio había sido fácil engañarse a sí mismo, pero con el paso de los meses, y los años, se había situado en una zona de confort donde se conformaba con tener cerca a Savanna y a la niña, sin querer preguntarse el motivo.

Capítulo 11

Savanna bajó las escaleras con rapidez tras dejar a su *invitada* instalada en su dormitorio. La llegada de Callum, junto a esa joven de aspecto frágil, había sido toda una sorpresa, pero no por ello podía desatender sus obligaciones cotidianas. Tenía que seguir con la tarea que suponía organizar la ropa si quería ir con Adelle al parque aquella tarde. Recogió el montón de prendas dobladas de la encimera del cuarto de la colada y volvió a subir al piso superior para dirigirse a la habitación de Keith.

Al entrar se sintió incómoda, como le pasaba cada vez que se internaba en su dormitorio. Dejó la ropa sobre una silla y se acercó a la ventana para descorrer las cortinas y dejar que entrara la luz. Se fijó en que la cama estaba hecha, pulcramente estirada. Al abrir el armario para colocar varios pantalones en sus perchas, comprobó que estaba ordenado. Eso le recordó a su esposo, la antítesis de Keith.

Su suegro siempre tenía que discutir con Andrew porque no encontraba esta u otra herramienta en el cobertizo, nunca las dejaba en su lugar. No pudo evitar sonreír tristemente al recordar la anécdota.

Andrew había muerto dos años antes, y a pesar de que lo había amado, no lo extrañaba tanto como ella esperaba. Se habían conocido el último año de instituto, y su amistad se había estrechado con el paso de los meses, hasta llegar a ser especial. Sabía que Andrew esperaba algo más, pero ella estaba demasiado centrada en sus estudios como para pensar en amores. Todo cambió ese verano, mientras trabajaba de camarera en el restaurante de Bonnie. Un día cualquiera, mientras hacía su turno, sus pasos se cruzaron con los de Keith, y sin darse cuenta se enamoró de él. Entonces era una estúpida adolescente que acabó con el corazón destrozado una noche del cuatro de Julio cuando Keith, el chico que pensaba que la amaba, la rechazó antes de marcharse para seguir con su vida militar.

Una única vez se había arriesgado a creer en el amor, y había perdido su autoestima en el intento. Tras la marcha de Keith, Andrew estuvo ahí, cada día de su pena, y a pesar de que descubrir que ambos eran hermanos la sobrecogió, se aferró a él como a una tabla de salvación. Su relación se fue estrechando y, con el tiempo, se permitió amar a Andrew como bálsamo para

su delirio por Keith.

Años después se casaron, y el nacimiento de Adelle fue la guinda del perfecto pastel. Pero todo aquello se esfumó cuando recibió una llamada de la comisaría, donde la informaron de que su esposo había tenido un grave accidente de tráfico del que no salió bien parado. El momento más duro de su vida fue cuando le dijeron que había fallecido en el hospital nada más entrar por la puerta.

Cerró el cajón donde había guardado los calcetines con un fuerte golpe y salió presurosa del lugar donde podía percibir el característico olor de su cuñado. Solo quería olvidar, recluir aquellos recuerdos en lo más recóndito de su mente, pero cada vez le resultaba más difícil. Keith se comportaba como un padre con Adelle, y aquello lograba que su corazón palpitará con una emoción especial, pero no podía olvidar que aquel hombre había destrozado todas sus ilusiones, dejando un hueco en su pecho que aún no había logrado llenar.

Caminaba por el pasillo en dirección a la cocina, cavilando sobre qué preparar para la comida ahora que eran más a la mesa cuando una mano atrapó su brazo, provocando que el corazón se le subiera a la boca. Al girar su rostro, descubrió que se trataba de Keith, y deseó mandarle al cuerno.

—¡Me has asustado! —le reprochó con voz molesta.

—Lo siento —se disculpó Keith, siendo consciente de su rudeza.

—¿Qué quieres? —preguntó Savanna mientras entraba en la cocina seguida por él. Podía notar su presencia a su espalda.

—Solo quería pedirte disculpas por lo que pasó ayer. Últimamente estoy algo tenso —replicó Keith, intentando justificar su comportamiento.

Savanna le ignoró durante unos minutos, mientras abría la nevera y sacaba un *tupperware* con carne estofada que había preparado el día anterior. Necesitaba ese tiempo para responder a su petición. Keith se estaba disculpando, cosa poco habitual en él y, a pesar de su enfado anterior, no podía evitar aceptar sus disculpas.

—¡Savanna! —La voz de Keith la sacó de sus pensamientos de golpe. Podía notar la impaciencia en su tono de voz.

—Vale, todo está olvidado; además, también es culpa mía.

—Entonces, empezamos de cero —replicó Keith con una sonrisa que hizo que el corazón de Savanna bombeara aceleradamente.

—Por supuesto —respondió, mientras buscaba un cuchillo en uno de

los cajones, intentando ignorar la presencia de Keith—. ¿Quieres algo más? —añadió, mientras cogía una patata del bol frente a sí para comenzar a pelarla.

«Dejar de desear cosas que no pueden ser», pensó Keith. La conversación que había mantenido con su primo había dejado al descubierto los fantasmas del pasado que aún lo atormentaban. Recordaba el dolor que atravesó su pecho al descubrir que su hermano estaba enamorado de la misma mujer que él, y a pesar de saber que nunca encontraría una mujer como Savanna, decidió retirarse para cederle el puesto a Andrew. Rechazarla fue lo más duro que había hecho en su vida, pero la lealtad hacia su hermano pesaba más que su propia felicidad.

Después de ese verano, puso mil excusas para no regresar a casa en las fechas señaladas, y cuando estuvo preparado para ello, regresó. Para entonces Andrew ya había logrado su objetivo, seducir a Savanna.

Aquellas navidades fueron un verdadero infierno, las peores de su vida. Savanna solo le dirigió la palabra en un par de ocasiones, y fue con monosílabos. Lo comprendía, se había comportado como un cerdo y era lógico que ella lo odiara. Esa había sido su intención aquella noche del cuatro de Julio, cuando despreció su confesión de amor y le dijo que solo había sido un “rollo de verano”, que bajara de las nubes, que no estaba interesado en tener una relación con ella.

—¡Keith! —Sonó la voz de Savanna, que esperaba su respuesta.

—¿Qué? —respondió confuso.

—Te preguntaba si querías algo más —repitió Savanna.

—No, nada —respondió Keith, antes de abandonar la cocina.

Mara Brennan se sentía reclusa en aquella casa, como si fuera su cárcel particular. Ser testigo protegido no era fácil, y más si quien debía custodiarla era Callum Bradford. Solo llevaba allí un par de días y, si no hacía algo con su tiempo, acabaría volviéndose loca. Hastiada de ver la televisión, decidió dirigirse a la puerta que Savanna le había señalado el día anterior, indicándole que era “su” biblioteca particular.

Entró con cautela y descubrió una amplia estancia que poco tenía que ver con el resto de la vivienda, de estilo conservador. El tono verde de las paredes le daba luminosidad; los muebles eran claros y modernos, y un amplio escritorio de cristal, donde reposaba un portátil, presidía el centro de la

habitación. Estaba claro que aquel lugar era el territorio de su anfitriona. Savanna no trabajaba en una biblioteca por casualidad, las estanterías que flanqueaban las paredes de lado a lado estaban repletas de libros, y no parecía quedar un solo hueco libre en ellas. A través de un amplio ventanal entraba la luz a raudales y mostraba una magnífica vista de los campos verdes del rancho.

Decidida, rebuscó entre los títulos de la primera estantería, y descubrió una magnífica colección del mismo título, cosa que la sorprendió. Ocupaba toda una balda, y a pesar de que los lomos y tamaños eran diferentes, tenían el mismo título: *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. Parecía que aquella historia era importante para Savanna, más allá del gusto por la lectura.

Mara siguió buscando, disfrutando de la variedad existente, pero cuando iba a girarse para investigar la siguiente estantería, descubrió un rincón donde había una veintena de pequeños marcos con fotos. La curiosidad pudo más que la cautela y se acercó para estudiarlos. Allí encontró una amalgama de instantáneas, algunas en blanco y negro, y una emoción desconocida la atrapó al descubrir una donde cuatro niños, subidos en una valla de madera, sonreían alegremente a la cámara. No le costó reconocer a Callum en uno de ellos, y una inmensa ternura la atravesó. Al percatarse, desvió la mirada con la intención de tapar aquel sentimiento, y fue cuando descubrió otra que llamó su atención. En ella descubrió a Keith vestido de aviador junto a otro joven de sonrisa seductora. Ambos sostenían un casco, y un reluciente avión, que no logró identificar pero supuso que era del ejército, los protegía del sol a su espalda.

Allen había terminado con las tareas que tenía previstas para la mañana y decidió ir a casa para ver cómo andaban las cosas por allí. La aparición de su sobrino, acompañado por aquella joven, le había sorprendido. Callum era como uno hijo para él, y a pesar de que el chico se creía que le engañaba, sabía perfectamente que algo grave sucedía para que estuviera allí. A primera hora de la mañana, mientras cambiaba al ganado a los pastos del sur, no le había pasado desapercibido que varios hombres de Keith vigilaban el rancho. La cosa no pintaba bien, pero esperaba que su sobrino en algún momento le contara lo que sucedía.

Cruzaba el pasillo en dirección a su dormitorio cuando descubrió la puerta del despacho de Savanna entreabierta y, llevado por la curiosidad, se

asomó para descubrir a Mara concentrada en la observación del rincón donde su nuera había colocado algunos retratos familiares. Con sutileza entró y se colocó a la espalda de la joven.

—Me encanta esa foto —habló, sobresaltando a la joven.

—Señor Bradford, me ha asustado —expresó Mara al girarse, con la mano en el pecho.

—Llámame Allen —le rogó el anciano.

Mara sonrió al descubrir la amabilidad en su rostro y asintió con un gesto de cabeza.

—Allen, es una fotografía excepcional —reconoció la joven, volviendo a admirar la misma—. ¿Keith fue aviador? —preguntó, reprendiéndose mentalmente al instante por su indiscreción.

—Sí; antes de ser *Sheriff*, pilotó un *Boeing RC-135* —comenzó Allen, perdido en los recuerdos del pasado.

—¿Y cómo acabó siendo *sheriff* de Darrell Creek? —indagó Mara curiosa.

La mirada del hombre, que aún seguía perdida, se enturbió por la tristeza, y Mara no pudo evitar sentirse culpable por la pregunta, que parecía dolorosa.

—Keith siempre soñó con ser aviador. Cuando apenas levantaba dos palmos del suelo, se tragaba cualquier película donde saliera un avión o helicóptero. Luchó duro para cumplir su sueño. Mi Adelle y yo nos sentimos muy orgullosos cuando se graduó y al fin pudo pilotar un avión de reconocimiento. Durante algunos años, *mi chico* fue feliz, se sentía realizado con su trabajo, y mi esposa y yo disfrutábamos de sus anécdotas cuando nos visitaba. Todo cambió cuando regresó de la última misión en Afganistán —su relato se vio interrumpido cuando Allen se quedó sin aliento.

Mara, al percibir que las lágrimas afloraban en el rostro masculino, no pudo evitar acercarse y aferrar su brazo con preocupación.

—Allen, ¿se encuentra bien?

El aludido pareció volver al presente, y con el dorso de su mano, secó las lágrimas que habían humedecido sus mejillas.

—Sí, por supuesto —mintió.

—Por favor, no hace falta que me cuente más —expresó Mara preocupada.

—No hay problema, preciosa, no queda mucho más que relatar. En

aquella misión nada salió como se esperaba. El avión de reconocimiento que pilotaba Sloan, el mejor amigo de Keith, fue derribado ante sus ojos, y en aquel momento mi hijo decidió que su sueño, por el que había luchado toda una vida, ya no significaba nada. El trauma de ver cómo su mejor amigo moría lo destrozó por dentro y decidió regresar al hogar. Luego buscó una nueva forma de ganarse la vida y decidió ser agente de la ley. Hace un par de años Andrew, mi otro hijo, murió en un desafortunado accidente de tráfico, y Keith decidió mudarse al rancho para hacerse cargo del rancho y de la familia. Yo ya soy un viejo y no puedo...

Mara notó que un nudo se formaba en su garganta y, sin pensar en lo que hacía, se abalanzó sobre el anciano y lo estrechó fuertemente entre sus brazos, procurando darle el consuelo que parecía necesitar.

Allen se sintió agradecido por su tierno gesto y se permitió el lujo de dejarse querer por Mara. Le gustaba aquella chica, y esperaba que su sobrino supiera jugar bien sus cartas con ella.

Así los encontró Callum, que solo había ido a comprobar que Mara estuviera bien. Al no hallarla en el salón ni en la cocina, la buscó en el resto de la casa. Y al escuchar voces en la biblioteca de Savanna, se asomó por el hueco que dejaba la puerta entornada. No salía de su asombro al presenciar la escena que se producía en el interior. Temiendo ser descubierto, decidió dar un paso atrás y desaparecer por el amplio pasillo.

Capítulo 12

El sonido del despertador sobresaltó a Dakota y manoteó sobre la mesilla hasta dar con aquel artefacto del infierno para apagarlo. Apenas eran las seis de la mañana, pero aquel día tenía mucho trabajo por hacer y no podía permitirse el lujo de quedarse en la cama haraganeando, como lo hubiera calificado Sean.

Tras vestirse con ropa cómoda, bajó a la cocina y agradeció que su hermano ya se hubiera ido a los campos. Cargó la cafetera y le dio al botón de encendido antes de abrir uno de los armarios para sacar unas magdalenas. Cuando la cafetera pitó, avisándola de que había acabado su función, se sirvió una taza y se sentó a la mesa. Solo había dado el primer trago, saboreando el brebaje que la despejaría, cuando la puerta trasera de la cocina se abrió para dar paso a Elijah, uno de los trabajadores del rancho.

—Perdone, señorita Crawford, pero ha surgido un problema —expresó el joven, mientras sostenía su sombrero entre los dedos tímidamente, sin llegar a entrar.

—¿Qué sucede? —preguntó Dakota con preocupación, mientras dejaba la taza sobre la mesa y se acercaba hasta allí.

—Preferiría hablar con el señor Crawford —indicó el joven, para disgusto de Dakota.

—Mi hermano está en los pastos del sur.

El joven se rascó la cabeza, indeciso sobre cómo proceder.

—Elijah, habla por favor —expresó Dakota, perdiendo la paciencia.

—Una de las vacas tiene espasmos y apenas puede sostenerse en pie —confesó Elijah inseguro.

Dakota se alarmó ante la noticia. Sabía que, si no actuaban pronto, el animal podía perecer, por lo que decidió tomar el control de la situación.

—Llevala a una de las cuadras, voy a llamar al veterinario, no podemos perder tiempo.

El joven asintió y desapareció con celeridad para seguir sus órdenes.

Dakota tiró el café por el fregadero y metió la taza en el lavavajillas antes de ir al despacho, donde se encontraba la agenda. Una vez allí, la abrió sobre la mesa, y tras localizar el número que buscaba, marcó con seguridad.

Tuvo que esperar varios tonos antes de que su interlocutor respondiera.

—*Ethan Candem* —respondió una voz somnolienta.

—Ethan, perdona las horas —se disculpó la joven—, soy Dakota Crawford.

—*Dakota* —replicó su interlocutor, más recuperado—. *¿Qué sucede?*

—Una de las vacas tiene espasmos y apenas se sostiene. Creo que se trata de un cólico —informó Dakota con preocupación.

—*Vale, estoy allí en diez minutos.*

—Muchas gracias, Ethan —replicó Dakota agradecida, antes de colocar el auricular en su lugar.

Dos horas después, Dakota salió del establo seguida por el veterinario.

—¿Cómo la ves? —preguntó Dakota con angustia.

Ethan Candem se tomó su tiempo para responder, mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—Ha sufrido espasmos gastrointestinales.

—¿Cómo ha podido suceder? —preguntó Dakota—; en esta época del año se alimenta de hierba fresca.

—Puede haber varios motivos. Pero yo apuesto por la sobrealimentación.

—¿Qué debemos hacer? —indagó la joven.

—Te aconsejo que no la dejéis que se tumbe, necesita actividad. Le he inyectado antibiótico. Creo que por el momento con eso bastará. Esta tarde volveré a visitarla.

—Gracias, Ethan, has sido muy rápido —agradeció Dakota.

—Es mi profesión —replicó el hombre con una sonrisa—, y la adoro. Y ahora debo marcharme, tengo otra urgencia en el rancho de los Miller.

Tras despedirse del veterinario, Dakota entró en la casa y fue directa a la nevera, donde cogió una botella de agua mineral. Desprecintó el tapón y bebió con gusto hasta acabar con el contenido y la tiro a la basura. Había sido una mañana dura y solo acababa de empezar.

—¡Dakota! —exclamó Ruth a su espalda—. Estás poniendo todo perdido —protestó su cuñada con el ceño fruncido.

La aludida se giró para enfrentarse a su cuñada y deseó desaparecer, pero no le quedaba otra opción que aguantar el chaparrón que se avecinaba.

—Lo siento —intentó excusarse, aunque sabía que de nada serviría.

—¿Tan difícil es recordar que debes dejar las botas de trabajo en el exterior? —continuó Ruth, mientras abría el armario donde se guardaban los productos de limpieza y sacaba la escoba y el recogedor—. Eres peor que un hombre —añadió dañina.

Dakota contó hasta diez antes de acercarse a Ruth y arrebatarle la escoba de las manos.

—Yo lo limpio.

Ruth no cedió a su agarre, y con malas formas comenzó a barrer.

—Por favor, ni siquiera eso sabes hacer, cuando llegué a esta casa era un desastre. Y por favor, cámbiate el calzado de una vez.

Dakota aceptó su sugerencia encantada, y sin añadir una palabra más salió por la puerta por la que había entrado poco antes. Ya en el porche, se acercó a un armario y sacó sus zapatillas de estar por casa antes de sentarse en el banco para ponérselas. No le apetecía volver a entrar en casa, y decidió quedarse allí, disfrutando de la imagen ante sus ojos. Era lo único bueno de aquel lugar, los extensos campos verdes que rodeaban la casa. En la lejanía pudo distinguir a un grupo de ganado que pacía plácidamente junto a una pequeña laguna.

Se recostó sobre el respaldo y suspiró pesadamente. Cada día era más difícil permanecer en aquel lugar. Tras la muerte de su padre, años antes, las cosas entre ella y su hermano habían empeorado. Pero nunca pensó que la situación podía ser peor. La llegada a la casa de Ruth, tras su boda sorpresiva con Sean, había hecho que su vida se convirtiera en un verdadero infierno.

Mil veces había pensado en marcharse, pero siempre encontraba una excusa para no hacerlo. Y allí estaba, con casi treinta años y sin una vida propia. Savanna, su mejor amiga, había intentado convencerla para que lo hiciera, pero no era capaz de romper con los lazos que la ataban a esa tierra. Era una cobarde, lo sabía, pero no encontraba las fuerzas necesarias para empezar de cero.

—¿Qué haces ahí? —sonó la voz de su hermano.

Dakota se sobresaltó y, al girar su rostro, descubrió a Sean a su lado.

—Nada —respondió a su pregunta con desgana.

Sean la observó con seriedad, molesto por su actitud.

—Pues recuerda que necesito el recuento de los terneros antes de que acabe la semana —le recordó.

—Lo sé —respondió—. Iba a ponerme con ello esta mañana, pero ha surgido un imprevisto con una de las vacas...

—Oye, no pongas excusas, yo tampoco he parado en toda la mañana, pero cumplo con todas mis obligaciones.

Dakota deseó mandar a su hermano al infierno, pero mantuvo la boca cerrada, como hacía siempre.

—¿No vas a decir nada? —insistió Sean con malos modos.

Dakota se levantó del banco y comenzó a caminar hacia la puerta antes de responder a su pregunta.

—Que ahora me pongo.

Al entrar en el despacho, descubrió sobre la mesa un montón de folios. Se acercó y se sentó tras el escritorio. Estaba claro que necesitaría horas para transcribir todos los datos y, para colmo de males, descubrió que estaba escrito por su hermano, que tenía una caligrafía nefasta.

Savanna estaba agotada. Había sido una jornada dura en el trabajo. Aquella mañana había salido a almorzar con una amiga con la intención de despejarse, y cuando regresó a la biblioteca se encontró con un trabajo extra que no esperaba. Una furgoneta repleta de cajas con nuevos volúmenes estaba aparcada en la parte trasera, y no le quedó más remedio que meterlas en la trastienda. Sabía que el día siguiente no iba a ser mejor, tendría que catalogar y organizar de nuevo los estantes, pero así era su trabajo.

Agradecía la presencia de Mara en la casa porque se había encargado de Adelle en su ausencia. Su pequeña estaba encantada con ella, y al parecer se lo habían pasado pipa viendo una película de princesas y comiendo palomitas. Habían acabado la sesión de cine disfrazándose de su personaje preferido. Cuando llegó a casa, encontró a la pobre Mara con las pequeñas alas de campanilla adosadas a su espalda y el rostro repleto de purpurina.

Aquella noche, el responsable de la cena era Keith, y como imaginaba, acabaron comiendo pizza otra vez. Mara se ofreció a recoger la cocina, pero Savanna se negó; ya había hecho demasiado haciendo de canguro eventual.

Keith insistía en que debían comprar un lavavajillas, pero Allen, su padre, siempre se negaba a meter dicho electrodoméstico en su cocina.

Savanna prefería no entrometerse entre ambos, aunque debía confesar que en aquel preciso instante lo hubiera agradecido.

Dejó el último plato en su lugar, en la alacena, y subió las escaleras con la intención de meterse en la cama. Se dirigió al cuarto de baño y se dio una ducha rápida. Agradeció el agua templada, ya que aquel día había sido demasiado caluroso. Se colocó su albornoz, que colgaba del perchero tras la puerta, y se cepilló el cabello antes de salir. Estaba a punto de entrar en la habitación, pero sus pies se detuvieron, quedándose a media acción al descubrir lo que sucedía en el interior.

Adelle ya debía estar durmiendo, pero por el contrario, se encontraba cómodamente apoyada sobre el pecho de su tío mientras este le leía un cuento. Nunca habría imaginado a Keith en una situación tan poco usual. Sabía que adoraba a su sobrina y que la colmaba con regalos. No era la primera vez que tenía que reprenderlo por mimar en exceso a su hija, pero lo que ahora observaba era muy distinto. Su voz varonil, que siempre había despertado algo en su interior, en aquel momento se había vuelto aflautada para interpretar a *Peter Pan*, el protagonista del libro que tenía entre sus dedos.

Aprovechando que ninguno de los dos se había percatado de su presencia, permaneció expectante, hasta que Keith cerró el libro.

—¿Ya? —preguntó Adelle contrariada.

—Me temo que sí, pequeña —le dijo su tío mientras dejaba el libro sobre la mesilla.

Adelle giró su rostro y clavó su mirada en la de su tío.

—¿No puedes leerme otro? —le rogó esperanzada.

—Es tarde —se excusó Keith mientras abandonaba la cama y ayudaba a la pequeña a tumbarse—, pero mañana habrá más historias —le prometió, besando su frente y encendiendo la luz de la mesilla.

—Pero...

Keith colocó un dedo sobre sus propios labios.

—Recuerda, Ada —la llamó por el apelativo que solo ellos conocían—, se supone que ya tenías que estar durmiendo. Ese era el trato.

Adelle no parecía muy contenta, pero afirmó con un gesto de la cabeza.

—Lo sé, tendré que esperar a mañana.

—Así es, princesa —dijo Keith mientras besaba su frente y apagaba el interruptor junto a la puerta, dejando la estancia iluminada por una tenue luz azul proveniente de la pequeña lámpara.

Savanna notó la emoción bullir en su interior, enternecida por una escena tan dulce como la miel. Keith y Adelle parecían padre e hija, pero no lo eran. Andrew no se merecía que ensuciara su memoria de esa forma, se recriminó.

Cuando fue consciente de que Keith iba a salir, desanduvo el camino recorrido con celeridad para regresar al cuarto de baño. No quería encontrarse con él, porque cada vez le era más difícil enfrentarse a su persona y no desear cosas que no eran posibles. Solo salió de su escondite cuando escuchó cerrarse la puerta del dormitorio de Keith. Sabiéndose a salvo, regresó al dormitorio que ahora compartía con su hija y abrió con cuidado la puerta para no despertarla. Rescató su camisón del armario y se lo puso, antes de situarse en la parte libre que quedaba en el colchón, procurando no despertar a la pequeña.

Keith se dirigió a su dormitorio con paso lento y, ya en su interior, se deshizo de la ropa para ponerse el pijama y tirarse sobre la cama. Una sonrisa especial aún adornaba su rostro, y se debía al momento vivido con la pequeña Adelle.

Vivir en aquella casa, junto a la mujer a la que amaba, era una tortura, pero disfrutar de pequeños momentos junto a su sobrina lo compensaba. La simple acción de leerle un cuento cada noche, antes de dormir, colmaba su corazón. En múltiples ocasiones se había imaginado que la pequeña era su hija, y aquella familia, la propia, pero los remordimientos llegaban después, cuando sentía que le estaba robando algo a su difunto hermano.

Cada día la situación era más difícil de llevar, y sabía que alargarlo no le ayudaba, pero no estaba seguro de poder seguir viviendo como antes, solo en una casa y con una vida vacía. Sabía que tarde o temprano tendría que hacer lo correcto; alejarse de aquello que más amaba y que no le pertenecía, y aunque lo había intentado en una docena de ocasiones, siempre encontraba una excusa para retrasar el momento. Era un cobarde, lo sabía, pero tenía demasiado miedo como para enfrentarse a la dura realidad.

Capítulo 13

Keith aparcó su coche frente a la biblioteca y bajó reticente. No le apetecía entrar, y menos por el motivo que lo llevaba hasta allí, pero no le quedaba más remedio que entregar en mano la notificación a la señora Albany, la jefa de Savanna. Sabía que su cuñada se iba a sentir incómoda con la situación, pero él también tenía que cumplir con sus obligaciones, y esa era una de ellas.

Entró en silencio, procurando no hacer ruido con sus zapatos sobre el suelo de madera noble. Se sentía cohibido en aquel lugar y le traía a la memoria recuerdos de su adolescencia, cuando la propia señora Albany lo amonestaba cuando murmuraba con algún compañero de mesa. Aquel olor tan característico a papel y tinta se metió en sus fosas nasales e, inevitablemente, le recordó a Savanna. Y como si la hubiera atraído con su pensamiento, escuchó su voz a su espalda. Apenas era un susurro.

—Keith, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

El aludido se giró para encontrarse con Savanna, que estaba preciosa con aquel vestido blanco que realzaba su tez morena. Su cabello flameante iba recogido en una coleta alta, y sus mejillas, limpias de maquillaje, mostraban aquellas pecas que tanto adoraba.

—¡Keith!, ¿pasa algo? —lo apremió Savanna preocupada.

El aludido se sintió estúpido al verse distraído por la contemplación de su rostro.

—Lo siento, vengo a ver a la señora Albany —contestó, explicando su presencia en la biblioteca.

—No entiendo —expuso Savanna confusa.

Keith tragó saliva antes de responder.

—Tengo que notificarle que debo retirarle el permiso de circulación, ha acumulado demasiadas multas.

Savanna se tapó la boca con una mano, mortificada ante la noticia. Sabía bien del mal carácter de la señora Albany, lo soportaba cada día en su puesto de trabajo, y aun así le daba lástima la situación. Aquella mujer adoraba conducir y le costaría adaptarse a no hacerlo, pero estaba claro que, a su edad, sus reflejos no eran lo suficientemente buenos.

—Se va a disgustar —avisó a Keith.

El aludido suspiró audiblemente antes de responder.

—Lo imagino, pero no tengo otra alternativa; he intentado citarla en comisaría, pero no ha habido manera.

—Pues ahora no está, ha ido a hacer un recado.

—Qué faena —expresó el *sheriff* con contrariedad.

—Estoy segura de que no tardará, es una mujer sujeta a estrictos horarios.

—Ya, parece que lleva un palo metido...

—Shhh —intentó silenciarlo Savanna, ya que había gente en la sala y no quería que escucharan su comentario. Pero no pudo controlar una risita que escapó de su garganta al oír una descripción tan acertada.

—Perdona —se disculpó Keith mientras se rascaba la cabeza, pero disfrutando del brillo que encontró en sus ojos color caramelo, que parecían más vivos que hacía tiempo.

—No te preocupes, puedes esperarla, pero será mejor que vayamos al almacén, allí nadie nos escuchará. —Le guiñó un ojo con complicidad antes de girarse para dirigirse a su ayudante, situada tras el mostrador de la entrada.

—Makayla, te dejo a cargo —le pidió antes de indicar a Keith que la siguiera.

Se internaron por un estrecho pasillo, donde Keith nunca había estado, y no pudo evitar sentir cierta curiosidad por el edificio centenario que siempre había estado presente en la imagen del pueblo.

—Makayla se quedará a cargo *de la seguridad* —se burló Savanna, ya que era poca la gente que acudía a aquel lugar a esa hora de la mañana.

—Si es necesario, puedo mandar a uno de mis hombres para que controlen a la muchedumbre —replicó Keith, siguiendo la broma.

—No creo que sea necesario; además, el pobre afortunado se aburriría como una ostra aquí, no hay canal por cable.

—¿Y qué hacéis en este lugar tan secreto? —indagó Keith, que no tenía mucha idea sobre el funcionamiento de una biblioteca.

—Tengo que organizar unos ejemplares que debo mandar a una biblioteca de San Antonio, para un club de lectura —le explicó.

—Ajá —replicó Keith, ahora perdido en la contemplación de la espalda de la mujer a la que seguía.

Se centró en el contoneo de sus caderas y en el movimiento de su bien

formado trasero. Al ser consciente de lo que hacía, apartó la mirada con rapidez, maldiciendo a su cuerpo por reaccionar ante aquella mujer que le estaba prohibida.

Con frustración, se quitó el sombrero y jugueteó con este hasta que llegaron a una sala repleta de estanterías. En el centro se encontraban cuatro mesas rectangulares que formaban una sola, donde más volúmenes parecían esperar su destino. Era una habitación cerrada donde no había ventanas, por lo que se iluminaba por una luz fluorescente blanca de lo más artificial.

—¿Pasas mucho tiempo aquí? —indagó mientras paseaba por el pequeño pasillo entre la mesa y los estantes de metal.

—Depende de los nuevos volúmenes que lleguen, quizás un día a la semana —respondió sin prestarle atención, centrada en la tarea de montar una caja de cartón.

—Este sitio es espeluznante —comentó Keith con humor—, me recuerda a una película de miedo, de esas de psicópatas que encierran a personas inocentes para torturarlas.

Savanna elevó sus ojos del papel que sostenía en una mano y los clavó en él antes de prorrumpir en sonoras carcajadas.

—Más de una vez he pensado lo mismo —dijo mientras dejaba la hoja sobre la mesa y cogía una escalera que situó frente a una estantería.

Keith la observó atentamente mientras subía los peldaños. De nuevo su mirada libidinosa se fijó en su cuerpo, esta vez centrándose en sus torneadas piernas. Se acercó inconscientemente y se situó a su costado.

—Deberías cobrar un plus —dijo mientras se cruzaba de brazos y apoyaba su espalda sobre la estantería, sin apartar la mirada de ella.

—¿Por qué?

—Es peligroso subirse a una escalera tan alta.

—Hasta ahora no he tenido ningún problema con eso —replicó Savanna mientras cogía un gran lote de libros entre sus manos.

—¿Y por qué no lo hace Makayla? —preguntó contrariado, no le gustaba pensar que algo malo pudiera pasarle a Savanna.

—No está preparada para lidiar con la burocracia —replicó mientras comenzaba a bajar los peldaños.

—Aun así, seguramente ella esté más ágil.

Savanna se vio sorprendida ante sus palabras y giró su rostro para observar a Keith, que parecía cómodo en aquella postura despreocupada. No

sabía cómo tomarse aquel comentario.

—Keith, por favor, aún soy joven.

Cuando él elevó su rostro y clavó su verde mirada en ella, sintió que su corazón se detenía ante la intensidad de la misma.

—Makayla es mona, pero tú eres una mujer espectacular. Es normal que los hombres se volteen cuando pasas, he sido testigo de ello en múltiples ocasiones.

Las mejillas de Savanna se colorearon al escuchar su respuesta y notó su cuerpo temblar y, con nerviosismo, intentó descender, pero no calculó bien dónde estaba el siguiente peldaño y pisó en falso. Con el peso de más que llevaba, no pudo evitar balancearse hacia atrás y, sin mano libre para agarrarse, sintió el vértigo de la caída.

Se formó un gran escándalo cuando los tomos impactaron contra el suelo, y Savanna solo fue consciente de lo sucedido cuando descubrió que se encontraba entre los brazos de Keith, que la observaba con intensidad. Podía notar su aliento sobre su piel. Sus rostros estaban a escasos centímetros de distancia. Solo habían estado así de cerca en el pasado, y era como volver a revivirlo.

—¿Estás bien? —preguntó el *sheriff* con preocupación, sin soltar aquel cuerpo que pesaba menos que una pluma.

Savanna asintió, incapaz de pronunciar palabra, perdida en su mirada. Sus ojos verdes parecían desear lo que ella misma quería. Algo se había apoderado de su cuerpo y, sin pensar en las consecuencias de sus actos, acercó sus labios a los masculinos.

Keith sintió su aliento fresco, y luego, el roce de su piel. En un principio pensó que lo estaba imaginando, pero sus suaves labios sobre los propios y su dulce olor le hicieron ser consciente de que era verdad: Savanna lo estaba besando.

Notó el corazón acelerado en su pecho y se sintió como un adolescente estúpido. Cuando su húmeda lengua lo acarició, se dejó llevar por sus anhelos y abrió la boca para recibir la caricia femenina. El beso apasionado compartido en aquel momento nada tenía que ver con los primeros, que habían sido más dulces. Ahora, con el paso de los años, era la pasión la que regía las normas.

Sin ser consciente de ello, acabó cogiendo a Savanna por la cintura y empotrándola contra la estantería para poder intensificar la caricia. Sus manos

ávidas recorrieron sus costillas hasta llegar a sus caderas, donde moldeó su contorno con los dedos. No descuidó por ello su boca, cuyas lenguas se batían en un duelo.

El sonido del pomo al girar lo alertó y, en un diestro movimiento, Keith se apartó de Savanna y se alejó unos pasos. Cuando la señora Albany entró, ambos ocupaban una esquina diferente de la estancia, y sus miradas estaban unidas en un punto donde el desconcierto asolaba a ambos.

—Buenos días, *sheriff*, ¿qué lo trae por aquí? —preguntó la anciana, que se quitaba una chaqueta de punto fino, a pesar del calor del día.

—La buscaba a usted —logró mascullar Keith.

—¿Y qué puede querer el *sheriff* de una vieja como yo? —cuestionó mientras se cruzaba de brazos.

Keith se enfrentó a su mirada fría. En su bolsillo estaba la notificación que debía entregarle, pero en aquel momento no se veía capaz de enfrentarse a esa mujer. Balbuceando, se excusó, dejando a la señora Albany confundida, y abandonó la sala intempestivamente.

Agradeció el aire limpio del exterior. Sin pensar en la impresión que estaba dando ante sus conciudadanos, se sentó en uno de los escalones de la entrada e intentó relajarse tras lo sucedido.

«¿Ha pasado de verdad?», se preguntaba confuso, aunque la confirmación la tenía en su paladar, donde permanecía el sabor de Savanna. Había fantaseado una y mil veces con volver a besarla, pero nada tenía que ver con lo que acababa de pasar en aquella sala. Estaba seguro de que, si no hubiera aparecido la señora Albany, habrían llegado más lejos, y eso solo lograba demostrarle la locura que se había apoderado de su persona.

A pesar de lo que sentía por esa mujer, siempre había mantenido las distancias con ella por miedo a cometer una indiscreción de la que podría arrepentirse. Y lo había conseguido hasta el momento, pero lo que nunca esperó fue que ella también se sintiera atraída por él y tomara la iniciativa en el acercamiento que habían protagonizado. El pasado se volvió presente, y el futuro ante sus ojos era incierto.

Capítulo 14

Savanna intentaba acabar con los restos de su plato, pero tenía un nudo en el estómago que se lo impedía. Y no era para menos, después de lo sucedido en la biblioteca. Cuando Keith había desaparecido dejándola abandonada a su suerte con las insistentes preguntas de la señora Albany, se sintió frustrada.

Solo por la tarde, cuando se quedó sola, pudo reflexionar sobre lo sucedido. Se sentía mortificada por la estupidez que había cometido al besar a Keith, y la angustia asoló su existencia, al no saber qué pasaría de ese momento en adelante.

Sabía que había franqueado una línea prohibida y no habría marcha atrás. «¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntó con angustia, sin saber cómo solucionar la situación. Estaba claro que la convivencia en aquella casa iba a cambiar irremediabilmente tras lo sucedido.

«No puedo seguir así», se dijo, antes de dejar su servilleta al lado de su plato y levantarse del lugar que ocupaba.

—Lo siento —se disculpó ante los ocupantes de la mesa, que la observaron sorprendidos ante su extraña actitud—, no me encuentro bien, me voy a la cama —se excusó, antes de abandonar la cocina.

Savanna aguantó estoicamente las miradas clavadas en su espalda hasta que llegó al pasillo, donde se sintió liberada. Y con determinación se dirigió al despacho, donde sabía que se había refugiado Keith.

Se detuvo cuando llegó frente a la puerta, y se tomó unos minutos para coger fuerzas. Finalmente respiró hondo y golpeó la misma con los nudillos. Al no recibir respuesta, no dudó en abrirla y entrar.

—Keith, tenemos que hablar —soltó antes de arrepentirse.

El aludido estaba cómodamente sentado en la silla tras el escritorio. En su mano derecha sostenía un vaso de whisky, que hacía girar entre sus dedos, y la izquierda reposaba sobre la mesa. Parecía querer ignorarla, y clavó su mirada en los hielos que chocaban entre sí.

Savanna hubiera querido gritar por la frustración. Con resolución, se acercó a su altura y, con un movimiento brusco, hizo voltear la silla giratoria, quedando frente al rostro sorprendido de Keith.

—¿Qué demonios has hecho?! —preguntó él, sorprendido por su actitud.

Sostenía a duras penas el vaso entre sus dedos, que había estado a punto de derramarse sobre sus pantalones.

—Llamar tu atención —replicó Savanna, ahora menos segura al ver la expresión torva de su rostro.

—¡Pues ya la tienes! —gritó Keith, perdiendo los nervios—. ¿Qué quieres?

A Savanna no le gustó el tono que estaba utilizando Keith. «¿Quién te crees que eres?», rumió molesta, mientras colocaba sus manos sobre sus caderas. Estaba claro que aquel hombre no la conocía realmente si pensaba que iba a permitir que la tratara así. Con intención, se acercó a la silla y se situó entre sus piernas, para luego plantar las palmas de sus manos sobre los reposabrazos. Así fue como quedó, ligeramente inclinada, a escasos centímetros del rostro masculino.

—Quiero que me expliques qué es lo que ha sucedido esta mañana —dijo arrastrando las sílabas que pronunciaba.

Keith estaba sorprendido por la actitud decidida de Savanna. Su cercanía lo estaba poniendo en un fuerte aprieto, porque su dulce olor llegaba hasta sus fosas nasales y su pulso comenzó a acelerarse. «Tengo que alejarla», se ordenó mentalmente.

En una postura engañosamente perezosa, se recostó contra la silla, logrando con ello apartarse unos centímetros de su influjo, y dibujó en sus labios una sonrisa seductora y ciertamente burlona.

—Explícalo tú, que fuiste quien me besó —respondió con un humor que no sentía.

Savanna no daba crédito a sus palabras. Su actitud chulesca le recordó a cómo la trató en su adolescencia, y una inseguridad perdida en el tiempo volvió a asediarla. Su cuerpo se tensó y se puso tiesa como un palo. Incluso dio un paso hacia atrás, para alejarse de aquel hombre a quien no quería recordar.

—Es verdad, yo te besé, pero recuerdo claramente cómo respondiste a mi caricia, no puedes negarlo —concluyó, clavando su mirada en aquella sonrisa que deseaba borrar con un derechazo muy poco femenino.

—*Cielo*, soy un hombre, no soy de piedra —replicó Keith mientras abandonaba su asiento y se bebía de un solo trago el contenido del vaso antes

de dejarlo sobre la mesa—. Ya eres mayorcita para saber cómo funcionamos los hombres.

—No te reconozco —lanzó Savanna, sorprendida por su comentario machista y tan poco propio de él.

Keith apretó los puños dentro de sus bolsillos, consciente de la mirada decepcionada de la mujer a la que amaba, pero convenciéndose de que era mejor así.

—¡Oh! Vamos, no seas mojigata, sabes perfectamente que te has lanzado en mis brazos.

Keith no se sorprendió cuando la mano de Savanna impactó sobre su rostro y el portazo que se sucedió a continuación. Frustrado, se dejó caer nuevamente sobre la silla, mientras se cubría el rostro con ambas manos.

Savanna subió las escaleras a toda velocidad, con las lágrimas poblando sus mejillas, pero al no contar con el refugio de su dormitorio, buscó otro lugar. Observó el fondo del pasillo y no dudó en abrir la puerta que daba al desván, donde hacía años que no entraba y donde se acumulaban cajas y polvo.

Accionó el interruptor y la bombilla desnuda se iluminó. Se acercó al viejo sofá, que había conocido tiempos mejores, y no dudó en tumbarse, dando rienda suelta a su angustia. «Soy una estúpida», se recriminó hasta la extenuación, pero eso no aliviaba el dolor que sentía en su corazón. Por un segundo, un instante suspendido en el tiempo, había pensado que era posible, que quizás Keith aún sentía algo por ella, pero todo había sido una quimera.

Frustrada, se secó las lágrimas con las manos y tomó una decisión: empezar a ver la vida de otra forma, donde Keith no tuviera cabida.

Dakota notó cómo su mirada se volvía borrosa y su estómago rugía sonoramente, indicándole que se aproximaba la hora del almuerzo. Apagó el portátil y lo cerró, contenta de haber acabado con su trabajo. Al fin había terminado con la transcripción de los datos de las cabezas de ganado que habían nacido en primavera, y al fin podía tomarse un merecido descanso. Estaba a punto de levantarse para dirigirse a la cocina con la intención de buscar algo de comer cuando su teléfono pitó, alertándola de que había recibido un wassap. Cogió el aparato, situado sobre la mesa, y lo encendió

para encontrar un mensaje de Savanna.

SOS, necesito hablar.

Ese fue el escueto mensaje, acompañado por un emoticono llorón. Alertada, Dakota contestó al instante.

¿Qué sucede?

Escribió, antes de dar al icono de enviar, y esperó la respuesta de su amiga.

Es demasiado largo de contar. ¿Podemos quedar esta tarde?

Dakota movió los dedos vertiginosamente sobre el teclado para responder.

¡Claro, cielo!, ¿te parece bien en la cafetería de Annetta?

La respuesta no se hizo esperar.

Perfecto, allí estaré.

Dakota iba a responder, pero sus dedos quedaron suspendidos sobre el teclado cuando vio entrar en el despacho a su hermano. Su rostro se mostraba frío, con aquel gesto ceñudo tan característico en él.

—Aquí tienes —le dijo directamente, sin un triste saludo por su parte, dejando un manojito de papeles sobre la mesa—, acabo de encontrar estas hojas de recuento que se han debido de traspapelar.

Dakota clavó su mirada en el rostro de su hermano y apretó los labios. No pensaba renunciar a su cita con Savanna, que la necesitaba, y a pesar de que eso traería como consecuencia una discusión con Sean, se negó.

—Mañana lo haré —dijo abandonando su silla, dispuesta a salir del despacho.

Notó el momento exacto en el que el cuerpo de su hermano se tensó, y como esperaba, se interpuso en su camino.

—De eso nada, lo quiero esta tarde —afirmó Sean tajante.

Dakota colocó sus manos sobre su cintura y lo enfrentó.

—No, he quedado.

—¿Con quién? —preguntó su hermano con malos modos.

—No es asunto tuyo —replicó Dakota, mostrando por primera vez su genio.

Sean se meso la nuca e intentó controlarse.

—Tienes razón, pero el informe tengo que entregarlo mañana.

—Lo haré esta noche —expresó ella segura.

—Dakota, este rancho también es tu responsabilidad —le recordó Sean.

La aludida se giró y clavó su mirada en el rostro de su hermano. Odiaba que le recordara sus deberes, que pesaban sobre sus hombros como una losa.

—Lo sé, y por si no lo recuerdas, dejé mi carrera de bellas artes cuando papá murió para cumplir con mis obligaciones. Y ahora, si no te importa, tengo prisa —concluyó antes de salir por la puerta. Había pensado comer en casa, pero prefería ir al pueblo y hacerlo sola que compartir mesa con su hermano y su cuñada.

Dakota aparcó su coche frente a la pequeña cafetería de Annetta. Le gustaba aquel lugar, cuya fachada, pintada de un precioso blanco roto, estaba adornada por pequeñas tazas de madera de colores pastel que ocupaban gran parte de la pared. El interior tenía un precioso estilo *Vintage* que a Dakota le encantaba.

Como esperaba, Savanna ya estaba acomodada en una pequeña mesa redonda, junto a una de las ventanas, y cuando la vio entrar, abandonó su asiento y se acercó hasta ella para abrazarla con emoción.

—Por fin —expresó, mientras se apartaba y clavaba su mirada en el rostro de su amiga, para descubrir que algo le pasaba—, hace semanas que no hablamos. ¿Qué sucede?

—Nada —mintió Dakota, no quería volver a un tema recurrente—, solo que ha habido mucho trabajo en el rancho y estoy agotada.

Savanna aceptó su excusa, mientras ambas se sentaban en torno a la mesa. Annetta no tardó en acercarse y tomar nota de su pedido para volver a dejarlas solas frente a una taza de café humeante.

—Bueno —comenzó Dakota, con una gran sonrisa—, ¿me vas a contar de una vez lo que te pasa?

Savanna suspiró pesadamente y sus hombros se hundieron ligeramente.

—Dakota, ha sucedido algo con Keith —respondió escuetamente.

Su amiga la observó largamente mientras apoyaba su barbilla sobre su mano, cuyo codo estaba apoyado sobre la mesa.

—¿Habéis vuelto a discutir? —preguntó curiosa.

Savanna asintió con un gesto de cabeza.

—Y algo más.

Los ojos de Dakota se abrieron como platos. Estaba claro que lo que su amiga ocultaba era grave, ya que no era capaz de contárselo.

—Desembucha de una vez —le exigió.

Savanna se sentía cohibida, pero si quería un consejo, debía confesarle a Dakota lo sucedido en la biblioteca.

—Hace un par de días... besé a Keith.

—¡Dios santo! —exclamó Dakota, mientras se cubría las mejillas—. Me tomas el pelo, ¿verdad?

Savanna se mesó la frente, denotando así el dolor de cabeza que la atormentaba. Llevaba varias noches sin dormir y no podía dejar de pensar en lo sucedido.

—Ojalá fuera así, pero sucedió, y desde entonces estoy hecha un lío.

—Cuéntame todo de pe a pa, y luego te daré mi opinión.

Renuente, Savanna comenzó su relato. Dakota no parpadeó mientras escuchaba atentamente a su amiga. Cuando la voz de esta se silenció, necesitó unos segundos para poder reaccionar.

—Te he dicho más de cien veces que Keith sigue enamorado de ti.

Savanna frunció el ceño antes de contestar.

—¿Has escuchado lo último que te he contado? Cuando le pedí una explicación se comportó como un troglodita. Me trató como si fuera un trozo de carne. ¿Te parece que esa es la actitud de un hombre enamorado?

—Es todo una fachada, todos los hombres son así, se asustan ante los sentimientos.

—¡Oh, vamos, Dakota!

—¿Por qué crees que se niega a contratar a nadie para el rancho? Te voy a dar la respuesta: teme que ese hombre pueda interesarse por ti.

—¡Oh, por favor, deja de decir estupideces! —exclamó Savanna con fastidio.

—¡Oye, no es una estupidez! —replicó Dakota segura—. Ese hombre sigue enamorado de ti, aunque te empeñes en negarlo. Teme la competencia.

—Eso pasó hace mil años —le rebatió Savanna.

—Y ahora me dirás que tú no sientes nada por él. Por favor, Savanna, que nos conocemos desde primaria. Y si no, ¿por qué lo besaste?

La réplica de Savanna se vio interrumpida por la llegada de la dueña de la cafetería, que cargaba con dos platos, cuyo contenido le hizo salivar. La tarta de chocolate de Annetta era bien conocida y nadie se podía resistir a su

sabor.

—¿Savanna? —insistió Dakota.

—Está bien, tienes razón —se rindió la aludida—, aún siento algo por Keith, a pesar de que rompió mi corazón. He luchado contra esos sentimientos durante demasiado tiempo, pero no lo he logrado. Estos dos años que llevamos conviviendo con él se han convertido en un verdadero infierno para mí, y no sé cuánto más podré soportar esta situación.

—¿Y por qué no hablas con él? —preguntó Dakota.

—Ya lo he intentado —respondió Savanna frustrada.

—Vuelve a hacerlo, pero esta vez con el corazón, y todo irá bien.

—Tú lo ves muy fácil, ¿verdad? —replicó Savanna molesta—. ¿Por qué no hablas tú con Sean?

Dakota iba a replicar, pero prefirió cerrar la boca respecto al asunto. Estaba claro que Savanna estaba demasiado saturada y no veía más allá de sus propias narices. Le daría el tiempo que necesitaba para que reflexionara sobre lo que habían hablado. Sabía que, tarde o temprano, seguiría su consejo.

No quería estropear la tarde discutiendo con su mejor amiga, por lo que decidió cambiar de tema.

—¿Y qué tal está Adelle?

—Muy mayor —dijo Savanna, con una enorme sonrisa—, y feliz con el colegio. No sé cómo se va tomar que acabe dentro de unas semanas, lo va a extrañar.

—Eres afortunada —replicó Dakota—, tienes una hija maravillosa.

—Algún día tú también tendrás hijos —vaticinó Savanna.

Dakota asintió, aunque no estaba tan segura como su amiga. Siempre había ansiado ser madre, estrechar un bebé entre sus brazos, pero cada día que pasaba se daba cuenta de que su sueño se le escapaba entre los dedos.

Capítulo 15

Chase Malone accionó el intermitente antes de desviarse de la carretera principal a una secundaria, como le indicaba el GPS. Mientras circulaba por la calle principal de Lakewood, distrito de Belmont, no dejaba de pensar en lo que le había llevado hasta allí. La voz mecánica del aparato, adosado al cuadro de mandos del vehículo, le avisó de que había llegado al lugar indicado y, sin dudar, aparcó. Sus manos sudaban copiosamente e intentó nuevamente dominar el nerviosismo que dominaba su cuerpo desde hacía semanas, cuando recibió el informe del detective privado que había contratado meses antes, tras descubrir la verdad de su origen.

Aquel quince de septiembre, tras una reunión importante, decidió pasarse por la oficina por si había algo urgente que requiriera su atención. Lesley, su secretaria, le había informado de que había llegado un mensajero con un sobre urgente. Cuando entró en su despacho y descubrió el membrete en la solapa del sobre amarillo, sintió que el corazón se saltaba un latido y tuvo que sentarse en su butaca de cuero por miedo a perder el equilibrio. En aquel momento se vio incapaz de abrirlo y, guardándolo en su maletín, decidió irse a casa. Lesley se quedó sorprendida cuando el señor Malone anuló su agenda para aquel día, pero al ver su rostro demacrado no dudó en hacer lo que le pedía.

Tras leer el informe, meditó durante días sobre cómo proceder. Finalmente tuvo el valor de contarle a su madre lo que había descubierto y, cuando ella lo alentó a que siguiera con su investigación, se sintió más tranquilo. Había temido que su madre se sintiera mal por su empeño en encontrar a la única persona con la que compartía sangre, pero por el contrario, había sido muy comprensiva.

Y allí estaba ahora, aparcando frente a la casa de la única persona que podía ayudarlo a encontrar a su hermana, a la que ni tan siquiera recordaba. Apagó el contacto y bajó del automóvil con movimientos lentos. Con paso tranquilo, se aproximó a la casa de estilo victoriano y descubrió a una mujer delgada y con pelo cano que se entretenía podando los rosales del pequeño jardín situado en la parte delantera de la casa.

—Buenos días —la saludó, para llamar su atención.

La mujer giró su rostro y, haciendo visera con su mano, clavó su mirada en él.

—Buenos días —retribuyó Suzanne el saludo del desconocido que permanecía junto a la valla blanca que delimitaba su propiedad—. ¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó, segura de que aquel joven atractivo se había perdido.

Chase tardó unos minutos en contestar a su pregunta, un molesto nudo se había formado en su garganta.

—Sí, señora, ¿es usted Suzanne Smith? —preguntó directo.

La mujer dejó las tijeras de podar sobre una cesta cercana y, quitándose los guantes de trabajo, se acercó hasta él, sorprendida de que conociera su nombre.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea? —preguntó, mientras clavaba su mirada en su rostro.

—Soy Chase Malone, supongo que mi nombre no le dirá nada, pero necesito que me ayude a encontrar a mi hermana —soltó a bocajarro.

Suzanne sintió que su viejo corazón se detenía al escuchar sus palabras. Durante años se había dedicado a buscar un hogar a los niños que llegaban a su oficina, pero nunca, en su larga carrera, ninguno la había buscado para pedirle información, que por otro lado era confidencial.

—Lo siento, señor Malone —comenzó—, pero no creo que pueda ayudarlo.

—¿No era usted asistente social en Dallas? —insistió Chase, viendo que su única oportunidad de encontrar a su hermana se esfumaba.

—Sí, pero ya estoy jubilada; además, no puedo darle ningún tipo de información, es confidencial —le informó, esperando que aquel joven desistiera de su idea.

—Lo sé, señora Smith, pero al menos escúcheme —le suplicó.

Suzanne se mesó las manos con nerviosismo, dudando sobre cómo proceder. Clavó nuevamente su mirada en el rostro de aquel hombre y pudo leer la desesperación en sus ojos. Sabía que no debía ayudarlo, pero algo en su interior le decía que debía darle una oportunidad.

—Está bien, le escucharé, pero no le prometo nada.

—Gracias, señora Smith.

—Pase —dijo Suzanne mientras abría la puerta de la verja para que tuviera acceso al interior—, tomemos un té mientras conversamos —le invitó.

—Gracias —expresó Chase esperanzado.

La cocina era de estilo campestre. Los muebles estaban pintados en un alegre color verde oliva y las encimeras de mármol blanco estaban impecables. Chase se sintió enorme sentado en torno a la pequeña mesa redonda adosada a una ventana adornada con visillos blancos, mientras observaba cómo la mujer colocaba agua a hervir en uno de los fogones. Se mantuvieron en silencio durante esos minutos y, a pesar de todo, Chase se sintió cómodo.

Suzanne colocó las tazas humeantes sobre la mesa y, tras colocar una bolsita de té en cada una de ellas, se sentó frente a aquel joven.

—Bueno —comenzó, clavando su mirada en el rostro de Chase—, dígame qué cree que puedo hacer por usted.

Chase se sirvió un par de cucharadas de azúcar antes de responder.

—Mi padre falleció hace unos meses —comenzó—, y mientras organizaba sus pertenencias, encontré los papeles de mi adopción.

—Lo siento mucho, señor Malone —expresó sentida Suzanne.

—Gracias —replicó Chase agradecido—. Mis verdaderos padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo apenas tenía siete años. Yo iba en el coche junto a ellos y sufrí una gran conmoción, donde perdí todos mis recuerdos anteriores.

—Debe ser muy triste.

—Lo es, pero lo peor es descubrir, después de tantos años, que tenía una hermana.

Suzanne sintió que su corazón se encogía.

—Lo siento, joven. Pero, ¿en qué puedo ayudarle yo? —preguntó curiosa.

—He contratado a un detective para localizarla. Y la última pista me lleva a su oficina de Dallas. Solo usted puede saber dónde está.

Suzanne se levantó de la silla y le dio la espalda, pensando sobre cómo proceder. Sabía que podía meterse en un lío si le daba a ese joven la información que le requería y, a su vez, algo en su corazón le decía que debía hacerlo.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Savanna, Savanna Chandler.

Suzanne se giró y clavó su mirada en el rostro de aquel hombre, que esperaba con impaciencia su reacción.

—¿La recuerda? —preguntó Chase.

—Cómo no hacerlo, aquella niña era especial —confesó, con una sonrisa en los labios.

—¿Puede hablarme de ella? —le rogó Chase con el corazón acelerado.

—La conocí cuando apenas contaba seis años. Recuerdo ese día como si fuera ayer —comenzó Suzanne, como si estuviera perdida en el pasado—. Estaba lloviendo y tuve que recogerla en la última casa de acogida donde acabó. Me esperaba a una niña llorosa, incapaz de aceptar un rechazo más, pero por el contrario, encontré a una pequeña personita cuya mirada mostraba una madurez para nada acorde a su edad.

Chase sintió que algo en su pecho se desgarraba al imaginar la escena. Saber que su hermana había corrido de casa en casa, sin ser aceptada, dolía. Ahora sabía que él había sido afortunado.

—¿Y logró encontrar un hogar? —preguntó, con la voz impregnada de miedo.

Suzanne sonrió antes de responder.

—Sí, lo encontró, puede estar tranquilo.

—¿Y... se parece a mí?

Suzanne estudió al hombre que tenía frente a sí. Era alto como una torre y su cuerpo era musculado. Su cabello era castaño, perfectamente recortado. Sus ojos eran igualitos a los de Savanna, al igual que su boca, que en aquel momento mostraba una mueca triste, pero que imaginaba que iluminaba su rostro cuando se curvaba en una sonrisa.

—Espere aquí un momento —le rogó, saliendo de la cocina.

Apareció minutos después cargada con una caja de cartón color naranja. Tras colocarla sobre la mesa, rebuscó en su interior hasta dar con lo que quería mostrarle. Extendió su mano y colocó la foto frente a él.

Chase la cogió entre sus dedos y clavó su mirada en la imagen con avidez. Descubrió a una pequeña de cabello llameante y mirada triste. Se sintió impactado al descubrir que sus ojos eran idénticos a los propios, y una necesidad imperiosa de conocerla lo atrapó.

—Era preciosa —expresó a nadie en concreto.

—Por dentro y por fuera. Tras dejarla con su nueva familia, nos carteamos durante años —expresó Suzanne, a punto del llanto al ver la reacción de aquel joven.

—Me gustaría conocerla —indicó Chase, clavando su mirada en el rostro de la mujer que tenía frente a sí.

—Sabe tan bien como yo que no puedo darle la información que me pide.

—Señora, lo sé, pero hace apenas unos meses que descubrí la existencia de Savanna. El destino fue cruel al separarnos, pero aún no es tarde para recuperar lo que nunca tuvimos.

Suzanne se llevó la mano al pecho y dejó que las lágrimas corrieran libremente por sus mejillas antes de tomar una decisión de la que esperaba no arrepentirse. El corazón le decía que aquel joven era una buena persona, al igual que Savanna. ¿Quién era ella para interponerse ante la llamada de la sangre?, se preguntó con emoción.

Keith se había levantado al alba aquel domingo. Hacía unas semanas que tendría que haber empezado a almacenar los fardos de heno, y con tantos imprevistos, no había podido ponerse con ello. Al menos había logrado reparar el tractor, para ello había pasado varias noches trabajando en él. El insomnio asolaba su vida desde el día que Savanna había entrado en su despacho hecha una fiera tras el beso que habían compartido. Esa noche, a pesar del alcohol ingerido, apenas había podido dormir, rememorando cada gesto, olor y caricia compartida.

Sentía que se iba a volver loco de tanto pensar. No sabía cómo enfrentar la situación, y mucho menos a Savanna, a la que había intentado rehuir durante aquellos días. La estancia de Callum y Mara se lo había facilitado, pero cuando ellos no estuvieran, ¿qué pasaría?, se preguntó frustrado mientras desenganchaba el remolque cargado de la parte trasera del tractor.

Al llegar junto al granero descubrió que Callum ya lo esperaba allí, dispuesto a echarle una mano con el trabajo. Tras aparcar, abrió el portón del remolque y, mientras esperaba a que Callum se acercara, se colocó los guantes de trabajo.

—Keith, ¿a qué hora te levantaste? —le preguntó su primo mientras se situaba a su lado para bajar los fardos de paja—. Creí que habíamos quedado en ir juntos.

—Quería adelantar trabajo —mintió Keith, mientras entraba en el granero para dejar la primera carga.

Su primo lo seguía de cerca.

—Pues no deberías trabajar tanto, y descansar un poco más. Tienes unas ojeras que llegan al suelo.

—Callum, cállate y sigue trabajando, o no acabaremos hasta mañana.

El aludido no se amedrentó ante la voz enojada de su primo. Lo conocía bien, como a un hermano, y no se impresionaba con facilidad.

—Déjame adivinar; tu falta de descanso, ¿tiene nombre de mujer?

Keith se giró y clavó su fría mirada en su primo, molesto por su insistencia.

—Creí dejar claro la última vez que hablamos que no quería meterme en tus asuntos, no lo hagas tú en los míos.

—Tienes razón, pero creo que en este caso no son solo “tus asuntos”. Savanna tampoco tiene mejor pinta que tú, apenas come, y eso me preocupa.

Keith apretó la mandíbula al escuchar sus palabras. Desvió su mirada y le dio la espalda antes de volver al trabajo. Sabía que Savanna estaba más que enfadada tras su vergonzoso comportamiento, pero por nada del mundo quería que su salud sufriera por su causa. Toda la culpa era suya, ahora lo sabía, se reprochó. Hacía tiempo que debió haberse mudado a su casa, pero por su egoísmo, ahora todos sufrían. Sabía que solo quedaba una opción, volver a hablar con ella, pero aún no se veía preparado para hacerlo.

—¿Estás bien? —preguntó Callum preocupado, pensando que se había excedido.

—Sí —fue la escueta respuesta de Keith, que ya cargaba con un nuevo fardo sobre sus hombros.

—Lo siento, soy un bocazas, no debí meterme donde no debía.

—Déjalo ya, por favor —expresó Keith, mientras entraba nuevamente en el granero dispuesto a ignorar a su primo.

Capítulo 16

Savanna salió de la biblioteca con una leve sonrisa en los labios. Por primera vez desde que trabajaba allí, la señora Albany le había dado el resto de la mañana libre. Hubiera deseado comprobar la temperatura de su frente, para verificar si tenía fiebre, pero no quería tentar a la suerte. Llegó a casa y, tras cambiarse, decidió bajar a la cocina para preparar la comida, pero cuál no fue su sorpresa al descubrir a Mara frente a la encimera, que estaba repleta de utensilios.

—¿Qué haces? —preguntó curiosa mientras estudiaba su aspecto.

Mara se había parapetado tras un amplio delantal que, sin apenas haber comenzado con su plan, ya estaba lleno de manchas. Un díscolo mechón de su pelo había escapado de su coleta e intentaba apartarlo soplando.

—Aprendiendo a cocinar —replicó, colocando las piezas de pollo en un bol.

Savanna no estaba del mejor humor tras lo sucedido con Keith en el despacho, a pesar de los días transcurridos, pero la estampa que presentaba Mara le hizo sonreír.

Apiadándose de ella, se acercó y estudió la receta.

—Has empezado fuerte para ser tu primera vez —comentó Savanna con humor tras levantar su vista del libro—. ¿Y para quién pretendes preparar este manjar? —indagó, achicando sus ojos, que estaban clavados en el rostro de la mujer que espolvoreaba alegremente especias sobre el bol.

Mara detuvo su movimiento, quedando el bote de la pimienta suspendido entre sus dedos, mientras sus mejillas se coloreaban. Se había quedado muda, sin saber muy bien cómo responder, pero no fue necesario porque Savanna, sonriendo anchamente, se respondió a sí misma.

—A Callum le encanta el pollo, es uno de sus platos favoritos. Si quieres, puedo ayudarte —se ofreció mientras cogía una cebolla y la pelaba diestramente.

—Gracias —pronunció Mara, todavía cohibida.

—Me alegro tanto por vosotros —pronunció Savanna con nostalgia—. A veces extraño que un hombre me mime.

Mara la observó largamente, estudiando con atención su rostro.

—Savanna, eres una mujer hermosa y joven, ¿a qué esperan los hombres de este pueblo para conquistarte?

Savanna iba a responder que los hombres no le interesaban, pero al fijar su mirada en la entrada de la cocina, descubrió que alguien escuchaba su conversación. Podía ver perfectamente el rostro de Keith a través del espejo que colgaba frente a la puerta. Notó cómo la ira crecía en su interior, y hubiera deseado afejar su comportamiento, pero una idea surgió en su mente y decidió ponerla en práctica. Sentía como si un pequeño diablillo situado sobre su hombro le dijera lo que debía hacer.

—Bueno —comenzó, sin apartar la mirada de las facciones del hombre—, la verdad es que eso no es del todo correcto.

Mara abrió los ojos, sorprendida, mientras dejaba de manipular las verduras y, sonriendo ampliamente, se acercó a Savanna.

—¡Oh, Dios mío!, cuéntame —le exigió expectante.

Savanna recordó su encuentro con Taylor Harrison y no dudó en adornar la versión de lo sucedido.

—El otro día coincidí en la farmacia con el señor Harrison, el director del banco.

—¿Y? —preguntó Mara mientras elevaba su ceja.

—Siempre que nos encontramos intenta seducirme, y yo lo ignoro, pero esta vez he decidido darle una oportunidad. Hemos quedado el viernes para cenar —mintió.

—¡Vaya!, cuánto me alegro. Si quieres, te puedo ayudar a arreglarte —se ofreció Mara emocionada.

—Gracias, preciosa —le agradeció Savanna, comprobando que Keith acababa de desaparecer—, pero deberíamos seguir con ese pollo —le recordó—, no se cocina solo.

—¡Es verdad! —exclamó Mara mientras cogía una zanahoria para pelarla—, a ver si logro conquistar el estómago de Callum.

—Lo más importante —le aconsejó Savanna— es que no te quede duro, si no, estás perdida. Por cierto, ¿dónde piensas disfrutar de esa romántica comida? —preguntó curiosa.

Mara titubeó, incómoda, sin saber cómo responder a una pregunta tan normal y complicada al mismo tiempo. No sabía cómo confesarle a Savanna que Callum y ella utilizaban la vieja cabaña de troncos para sus encuentros. Temía que pudiera molestarse, ya que aquel lugar era especial para su

anfitriona, y no quería dañarla. Savanna le había abierto su casa y entregado una amistad que valoraba.

—Mara, ¿te ha comido la lengua el gato? —insistió Savanna, elevando su ceja derecha.

—¡Oh!, está bien, en la cabaña de troncos —confesó Mara atropelladamente—. Desde ya quiero disculparme contigo, en ningún momento quisimos...

Savanna comprendía que la pareja había buscado una intimidad que no podían hallar en aquella casa. Aquella cabaña alejada era el lugar ideal para un encuentro romántico. Recordó con nostalgia aquel lugar que fue tan especial para su esposo y su empeño por arreglarla para vivir allí. Andrew comenzó el proyecto con muchas ganas, pero las innumerables tareas del rancho le habían impedido seguir con el trabajo que requería reformar aquella cabaña y, finalmente, la idea había quedado relegada.

—Es un lugar de lo más romántico —comentó Savanna guiñándole un ojo y sorprendiendo a Mara, que la observaba dudosa—. Ya decía yo: «¿qué harán en la secadora las sábanas que dejé en la cabaña?, ¿habrán llegado hasta aquí solas?».

Ambas se observaron divertidas antes de estallar en sonoras carcajadas que inundaron la cocina.

«Soy un gilipollas», se reprochó Keith molesto, mientras entraba en el despacho y cerraba la puerta a su espalda. A pesar de la hora temprana, se acercó hasta el mueble bar y se sirvió un whisky solo. La frustración recorría cada poro de su piel y no conocía mejor forma de deshacerse de esa molesta sensación que ahogarse en el alcohol.

Llevaba varios días reuniendo el valor suficiente para hablar con Savanna sobre lo que sucedía entre ellos. Quería disculparse, confesarle que aún la amaba, pero descubrir que estaba interesada en otro hombre había destrozado cualquier esperanza que albergara su corazón. Y para colmo de males, no era cualquier hombre. Era bien conocido por todos su antagonismo con Harrison desde que asistían juntos a clase. Entonces era un “niño de papá” que podía conseguir a cualquier chica con solo chascar sus dedos desde su coche último modelo.

La furia aumentó varios grados al imaginar a Savanna rendida a sus pies con una sonrisa estúpida en los labios. Nunca hubiera pensado que ella se

fijaría en aquel hombre ostentoso, pero así parecía ser y eso lo consumía.

Todo era culpa de Callum, pensó molesto. «Nunca debí hacerle caso», se reprochó, pero claro, ¿qué sabía su primo del amor? Culpar a otro de sus propios errores no solucionaba nada, pero le hacía sentirse mejor.

Con cansancio, se dejó caer sobre un sillón y dio un trago al vaso antes de clavar su mirada en el ambarino licor. Eso le recordó a la mirada de Savanna y, en un gesto lleno de ira, lanzó el vaso contra la pared. El cristal se hizo añicos, al igual que su corazón.

Chase revisó por última vez su maleta, esperando no olvidar nada, y cerró la cremallera con vigor. No podía negar que estaba nervioso ante lo que tenía planeado, pero no pensaba echarse atrás.

Evolet entró en el dormitorio de su hijo y permaneció en la puerta, estudiando sus movimientos. Lo conocía como a sí misma y sabía que estaba nervioso, aunque no era extraño; lo que planeaba hacer era una completa locura. Desde que le había contado su plan, había intentado sacarle de la cabeza semejante idea, pero de nada había servido. Lo intentaría una última vez, se dijo, mientras se internaba en la estancia y se sentaba sobre la cama sorprendiendo a su hijo, que no la esperaba en su habitación.

—¿Estás seguro? —preguntó, ambos sabían a qué se refería.

—Mamá, no insistas, quiero conocerla.

—Hijo, lo comprendo, y te apoyo, pero no creo que sea la mejor forma de hacerlo.

Chase dejó la maleta en el suelo y se sentó junto a su madre antes de rodear sus hombros con su brazo.

—No va a pasar nada malo.

—¿Y te parece correcto ir a ese pueblo y hacerte pasar por quien no eres? —preguntó Evolet molesta.

—No quiero asustarla. Mi intención es conocerla y saber si ella está preparada para conocerme a mí. Si no es como espero, me marcharé sin haber trastocado su vida.

Evolet meditó sus palabras, no exentas de cierta verdad. No podía llegar a la vida de la joven y soltar a bocajarro que eran hermanos. ¿Y si saber la verdad le creaba un problema? Con renuencia, aceptó lo que su hijo tenía

dispuesto.

Apoyó su mejilla en su hombro antes de hablar.

—Está bien, lo entiendo. Solo te pido que me mantengas informada —le rogó.

Chase sonrió e intensificó el abrazo que compartían.

—Lo haré, no te preocupes. Y gracias.

—¿Por qué? —preguntó Evolet confusa.

—Por no enfadarte conmigo.

—¿Cómo puedes pensar eso? —dijo la mujer girando levemente su rostro para clavar su mirada en el de su hijo—. Comprendo perfectamente tu necesidad de conocer a una hermana que desconocías poseer. Y si todo sale como tú deseas, espero conocerla muy pronto y recibirla como a la hija que nunca tuve.

Chase se giró y abrazó más fuertemente a Evolet entre sus brazos antes de hablar con la voz gruesa por la emoción.

—Eres la mejor madre del mundo.

—Y tú el mejor hijo.

Chase se levantó y besó la coronilla de Evolet con amor.

—Lo siento, mamá, pero tengo que irme si no quiero perder mi vuelo —informó mientras cogía su maleta y se encaminaba a la puerta, acompañado por su madre.

—Espero que me llames en cuanto llegues.

—Lo haré —respondió Chase con una sonrisa ante la preocupación de su progenitora.

Capítulo 17

Una nueva pila de informes reposaba sobre el escritorio de Keith, y a pesar de saber que debía ponerse con el trabajo atrasado, no se veía capaz. El sonido del teléfono lo sacó de sus pensamientos, que últimamente solo pertenecían a Savanna. Había intentado por activa y por pasiva desterrarla de su cabeza, pero verla cada día se lo impedía. Sabía que debía tomar una decisión, y la única que veía viable era irse del rancho. No podría soportar volver a verla con otro hombre, y lo mejor era dejar el pasado atrás para siempre.

El sonido persistió y, molesto, cogió el teléfono, que reposaba sobre su mesa, para descubrir que era su padre.

—*Keith, tienes que venir ahora mismo al rancho* —la urgencia se translucía en la voz de su padre, y eso lo puso en alerta.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado.

—*Primero está la cuestión de Adelle, se ha caído de un árbol...* —comenzó Allen, pero fue interrumpido por su hijo.

Keith se levantó de la silla como un resorte, con el corazón galopando sobre su pecho.

—¿Está malherida? —preguntó con angustia mientras cogía las llaves del coche y caminaba hacia la puerta.

—*No, hijo, tranquilo, solo un raspón en la rodilla* —le tranquilizó su padre.

La mano de Keith ya estaba en el picaporte y, al escuchar sus palabras, se detuvo.

—Papá, ¿quieres que me dé un infarto? —le reprochó.

—*Keith, ese no es el problema.*

—¿Y cuál es? —indagó con el ceño fruncido.

—*Hace menos de una hora han venido los federales y se han llevado a Mara.*

—¡Joder! —exclamó Keith sin poder contenerse—. ¿Lo sabe Callum? —interrogó.

—*No, he intentado llamarle al móvil, pero no tiene cobertura. Está en los pastos del sur, recogiendo al ganado.*

—Bien, yo lo avisaré —dijo Keith, que ya salía de la comisaría y se dirigía a su coche con rapidez.

—*¡Keith!* —le increpó la voz de su padre, que parecía molesto—, *¿me vas a contar de qué va todo esto?*

—Papá, ahora no hay tiempo para eso.

—*Hijo...* —le reclamó la voz de su padre, pero Keith cortó la llamada sin ninguna consideración. Sabía que, cuando se encontraran, le montaría una escenita, pero ahora la preocupaba más la reacción de su primo cuando se enterara de lo que acaba de suceder con Mara.

Tardó menos de veinte minutos en llegar al lugar donde se encontraba su primo, aunque para ello había tenido que exceder todos los límites de velocidad. Callum arreaba al ganado mientras guiaba a su caballo con soltura. Cuando vio aparecer el coche patrulla elevó su mano y lo saludó, antes de acercarse hasta él a medio trote, desquiciando a su primo.

—Keith, ¿qué haces aquí? —preguntó tras bajarse del caballo y acercarse a la ventanilla.

—Tenemos problemas —expresó llanamente Keith—, deja al caballo y monta, luego vendré a recogerlo.

—¿Pero...? —indagó Callum confuso.

—Haz lo que te digo —le ordenó Keith, que no quería perder ni un solo minuto.

Callum dudó, pero al descubrir la mirada grave de su primo, no dudó en hacer lo que le pedía. Cuando ya tenía el cinturón puesto, decidió preguntar.

—Keith, habla de una vez. ¿Qué sucede? —le exigió.

—Me acaba de llamar mi padre, los federales se han llevado a Mara.

Callum se quedó mudo y un sudor frío recorrió su frente. Estaba claro que no se esperaba lo sucedido y la culpabilidad lo atrapó como en una tela de araña. Su mente trabajaba a toda velocidad.

—Debería haber estado allí —se culpó mientras cerraba los ojos y se pinzaba el puente de la nariz.

Keith desvió su mirada de la carretera y la clavó en el espejo retrovisor, donde pudo estudiar la expresión del rostro de su primo.

—No hubiera servido de nada, y lo sabes, se la habrían llevado igual.

Callum se mesó la frente con frustración, en un gesto nervioso.

—¡Joder! —exclamó para desahogarse.

—Deja de lamentarte, Callum. Cuando llegemos a casa prepara tus

cosas. Te llevaré al aeropuerto para que puedas coger el primer vuelo a Portland.

—Gracias —expresó Callum, agradecido de que su primo se hubiera hecho cargo de la situación.

—Y quiero que me mantengas informado. Me gusta esa chica, y espero que no seas tan estúpido como para dejarla escapar de tu vida —le aconsejó.

—Lo haré —le prometió Callum con sinceridad.

El vuelo llegó puntual al aeropuerto de *Dallas-Fort Worth*. Chase recogió su maleta y se dirigió a la agencia de alquiler de coches, situada en la misma terminal. Había decidido arrendar uno para llegar hasta Darrell Creek y así poder moverse con libertad por el lugar. Se decidió por un [Ford Tampilkan de color gris y, tras cargar su equipaje en la parte trasera,](#) emprendió su camino.

Llegó a la pequeña localidad a primera hora de la tarde. Estudió críticamente el lugar, que le pareció de lo más idílico. Tras callejear durante diez minutos, finalmente localizó un restaurante donde almorzar. La fachada no era ninguna cosa del otro mundo, no tenía nada que ver con los restaurantes a los que estaba acostumbrado a ir, pero estaba dispuesto a darle una oportunidad, además de que tampoco había encontrado muchas más opciones.

Accionó la intermitencia al ver un lugar libre en la entrada, y estaba maniobrando cuando un *Ford Mustang Fastback* color rojo lo adelantó a toda velocidad quitándole el sitio. La ira invadió su cuerpo y, aparcando en doble fila, se apeó del vehículo y caminó a grandes zancadas hasta la puerta del conductor. «Este gilipollas se va a enterar», se dijo mientras esperaba a que saliera, pero se quedó con la boca abierta al descubrir que se trataba de una mujer.

La estudió atentamente, sin ser consciente de ello. Era una mujer con curvas, lo evidenciaban sus *jeans* ajustados, aderezado con una bonita camiseta de tirantes color rojo que hacía resaltar su larga cabellera oscura. El sonido de sus tacones resonó en el asfalto, y fue entonces cuando pudo reaccionar.

—Perdona —la increpó—, pero este sitio era mío —expresó con seriedad.

Dakota, que en aquel momento cerraba la puerta de su coche, clavó su mirada en el hombre que tenía ante sí, sorprendida por sus palabras. No lo conocía, y eso quería decir que era un forastero en Darrell Creek. Era alto como una torre, al menos le sacaba una cabeza, y su pelo castaño iba pulcramente recortado. Su mirada estaba clavada en su persona, y no parecía estar muy contento. Aquel desconocido había elegido un mal día para cruzarse en su camino, pensó, antes de contestarle.

—¿Pone tu nombre en algún lado? —preguntó, elevando una de sus cejas, antes de otear a su alrededor, como buscando alguna señal.

Chase apretó la mandíbula al escuchar su respuesta, y cruzando sus brazos sobre su pecho, se acercó hasta ella.

—¿Pretendes intimidarme? —lanzó Dakota como un dardo.

Chase sintió cómo el rubor subía hasta sus mejillas, y deseó maldecir.

—No, pero yo vi ese sitio antes —replicó ceñudo.

—Pues lo siento, y perdona, pero ahora no tengo tiempo para discutir contigo —replicó Dakota, antes de darle la espalda y comenzar a caminar hasta la acera.

Chase no pudo apartar su mirada del contoneo de sus caderas. Molesto, chascó la lengua y volvió su atención a su coche, que estaba mal aparcado. Cinco minutos después, encontró un nuevo sitio, y tras estacionar su vehículo, se encaminó al restaurante de Bonnie, que era como se llamaba el lugar.

Al entrar por la puerta acristalada descubrió que era un lugar pequeño, ambientado en los años sesenta. El uniforme de las camareras le resultó de lo más pintoresco. Una mujer, que debía tener la edad de su madre, se acercó a su mesa para tomarle nota.

—Buenas, guapetón, soy Bonnie. ¿Quiere comer? —preguntó mientras dejaba una carta sobre la mesa.

—Sí, pero déjeme que me lo piense —expresó Chase mientras ojeaba los platos del menú ante sí.

—Claro, *cielo*, mientras te voy a traer un café.

Chase asintió, agradecido, y prosiguió leyendo la carta. Tardó poco en decidir, optó por un sándwich vegetal acompañado por unas patatas fritas. Cuando la mujer regresó, hizo su pedido y esperó pacientemente. Para entretenerse, cogió su móvil y se puso a revisar el correo electrónico.

Cuando acabó con su comida, elevó su mano y le solicitó a la camarera la cuenta. Cuando hubo abonado el importe, no dudó en preguntar a la amable

mujer por un lugar donde hospedarse.

Bonnie clavó su mirada en el joven y pensó que era demasiado atractivo. A pesar de su ropa sencilla, unos *jeans* azules y una camiseta verde claro, adivinó que tenía dinero. Había imaginado que solo estaba de paso, pero su pregunta despertó su curiosidad.

—¿Piensa pasar mucho tiempo aquí? —preguntó indiscretamente, como era su costumbre.

Chase sonrió levemente, estaba claro que había llegado a un pueblo pequeño.

—Una temporada —replicó escuetamente.

—Bien —indicó la mujer, mientras colocaba una mano sobre su cadera —, pues solo hay un lugar donde puede quedarse. La pensión de Lizzy, en la calle principal. No se encontrará muchos lujos, pero es un lugar limpio y barato.

—Gracias por la información —replicó Chase, dejando un billete extra en la mesa y abandonando su silla—. Para comer no tendré problemas, volveré aquí —añadió guiñándole un ojo a la mujer.

Capítulo 18

Savanna permanecía plácidamente tumbada en la cama, leyendo el último título de su escritora favorita. Había dejado dormida a Adelle y era el primer momento de paz que tenía en todo el día. La casa parecía demasiado silenciosa tras la marcha de Callum y Mara. Su partida le había tomado por sorpresa y también entristecido, al tener que renunciar a la compañía de la joven a la que ya consideraba una amiga. Esperaba que todos los problemas que parecían asediarla se resolvieran pronto y poder volver a verla en poco tiempo.

El pitido de su móvil la sobresaltó y, al cogerlo, descubrió un nuevo *whatsapp* del club de lectura.

Caroline: Chicas, ¿por qué no quedamos hoy para cenar?

Emy: ¿A estas horas?

Margy: Ohhh, sí, Calvin libra hoy, se puede quedar con los niños.

.....

Savanna leyó atentamente el constante bombardeo de mensajes. Para nada le apetecía salir en aquel momento, y esperó la reacción del grupo.

Caroline: He conseguido mesa para seis en el Bistró, en Smiley.

Emy: Mmm, está bien, dejaré a Clarise con mi madre.

Lorraine: Perfecto, cena de chicas!!!

Emy: Savanna.

Caroline: Savanna.

Emy: Savanna.

Margy: Savanna.

.....

Savanna dudó. ¿Y por qué no?, se preguntó. Quizás una cena con amigas la ayudara a mejorar su estado de humor, que en los últimos tiempos no era el mejor. La tristeza la tenía contra las cuerdas, y quizás un poco de oxígeno la ayudara.

Savanna: ¿Dónde quedamos?

Caroline: A las siete, frente al ayuntamiento.

Emy: Sí, señora.

Lorraine: Prepárate, Smiley.

Emy: No os pongáis muy guapas, eh...

.....

Savanna dejó el libro en la mesilla de noche y se levantó con energías renovadas, más animada que en mucho tiempo. Se dirigió al armario y rebuscó en su interior hasta dar con el vestido que buscaba. Era un diseño de verano sencillo. El escote era en uve y sus brazos quedaban al descubierto gracias a los estrechos tirantes. El color blanco del tejido hacía resaltar su moreno y dejaba al descubierto sus piernas. Completó el conjunto con unas sandalias de cuña del mismo color. Ya en el baño, cepilló su cabello y decidió dejarlo suelto a su espalda. Apenas se ocupó en maquillarse, apostando por la naturalidad que la caracterizaba. Tras comprobar el resultado en el espejo, cogió su bolso y salió por la puerta decidida.

Como esperaba, encontró a Allen en el salón, sentado en su sillón favorito y con la vista fija en el televisor.

—Allen —lo llamó, y el hombre se quedó boquiabierto al verla tan arreglada—. Ha surgido algo y voy a salir. Si pasa algo con Adelle, ya sabes, solo tienes que llamarme.

—Claro, *cielo* —replicó el anciano sonriendo al ver a su nuera, que parecía radiante—. Tú disfruta.

—Lo haré —replicó Savanna con alegría, antes de despedirse de su suegro con un gesto de la mano.

Salió por la puerta y, con paso firme, se dirigió a su coche, pero cuando estaba a punto de abrir la puerta del vehículo una voz la sobresaltó.

—¿Adónde vas?

Al girarse se encontró frente a Keith, que mostraba un rostro pétreo. No le gustó el tono ni la pregunta, y así se lo hizo saber.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones? —replicó.

Keith apretó la mandíbula al escuchar sus palabras. Tenía razón, no tenía ningún derecho sobre ella, pero los celos carcomían su interior sin control. Estaba más bella que nunca, y pensar que se había arreglado así para Harrison, hacía que su sangre hirviera en sus venas.

—No confundas las cosas. Solo me preocupo por ti.

—¡Já! —expresó Savanna, elevando su rostro con altanería—, no me hagas reír, por favor.

—¿Te crees que estoy bromeando? —expresó Keith, mientras avanzaba un paso para acercarse a ella. Lo que fue un error, porque su olor floral llegó a

sus fosas nasales, alterando sus sentidos—. No quiero que ningún hombre se aproveche de ti.

Sus palabras molestaron a Savanna. Estaba cansada de sus juegos. Aún tenía grabada a fuego la discusión que habían mantenido en el despacho.

—Tranquilo, aprendí bien la lección que me diste el otro día. Sé que los hombres no sois de piedra, e intentaré no tirarme en sus brazos. Y ahora, si no te importa, tengo prisa —concluyó girándose para abrir la puerta, pero su acción se vio interrumpida cuando Keith cogió su brazo.

—Lo que sucedió el otro día fue un error... —expresó Keith, hablando cerca de su oído.

Savanna sintió el corazón acelerado por su contacto, pero no estaba dispuesta a ceder a lo que él pretendía: controlar su vida.

—¿Qué fue un error? —siseó exacerbada—. ¿Que te besara o que me rechazaras? Déjalo, da igual tu respuesta, no me interesa —concluyó, antes de dar un tirón para deshacerse de su agarre y así poder subir al coche y salir del rancho derrapando.

Keith se había quedado quieto, frío ante sus palabras. «¿Pero qué demonios me está pasando?», se preguntó mientras golpeaba el polvo del suelo con la punta de la bota. No tenía ningún derecho de inmiscuirse en la vida de Savanna, que era una mujer libre, lo sabía, pero unos celos incontrolables se habían apoderado de su cuerpo y su raciocinio al imaginar que se había arreglado para Harrison, con el que sospechaba que tenía una cita; eso le había sacado de sus casillas. Y sí, le molestaba, no lo podía negar.

El domingo llegó al rancho Crawford como un bálsamo para Dakota. A pesar de que el trabajo en el campo no conocía de días de fiesta, ese día su lista de ocupaciones se rebajaba, y podía dedicar tiempo a su pasión: dibujar.

Cargada con un gran cuaderno bajo su brazo y con unos carboncillos guardados en uno de los bolsillos de sus *jeans*, decidió dar un paseo hasta la laguna. Allí al menos estaría tranquila, sin los constantes gritos de los gemelos.

Quería a sus sobrinos, pero a su seis años eran un torbellino que arrasaba la casa cada fin de semana. Su último ataque fue entrar en su

dormitorio y dibujar sobre uno de sus cuadernos conclusos. Al descubrir su fechoría, los buscó, con la ira transpirando por cada poro de su piel, pero cuando los reprendió por su acción, su madre se puso como una fiera con ella, como si lo que habían hecho Dylan y Sean no tuviera la mayor importancia.

Durante cerca de una hora se dejó llevar por lo que la rodeaba, mientras sus dedos se movían a toda velocidad sobre la hoja de papel. En un momento dado, colocó el cuaderno ante sus ojos, separándolo para estudiarlo con perspectiva. No quedó conforme con las sombras que se proyectaban sobre el agua, y estaba apunto de subsanar el error cuando su móvil comenzó a sonar. Frustrada, se limpió los dedos con un pañuelo y cogió el aparato con la intención de accionar el botón verde para contestar la llamada. No conocía el número, por lo que se presentó con su nombre.

—Dakota Crawford.

—*Hola, preciosa* —sonó una voz cantarina al otro lado—. *Soy Amanda.*

Dakota tardó unos segundos en reconocer la voz y el nombre de su dueña, pero cuando lo logró, una enorme sonrisa se dibujó en sus labios. Amanda había sido compañera suya cuando había comenzado sus estudios de bellas artes, y desde entonces mantenían el contacto. Su amiga acabó sus estudios y poco después consiguió un puesto en una prestigiosa galería de arte en Dallas. Se alegraba por ella, pero a la vez una herida, que nunca había sanado, se abría cada vez que sabía de sus éxitos.

—Cuánto tiempo —expresó Dakota con alegría—. Sé que tenía que haberte llamado hace mucho, pero hay demasiado trabajo aquí —se excusó.

—*No te preocupes, lo comprendo, no olvides que mi padre tiene un rancho.*

—¿Y cómo te van las cosas? —inquirió Dakota interesada.

—*No me puedo quejar, la verdad, pero no te llamaba para eso.*

Dakota frunció el ceño al escuchar sus palabras.

—Ilumíname —replicó curiosa.

—*Tengo una propuesta que hacerte.*

—¿A mí? —ahora sí que no entendía nada.

—*Eres una de las mejores dibujando paisajes y, ... ¡He conseguido que Edward te dé una oportunidad para exponer!*

Dakota, al escuchar sus palabras, se olvidó hasta de respirar. Siempre había soñado con ver sus trabajos colgados de las paredes de una galería, pero siempre había creído que era solo eso, un sueño.

—¿Es una broma? —preguntó temerosa.

—*Por supuesto que no. Le he hablado de ti y le he enseñado algunos dibujos tuyos que conservo de la universidad. Está muy interesado.*

—Pero —balbuceó Dakota—, ni siquiera conseguí acabar la carrera.

—*¡Oh, vamos, cielo! Tienes el talento suficiente, no necesitas un papel orlado para ser una artista.*

—No sé si estaré preparada.

—*Claro que lo estás. Te mandaré un correo electrónico con la idea de la exposición, y espero que puedas venir a Dallas unos días para concretar los detalles. Tienes más de ocho semanas para hacerlo. ¿Qué me dices?*

Dakota estaba deseando aceptar, pero temía no tener al nivel necesario como para afrontar un proyecto tan importante. De nuevo se infravaloraba, se amonestó mentalmente, y entonces recordó las palabras que tantas veces le había repetido Savanna. «Debes primero creer en ti misma, si quieres que los demás lo hagan». Había llegado aquella oportunidad con la que tanto había soñado, y por nada del mundo pensaba dejarla escapar.

—*¡Dakota!* —sonó la voz apremiante de Amanda.

—Por supuesto, Amanda, acepto encantada.

—*¡Bien! En unos días vuelvo a llamarte para concretar las fechas para vernos.*

—Gracias, Amanda —replicó Dakota con emoción.

—*No me lo agradezcas a mí, sino a tu talento. Ahora tengo que dejarte, besos preciosa* —se despidió su amiga con alegría.

Dakota tardó unos minutos en reaccionar. La sorpresa era mayúscula, y una sensación de vértigo la embargó. La nueva situación en la que se encontraba la obligaba a tomar decisiones, una de ellas, dejar sus tareas en el rancho para poder trabajar en el proyecto que le había comentado su amiga. Sabía que debía enfrentarse a Sean, y eso hizo que su cuerpo temblara como una hoja al viento. La discusión estaba asegurada, pero no por ello pensaba dejar escapar su sueño una vez más. Por primera vez en su vida, pensaba luchar con uñas y dientes, sin importar las consecuencias.

Resuelta, recogió sus útiles de dibujo y, con paso firme, se dirigió a la casa. Prefería enfrentarse a su hermano antes de perder el coraje recientemente adquirido. Traspasó la puerta y dejó el cuaderno en la mesa del comedor y, cuadrándose de hombros, guió sus pasos hacia el despacho de Sean. Llamó a la puerta con sus nudillos, y esperó hasta que su hermano le dio acceso.

Como esperaba, estaba tras el escritorio, con un montón de papeles dispersos sobre la mesa. Su cabeza estaba gacha, con el ceño fruncido, completamente concentrado en el papel que leía.

—Sean, tenemos que hablar —comenzó Dakota, logrando así que su hermano levantara la vista y le prestara atención.

—Dakota, ahora no, estoy muy ocupado y quiero salir esta tarde un rato con Ruth y los niños.

La aludida se acercó a la mesa y se sentó frente a su hermano.

—Lo siento, pero esto es importante.

Sean chascó la lengua molesto y, dejando el bolígrafo que tenía entre los dedos sobre la mesa, se recostó sobre la silla antes de hablar.

—¿Qué pasa ahora?

—Tenemos que buscar a una persona para que se encargue de la burocracia del rancho —expresó directa. La mirada de sorpresa de su hermano la sorprendió. Era la primera vez que la veía en su rostro.

—¿Por qué? —preguntó Sean, una vez recuperado del primer impacto.

—Durante unos meses voy a estar muy atareada y no voy a poder ocuparme de esos asuntos.

Ahora la expresión de Sean era muy diferente, mostraba enfado. Con movimientos de felino, abandonó su postura relajada, y apoyándose sobre la mesa, hincó sus codos en la misma y unió sus dedos para formar un puño, donde apoyó su barbilla.

—¿Y se puede saber en qué demonios vas a estar ocupada?

—Me ha llamado una antigua compañera de la universidad y me ha propuesto un proyecto para exponer mi trabajo en una galería en Dallas.

Una monumental carcajada retumbó en las paredes del despacho. Dakota sintió que la frustración recorría cada poro de su piel. El desprecio de su hermano dolía, pero no iba a permitir que volviera a pisotear sus ilusiones.

—¿Tú exponiendo en Dallas? —expresó Sean, mientras elevaba una de sus espesas cejas oscuras—. Por favor, no me hagas reír.

—Me da igual lo que pienses —replicó Dakota, buscando la seguridad en el fondo de su ser. Sabía que tenía que ser fría si quería ganar aquella batalla—. Pienso hacerlo.

—¿Tengo que recordarte que tienes obligaciones que cumplir?

—Y hasta ahora he cumplido con ellas, pero esto es importante para mí.

—Mira, *niñata*, me importa una mierda lo que sea importante para ti. Yo

tengo que llevar un negocio que da de comer a toda la familia, y tú no vas a dejar de aportar para que todo funcione.

—¡Pues a mí también me importa una mierda lo que tú pienses! No pienso volver a renunciar a mi sueño por ti.

—¿Tu sueño? —se mofó Sean con sarcasmo—. Deja de decir estupideces. Vas a llamar a esa amiga tuya y le vas a decir que no puedes hacer ese trabajo.

—No voy a hacer eso —replicó Dakota tozuda.

—Piénsalo bien, si no haces lo que te digo, ya puedes hacer la maleta. Y por supuesto, olvídate de los beneficios anuales. Recuerda que papá dejó muy claro en su testamento que, quien no trabajara en el rancho, podía despedirse de todo.

Dakota se levantó de la silla y, colocando las manos sobre la mesa, se acercó al rostro de su hermano antes de hablar.

—Soy una señorita, pero te voy a decir una cosa: métete el rancho por el culo —concluyó, disfrutando de la expresión que mostró el rostro de su hermano, incrédulo ante sus palabras.

Sin añadir nada más, se apartó y caminó hasta la puerta con soltura. Había llegado el momento de la verdad, de comenzar una nueva vida, y a pesar del vértigo que le provocaba lo sucedido, se sintió satisfecha. Subió las escaleras de dos en dos, con una alegría que no sentía desde hacía mucho tiempo, dispuesta a hacer la maleta para no volver a aquel lugar nunca más.

Capítulo 19

Savanna troceó las patatas en tacos, que previamente había pelado, y las añadió a la bandeja donde se horneaba un redondo de ternera. Con cuidado de no quemarse cerró la puerta y se dirigió a la nevera, de donde sacó una lechuga para hacer la ensalada que acompañaría a la comida de aquel domingo. Estaba cortando las hojas verdes cuando el timbre sonó. Sorprendida, se secó las manos en el delantal y se encaminó a la puerta. Al abrir se encontró con Dakota, cuyo rostro mostraba un gesto indescifrable.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Savanna mientras le indicaba que entrara con un gesto de la mano.

—¡Savanna, lo he hecho! —expresó Dakota, pintando una sonrisa llena de triunfo en sus labios.

—¿Qué has hecho? —preguntó Savanna, sin comprender su enigmática afirmación.

Dakota se tomó su tiempo para responder, mientras seguía a su amiga hasta la cocina de la casa.

—He mandado a mi hermano al cuerno —expresó, mientras ocupaba una de las sillas en torno a la mesa.

—¿Qué? —boqueó Savanna sorprendida—. ¿Qué ha sucedido?

—Me ha llamado una antigua amiga de la universidad y me ha ofrecido un trabajo que no podía rechazar. Solo he seguido tu consejo, luchar por mis sueños. Sean no parecía dispuesto a que lo lograra, y he decidido marcharme de casa —expuso, aún con la adrenalina corriendo por sus venas.

Savanna abrió sus ojos en su máxima expresión y se sentó a su lado. Se sentía muy orgullosa de su amiga por haberse enfrentado a su hermano, pero le preocupaba que se arrepintiera de la decisión tomada. Necesitaba saber más sobre aquella oferta que tanta ilusión le hacía.

—¿Y en qué consiste ese trabajo? —preguntó con cautela.

—El jefe de mi amiga ha visto algunos de mis dibujos y quiere hacer una exposición en Dallas. ¿Te imaginas?

Una enorme sonrisa se dibujó en los labios de Savanna, feliz por la gran oportunidad que suponía para su amiga.

—Me alegro mucho por ti —le dijo, mientras tomaba sus manos entre

las propias y las estrechaba—. Sabía que tenías un gran talento.

—Pues eres la única que lo piensa. Sean me dijo...

—Olvídate de lo que te dijo tu hermano. Como ves, no soy la única que cree que tienes un don especial.

—Gracias, pero ahora tengo un gran problema —expresó Dakota, flaqueando en su anterior valentía.

—¿Cuál? —preguntó Savanna preocupada.

—Cuando le dije a Sean que no podría encargarme de mis tareas en el rancho, se montó una gorda. Se atrevió a prohibirme realizar el encargo. Le dije que no tenía ningún derecho y que haría lo que creyera conveniente. Me dijo entonces que hiciera la maleta, y yo le dije que se metiera el rancho por... donde amargan los pepinos —finalizó, hundiendo los hombros sobre sí misma.

Savanna apartó de su rostro un díscolo mechón de pelo oscuro y lo colocó tras su oreja. Esperó a que su amiga clavara su mirada en su rostro para hablar.

—Pues ya puedes sacar esa maleta del coche y subirla a mi dormitorio. ¿Te acuerdas de que cuando éramos niñas siempre soñamos con compartir habitación? —añadió con una sonrisa divertida.

—No puedo pedirte eso —le dijo Dakota avergonzada.

—Y no lo has hecho, te lo he ofrecido yo.

—Pero... —dudó Dakota, mientras mordía su labio inferior—, ¿qué dirá Keith?

Savanna tuvo que hacer un gran esfuerzo para no cambiar su expresión risueña. No quería hablar de Keith, y menos en aquel momento. Forzó una nueva sonrisa y respondió a la pregunta de Dakota.

—No te preocupes por eso, preciosa, a él no le importará. Además, apenas está en casa, y estará encantado de que alguien se ocupe de la cena.

—¿De verdad? —preguntó Dakota con dudas.

—Por supuesto —respondió Savanna mientras abrazaba a su amiga con fuerza, agradecida de su presencia en la casa; así al menos la convivencia con Keith sería menos dura, o al menos eso esperaba.

Allen estaba empezando a cansarse. La actitud de su hijo cada vez era más insoportable. Desde hacía semanas se comportaba de una forma extraña, y su genio había empeorado. No reconocía a su hijo en esa persona hosca y

malhumorada en la que se había convertido. Por no hablar de su cabezonería respecto al rancho. Comprendía su necesidad de controlarlo todo, pero el rancho necesitaba ayuda, y él ya era mayor para hacerse cargo de todas las tareas.

Llevaba varios días sin dormir, angustiado por la situación, y finalmente había tomado una decisión. Él era el cabeza de familia y haría lo que fuese necesario para que las cosas fueran mejor; y si para ello tenía que enfrentarse a su hijo, lo haría. Con resolución, aquella mañana cogió la furgoneta y se dirigió al pueblo.

Aparcó frente a la ferretería de su viejo amigo Raymond y, tras cerrar la puerta, se encaminó con paso firme al interior. Le encantaba aquel lugar. Lo conocía desde que era un chiquillo y lo regentaba el padre de su amigo, y seguía tal cual era entonces. Los estantes de madera y hierro llegaban hasta el techo. Estaban abarrotados y no parecían tener ningún orden, pero Raymond era capaz de localizar con facilidad lo que sus clientes precisasen. El gastado mostrador de madera estaba junto a la entrada, y en una esquina del mismo, una vieja caja registradora de hierro se mantenía impertérrita. Dada la hora temprana, no había ningún cliente, y Raymond se encontraba cómodamente sentado en un banco, leyendo concentrado el periódico local.

—Buenos días —saludó Allen con la intención de llamar la atención de su amigo—. ¿No es algo temprano para leer calamidades? —expresó con humor.

Raymond elevó su mirada por encima de las gafas que pendían de su nariz aguileña y una mueca de sonrisa asomó a sus labios antes de plegar las hojas grises y dejarlas sobre el asiento. Luego, con total parsimonia, se levantó y se acercó a su amigo, que ya se encontraba junto al mostrador.

—Allen, ¿qué haces aquí tan pronto? —preguntó mientras apoyaba sus codos sobre la gastada superficie.

—Ya sabes lo que dice el dicho: “A quien madruga, Dios le ayuda”.

—¿Y que “ayuda” puedo prestarte yo? No creo que necesites materiales, Keith estuvo aquí ayer por la tarde.

—Eres muy sagaz —replicó Allen con humor—. Está bien. Sé que la gente deja aquí sus señas para encontrar trabajo en los ranchos.

Las cejas de Raymond formaron un arco interrogativo.

—¿Quieres contratar a alguien?

—Sí —afirmó Allen con rotundidad.

—Creo que Keith... —comenzó, pero se vio interrumpido por el gesto de Allen, que elevó su mano.

—Keith tiene sus ideas, yo las mías, y el rancho es mío. Yo estoy mayor, y aunque mi chico pone mucha voluntad, no es suficiente.

—Lo comprendo —expresó Raymond mientras se agachaba para buscar algo tras el mostrador. Sacó una caja de cartón y rebuscó en su interior hasta dar con lo que buscaba—. Hace unos días un muchacho dejó sus datos —finalizó, entregándole una cuartilla de papel.

Allen la tomó entre sus dedos y leyó en voz alta.

—Chase Peterson. ¿Qué te pareció? —indagó.

—Parecía fuerte y trabajador. Es un forastero, pero también tienen derecho a una oportunidad. Creo que me dijo que se hospedaba en la pensión de Lizzy.

—Perfecto, le daremos esa oportunidad. Voy a acercarme hasta allí a ver si está.

—Ya me contarás —replicó Raymond mientras guardaba la caja en su lugar.

—Por supuesto, y gracias.

Allen decidió ir andando. El hostel solo estaba a unas manzanas de la ferretería y le vendría bien estirar las piernas. En pocos minutos llegó frente a la fachada de ladrillos rojos del edificio. Un cartel de madera anunciaba los servicios del lugar, y la puerta permanecía abierta para que la escasa brisa invadiera el local.

Entró al interior y, como esperaba, encontró a Lizzy frente al pequeño mostrador de madera. Permanecía absorta con la vista clavada en la pequeña televisión situada en una repisa junto a la ventana. A pesar de los años, la mujer apenas había cambiado. Recordaba que habían ido juntos a la escuela. Adelle y ella habían sido buenas amigas.

—Buenos días, Lizzy —la saludó, llamando su atención.

La mujer, de cabello rubio recogido en un moño desigual, apartó la vista de la pantalla y le sonrió anchamente antes de ir a su encuentro y abrazarlo efusivamente.

—Allen, viejo granuja, hace meses que no me visitas.

El aludido retribuyó el afectuoso abrazo y se apartó para observar su rostro.

—Ahora me arrepiento, estás más guapa que nunca, y yo perdiéndomelo —contestó con humor.

—¿Quieres un café? —ofreció Lizzy—, tengo galletas —intentó comprometerlo.

—Sabes tentarme, pero ya he desayunado, gracias.

—Entonces, dime qué te trae por aquí, porque no creo que hayas venido a ver a esta vieja aburrida.

—Tan aguda como siempre. Busco a una persona.

—¿Su nombre? —expresó la mujer, volviendo al mostrador para buscar en el libro de registro.

—Chase Peterson.

—Ajá —expresó Lizzy, mientras su mirada se movía entre las líneas de la hoja—. Sí, llegó hace una semana.

—¿Y qué te pareció?

—Un buen muchacho. Limpio y ordenado, siempre deja la cama hecha —añadió guiñándole un ojo—. Parece de fiar.

—Bien, ¿está aquí?

—Sí, ¿quieres que le avise? —preguntó Lizzy con la mano ya en el teléfono.

—Te lo agradecería.

—Hecho; si quieres, puedes esperarlo en el salón —le indicó, señalando la puerta francesa situada a su derecha.

Allen asintió y se dirigió al lugar. Ya en su interior, revisó la estancia con la mirada. Seguía tal cual lo recordaba. Las paredes estaban empapeladas con un delicado motivo floral. Las ventanas estaban cubiertas por finos visillos que su esposa hizo para su amiga. Varios cómodos sofás de diferentes colores estaban dispersos por la sala, y una chimenea de leña, ahora apagada, presidía una de las paredes. Una tos a su espalda lo sobresaltó, y al girarse descubrió a un joven alto y fornido que lo observaba con curiosidad.

—Buenos días, señor. Me dijo la señora Hayes que quería hablar conmigo.

Allen se aproximó al joven y le tendió su mano, que el otro no dudó en estrechar con firmeza, cosa que le agradó.

—Soy Allen Bradford, y me han dicho que buscas empleo.

Chase sintió que su corazón se detenía un instante al escuchar su apellido. Aquel hombre era el suegro de Savanna. No podía creer en su buena

suerte. Había decidido ofrecerse para trabajar en algún rancho con la intención de integrarse en la comunidad, pero nunca pensó que el destino le daría la oportunidad de estar tan cerca de su hermana.

—Chico, ¿te encuentras bien? —preguntó Allen, preocupado por su rostro ceniciento.

—Sí, sí, disculpe señor Bradford —balbuceó Chase con una sonrisa.

—Entonces, ¿te interesa? —preguntó el hombre directo.

—¿Cuándo empiezo? —replicó Chase con entusiasmo, a pesar de que no tenía demasiada idea del trabajo que tendría que realizar.

—En un par de días, tengo que organizarlo todo. —Y hablar con Keith, pensó con malestar Allen, ya que sabía que acabarían discutiendo—. Te llamaré.

—Por supuesto, señor.

—Si quieres, puedes quedarte en el rancho, hay una habitación sobre el garaje. Tengo que avisarte de que el sueldo no será gran cosa.

—No hay problema, señor.

—Bien, Chase Peterson, pues ya tienes empleo.

Y con un nuevo apretón de manos, se despidieron. Allen, aprovechando que estaba en el pueblo, decidió ir al supermercado a hacer la compra. Sabía que Savanna estaba muy ocupada aquellos días y que se lo agradecería.

Capítulo 20

Savanna metió las últimas prendas sucias en la lavadora y cerró la puerta de la misma para accionar el botón de encendido. Se giró y clavó la mirada en la pequeña ventana del cuarto de la colada. Desde ella podía observar los campos, que se mostraban verdes gracias al riego automático. Se apoyó contra la encimera a su espalda, donde se apilaba la ropa ya doblada que debía colocar en los armarios, y suspiró con pesadez.

Su vida se había puesto patas arriba en cuestión de semanas y estaba harta de la situación que se vivía en la casa tras lo sucedido con Keith en la biblioteca. En un principio, temió que él se fuera de la casa tras lo ocurrido, cosa que no sucedió, pero lo que habían compartido desde la muerte de Andrew se había roto, y no sabía si algún día volvería a ser lo que fue.

Quizás había llegado el momento de dejarlo marchar y hacer cada uno su vida, porque estaba claro que no podían seguir así. Hasta Allen se había percatado de la frialdad con la que se trataban, y no quería que repercutiera en su relación con él. Mucho menos que Adelle sufriera por esa causa. La noche anterior no había pegado ojo pensando en la cuestión, y había tomado una decisión que no podía esperar: tenía que hablar con Keith y solventar la situación antes de que las personas que querían sufrieran.

El sonido de la puerta la sobresaltó, y cuando se asomó al quicio para descubrir de quién se trataba, se quedó clavada en el suelo. La mirada de Keith se posó con intensidad en su persona, mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba colgado sobre una silla cercana. Durante unos minutos ambos se estudiaron, pero sin saber muy bien cómo comportarse.

Finalmente, fue Savanna quien decidió tomar las riendas de la situación. Cuadrándose de hombros, salió del pequeño cuarto y se situó frente a él con valentía.

—Keith, esto no puede seguir así, tenemos que hablar —expresó con gravedad.

Keith tragó saliva, sabiendo que había llegado el momento, a pesar de que había intentado evitar la situación durante días. Podía ver la resolución reflejada en sus facciones. Sus labios estaban ligeramente fruncidos y sus ojos se clavaban con intensidad en su rostro.

—*Cuñada*, no sé a qué te refieres —mintió, comprobando cómo la ira se apoderaba de la mujer.

Savanna apretó los puños a sus costados, molesta por el apelativo que últimamente utilizaba Keith. Estaba claro que lo hacía para mantener las distancias con su persona.

—Keith, ya no soy tu cuñada —le recordó—. Y por favor, no te hagas el estúpido, no te pega —le reprochó.

—¿Por qué no podemos dejar las cosas como están? —preguntó Keith frustrado, dirigiéndose a la nevera y abriéndola para sacar una cerveza helada. No es que tuviera demasiada sed, pero necesitaba hacer algo, apartarse de la cercanía de Savanna, que se había convertido en una tentadora obsesión.

—Porque nunca volverá a ser lo mismo —indicó Savanna decidida—, y creo que lo mejor será que te mudes a tu casa —soltó de carrerilla, antes de arrepentirse de verbalizar lo que llevaba días pensando.

Keith casi se atragantó al escuchar sus palabras. Había esperado una discusión, semejante a la que habían mantenido en el despacho, antes de la marcha de Callum, pero nunca que lo echara del rancho. Dejó la botella de cristal con fuerza sobre la encimera, creando un estruendo que hizo botar a Savanna, sorprendida por su estallido de mal genio, y se giró para enfrentarla, acercándose a ella con paso lento.

—¿Qué has dicho? —preguntó, aunque la había escuchado perfectamente.

Savanna sintió que un escalofrío recorría su cuerpo al ver el fulgor de sus ojos verdes, e inconscientemente fue reculando hasta el cuarto de la colada. Aún así, respondió a su pregunta.

—Que quiero que te marches —expresó llanamente, cuando su espalda se chocó contra la puerta.

—No pienso hacerlo —indicó Keith con voz acerada, a escasos veinte centímetros de su rostro.

—¡Oh, vamos Keith! Los dos sabemos que es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? Mi padre está mayor, apenas puede con las tareas del rancho, por no hablar de que últimamente parece más cansado.

—No me responsabilices de algo que es culpa tuya —le rebatió Savanna molesta—. Hace tiempo que debimos contratar a un hombre...

Keith cortó su parlamento con un gesto de mano.

—¿No será que quieres traer a un hombre al que conquistar, igual que a

Harrison? —indagó dañino. Eran los celos los que hablaban por él, y lo sabía, pero no había podido medir sus palabras.

—Nunca pensé que pudieras llegar a ser tan estúpido —escupió Savanna molesta—, puedes verlo desde el prisma que más te convenga, pero el resultado será el mismo. No podemos seguir así, y lo mejor será que te marches.

—¡Y una mierda! —gritó Keith fuera de sí, perdiendo como nunca las formas—. Me voy a quedar hasta que me dé la gana —concluyó, notando cómo la frustración recorría sus venas.

Savanna sintió que la angustia se apoderaba de su cuerpo e intentó controlar las lágrimas que escocían en sus ojos. Por nada del mundo iba a llorar delante de aquel desconocido, que era en lo que se había convertido Keith. En un movimiento rápido, cogió el pomo a su espalda y abrió la puerta para encerrarse en el cuarto de la lavadora. Ya en el interior se apoyó contra la encimera e hizo el esfuerzo de respirar acompasadamente mientras apretaba los párpados, intentando controlar la humedad de sus ojos.

Keith se quedó quieto, con la mirada clavada sobre la hoja de madera que Savanna había cerrado en sus narices. En un gesto inconsciente se mesó el cabello, peinándolo con sus dedos, mientras intentaba controlarse. Savanna quería *largarle* del rancho por un simple beso, y eso le frustraba aún más. Una idea alocada surgió en su cabeza. Si tenía que marcharse de su hogar al menos lo haría por un buen motivo, y con resolución abrió la puerta, sorprendiendo a la mujer situada al otro lado, que abrió sus ojos sorprendida por su intromisión.

El corazón de Savanna galopó sobre su pecho cuando escuchó la entrada intempestiva de Keith y sintió que su cuerpo se volvía gelatina cuando clavó su mirada sobre su persona. Podía ver la llama de la pasión en sus ojos, y su cuerpo se tensó.

—¿Qué quieres, Keith? —preguntó con voz titubeante.

Una sonrisa seductora se dibujó en los labios masculinos, que cerró la puerta a su espalda y se aproximó a la mujer sin apartar la mirada de su cuerpo.

—Si he de pagar por un pecado —dijo tomando su cintura entre sus manos, comprobando lo que siempre había sospechado, que podía casi

abarcarla por completo entre sus dedos—, al menos debo cometerlo.

—¿A qué te refieres? —cuestionó Savanna, que apenas podía respirar, consciente de su cercanía. Notaba una anticipación y un deseo desconocidos para ella hasta entonces.

—Haré lo que me pides, me iré, pero antes disfrutaré de lo que llevas años tentándome, *chica de cabello flameante*.

—Keith... —le nombró quedamente, pero ya era demasiado tarde, se había apoderado violentamente de sus labios.

«Dios», pensó Keith, si el paraíso existía, en aquel momento él se encontraba en aquel lugar tan mitificado. La boca de Savanna era pura dulzura, y su humedad acogió su lengua elevando la temperatura de su cuerpo de una forma alarmante. Su olor embargó sus fosas nasales y, cuando las manos femeninas, en un principio inertes, se elevaron hasta su cuello y treparon hasta su cabello, donde sus dedos se enredaron, creyó morir de placer.

Con sumo gusto, colocó sus manos sobre su estrecha cintura, y sin demasiado esfuerzo la elevó hasta sentarla sobre la lavadora. Una vez que la tenía donde él quería, la obligó a abrir la piernas y se situó entre ellas. Los muslos femeninos se adaptaron a la perfección a sus caderas, y cuando su palpitante erección tocó su pubis, su verga engordó aún más, si aquello era posible. Ya libre de culpas y ataduras, dejó que sus dedos vagaran sobre la tersa piel de sus muslos, internándose bajo la tela floreada de su vestido veraniego. Avanzó con lentitud, disfrutando de cada caricia, hasta alcanzar el elástico de su ropa interior.

Savanna, en un principio, quiso resistirse, pero su cuerpo actuaba por cuenta propia. Cuando Keith la besó, se quedó noqueada, más cuando la lengua masculina invadió su boca para acariciar la propia. Ese fue el principio del fin. Llevaba años fantaseando con aquel momento, y ahora que había llegado, no iba a perder la oportunidad de llevar a cabo cada caricia que había planeado. Disfrutó al colocar sus manos sobre los hombros de Keith y las movió con lentitud para identificar cada músculo. Luego buscó su cuello, donde se entretuvo dibujando figuras arabescas en su piel, y finalmente alcanzó su cabello, donde se aferró con fuerza.

Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo cuando él la alzó para colocarla sobre la lavadora. Fue del todo consciente del frío metal bajo su trasero, pero estaba tan acalorada que no le importó. La humedad fluyó por su ropa interior

cuando él separó sus rodillas y se colocó entre ellas, y más cuando pudo notar la dureza de su excitación. Deseaba tenerlo en su interior, que la embistiera con fuerza y, llevada por una necesidad extrema, necesitando expresar su necesidad, acercó sus labios al cuello de Keith; tras besarlo con ardor, clavó sus dientes en la tibia piel de sus labios.

—Aggg —gimió Keith, consciente de que si no se tomaba una pausa, acabaría corriéndose en su ropa interior como un estúpido adolescente.

Con un esfuerzo sobrehumano, se separó de Savanna y apoyó su frente contra la de ella, intentando controlar los alocados latidos de su corazón.

—Shhh, amor, más despacio, por favor —le rogó, elevando su cabeza y clavando su mirada en el rostro femenino. Siempre le había parecido la mujer más atractiva que había conocido, pero descubrir la pasión de sus ojos y sus labios rojos por sus besos se lo confirmaron.

Savanna frunció el ceño cuando él la apartó, no quería que se detuviera, quería saciarse de aquel hombre. Y tras unos segundos habló, para exigirle que la poseyera.

—Ya he esperado suficiente —afirmó tajante, mientras sus manos buscaban su cinturón y lo desabrochaba, al igual que los botones de sus pantalones, para encontrar la dureza que antes había percibido.

Un nuevo gemido escapó de la garganta de Keith al notar la mano de Savanna explorando su miembro. Sus dedos buscaron la ropa interior femenina y, sin ninguna delicadeza, tiró del elástico hasta desgarrarlo. Tiró de la exigua tela, que dejó caer al suelo. Cuando palpó la humedad, creyó morir de placer, y con virulencia apartó las manos femeninas de su verga. En un movimiento diestro, entró en la cavidad húmeda que tantas promesas ofrecía y necesitó unos segundos para recuperarse de la sensación más sublime que había experimentado en su vida.

Cuando Keith penetró en su cuerpo, Savanna pensó que estaba tocando el cielo con los dedos. Más aún cuando él comenzó a embestirla con desesperación, logrando que su cuerpo vibrara sin control en una alocada danza que amenazaba con llevarla al desmayo. Ambos llegaron al clímax a la vez. Savanna se dejó caer contra la pared a su espalda, mientras que Keith cayó derrotado sobre ella, apoyando su frente sudorosa contra el pecho femenino.

Ninguno de los dos fue capaz de moverse, temiendo lo que vendría a continuación. Se conformaban con disfrutar del momento compartido sin

pensar en las consecuencias mientras sus pieles seguían tocándose, pero el sonido de la puerta de la cocina los alertó de la llegada de alguien.

El primero en reaccionar fue Keith, que se apartó de Savanna y comenzó a abrochar sus pantalones. Después de recomponerse lo suficiente, elevó su mirada y la clavó en el rostro femenino. Sus labios estaban húmedos por sus besos, sus mejillas sonrojadas, delatando sus adorables pecas, y sus ojos dilatados por la pasión que aún persistía en ellos. Con solo mirarla, la necesidad de poseerla volvía a apoderarse de su cuerpo, pero sabía que era imposible.

—¿Qué hemos hecho? —escapó la pregunta de los labios femeninos.

—Algo que no se volverá a repetir —expresó Keith antes de salir por la puerta para evitar que su padre entrara en el cuarto de la colada y descubriera lo que había sucedido.

Capítulo 21

Allen entró en la casa y se dirigió a la cocina para dejar las bolsas de la compra. Tras la marcha de Callum y Mara, el lugar parecía más vacío que nunca, y eso le entristeció. Solo le consolaba saber que su sobrino y la joven estaban bien, a pesar del susto que se llevó cuando los federales llamaron a la puerta para llevarse a Mara. Como suponía, cuando su sobrino se enteró, salió tras ella como alma que lleva el diablo, y no solo porque fuera “su testigo protegido”, sino porque amaba a esa mujer.

Estaba colocando las latas en la alacena cuando un sonido en el cuarto de la colada le alarmó. Con paso decidido, caminó hasta allí, preocupado porque un intruso se hubiera colado en el lugar.

—¿Quién anda ahí? —preguntó alertado.

Estaba a punto de poner su mano sobre el pomo cuando la puerta se abrió intempestivamente para dar paso a Keith, que la cerró con fuerza a su espalda.

Parecía acelerado, y su frente estaba sudada.

—Hijo, ¿estás bien? —preguntó Allen preocupado.

Keith no estaba preparado para enfrentarse a su padre. Notaba su corazón acelerado y apenas era capaz de controlar su respiración. Maldijo su mala suerte por la inoportuna aparición de su padre en la casa. Acababa de vivir la mejor experiencia de su vida. Siempre había disfrutado del sexo, pero lo que acababa de compartir con Savanna era mucho más que algo meramente físico y no estaba preparado para asumir que nunca más sucedería.

—¡Keith! —le llamó la voz molesta de su padre.

—Sí, sí, estoy bien —balbuceó.

—¿Qué has estado haciendo? Parece que llevas corriendo varios kilómetros —expresó Allen achicando los ojos. Algo estaba sucediendo y quería saber qué era.

—He estado en el establo, colocando el heno —mintió Keith, apartando la mirada para que su padre no leyera la mentira en ella.

Allen hubiera querido replicar a su hijo, reprocharle que le mintiera, pero prefirió callarse, ya que sabía que lo que le tenía que decir no le gustaría.

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora? —preguntó Keith frustrado.

—Sí —afirmo Allen tajante—, vamos al despacho —zanjó la cuestión.

Keith hubiera querido negarse, pero sabía que no podía. Resignado, siguió a su padre y, a su pesar, al pasar junto al cuarto de la colada, clavó su mirada en ella. No podía evitar preguntarse cómo se sentiría Savanna, suponía que confusa y enfadada, y todo era culpa suya, que no había podido reprimir sus más bajos instintos. De nuevo había vuelto a meter la pata, pero ya no había marcha atrás.

Ya en el despacho, Allen ocupó su lugar tras el escritorio. Así se sentía más cómodo ante la discusión que presagiaba. Esperó a que su hijo se sentara frente a sí antes de comenzar a hablar.

—He tomado una decisión que sé que no te va a gustar —comenzó, esperando ver la reacción de Keith.

—¿De qué se trata? —preguntó el aludido mientras se mesaba la frente.

—He contratado a un hombre para el rancho.

Esperó expectante la reacción de su hijo. Pero no estallo como esperaba, y eso le confundió. Ni siquiera habló, y eso le preocupó aún más.

—¿No dices nada? —preguntó directo.

Keith formó un puño con sus dedos y controló sus sentidos para no estallar. La idea de su padre le pareció la peor del mundo. En otros tiempos se hubiera negado tajantemente pero sabía que, después de lo sucedido con Savanna en el cuarto de colada y de su decisión de irse del rancho, no podía hacer otra cosa que aceptar que un extraño se hiciera cargo de las tareas más pesadas del mismo. Tras unos minutos en los que intentó calmarse y controlar el timbre de su voz, respondió a su padre, que parecía expectante.

—Me parece bien, ahora que yo me marcho —confesó.

—¿Qué? —boqueó Allen incrédulo.

—Lo que has oído, padre —replicó Keith.

—Pero, ¿por qué? —insistió el anciano confuso.

—Hace dos años que vivo aquí, y creo que ha llegado el momento de seguir con mi vida. Savanna —le costó un mundo pronunciar su nombre— y Adelle ya están bien. Y si tú has contratado a un hombre, no soy necesario en el rancho.

—Hijo, por favor, piénsalo bien, somos una familia —le rogó Allen con un dolor latente en el pecho—. Ya perdí a tu hermano, no quiero que te marches.

«Una familia», se repitió Keith con dolor. Sí, eran una familia, pero no la que él quería. No se conformaba con tener a Savanna a medias, lo quería todo y nunca lo podría tener. Cada vez que se acercaba a ella la sombra de Andrew planeaba sobre su cabeza y la culpabilidad lo envolvía. Se sentía como entre dos tierras, manteniendo el equilibrio a duras penas. No, no podía seguir así, dolía demasiado. La única opción que le quedaba era alejarse de aquello que era lo que más amaba. De nuevo fijó su mirada en el rostro de su padre, que parecía sufrir; una nueva culpa más que cargar sobre sus hombros.

—Papá —le llamó, obligándose a dibujar una sonrisa en los labios que no sentía—, no me perderás, viviré en el pueblo. Nos veremos todos los días —intentó mitigar su angustia—. Necesito empezar mi vida, darle algún sentido fuera de aquí.

Allen se frotó los ojos, intentando controlar las lágrimas. Entendía la necesidad de su hijo. Llevaba años solo, sin una mujer a su lado, y al quedarse en el rancho había desatendido su propia vida. Ahora comprendía que era egoísta retenerlo. Era un hombre adulto y debía buscar su felicidad.

—Lo entiendo —expresó—, y apoyo tu decisión. Perdóname por ser tan egoísta.

Keith notó que un nudo atenazaba su garganta y, sin pensarlo, abandonó su silla y se aproximó a su padre, abrazándolo por la espalda, besando su coronilla.

—Padre, eres la persona menos egoísta que he conocido en mi vida. Te quiero —confesó, aunque hacía años que no se lo decía.

—Y yo a ti, hijo —replicó Allen con media voz—. ¿Cuándo te irás?

—Esta tarde, tengo que recoger mis cosas.

—¿Se lo has dicho a Savanna?

Keith agradeció que su padre no pudiera ver la expresión de su rostro. Cerró los ojos con fuerza antes de responder.

—Sí, y está de acuerdo —no quería que su padre supiera que había sido Savanna la que le había pedido que se marchase. Quizás ella tuviera razón y fuese lo mejor para todos. Cuando se habían besado habían traspasado una línea que lo había cambiado todo entre ellos. Ya no había marcha atrás. Una vez había tenido que renunciar a esa mujer y su corazón había quedado destrozado y, esta segunda vez, había muerto para siempre.

—¿Y Adelle? —sonó la voz de su padre, recordándole la dura conversación que le quedaba por delante.

—No lo sabe aún, pero hablaré con ella —solo con imaginar la situación, sentía que algo se quebraba en su interior.

—Ten tacto, te quiere demasiado y no se va a tomar bien la noticia.

—Lo sé, pero es una niña fuerte —concluyó, intentando convencerse a sí mismo de sus palabras.

Savanna intentó atrapar una bocanada de aire, pero el olor de Keith la embargó de nuevo y cerró los ojos con fuerza para controlar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Con piernas temblorosas, bajó de la lavadora y se puso en pie, pero tuvo que apoyarse sobre la encimera frente a sí para no caer al suelo. Derrotada, apoyó los codos sobre la superficie y hundió su rostro entre sus manos para dar rienda suelta a un llanto incontrolable.

Hacer el amor con Keith había sido la experiencia más sublime de su vida, aquello que siempre había soñado, pero solo había sido un momento suspendido en el tiempo que nunca se repetiría. Estaba claro que Keith ya se había arrepentido de lo sucedido entre ambos, como de cada acercamiento que habían protagonizado.

Ya no se preguntaba el porqué, no tenía sentido, puesto que él había renunciado a lo que sentía por ella por un motivo incomprensible, y ella no pensaba rebajarse más por él, a pesar de que sabía que lo amaría toda su vida.

Al menos le quedaba el consuelo de que él se iría del rancho. Con eso al menos conseguiría no caer nuevamente en la tentación de desearlo, aunque temía la reacción de Adelle cuando se enterara de su marcha. «Todo es culpa mía», se reprochó una vez más, «si no le hubiera besado, todo seguiría igual, soy una estúpida», se martirizó, mientras golpeaba sus sienes con las manos, desesperada como nunca en su vida.

—¿Savanna? —la sobresaltó la voz de Dakota, que permanecía a su espalda.

La aludida no respondió, solamente se dejó caer hasta el suelo y, abrazándose las rodillas con los brazos, enterró su rostro entre ellas.

—¡Déjame sola! —gritó Savanna avergonzada.

Dakota notó que el corazón se encogía en su pecho al escuchar sus palabras y las lágrimas afloraban a sus ojos. Por nada del mundo pensaba hacer lo que su amiga le pedía. No hubo más palabras, simplemente se

arrodilló a su lado y la estrechó entre sus brazos, acunándola como a una niña. Al principio Savanna intentó rechazar su consuelo, abochornada por la situación, pero finalmente dio rienda suelta a todo el dolor que la asediaba, aferrándose a Dakota con desesperación.

Cuando Savanna se hubo tranquilizado lo suficiente, Dakota la obligó a levantarse y la acompañó hasta su dormitorio, donde la obligó a acostarse. No se movió de su lado hasta que su amiga cerró los ojos agotada y se dejó llevar por el sueño.

Capítulo 22

Habían pasado unos días desde la marcha de Keith y a Savanna aún le costaba asumir su ausencia. Lo odiaba y se odiaba a sí misma por lo sucedido en el cuarto de la colada, pero no podía negar que había sido la mejor experiencia de su vida. Lo más duro era asumir que solo había sido un momento robado en el tiempo que nunca se repetiría.

Allen también lo estaba pasando mal. Se le rompía el corazón cuando lo veía cabizbajo y taciturno, y no podía evitar sentirse culpable. Por no hablar de Adelle, que desde que se había ido su tío parecía enfadada con el mundo. Solo esperaba que pronto todos pudieran adaptarse a la nueva situación y no morir en el intento.

Aquella mañana Dakota se había ofrecido a llevar a Adelle al colegio, y no pudo menos que agradecer a su amiga el apoyo que le estaba brindando en aquellos duros momentos.

Tras darse una ducha y vestirse, dedicó unos minutos a maquillarse. No es que fuera su costumbre, pero estaba cansada de que la gente le dijera que tenía mal aspecto, y el maquillarse era la mejor forma de disfrazar su rostro ceniciento. Salió de la casa con un ímpetu que no sentía y se dirigió a su coche, pero para su frustración, el motor hizo un ruido ahogado y no arrancó. Frustrada, golpeó el volante y salió del vehículo para ver qué sucedía. Estaba abriendo el capó cuando un coche desconocido aparcó a su lado, junto a la casa.

Savanna se sobresaltó, desconfiada ante la aparición, y esperó a que el conductor bajara del vehículo. Ante sus ojos apareció un hombre alto y fibroso que clavó su mirada en su rostro de una forma que la apabulló. Vestía con ropa de trabajo y su postura parecía algo tensa.

Chase era incapaz de apartar la mirada del rostro de Savanna, aunque finalmente se obligó a hacerlo. Cuando había aparcado junto a la casa, no esperó encontrarse con su hermana, y la sorpresa había sido mayúscula. A pesar de que solo tenía en la cabeza la imagen de una niña, no fue difícil reconocer el intenso color de su cabello. Cuando bajó del coche, sus piernas temblaban como flanes, y a duras penas logró avanzar hasta ella. Aquella pequeña de mirada triste se había convertido en una mujer hermosa, aunque

unas ligeras manchas bajo sus ojos, que el maquillaje no lograba ocultar, delataban que no se encontraba bien. Hubiera deseado preguntarle, dibujar una sonrisa en sus labios, pero sabía que sería un error y se contuvo. Antes de confesarle la verdad, deseaba conocerla, y si se precipitaba solo podía conseguir alejarla.

—Buenos días —saludó a Savanna mientras peinaba su cabello castaño con los dedos, denotando así su nerviosismo.

Savanna lo observó con desconfianza antes de responder.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó, dispuesta a descubrir qué hacía aquel hombre en el rancho.

—Soy Chase Peterson —se presentó—. El señor Bradford me citó hoy para empezar a trabajar.

Savanna tardó unos segundos en reaccionar. Allen le había hablado de la contratación de un empleado nuevo para el rancho, pero con todo lo sucedido con Keith se le había ido de la cabeza. La desconfianza inicial se convirtió en alivio. Durante demasiado tiempo su suegro se había forzado demasiado, y los años no pasaban en balde. Esperaba que la ayuda de aquel hombre liberara un poco al anciano, y que su compañía mitigara en parte la falta de Keith.

—Yo soy Savanna Bradford —se presentó educadamente, ofreciéndole su mano para que él la estrechara—. Creo que Allen está en el granero —le informó, mientras apartaba su mirada de su rostro para clavarla en las manecillas de su reloj—. ¡Mierda, voy a llegar tarde! —expresó con fastidio, de una forma poco femenina—. ¿Por qué no arrancas? —preguntó malhumorada, mientras clavaba su mirada en el motor de su coche.

Chase no pudo evitar sonreír al escuchar sus palabras. Estaba claro que su hermana tenía bastante genio y que en aquel momento se sentía frustrada. Le hubiera encantado poder ayudarla, pero sus conocimientos de mecánica eran nulos.

—¿Qué pasa, Savanna? —preguntó la voz de Allen a su espalda, sorprendiendo a ambos.

—Mi coche, no quiere moverse —respondió la aludida, cruzando los brazos sobre su pecho.

Allen reparó en aquel momento en Chase, y palpando su espalda, lo saludó.

—Hola, Peterson, veo que eres puntual, y eso me gusta —le alabó—. ¿Dispuesto a empezar? —añadió, sin apartar la mirada del rostro de su nuera.

—Por supuesto, señor —replicó Chase complaciente.

—Pues tu primera tarea será llevar a mi nuera al trabajo. Odia llegar tarde.

—Por supuesto, señor Bradford —replicó Chase, encantado de conseguir unos minutos extra junto a su hermana.

Savanna clavó su mirada en su suegro, molesta, y fue consciente de su gesto huidizo. Claro que necesitaba llegar a Darrell Creek, pero no le apetecía compartir aquel viaje con un desconocido. Aún así, subió al coche y se ajustó el cinturón. Pasaron unos minutos en silencio mientras salían del camino rural y se incorporaban a la carretera comarcal. Agradeció que Peterson encendiera la radio, al menos así no tendrían que hablar, o eso creyó, hasta que la voz de aquel hombre embargó la cabina del coche.

—¿A dónde tengo que llevarla, señora Bradford? —preguntó Chase con amabilidad.

Savanna fue consciente de su timidez y se arrepintió al instante de su huraño comportamiento. Aquel hombre no tenía que pagar su mal genio. No tenía la culpa de sus problemas.

—Por favor, llámame Savanna —solicitó amistosa—. Trabajo en la biblioteca —explicó—, y si llego tarde, mi jefa me clavará puñales con la mirada —añadió con una leve sonrisa.

Chase replicó a sus palabras sin apartar la mirada de la carretera.

—Parece un trabajo arriesgado. Siempre pensé que una biblioteca era un lugar más tranquilo.

—¿Arriesgado? —preguntó Savanna, girando levemente su rostro.

—Si hay lanzadores de cuchillos, debe serlo.

Una risa cantarina se propagó hasta los oídos de Chase, que se sintió agradecido. Al menos Savanna parecía tener sentido del humor.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No —replicó Chase escuetamente. No quería hablar de más.

—Ya decía yo, si no, conocerías a la señora Albany.

—Lo tendré en cuenta por si me la encuentro. ¿Cómo podré reconocerla?

—Si te cruzas con una amable ancianita con una chaqueta de punto en pleno Agosto, no te dejes engañar por su aspecto frágil.

Chase se imaginó la estampa de la señora y no pudo evitar reír.

Keith salió del ayuntamiento tras realizar el último recado de la mañana. Adaptarse a vivir en Darrell Creek estaba siendo difícil. Apenas podía dormir por las noches. Lo achacaba al cambio de colchón, aunque en el fondo sabía que se debía a que extrañaba su hogar. Por mucho que en su casa disfrutara de muchas más comodidades que en el rancho, no se sentía como en “casa”.

Al pasar a la altura de la biblioteca, cruzó la acera, para evitar cualquier encuentro con la mujer que le robaba el sueño. Se maldecía por lo que había pasado en el cuarto de la colada e intentaba convencerse de que no volvería a pasar. Nunca debió caer en la tentación que suponía Savanna, pero lo había hecho, y su penitencia era estar alejado de sus seres queridos. La tarde anterior había ido hasta el cementerio, donde se había disculpado con su hermano por su traición. Nunca debió ceder al deseo que Savanna despertaba en su cuerpo, pero así había sido, y solo esperaba que allá donde se encontrara Andrew pudiera perdonarlo.

Estaba a punto de traspasar el edificio cuando un coche desconocido llamó su atención, más aún al aparcar frente a la biblioteca. Sus pasos se detuvieron de golpe al descubrir que del coche salía Savanna. Todos sus sentidos se pusieron en alerta, más cuando vio que, de la puerta del conductor, salía un hombre alto y atractivo que reía con algún comentario de ella. Sin ser consciente de ello, apretó los puños, que permanecían confinados en los bolsillos de sus pantalones. «¿Quién es ese tipo?», se preguntó iracundo, mientras los veía perderse tras la puertas de madera del ilustre edificio.

Estaba a punto de ir tras ellos, movido por unos celos incontrolables, cuando el viejo Perkins se situó frente a él, evitando que pudiera avanzar para cruzar la calle.

—*Sheriff* —le interpeló el hombre contento—, tengo una noticia que darle.

Keith se obligó a fijar la mirada en el rostro del anciano, aunque hubiera deseado mandarlo al infierno.

—Le escucho —repuso directo.

—Al final el chico ha pedido matrimonio a mi nieta. Parece ser que en el fondo se quieren, y están dispuestos a criar al niño que viene en camino.

Por un momento, Keith se olvidó de aquel desconocido y de Savanna y sonrió al escuchar la noticia. Al menos alguien podía ser feliz y entregarse al amor.

—Me alegro mucho, Perkins —expresó, mientras estrechaba la mano del

hombre—, al final todo se ha arreglado.

—Sí, y ya no tendremos que pelear más por las lindes —añadió Perkins con humor.

Keith se obligó a dibujar una sonrisa en sus labios. Y tras despedirse de Perkins, volvió a fijar su atención en el otro lado de la calle. Frustrado, chascó la lengua, al percatarse de que el coche de aquel hombre había desaparecido del *parking*. Aún así, no cejaría en su empeño de descubrir quién era y qué hacía revoloteando alrededor de Savanna.

Chase llegó al rancho con una ancha sonrisa adornando sus labios. El poco tiempo que había pasado con Savanna le había dicho mucho de su personalidad. Parecía una mujer inteligente y divertida, a pesar de que algo enturbiaba sus ojos. Esperaba ganarse su confianza poco a poco y descubrir qué era lo que la atormentaba para poder ayudarla, pero de momento se conformaba con lo que había conseguido.

Buscó al señor Bradford, y este le encomendó la tarea de dar de comer a los animales. Para ello tuvo que cargar en el remolque del tractor con algunos fardos de heno. Estaba intentando arrancar el motor del vehículo, pero no parecía querer hacer su trabajo. En su tercer intento, no pudo evitar maldecir al ver que no lo lograba.

Dakota, que llegaba en aquel momento cargada con su libreta de dibujo, escuchó el motor ahogado del tractor y se acercó hasta el granero para ver qué sucedía. Esperaba encontrar a Allen al frente del vehículo, pero cuál no fue su sorpresa al descubrir que no era el anciano quien estaba al volante, sino un desconocido que parecía empeñado en estrangular el motor. El olor a quemado llenó sus fosas nasales y, molesta por el maltrato que estaba recibiendo el vehículo, se acercó con celeridad.

—¡Eh, espera! —gritó al ver que persistía en su empeño de girar la llave, pero como no parecía escucharla, no dudó en coger su brazo, percatándose del firme músculo que aferraron sus dedos.

Chase se sobresaltó con el contacto inesperado y se giró como un resorte, para enfrentarse a unos ojos azules que parecían furiosos.

—¡¿Tú?! —exclamó, al reconocer a la joven del aparcamiento.

Dakota se sintió tan sorprendida como el propio Chase. No recordaba el

incidente que habían protagonizado unas semanas antes, pero sí aquel rostro de rasgos marcados, y aquellos ojos marrones.

—Sí, “yo” —expresó ceñuda.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Chase confuso, mientras descendía de la cabina del tractor para poder enfrentarse a la morena de igual a igual.

—Podría preguntarte lo mismo, pero eso no es lo importante. ¿Por qué estás empeñado en estrangular el motor? —preguntó, mientras hacía un gesto con su mano para apartar el humo que pululaba en el aire.

Chase notó cómo sus mejillas se teñían de color y apretó sus puños a los costados. Era verdad que no estaba demasiado familiarizado con el trabajo que debía realizar, y mucho menos con conducir tractores, pero que aquella morena se riera a su costa le enfurecía.

—¿Y tú lo harías mejor? —replicó con voz acerada.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Dakota. Sin responder a su pregunta, se sentó tras el volante y, con soltura, hizo ronronear el motor.

—¿Ves? —le dijo, clavando su mirada en el rostro masculino—. No es tan difícil si usas el acelerador, y claro, si sabes lo que son las marchas —añadió con prepotencia.

Chase deseó mandar a aquella mujer al infierno, pero se contuvo al no saber quién era y lo que hacía en el rancho. No quería tener problemas. Con sumo esfuerzo, se obligó a pintar en su cara una expresión de agradecimiento.

—Tienes razón, soy algo bruto.

Dakota entrecerró los ojos y estudió a aquel desconocido. Supuso que se trataba del nuevo empleado que había contratado el señor Bradford, aunque dudaba mucho que sirviera de mucha ayuda. Aún así, decidió ser amable. Apagó el contacto y se apeó del vehículo antes de tenderle su mano en señal amistosa.

—No hemos empezado con buen pie. Mi nombre es Dakota Crawford.

Chase dudó unos instantes, pero finalmente alargó su mano y estrechó la de la joven. Para su sorpresa, una corriente eléctrica atravesó su piel, y confuso apartó la mano, como si el tacto de la joven quemara.

—Chase Peterson, soy el nuevo empleado del señor Bradford.

—Lo imaginé —expresó Dakota mientras recogía su cuaderno de dibujo, que había dejado olvidado en un rincón—. Yo soy amiga de Savanna, y vivo aquí desde hace poco tiempo. Si tienes alguna duda sobre esto —dijo, haciendo un gesto con sus manos, abarcándolo todo—, puedes preguntar, me

he criado en un rancho.

Chase asintió, sintiéndose nuevamente estúpido. Dakota estaba siendo amable, lo sabía, pero su ego le impedía ser agradecido. Sin añadir más, volvió a su trabajo.

Dakota, por su parte, y tras ver que el señor Peterson volvía a su tarea, decidió hacer lo propio, y con paso alegre se dirigió a la casa. Aquel día quería sorprender a Savanna. No es que fuera una especialista en la cocina, pero quería evitar tareas a su amiga, en agradecimiento por acogerla en su casa.

Capítulo 23

Savanna clavó con intensidad su mirada en la pantalla del ordenador y una ventana emergente le impidió continuar con los pasos necesarios para cerrar la contabilidad del mes. Nuevamente se había confundido en algo. «Maldito programa informático», pensó frustrada mientras gruñía sonoramente. Hacía un par de semanas que se había marchado Keith y cada día se notaba más su falta en el rancho. Ahora comprendía la carga que él había llevado sobre los hombros, pero por nada del mundo pensaba llamarle. Molesta consigo misma al volver a pensar en Keith, se apartó de la pantalla del ordenador y se recostó sobre la silla antes de cerrar los ojos. Y a su pesar, el dolor volvió a embargarla.

Keith era el hombre al que más había amado en su vida, por no decir que era al único que había entregado por completo su corazón, pero él solo la había dañado. Los acontecimientos sucedidos en los últimos tiempos solo habían logrado torturar aún más su ajada alma, y no estaba segura de poder perdonarlo alguna vez. Tras lo sucedido en el cuarto de la colada, donde habían hecho el amor salvajemente, esperó que él intentara hablar sobre lo sucedido, pero para su sorpresa, simplemente recogió sus cosas y, esa misma noche, desapareció del rancho, sin tan siquiera despedirse de ella. Desde entonces no lo había vuelto a ver, cosa que agradecía, pero otra parte de su ser se sentía decepcionada con su comportamiento. «Soy una estúpida», se repitió por enésima vez, y dispuesta a olvidar el asunto se reincorporó en la silla y volvió a centrar su atención en el trabajo que tenía que acabar para poder entregar el informe al contable del rancho, con el que tenía una cita al día siguiente.

—¿Necesitas ayuda? —sonó una voz masculina proveniente de la puerta entreabierta del despacho.

Savanna elevó su mirada con sorpresa para encontrarse con el rostro amable de Chase. Daba gracias a los cielos porque aquel hombre hubiera llegado al rancho en el momento más oportuno. No es que fuera un experto en las tareas que tenían que ver con los animales, pero ponía todo su empeño, y siempre era amable y hacía más de lo que su trabajo le exigía. En el tiempo que llevaba allí se había ganado su confianza y estima, pero no creía que

supiera mucho más que ella sobre contabilidad, y aún así no dudó en expresar su frustración.

—¿Sabes algo de cómo llevar las cuentas de un rancho? —expresó Savanna con humor, mientras se quitaba la gafas y las dejaba sobre la mesa.

—Por favor, Savanna, no me subestimes —expresó Chase, mientras se acercaba hasta ella y se colocaba a su espalda—. ¿Puedo? —preguntó, señalando el ratón.

Savanna se vio sorprendida por sus palabras y, confusa, se levantó de la silla.

—Por supuesto —dijo, invitándolo a ocupar su sitio.

—Quizás no sea muy bueno arreglando vallas —indicó Chase mientras su mirada corría a toda velocidad por las columnas que le mostraba el sistema informático—, pero los números sí son lo mío. —No por nada había estudiado contabilidad, y había sacado las mejores notas de su promoción.

Quince minutos después, el sistema aceptó los datos y la contabilidad del mes estuvo cerrada. Savanna, situada a la espalda de Chase, no salía de su asombro.

—Ya está —expresó Chase triunfal, mientras giraba la silla y clavaba su mirada en el rostro de su hermana.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Savanna confusa.

—Soy licenciado en contabilidad.

Sus palabras desencajaron aún más a Savanna, que no entendía cómo un hombre tan inteligente como él podía estar trabajando como peón en un rancho. Y, sin pensar, expresó sus dudas.

—¿Y qué haces aquí?

«Mierda», pensó Chase mientras se mesaba la nuca.

—Es una historia muy larga —expresó, intentando evadir una explicación que aún no estaba preparado para dar.

—Pero... —insistió Savanna.

—Algún día te lo contare, pero ahora me muero por un café —expresó Chase, intentando desviar la atención de Savanna.

—Claro, vamos a la cocina —le invitó, decidida a no molestar a Chase, que no parecía muy cómodo con su interrogatorio.

Una hora después, Chase salió por la puerta de la cocina feliz por los avances que había logrado con Savanna. Habían compartido un café y una

agradable conversación, y poco a poco estaba logrando que ella confiara en él. Aún no estaba preparado para confesarle la verdad sobre los lazos que los unían, pero estaba convencido de que iba por el buen camino. Con paso firme, se dirigió hasta los establos, y tras comprobar que estaba solo, sacó su teléfono del bolsillo trasero de sus *jeans* y buscó en la agenda antes de dar al botón verde de llamada.

—¿Mamá? —preguntó, cuando la línea se abrió al otro lado.

Evolet tembló como una hoja al viento al escuchar la voz de su hijo, y tuvo que aferrarse al auricular para que no resbalara de sus manos. Llevaba semanas esperando aquella llamada, y a pesar del enfado que la embargaba, se contuvo por miedo.

—*Chase, hijo mío, ¿estás bien?* —preguntó preocupada.

—Sí, mamá —replicó Chase feliz—, lo primero es disculparme por no haberte llamado antes, pero he estado muy liado.

Evolet se sintió aliviada al escuchar la voz de Chase. Parecía feliz y animado, y con eso le bastaba.

—*¿Y cómo van las cosas con tu hermana?* —indagó, sin saber realmente si soportaría saber la verdad.

—Estupendamente. Es una mujer increíble, dulce y trabajadora. Cuando la conozcas, la vas a adorar —afirmó Chase con rotundidad—. Y tengo una sobrina deliciosa —añadió con orgullo.

—*¿Una sobrina?* —repitió Evolet tontamente.

—Una niña encantadora que seguro que será feliz con una abuela que la mime.

Una imagen se materializó ante Evolet, y a pesar de sus reticencias, no pudo evitar emocionarse al descubrir que podría mimar a la niña que nunca tuvo.

—*¿Cuándo vas a contarle la verdad?* —preguntó con impaciencia.

—Aún es pronto, Savanna no está preparada. Sé que algo no va bien en su vida, pero intentaré descubrirlo.

—*¿Me prometes que volverás pronto?* —preguntó Evolet sin poder contenerse, añorando a su hijo hasta la extenuación.

—Te lo prometo, mamá. Te quiero —añadió Chase, antes de cortar la llamada.

Keith esperaba la llegada de su vuelo. Unos días antes había recibido la llamada del jefe de su primo, y parecía bastante preocupado por Callum. El juicio se había celebrado días antes y al fin Ed Sullivan se podría tras los barrotes de una celda de la penitenciaría de Salem. Siempre supuso que, cuando eso sucediera, su primo se sentiría feliz y al fin podría seguir con su vida, pero por lo que le había comentado Sawyer, no parecía ser así.

No le fue difícil decidir viajar hasta Portland, donde había vivido varios años, y así comprobar en persona el estado de su primo. Sospechaba que todo lo que le pasaba se debía a la marcha de Mara. Callum amaba a esa mujer, y no debía ser fácil hacerse a la idea de no volver a verla —bien conocía él esa sensación—; pero ser testigo protegido tenía un alto precio a pagar.

El día anterior había ido a recoger a Adelle al colegio. Su idea era despedirse de ella antes de marcharse, pero la pequeña no lo recibió como esperaba. La vio salir danzando alegremente con sus compañeros, pero cuando lo vio allí, plantado junto al resto de padres, su gesto se torció. Llegó a su altura con los brazos cruzados sobre el pecho y ni siquiera lo miró.

—Ada, ¿qué pasa, no vas a darme un abrazo? —preguntó preocupado.

La niña siguió ignorándolo por unos segundos que a Keith le parecieron eternos, hasta que finalmente se dignó a responder a su pregunta.

—No.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó Keith dolido. Cuando se había marchado del rancho, la pequeña no se tomó bien que se mudara, pero no pensaba que le fuera a durar tanto el enfado.

Adelle, que hasta entonces lo había ignorado, elevó su rostro y clavó sus ojos marrones en su persona. Eran iguales a los de su madre, y en aquel momento desprendían fuego.

—Porque estoy enfadada contigo. Nos has abandonado —le reprochó, antes de volver a ignorarlo.

Sus palabras fueron para Keith como un puñal clavándose en su pecho. Cuando tomó la decisión de marcharse, pensó que era lo mejor para todos, pero en sus planes no entraba la posibilidad de perder el cariño de Adelle.

—Cielo —dijo acuclillándose, cogiendo a la niña por la cintura, obligándola a girarse para poder ver su rostro—, eso no es verdad. Yo nunca te abandonaré, simplemente me he mudado a mi casa.

—Y nos has dejado solos. El abuelo te extraña, y mamá está siempre

triste. Por las noches llora y no me gusta. ¿Por qué no vuelves? —le rogó, con los ojos empañados por las lágrimas.

Keith notó que un nudo se formaba en su garganta, y para ocultar las lágrimas que poblaban sus ojos, abrazó a la niña con intensidad. ¿Cómo iba a responder a esa pregunta? Eran cuestiones de adultos que una niña de apenas cinco años no podría entender.

—Ada, no puede ser. Quiero que comprendas que os quiero más que a nada en el mundo, pero hay cosas que pasan entre los adultos que tú no comprenderías...

La niña se apartó de su pecho con virulencia y clavó su mirada en su rostro antes de hablar con seriedad.

—No soy tonta, tío, aunque parece que tú sí lo eres. Mamá te quiere — Keith se quedó estupefacto ante su afirmación—, y tú a ella, he visto cómo os miráis, y no entiendo por qué no podéis casaros y vivir felices para siempre —concluyó, como si se tratara de uno de los cuentos que tanto le gustaban.

Keith se quedó mudo de la impresión, sin salida a su parlamento, y cuando una de las madres interrumpió su conversación, lo agradeció.

La voz de la megafonía del aeropuerto lo sacó de sus oscuros pensamientos, y el anuncio de su vuelo le hizo levantarse del asiento que ocupaba y coger su bolsa. Esperaba que aquel viaje despejara sus ideas. Tenía mucho en lo que pensar y la cabeza demasiado aturullada.

Como suponía, cuando llegó a casa de Callum lo encontró hundido. Estaba convencido de que había perdido a Mara para siempre, pero sin saber muy bien el porqué, Keith lo alentó a no rendirse, a luchar por la mujer que amaba. Tras una breve charla en su apartamento, ambos fueron a la comisaría, donde se reencontró con viejos amigos que hacía años que no veía. Más animado, Keith le propuso a Callum a ir a comer algo a su restaurante favorito, y allí estaban ahora, ojeando la carta.

Cuando el camarero les tomó nota, Callum clavó su mirada en el rostro demacrado de su primo. Durante las horas que llevaban juntos, se había obligado a morderse la lengua para no preguntar, pero su férrea determinación perdió la batalla.

—¿Me vas a contar de una vez lo que te pasa? —indagó directo.

Keith elevó su rostro y clavó su mirada en su primo. Más de cien veces le había pedido que no se metiera en su vida, pero comprendía su

preocupación.

—¿Tan transparente soy?

—Como un fantasma —replicó Callum con una media sonrisa—. Es por Savanna, ¿verdad?

Keith tardó unos segundos en responder a su pregunta. Llevaba años ocultando su amor por Savanna, y una actitud tan enraizada era difícil de abandonar, pero no tenía sentido seguir ocultando lo evidente. ¡Por Dios!, si hasta una niña de cinco años se había dado cuenta de lo que tan celosamente había intentado ocultar.

—Sí, es Savanna, la quiero —confesó.

Callum se sorprendió ante su respuesta directa, pero no entendía cuál era el problema, y así se lo hizo saber.

—Y por lo que yo llevo tiempo intuyendo, ella a ti también.

—Eso no importa —rebatió Keith, mesándose la frente con los dedos—, esto nunca debió pasar.

—No entiendo nada. ¿Por qué no?

—Llevo enamorado de esa mujer más de media vida, pero Andrew...

Sus palabras fueron interrumpidas por la voz furibunda de Callum.

—Andrew está muerto, y tú no.

—Pero...

—Conocía a Andrew tan bien como tú, y te aseguro que no querría que ni tú ni Savanna sufierais. No culpes a tu hermano por tu cobardía —expresó Callum con dureza.

Keith clavó su mirada en su primo con intensidad, mientras apretaba sus dedos en un puño. Le hubiera gustado estamparlo contra su rostro, pero en el fondo de su ser sabía que él tenía razón. Se había dejado llevar por una culpabilidad que ya no tenía sentido, y lo único que estaba logrando con su actitud era sufrir y hacer sufrir a la única mujer a la que había amado en su vida. Derrotado, asumió su error.

—He sido un estúpido.

—No te quito la razón —replicó Callum—, pero aún estás a tiempo. Tú mismo me has dicho estas mismas palabras esta mañana.

Keith se recostó sobre el asiento y se mesó la nuca con una tenue sonrisa adornando sus labios.

—Tienes razón, ya está bien de hacer el gilipollas, solo espero que no sea demasiado tarde.

—No lo sabrás hasta que no lo intentes. Aunque comprendo que estés acojonado. Savanna es dulce como la miel, pero cuando está enfadada, tiene un genio de mil demonios —replicó Callum con humor, apiadándose de su primo.

Capítulo 24

Savanna se sintió agradecida cuando Makayla se ofreció para suplirla en su turno en la biblioteca. Hacía menos de cinco minutos que le había llamado su suegro y la había dejado muy preocupada. Aquella tarde él debía encargarse de Adelle, pero se encontraba ligeramente mareado, y cuando Dakota se ofreció a llevar a la pequeña al parque, no dudó en aceptar. Según Allen, solo la había llamado para que no se preocupara al no encontrar a la niña a su llegada. Pensaba acostarse y descansar algo, le dijo, antes de cortar la llamada. Una alarma se encendió en la cabeza de Savanna tras la breve conversación. Desde que conocía a Allen, nunca le había visto echarse en la cama en pleno día, y estaba segura de que algo andaba mal. No se quedaría tranquila hasta ver con sus propios ojos que el hombre se encontraba bien.

Caminó aceleradamente hasta su coche, y cuando estuvo en su interior, accionó el aire acondicionado, agradeciendo el aire fresco que comenzó a llegar a su rostro. Había tenido un día horrible. La señora Albany estaba insoportable desde que le habían retirado el carnet de conducir, y para colmo de males, el aire acondicionado de la biblioteca se había estropeado.

Lo peor llegó cuando encontró un pequeño atasco a la salida del pueblo, a consecuencia de unas obras que se estaban realizando en el alcantarillado. Cuando logró coger la carretera que la llevaría hasta casa, no dudó en apretar el pedal del acelerador. Sabía que estaba excediendo el límite de velocidad establecido, pero sus ansias por llegar superaron a la prudencia.

Estaba cambiando de marcha cuando el sonido de su móvil sonó insistente en su bolso, situado en el asiento del copiloto. Temiendo que se tratara de Allen, cogió el volante con su mano derecha y con la izquierda se dedicó a buscar en el interior del bolso.

Soltó una exclamación victoriosa cuando logró alcanzar el móvil, pero cuando lo sacó, resbaló de sus dedos. En un acto reflejo, no dudó en desviar la mirada de la carretera y capturar el aparato, que ya había dejado de sonar. Frustrada, volvió a fijar su mirada en el asfalto, pero ya era demasiado tarde. Solo había apartado un segundo la vista, pero lo suficiente para descubrir frente a ella un coche que en aquel momento cruzaba la intersección ante sus ojos.

Keith bostezó sonoramente mientras se frotaba la nuca, intentando mitigar la tensión que se acumulaba en sus cervicales. Aún estaba cansado desde su regreso de Portland, un par de días antes, y las noches de insomnio no le ayudaban. Su atención se volvió a centrar en la documentación que reposaba sobre su escritorio, que debía revisar y firmar antes de ser archivada, pero le era imposible. En momentos como aquel extrañaba sus primeros años de servicio policial, tras salir de la academia, cuando había trabajado en Portland. Aquello nada tenía que ver con ser *Sheriff* de un pequeño pueblo, donde el acontecimiento más relevante que había pasado en los últimos días eran los hurtos que se habían perpetrado en el cementerio. La señora Clinton, la dueña de la floristería, aseguraba que el señor Jones, el encargado del cementerio, se dedicaba a revender los centros forales en un pueblo cercano.

Aburrido, agrupó las hojas desparramadas por el escritorio y las metió en una carpeta, antes de dejarla pulcramente colocada en una esquina. Necesitaba despejarse, por lo que se dirigió hasta la ventana, pero el sonido del teléfono interrumpió su momento de descanso. Sin dudar se acercó hasta la mesa y cogió el auricular con celeridad.

—Rosalyn, ¿qué pasa? —preguntó curioso.

—*Sheriff*, se trata de un accidente de tráfico.

Keith sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. Como una bofetada del pasado, en su mente afloró el recuerdo del día que recibió una llamada parecida, para luego descubrir que era su hermano el que se estaba muriendo en una cuneta.

—¿Dónde ha sido? —preguntó con voz contenida.

Silencio. Estaba claro que algo no andaba bien, se dijo Keith mientras apretaba fuertemente el auricular entre sus dedos.

—¡Rosalyn! —Llamó a su secretaria.

—En la 46, al lado de la granja Lowell.

Keith sintió que su corazón se saltaba un latido y cómo un sudor frío recorría su cuerpo al escuchar la posición exacta del accidente, la misma donde había perdido la vida Andrew.

—¿Qué coches están implicados? —indagó.

Rosalyn dudó, temerosa de su reacción, pero finalmente le dio los datos

que le había solicitado.

—Un *Sedán* negro del 85 y un *Chevrolet* 4x4 rojo.

«No puede ser», se dijo, incrédulo, mientras colgaba el teléfono con fuerza. Descubrir que el coche de Savanna estaba involucrado en el accidente había sido un duro mazazo, y una necesidad imperiosa de saber cómo se encontraba se apoderó de su cuerpo. Cogió las llaves de su coche, que reposaban sobre la mesa, y salió por la puerta como alma que lleva el diablo.

Rosalyn intentó detenerlo, viendo en el estado en el que se encontraba, pero fue incapaz de alcanzarlo. Cuando llegó al aparcamiento, el todoterreno del *Sheriff* ya derrapaba en el asfalto de la calle principal.

Mientras conducía, Keith no dejaba de pensar que si algo le sucedía a Savanna su vida no tendría sentido. Ahora se daba cuenta de su cobardía. Le había prometido a Callum que hablaría con ella, y a pesar de que habían pasado varios días desde su regreso, se había puesto mil excusas para no hacerlo. Sabía que Andrew había amado a Savanna hasta rozar la locura, motivo por el que él se había obligado a apartarse, pero su hermano estaba muerto y nada podía recriminarle. Savanna y él sí estaban vivos, y si no intentaba descubrir cómo sería estar juntos, se arrepentiría toda la vida. Ella había sido más valiente que él aquel día en la biblioteca, ahora lo sabía.

Sintió que el estómago se le encogía mientras se acercaba al lugar del accidente. Las luces del coche policial se adivinaban en la lejanía, y según se iba acercando, fue descubriendo el estado de los dos coches implicados. El *Sedán* negro, que era propiedad del chico de los Stewart, permanecía cruzado en la carretera. El morro del coche de Savanna había impactado en su lateral, y un denso humo salía de su motor.

Bajó del coche como un resorte, sin ni siquiera cerrar la puerta, y se encaminó directo a donde se encontraba Aaron, su agente, que estaba tomando declaración a Brian Stewart, que sostenía una gasa sobre su frente, donde parecía estar herido. No era la primera vez que tenía un problema con aquel chico, sobre todo porque le gustaba demasiado pisar el acelerador, pero esta vez se había pasado de la raya.

Aaron se vio sorprendido por la llegada intempestiva del *Sheriff*, que sin mediar palabra, cogió a Brian por la pechera de su camiseta.

—¡Te he dicho un millón de veces que condujeras con precaución! —gritó fuera de sí, con los ojos llenos de ira.

Aaron se interpuso e intentó separarlos, pero Keith no escuchaba sus

palabras.

—¡Jefe!, deje al muchacho —le rogó, pero fue inútil.

Savanna, que había escuchado el jaleo, salió de la parte trasera de la ambulancia, donde le estaban haciendo un pequeño reconocimiento, y se acercó a donde se encontraban los coches. Cuando descubrió la situación y el rostro pétreo de Keith, se quedó muda por la impresión. Parecía querer golpear al chico de los Stewart, y ni siquiera las palabras de su agente habían logrado hacerle entrar en razón. Se acercó a él, quedando a escasos centímetros, y le llamó con voz insegura.

—¿Keith?

El aludido tardó unos segundos en reaccionar. Con lentitud, soltó a Brian y se giró para descubrir a Savanna a su espalda. Se mantenía quieta, como una estatua, y se abrazaba a sí misma en una actitud insegura. Dejó caer sus manos y dirigió sus pasos hasta ella.

—Savanna, creí que... —comenzó balbuceante, alzando su brazo y acariciando su rostro con dedos inseguros.

—Estoy bien —intentó tranquilizarlo, temblando con su caricia.

—Ese maldito de Stewart —comenzó, mientras su gesto se torcía—, si algo te llega a pasar lo mato —aseguró convencido.

—No fue culpa suya —comenzó Savanna avergonzada—, estaba buscando el móvil y me despisté un segundo.

Keith no quería escucharla, le importaba un bledo cómo había sucedido. Solo le importaba que ella estuviera bien. Y sin afectarle lo que la gente a su alrededor pudiera pensar, la cogió entre sus brazos y la estrechó fuertemente contra su pecho.

Para Savanna fue toda una sorpresa, y sumada a las emociones acumuladas, se sintió desfallecer. Tuvo que apoyar el peso de su cuerpo contra el pecho masculino para no caer.

Keith se sentía en la gloria. Toda la tensión que había acumulado durante el trayecto hasta allí se diluyó al tener a Savanna entre sus brazos, mientras aspiraba el olor de su cabello con placer.

—Savanna, tenemos que hablar —indicó con voz contenida.

—Ahora no.

Su respuesta lo dejó helado, y más cuando ella se apartó y clavó su mirada en su rostro con intensidad. Su expresión mostraba un temor que lo

apabulló.

—¿Qué sucede?

—Es tu padre. Me llamó hace un momento, no se encontraba bien. Cuando tuve el accidente me dirigía al rancho.

Keith sintió que un sudor frío se apoderaba de su piel y que su corazón se detenía en su pecho. «No puede ser verdad», se dijo, incapaz de reaccionar ante lo que acababa de contarle Savanna.

—¡Keith! —le reclamó la voz de Savanna—. Tenemos que ir al rancho —le ordenó con autoridad.

El aludido movió su cabeza, intentando despejarla, y asintió, antes de dirigirse a su hombre, que se encontraba a pocos pasos, hablando con el conductor de una de las grúas que acababan de llegar.

—¡Aaron! —gritó con urgencia—, encárgate de todo, me tengo que ir.

—Por supuesto, *Sheriff* —replicó el aludido mientras volvía su atención al hombre con el que conversaba.

Keith cogió la cintura de Savanna y la guió hasta su coche. Con suma delicadeza, la ayudó a subir y ocupó su asiento. Con manos temblorosas encendió el motor y giró la dirección para dirigirse al rancho a toda velocidad.

Durante el trayecto ninguno de los dos habló, incapaces por la preocupación que atenazaba sus cuerpos. Y aquella sensación se agravó cuando, al llegar a la entrada del rancho, se cruzaron con una ambulancia con las luces de emergencia encendidas.

Keith detuvo el vehículo, aturdido por el sonido de sirenas que se alejaban.

—No puede ser —exclamó sin poder contenerse, con las manos aferradas fuertemente al volante.

Savanna contuvo las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos. Estaba tan asustada como Keith, pero sabía que no podían dejarse llevar por el pánico, antes debían averiguar lo que había sucedido. Sin importarle el enfado que sentía contra Keith, no dudó en alargar su mano y colocarla sobre la de él.

—Por favor, no saques conclusiones precipitadas. Llamaré a Chase —dijo Savanna, mientras buscaba su móvil en su bolso.

—¿Chase? —preguntó Keith aturdido.

—Sí, el nuevo encargado del rancho. Quizás haya sido él quien haya

llamado a la ambulancia —le informó, mientras buscaba en la agenda antes de realizar la llamada.

—Chase, soy Savanna. ¿Qué ha sucedido? —preguntó directa, a pesar de que no había escuchado respuesta al otro lado de la línea.

—¿*Savanna*? —preguntó el aludido, aún aturdido tras lo sucedido.

—Sí, soy yo. ¡Pero por Dios, dime qué ha pasado! Estoy a la entrada del rancho y he visto pasar una ambulancia.

Chase reaccionó al percibir la urgencia en la voz de Savanna y le contó lo sucedido. Todo había pasado demasiado deprisa. Había terminado de dar de comer a los animales y, a su regreso, decidió ir a informar a Allen de que todo estaba en orden. Cuando entró en la casa y descubrió al anciano tendido en el suelo, sintió que su corazón dejaba de latir. Con dedos temblorosos sacó el móvil del bolsillo trasero de sus *jeans* y marcó el número de emergencias. Los minutos que tardaron en llegar fueron un infierno para Chase, y solo respiró tranquilo cuando la ambulancia llegó. Los paramédicos le dijeron que Allen había sufrido un infarto, que habían logrado estabilizarlo, pero que tenían que llevárselo.

Savanna escuchó todo su relato con atención, y cuando Chase acabó, siguió con su interrogatorio.

—¿Dónde lo han llevado?

—*Al Hospital Universitario de San Antonio* —respondió Chase con seguridad.

—Está bien —replicó Savanna mientras se mesaba la frente—. ¿Podrías encargarte del rancho? —preguntó esperanzada.

—*Por supuesto* —replicó Chase, dispuesto a ayudar.

—Y por favor, dile a Dakota lo que ha pasado. Le agradecería que se ocupara de Adelle.

Chase podía notar la angustia en su voz, y hubiera deseado abrazar y consolar a su hermana, pero sabía que la ayudaba más estando en el rancho.

—*Savanna, no te preocupes, todo estará bien aquí.*

—Gracias, Chase, os mantendré informados —le prometió, antes de cortar la llamada y girar su rostro para clavar su mirada en Keith.

—Le ha dado un infarto. Lo llevan al Hospital Universitario de San Antonio.

Keith tardó unos segundos en reaccionar, mientras su corazón latía aceleradamente. Finalmente accionó la llave y giró el volante para seguir a la

ambulancia.

Capítulo 25

Savanna permanecía sentada en uno de los asientos de la sala de espera del Hospital. Observaba a Keith desde su posición, y empezaba a ponerse nerviosa con sus continuas idas y venidas de una punta de la sala a la otra. Solo detuvo su paseo cuando el médico de urgencias, ataviado con un uniforme azul, salió por las puertas aceradas. Al ver que se acercaba a Keith, Savanna se levantó como un resorte y se aproximó.

—¿Cómo está mi padre? —interrogó Keith.

El doctor Castle tenía cara de cansado, y al enfrentarse al rostro desenchajado del *Sheriff*, se pasó la mano por la mejilla, antes de responder a su pregunta.

—Señor Bradford —comenzó—, su padre ha sufrido un infarto de miocardio. Hemos logrado estabilizarlo y ahora está en cuidados intensivos.

Keith sintió que su propio corazón se detenía un instante. Si algo llegaba a pasarle a su padre, no podría soportarlo. En pocos años había perdido a su madre, a su mejor amigo y a un hermano.

—¿Cómo ha podido suceder? —preguntó Savanna incrédula—. Es un hombre que cuida su alimentación, no lleva una vida sedentaria...

Sus palabras se vieron interrumpidas por la voz del médico.

—Señorita —comenzó Castle, clavando su mirada en el rostro femenino—, el señor Bradford tiene una edad, y un sobreesfuerzo pudo influir —explicó—. La unidad de cuidados intensivos está en la cuarta planta. Allí, en el tablón, encontrarán los horarios de visita, pero les advierto que hasta mañana no podrán verlo. Les aconsejo que vayan a descansar; si algo sucediera, les llamaríamos al número de contacto que nos han dado. Y ahora, si me disculpan, debo volver a los *boxes* —añadió, antes de darse la vuelta y entrar por las puertas abatibles por las que poco antes había aparecido.

—Todo esto es culpa mía —expresó Keith, mientras se llevaba las manos a la cabeza con desesperación y comenzaba a pasear nuevamente por la sala.

Savanna tardó unos segundos en reaccionar, aturdida por el diagnóstico que presentaba su suegro. Clavó su mirada en Keith, y cuando lo alcanzó, le obligó a sentarse y ocupó un lugar a su lado.

—Keith, no digas eso, nadie tiene la culpa de lo sucedido.

El aludido había apoyado sus codos en sus rodillas y ocultado su rostro entre sus manos. Al escuchar las palabras de Savanna, cambió de postura y clavó su mirada en el rostro femenino.

—Hace tiempo que me dijo que debía contratar a alguien, pero por mi estúpida cabezonería no le hice caso. Si hubiera habido más mano de obra en el rancho, él no habría hecho esfuerzos de más.

Savanna sintió un nudo en la garganta al ver reflejada la angustia en las facciones de Keith. En un acto de compasión, y a pesar de que su enfado contra él persistía, no pudo evitar acercarse. Se levantó del asiento que ocupaba y abrazó a Keith, obligándolo a apoyar su cabeza contra su abdomen. Cuando él elevó sus brazos y aferró su cintura para apretarla contra él, sintió que su corazón latía aceleradamente. Sus propias manos actuaron por su cuenta, y como si se tratase de un niño, acarició su pelo castaño, intentando consolarlo.

—Keith, no digas eso, no te culpes. Sabes bien que tu padre, a pesar de que hubieras contratado a alguien, no habría dejado de hacer su trabajo. El rancho lo es todo para él, es lo que ha hecho toda su vida.

Keith apretó la mandíbula y cerró los ojos para evitar que las lágrimas poblaran sus mejillas. Solo el abrazo de Savanna lograba mitigar la furia que le invadía. Sabía que ella tenía razón, pero la culpabilidad era difícil de controlar.

—Si mi padre muere, estaré solo —confesó su temor con voz estrangulada.

Savanna, al escuchar sus palabras, sintió que su corazón se quebraba.

—Eso no es cierto, y lo sabes. Adelle te quiere como a un padre.

—¿Y tú?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Los dedos de Savanna dejaron de acariciar el cabello de Keith, y este esperó su respuesta con la respiración contenida.

—Yo también te quiero; eres maravilloso con mi hija, con Allen...

Keith se separó de su cercanía con virulencia, antes de clavar su mirada en su rostro con intensidad.

—Sabes perfectamente que no me refiero a eso.

Savanna se apartó y le dio la espalda. Claro que sabía lo que había querido decir, pero el resquemor de los últimos tiempos le impedía contestar a

su pregunta. ¿Qué esperaba Keith, que se tirara en sus brazos como si nada? Su rechazo tras lo sucedido en los últimos tiempos dolía, y mucho. No confiaba en él. ¿Y si volvía a jugar con ella? No podría soportarlo.

Keith se levantó y clavó su mirada en la espalda de Savanna. Hubiera deseado acercarse y abrazarla, pero supo que no era el momento. Había sido un estúpido al negar sus sentimientos durante tanto tiempo. La había dañado, y comprendía que no quisiera saber nada de él, pero no por ello iba a desistir, no iba a perderla, se prometió. Tenía que actuar con cautela. Con paso lento, se acercó hasta ella y, sin tocarla, habló.

—Lo siento —se disculpó—, ¿me perdonas?

Savanna tardó unos segundos en recomponerse. Finalmente, y tras cuadrarse de hombros, se giró para enfrentarse a él.

—No ha sido nada —mintió—, lo importante ahora es Allen.

—Sí, y ya que no podemos hacer nada aquí, lo mejor es que busquemos un lugar donde pasar la noche. Conozco un hotel cerca de aquí.

—Perfecto —aceptó Savanna mientras colocaba su bolso correctamente sobre su hombro.

Chase se vio sorprendido cuando la puerta trasera de la cocina se abrió para dar paso a Dakota y la pequeña Adelle. La pequeña correteó hasta la encimera y observó cómo Chase movía una cuchara de palo sobre una olla.

—¿Estás cocinando pasta? —preguntó la pequeña curiosa.

Chase sonrió al ver el rostro, tan parecido al de su hermana, iluminado por la anticipación.

—Sí, es mi plato estrella.

—¿Con beicon? —interrogó la pequeña.

—Exactamente —replicó Chase mientras acababa de picar la cebolla.

—¿Y el abuelo? —preguntó la pequeña, mirando a su alrededor.

Chase giró su rostro y clavó su mirada en el de Dakota, situada a poca distancia. No estaba preparado para dar explicaciones a una niña.

Dakota, como si hubiera adivinado sus temores, no dudó en atajar la situación. Mientras esperaba a que Adelle saliera del colegio, había recibido la llamada de Savanna, informándola de lo sucedido.

—El abuelo y mamá han ido a visitar a un amigo a San Antonio —

mintió, mientras se obligaba a dibujar una sonrisa en sus labios.

—No sabía que el abuelito tuviera un amigo allí —dudó la niña, mientras achicaba los ojos.

—Cielo —dijo Dakota mientras se agachaba junto a la niña y enlazaba su cintura—, el abuelo tiene muchos amigos, no tienes que conocer a todos. Y ahora, mientras Chase hace la cena, ¿por qué no vas a dar leche a los gatitos que nacieron ayer? —le dijo, con la intención de desviar la atención de la pequeña.

El rostro de Adelle resplandeció y asintió vigorosamente antes de salir por la puerta por la que poco antes había entrado.

Dakota respiró cuando la pequeña desapareció y se acercó a la encimera, donde seguía trabajando Chase.

—¿Han llamado? —preguntó directa.

Chase, que en aquel momento estaba echando la cebolla en la sartén, giró levemente su rostro antes de hablar.

—Sí, hace diez minutos. Allen está en cuidados intensivos, hay que ver como evoluciona, pero está estable dentro de la gravedad.

Dakota sintió cómo sus hombros se relajaban.

—Menos mal, menudo susto.

—Gracias por lo de antes.

Dakota elevó una de sus perfectas cejas al escuchar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—Por tomar las riendas de la conversación con Adelle.

—Tranquilo, está claro que no estás muy acostumbrado a estar con niños —replicó con humor, apoyando su cadera sobre la encimera mientras cogía una zanahoria del bol donde Chase tenía reservados los ingredientes para una ensalada y le daba un mordisco.

—No te voy a quitar la razón, aunque nunca pensé que fueran tan complicados.

—Y Adelle más, es muy aguda. Por cierto, gracias por hacerte cargo de la cena.

—Me gusta cocinar —confesó Chase.

—Pues a mí no —replicó Dakota sin pudor.

Chase sonrió ante su respuesta. Y, disimuladamente, clavó su mirada en el rostro de la joven. Era tan hermosa que le quitaba el aliento, y a pesar de su mal carácter, le encantaba hablar con ella, aunque siempre le llevara la

contraria.

—¿Te ayudo? —preguntó Dakota, y no pudo evitar sonreír cuando vio que Chase daba un respingo en el sitio, como si le hubiera asustado. Había sido consciente de su escrutinio, y algo desconocido invadió su estómago—. Tranquilo, no meteré la mano en tus “guisos”. ¿Pongo la mesa?

—Claro, te lo agradecería —replicó Chase, avergonzado porque ella le hubiera sorprendido espiándola.

Tiempo después, y con Adelle ya en la cama, Chase y Dakota disfrutaron de la cena mientras charlaban amigablemente. Chase estaba fascinado con Dakota, que en aquel momento le hablaba con entusiasmo del arte. Tuvo que morderse la lengua en múltiples ocasiones para no confesarle que él tenía la misma pasión. Su padre se lo había inculcado desde niño, e incluso poseían una pequeña galería de arte en San Francisco. Estaban degustando el postre, consistente en una ración de helado de chocolate, cuando Dakota se atrevió a mostrarle algunos de sus trabajos.

—Esta es parte de la serie —expresó tímidamente, mientras colocaba su cuaderno sobre la mesa junto a Chase, esperando su reacción expectante.

Chase lo abrió con cuidado y se sorprendió con lo que encontró en su interior. La primera lámina era una imagen de un caballo elevando sus patas delanteras, y a pesar de ser realizado a carboncillo, tenía un realismo que le impresionó. Siguió pasando páginas, y con cada una de ellas, se fue empapando de su trabajo.

Dakota, que se mantenía a su lado, apoyó los codos sobre la mesa y colocó su barbilla sobre sus manos, esperando la reacción de Chase, que parecía concentrado en su trabajo, como si lo apreciara.

—Son espectaculares —concluyó Chase mientras cerraba el cuaderno y se lo devolvía a su dueña—. ¿No has pensado en exponer?

Dakota sonrió anchamente antes de responder.

—Precisamente esta serie es para una exposición que me han propuesto. Es mi primera oportunidad, y estoy muy ilusionada —comentó.

—Estoy seguro de que no será la última. Tienes mucho talento, sabes expresar de una forma que apabulla.

—Gracias —replicó Dakota mientras notaba que sus mejillas se coloreaban—, eres muy amable.

Chase se recostó sobre la silla, y cruzando sus brazos sobre su pecho, clavó su mirada en la mujer.

—No es amabilidad, solo digo la verdad. Tengo algunos contactos, y quizás estén interesados en tu trabajo.

Dakota se sorprendió al escuchar sus palabras y achicó sus ojos para estudiar al hombre que tenía frente a sí. «¿Cómo puede ser que un simple peón de un rancho tenga contactos en galerías de arte?», se preguntó confusa. Algo le decía que aquel hombre, demasiado atractivo para su gusto, escondía un secreto, y no estaba segura de querer saber cuál era, porque eso la llevaría a preguntarse qué hacía allí, en un pequeño pueblo perdido de la mano de Dios. Por su comportamiento para con su amiga, sospechaba que tenía algo que ver con Savanna, y a pesar de que le caía bien, un recelo anidó en su interior.

—Dakota —la llamó él, sacándola de sus oscuros pensamientos—, ¿estás bien?

—Sí, sí, claro —replicó ella con celeridad—, estaba pensando en tu propuesta.

—¿Y? —preguntó Chase, elevando una de sus cejas, en actitud relajada.

—Solo puedo decirte que lo pensaré —replicó la joven mientras abandonaba su silla y comenzaba a recoger la mesa—. Ya se ha hecho tarde —se excusó—, será mejor que nos acostemos. Mañana va a ser un día duro —añadió, antes de darle la espalda para dirigirse a la pila.

Capítulo 26

Savanna estaba agotada y agradeció que el hotel solo estuviera a veinte minutos del Hospital universitario. Era un edificio grande, que según observó, estaba al lado del Álamo. El encargado del *parking* les atendió con amabilidad, a pesar de la hora tardía, y se hizo cargo del coche. Para su sorpresa, Keith sacó una pequeña bolsa del maletero, y al ver que ella clavaba su mirada en ella, respondió a sus dudas.

—Es algo de ropa. Aún no la había sacado tras mi viaje a Portland — explicó Keith escuetamente mientras la instaba a entrar en el edificio, colocando una mano en su espalda.

—Yo no te he preguntado —replicó Savanna, incómoda con la situación.

Keith estuvo a punto de replicar a sus palabras, pero prefirió ignorar su tono molesto y continuó hablando.

—Tengo un amigo que es gerente —explicó, mientras llegaban al mostrador—. Servimos juntos en el ejército.

La joven recepcionista los recibió con una amplia sonrisa.

—Buenas noches —les saludó—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Necesitamos dos habitaciones.

—¿Tienen reserva? —preguntó la joven.

—No, nuestra estancia en San Antonio no estaba planeada —replicó Keith sin querer dar explicaciones, a pesar de que no le pasó desapercibida la mirada curiosa de la joven a su uniforme.

—Veré qué puedo hacer —replicó la recepcionista mientras fijaba su mirada en la pantalla frente a sí y sus dedos volaban sobre el teclado—. Lo siento, pero no queda ninguna. Es temporada alta —explicó apenada por no poder ayudarles— y estamos al completo.

—Señorita Peter —dijo Keith, leyendo la placa que pendía de la camisa blanca de la joven—. ¿Podría hablar con el señor Cruz? —preguntó resuelto.

Alaina se sorprendió ante su petición y, tras dudar unos segundos, asintió.

—Por supuesto, señor...

—Bradford.

La joven cogió el auricular entre sus dedos y marcó la extensión

requerida.

—Señor Cruz —solicitó—, el señor Bradford quiere hablar con usted.

La señorita Peter asintió a lo que le decía una voz al otro lado de la línea, y finalmente cortó la llamada.

—Señor Bradford, lo recibiré ahora —dijo, mientras hacía una señal al botones, situado a poca distancia—. John, acompaña al señor al despacho del señor Cruz.

—Savanna, espérame aquí —le solicitó Keith mientras dejaba su bolsa junto a uno de los sofás tapizados alegremente con estampados retro del amplio Hall.

Savanna hizo lo que Keith le pedía, aunque no estaba muy contenta con la situación. Lo que necesitaba en aquel momento era una cama, y dormir al menos siete horas. Derrotada, se sentó en uno de los sillones y se resignó a esperar, mientras observaba a través de los amplios ventanales de la entrada las luces de la calle. Diez minutos después, Keith regresó, y tras dedicarle una sonrisa, la instó a levantarse para seguir al botones. Subieron hasta la quinta planta en el ascensor y recorrieron un amplio corredor hasta llegar a la habitación 502.

—Aquí tiene su llave —le dio el chico que los había acompañado, entregando la tarjeta magnética a Keith.

—Gracias —respondió Keith con amabilidad.

Savanna se sintió confusa y solo preguntó cuando estuvieron solos.

—¿Una habitación?

Keith sabía que se avecinaba una tormenta. Ignoró la pregunta de la mujer que tenía al lado, y tras abrir la puerta, la invitó a entrar.

—¿Me vas a responder? —inquirió Savanna perdiendo la paciencia mientras se cruzaba de brazos.

Keith cerró la puerta a su espalda y se preparó para responder a su pregunta.

—Ya has oído a la recepcionista; el hotel está completo. Podemos dar gracias de que Cruz nos haya conseguido una.

Savanna quiso gritar por la frustración. Por nada del mundo quería pasar una noche en la misma habitación con Keith.

—¿Y no podríamos haber buscado otro hotel? —replicó, clavando su mirada en el rostro de Keith.

—¡Por Dios, Savanna! —expresó Keith perdiendo la paciencia—. Es la

una de la madrugada y la ciudad está a rebosar de turistas. Por favor, dame una tregua —añadió, hundiendo sus hombros con cansancio.

Savanna se mordió el labio inferior, notando la culpabilidad cayendo sobre su cuerpo al comprobar la cara de cansado de Keith. Se giró sobre sí misma y comprobó que era una habitación amplia, con un saloncito separado de la habitación.

—Está bien —aceptó finalmente—, yo dormiré en el sillón —añadió, acercándose al mismo para calcular sus dimensiones y comodidad.

—No es necesario —expresó Keith cogiendo su brazo para detenerla. Supo al instante que había cometido un error, porque nada más tocar su piel, un escalofrío recorrió su cuerpo.

Savanna se apartó con rapidez de su cercanía, como si su contacto la hubiera quemado, y buscó distancia entre ellos antes de hablar.

—De acuerdo. Será mejor que durmamos algo, mañana va a ser un día muy largo.

—Sí, tienes razón —aceptó Keith.

Savanna se acercó hasta la puerta del dormitorio, y en el quicio se despidió.

—Buenas noches, Keith —le deseó.

—Buenas noches, Savanna —replicó Keith.

Cuando la puerta se cerró, Keith se dejó caer sobre el sofá que le haría de cama y clavó su mirada en el techo. Se pinzó el puente de la nariz y cerró los ojos. Sus músculos se relajaron, pero los sintió doloridos, denotando así el cansancio que se acumulaba en ellos. Savanna tenía razón, debían descansar y estar fuertes para estar preparados para lo que pudiera deparar el día siguiente.

Hacía años que no rezaba, quizás desde que era niño, pero en ese momento lo hizo, por su padre. Si algo le llegara a suceder no se lo podría perdonar, y a pesar de las palabras de Savanna, que solo había intentado consolarlo, sabía que parte de lo sucedido era responsabilidad suya, como de otras tantas. Pero a partir de aquel momento todo iba a cambiar, se juró antes de dejarse vencer por el sueño.

Dakota regresó al rancho tras dejar a Adelle en el colegio. Faltaban tres

semanas para que el curso acabara y la pequeña estaba eufórica por el festival de verano. Era una ocasión especial porque actuaría en una de las obras, interpretando a Caperucita. Los ensayos empezaban en dos días, y durante el viaje le había recitado sus frases con emoción.

Aparcó frente a la casa y entró con la intención de buscar sus útiles de dibujo para adelantar trabajo, antes de ponerse con la comida. Caminaba por el pasillo, pero al llegar a la altura de la biblioteca de Savanna, escuchó un ruido en su interior, y con temor se asomó al quicio.

Se llevó una gran sorpresa al descubrir a Chase, que estaba registrando una cajonera situada bajo el escritorio de cristal. Lo observó durante unos segundos, decidiendo sobre cómo proceder, y finalmente entró y cerró la puerta a su espalda, provocando un gran estruendo, sobresaltando al “fígón”.

Chase detuvo el movimiento de sus manos al escuchar el sonido, y al alzar su mirada se encontró con el rostro pétreo de Dakota. «Mierda», pensó frustrado al verse descubierto.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Dakota mientras se acercaba a la mesa y descubría el desorden.

—Nada —mintió Chase garrafalmente.

—¿Me tomas por estúpida? —inquirió Dakota, perdiendo la paciencia.

—No —negó Chase mientras frotaba su nuca. Aquella mujer lo tenía contra las cuerdas.

—Mira, desde que llegaste al rancho noté algo extraño en ti. Ocultabas algo. Está claro que nunca has trabajado en un rancho. Ahora la pregunta es la siguiente: ¿Qué has venido a hacer aquí?

Chase sabía que estaba metido en un lío, y comenzó a buscar una excusa a toda velocidad, pero la voz de Dakota se lo impidió.

—No te molestes en inventar una mentira. Si no me cuentas la verdad, no me quedará más opción que hablar con Keith, que por si no lo recuerdas, es el Sheriff de este pueblo. No creo que le guste que un desconocido haya aparecido en su rancho con una intención oculta para con su familia.

Chase clavó su mirada en el rostro de Dakota con intensidad. Cuando la conoció, se sintió irremediamente atraído por ella. La noche anterior, mientras ella le enseñaba su trabajo, con aquella cara de ilusión, deseó con todas sus fuerzas besarla. Pero en aquel momento solo deseaba rodear su delicado cuello entre sus dedos y retorcerlo.

—¡Vamos! —le apremió Dakota implacable, mientras sacaba su móvil

del bolsillo trasero de sus *jeans*. Movi6 sus dedos sobre la pantalla t6ctil y solo se detuvo cuando escuch6 la voz molesta de 6l.

—¡Est6 bien! —se rindi6 Chase—. Te contar6 todo, pero antes debes jurarme que guardar6s mi secreto.

Dakota clav6 su mirada en su rostro y medit6 sobre su petici6n. Pudo leer en sus ojos la necesidad de esa promesa, y finalmente se rindi6.

—Est6 bien —acept6—, nada de lo que me cuentes saldr6 de estas cuatro paredes.

—¿Aunque tenga que ver con Savanna? —insisti6 Chase.

La sorpresa se reflej6 en el rostro de Dakota y Chase dud6, hasta escuchar la respuesta que esperaba.

—Soy una mujer de palabra, ser6 una tumba.

Chase asinti6 y se sent6 en la silla a su espalda, y con un gesto de la mano le indic6 que hiciera lo propio a Dakota. Se tom6 unos minutos para organizar sus ideas y, tras coger aire, comenz6.

—Mi apellido no es Peterson, es Malone, y soy director de una importante firma de publicidad de San Francisco.

Dakota abri6 la boca con sorpresa y tard6 unos minutos en reaccionar. Ahora comprendi6 muchas cosas, sobre todo por qu6 Chase era tan malo en las tareas del rancho. Pero eso no explicaba su mentira y lo que hacíallí.

—¿Y me puedes explicar por qu6 te has inventado una vida? Y lo m6s importante: ¿qu6 buscas en el rancho?

Chase se mes6 la frente y cogi6 aire antes de responder.

—Es una historia muy larga —expres6.

—Yo tengo todo el día —replic6 Dakota, intentando acorralarlo.

—Mira, Dakota, no me niego a contarte la verdad. Simplemente es que no sé por d6nde empezar.

—¿Y por qu6 no pruebas por el principio? —replic6 Dakota, elevando una de sus cejas de forma interrogante.

—Est6 bien —expres6 Chase resignado. —Mi padre muri6 hace unos meses...

Dakota, a pesar de su recelo anterior, se sinti6 culpable al escuchar sus palabras.

—Lo siento mucho —expres6 con voz apagada.

Chase elev6 su mirada, que hasta entonces había permanecido clavada en la superficie de la mesa, y al descubrir la pena en el rostro de Dakota, algo

se removió en su interior. Ignorando los sentimientos que despertaba la joven en él, decidió continuar.

—Gracias. Cuando estaba colocando sus papeles, descubrí por casualidad una documentación que me dejó helado: era adoptado. Me sentí engañado, defraudado, pero tras hablar con mi madre, me sentí mejor. Pero las sorpresas no acabaron ahí, una verdad aún más impactante apareció ante mis ojos: tenía una hermana.

—¡Dios mío! —exclamó Dakota, mientras se cubría la boca con una mano al ponerse en el lugar de Chase.

—Y eso explica mi llegada a Darrell Creek —añadió Chase, como si eso lo explicase todo.

Dakota, perdida en la narración de Chase, no dudó en hacer la pregunta que quemaba en sus labios.

—No entiendo, ¿qué tiene que ver eso con que estuvieras registrando el escritorio de Savanna...? —en aquel preciso instante, su mente respondió a la pregunta que había formulado—. ¡Dios mío! —repitió por segunda vez—. ¡Savanna es tu hermana! —exclamó incrédula.

—¡Chica lista! —replicó Chase con una sonrisa triste—. No estaba registrando sus cosas, solo buscaba algún álbum. Me hubiera gustado crecer junto a ella, y solo pretendía atesorar esos recuerdos perdidos a través de alguna instantánea —se justificó.

Dakota sintió el escozor de las lágrimas al escuchar sus palabras. Lo que Chase acababa de confesarle la conmovió hasta lo más profundo de su ser, y sin poder evitarlo, se adelantó en su silla y atrapó la mano masculina entre sus dedos para mostrarle su apoyo.

—No te preocupes, te ayudaré a crear esos recuerdos —afirmó, antes de levantarse y desaparecer de la estancia.

Chase fue incapaz de moverse, perturbado por lo que había sentido al descubrir la ternura que había en Dakota. Cuando había estrechado su mano, le había sorprendido, y aún notaba el calor de su piel, a pesar de que el contacto solo había durado unos instantes.

Dakota regresó al despacho pertrechada con varios álbumes en sus manos, que depositó sobre la mesa.

—Aquí está lo que buscabas —expresó mientras cogía una silla y la situaba junto a la de Chase, antes de coger uno de los volúmenes—. ¿Empezamos? —preguntó, mientras abría la tapa.

Chase asintió, confuso por su comportamiento pero emocionado al descubrir la primera instantánea, que ya conocía por el informe de la asistente social.

Capítulo 27

Dakota dio el último trazo a su dibujo y difuminó con su dedo la línea antes de darlo por concluido. Se sentía más que satisfecha con su trabajo. Era la última lámina de la segunda serie que tenía que entregar en pocas semanas, e iba con adelanto sobre el plazo. Cerró el gran cuaderno y lo dejó sobre la mesa baja del porche. Estaba a punto de entrar en la casa, para ocuparse de la colada, cuando el sonido de un motor que se acercaba llamó su atención.

Se aproximó hasta los escalones del porche y se sorprendió al reconocer el todoterreno de su hermano, que aparcó junto a la casa. El nerviosismo por tener que enfrentarse a Sean se apoderó de su cuerpo y permaneció estática, hasta que su hermano bajó del vehículo y se acercó hasta ella.

—¡Sean! ¿Qué haces aquí? —preguntó, cuando él se situó a su lado.

El aludido clavó su mirada en su hermana antes de contestar. Era la misma, pero un brillo especial se reflejaba en su rostro, y a pesar de ello, no dudó en expresar lo que lo había llevado hasta allí.

—He venido a buscarte para llevarte a casa —expresó Sean escuetamente.

—¿Qué? —boqueó Dakota perpleja.

—Lo que has oído —insistió Sean, con cara de pocos amigos.

Dakota notó cómo el mal genio crecía en su interior. Parecía que su hermano aún no había entendido que era una mujer adulta y que tenía vida propia. Se cuadró de hombros, dispuesta a enfrentarlo, y dio un paso adelante.

—¿Y puedo saber por qué?

—No voy a permitir que vivas aquí, sola con un hombre. No quiero que la gente empiece a hablar.

Dakota tuvo que cerrar la boca, que se le había quedado abierta tras su parlamento, antes de explotar con lo peor de su genio.

—¿Es por eso? Vaya, qué desilusión, esperaba que fuera porque me echabais de menos en casa. Pero bueno, da lo mismo, mi respuesta es NO.

—Dakota, no te he preguntado —expresó Sean molesto—. Haz tu maleta y nos vamos —ordenó.

—¿Estás sordo? —expresó Dakota con voz estridente—. No pienso ir a ninguna parte, y por favor, no insistas.

Sean maldijo sonoramente y cogió el brazo de la joven, dispuesto a arrastrarla hasta su coche si era necesario. Dakota forcejeó mientras insultaba a su hermano, pero la fuerza del hombre se evidenciaba.

—¡Suéltame ahora mismo! —gritó Dakota, mientras golpeaba el pecho de su hermano con virulencia.

—Niña malcriada —refunfuñó Sean mientras avanzaba hacia la escalera, hasta que una voz a su espalda detuvo su movimiento.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Chase con voz acerada.

Sean se giró, sin soltar a Dakota, y clavó su mirada en Chase.

—No es asunto tuyo, lárgate —expresó con voz amenazante.

Chase apretó la mandíbula al escuchar sus palabras, pero si ese hombre pensaba que iba a hacer lo que le ordenaba, estaba muy equivocado.

—Lo es, y por favor, suelte ahora mismo a la señorita.

Sean dejó el brazo de Dakota libre y se giró para enfrentarse con aquel hombre.

—¿Quién te crees que eres para meterte en asuntos de familia?

—¿Familia? —cuestionó Chase confuso.

—Sí, la “señorita” es mi hermana, y hará lo que yo le diga.

Dakota se tensó al ver la postura corporal de su hermano. Lo conocía demasiado bien como para no saber lo que pasaría a continuación, e intentando evitar la discusión, se interpuso entre ambos.

—Por favor, Sean, márchate —le rogó, con ojos suplicantes.

—Cuando entres en la casa, haz la maleta y subas a mi coche.

—Dakota no va a ir a ninguna parte si no quiere —insistió Chase, mientras apretaba los puños a sus costados. Podía ver las intenciones de aquel hombre en sus pupilas, pero no pensaba amedrentarse.

—Chase, por favor, déjalo —suplicó Dakota.

Sean perdió la paciencia y separó a la joven con un fuerte empujón. Chase, al ver su gesto agresivo, no dudó en estampar su puño contra su rostro, a pesar de que le sacaba al menos una cabeza.

Varios golpes se sucedieron, y Dakota se sintió impotente. Solo logró que se separaran con un grito desgarrador.

—¡Basta ya!

Chase se apartó tras recibir un último golpe y clavó su mirada en el rostro húmedo, por las lágrimas, de Dakota. Nunca en su vida se había comportado así, y ahora se arrepentía.

Sean, por su parte, se limpió con la manga de la camisa el hilo de sangre que se derramaba por su labio inferior.

—Esto no quedará así —expresó, antes de bajar los dos escalones del porche y subirse a su coche para salir del rancho derrapando.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dakota preocupada, mientras observaba las magulladuras de su rostro.

—Sí, no te preocupes —intentó Chase tranquilizarla, aunque por el dolor que sentía en el ojo, sabía que al día siguiente amanecería morado.

—Vamos dentro a curar tus heridas —ordenó ella tajante.

Chase iba a negarse, pero finalmente la siguió al interior de la casa, hasta llegar a la cocina. Allí se sentó en una silla, junto a la mesa, y observó cómo ella rebuscaba en el armario sobre la nevera. No pudo evitar fijarse en sus largas piernas, que quedaban a la vista con su corto vestido, mientras se ponía de puntillas para alcanzar la caja de primeros auxilios. Cuando lo logró, Chase apartó la mirada para no ser descubierto.

Dakota colocó la caja de hojalata sobre la mesa y la abrió. Sacó las gasas y el desinfectante, decidida a curar la herida de su labio.

—Siento mucho lo que ha pasado —se disculpó mortificada.

—Dakota, no has sido tú la que me ha golpeado —intentó tranquilizarla.

—Mi hermano es un bruto —comentó molesta mientras humedecía la gasa.

—En eso no te quito la razón. No puedo creer que compartáis genes —expresó con sinceridad.

—Pues te aseguro que es así —dijo Dakota, con cierto humor.

—Pues te aseguro que tú estuviste la primera en el reparto... ¡Ahhh! —exclamó, cuando notó el contacto del desinfectante con su piel.

Dakota no apartó la gasa, a pesar de su protesta.

—Eres una *nenaza* —comentó con humor.

Chase iba a replicar a su pulla, pero al clavar su mirada en su rostro, se quedó sin palabras. Dakota siempre le había parecido una mujer atractiva, pero en aquel momento, con los ojos chispeantes por la broma, no pudo evitar desear besar sus labios.

—Dakota —la llamó.

La aludida se vio sorprendida por el tono de su voz, y al fijar su mirada en su rostro, sintió que el corazón le daba un vuelco. «¡Me va a besar!», se dijo, con la anticipación bullendo en su interior. En los últimos días habían

pasado mucho tiempo juntos, y no podía negar que el hombre que había conocido removía algo en su interior.

—Di —replicó con voz trémula.

Chase cogió su cintura y la situó entre sus piernas, para luego obligarla a sentarse en sus rodillas.

—Voy a besarte —la advirtió, mientras atrapaba su rostro entre sus manos.

—Y yo voy a responder a ese beso —replicó Dakota expectante.

Chase sonrió al escuchar su respuesta, y sin demora, la obligó a bajar su rostro para poder apoderarse de sus labios. Sus lenguas se encontraron gustosas en un reconocimiento mutuo, pero el sonido de la puerta delantera los sacó de la nebulosa de la pasión.

—¡Mierda! —exclamó Chase molesto—. Se me había olvidado decirte que había ido a recoger a Adelle de la casa de su amiga. Cuando llegué al porche, ella había ido a dar de comer a los gatitos.

—¡Oh! —exclamó Dakota mientras se levantaba de sus rodillas.

Chase atrapó su muñeca antes de que se apartara.

—Esta noche continuaremos con “esta conversación”.

Dakota sintió que sus mejillas se coloraban, pero no pudo replicar a sus palabras porque Adelle llegó trotando por el pasillo.

A última hora de la tarde subieron a Allen a planta, tras salir de cuidados intensivos veinticuatro horas después de su ingreso. Había respondido bien a la medicación y parecía estable. Keith respiró aliviado al saber la noticia, y por la tarde decidió ir a Darrell Creek para coger ropa para Savanna, que con las prisas, no había cogido nada.

Llegó al rancho cuando el sol se escondía en el firmamento. Aparcó junto a la casa y entró con paso firme. Estaba a punto de subir a la planta superior, para dirigirse a la habitación de Savanna, cuando se percató de que la luz de la cocina estaba encendida. No dudó en dirigirse hasta allí, y para su sorpresa, descubrió al hombre que había visto con Savanna en la biblioteca. El desconocido estaba trabajando en una de las encimeras, mientras una olla bullía al fuego.

—Buenas tardes —expresó Keith, pretendiendo llamar su atención.

Chase se giró, sorprendido, y clavó su mirada en Keith.

—Buenas tardes —retribuyó el saludo confuso.

Keith esperó a que él se presentara, pero al ver que no lo hacía, se animó a hacerlo él.

—Soy Keith Bradford.

Chase asintió, nervioso ante el encuentro fortuito, y tras limpiar sus manos con un trapo, extendió una para estrechar la del *Sheriff*. Aquel era el hombre del que estaba enamorada su hermana, según le había contado Dakota, y aunque parecía un buen hombre, no podía olvidar que la había dañado.

—Chase Peterson. Me contrató su padre para ayudar en el rancho.

Keith clavó su mirada en el rostro de Chase. «Vaya, este es el famoso capataz», pensó, mientras lo estudiaba sin cortarse. «Parece un buen hombre, pero no me gusta que esté cerca de Savanna, es demasiado atractivo», siguió el hilo de la conversación que mantenía consigo mismo y que fue interrumpida por la llegada de su sobrina.

—¡Tío Keith, tío Keith! —gritó la niña, que llegaba corriendo por el pasillo, y que se aferró a sus piernas.

El aludido se sintió emocionado por el recibimiento, y acucillándose, abrazó a la pequeña entre sus brazos.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —preguntó.

—No —negó la niña—, ahora lo estoy con el abuelo y con mamá. Se han marchado de viaje y no me han llevado con ellos.

Toda la felicidad que había embargado su pecho minutos antes desapareció al recordar el estado de su padre. Y aún así, compuso una sonrisa en sus labios.

—Recuerda que la escuela aún no acabó. La próxima vez te llevarán.

La niña no pareció muy convencida de sus palabras y cambió de tema.

—¿Te vas a quedar a cenar? —preguntó esperanzada.

Keith dudó, pero la voz de Dakota, que había llegado poco después que la niña, le alentó a hacer lo que la niña le pedía.

—Por supuesto que tu tío se va a quedar, lo he invitado yo misma —expresó, cruzando una mirada con Chase, que parecía desconcertado.

—Es verdad —replicó Keith mientras se incorporaba. En un principio no había pensado quedarse, no quería dejar sola a Savanna en San Antonio, pero tampoco podía negarle eso a la niña.

—Adelle —llamó Dakota a la niña—, ¿me ayudas a poner la mesa?

—¿Puedo enseñarle antes los gatitos al tío? —pidió la niña.

Dakota asintió, mientras era testigo de cómo la pequeña cogía la mano de Keith y tiraba de él hacia la puerta trasera de la cocina. Cuando estuvieron solos, se acercó hasta Chase.

—¿No te importa que Keith se quede? —preguntó preocupada. Sabía que Chase le había cogido ojeriza al descubrir la tormentosa relación existente entre Keith y su hermana.

Chase dejó el cuchillo con el que había estado troceando la verdura y se giró para enfrentar a Dakota.

—No, además, esta es su casa. Creo que a Adelle le vendrá bien.

—¿Sabes que eres un amor? —expresó Dakota mientras elevaba su rostro para clavar su mirada en el masculino.

—Claro que lo sé —replicó Chase con prepotencia, aunque una sonrisa pícaro adornaba sus labios—, me lo dicen todas las mujeres.

Como respuesta a su comentario se ganó un manotazo por parte de Dakota, que se apartó para abrir uno de los armarios bajos, de donde sacó los platos para poner la mesa.

—¿Qué impresión te ha dado Keith?

—Parece querer mucho a Adelle.

—Sí, siempre ha adorado a esa niña. Creo que la malcría.

—¿Qué crees que estará pasando estos días entre él y Savanna? —preguntó Chase con preocupación.

—No lo sé, pero cuando he hablado con ella parecía tranquila. Quién sabe, quizás esta situación sea una buena oportunidad para que hablen y aclaren de una vez por todas sus asuntos —expresó Dakota esperanzada.

—¿Y cuándo aclararemos nosotros “nuestros asuntos”? —expresó Chase directo.

Desde que se habían besado, tras la visita del hermano de Dakota, no habían vuelto a hablar de lo sucedido. Se había creado una camaradería entre ambos desde que le había confesado la verdad de su estancia allí, pero él quería más de ella. Volver a besar sus labios y perderse en su dulzura.

Dakota tuvo que aferrar los cubiertos que transportaba contra su pecho para que no se escaparan de sus dedos antes de llegar a la mesa. Cada noche recordaba el beso que habían compartido, pero Chase no había vuelto a mentarlo y había pensado que solo había sido un momento aislado en el tiempo.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Chase a su espalda, sobresaltándola.

—Es que... —balbuceó confusa.

Chase sonrió al comprobar cómo temblaba. Dakota le gustaba, y mucho, y a pesar de que lo que le había llevado a Darrell Creek nada tenía que ver con el amor, no pensaba ignorar los sentimientos que despertaba aquella joven en su pecho. Se aproximó un poco más a ella y acercó sus labios a su oído antes de hablar.

—Ahora mismo no es buen momento, con Keith aquí, pero mañana, cuando Adelle se acueste, aclararemos esto —afirmó antes de separarse, ya que en aquel momento se volvió a abrir la puerta para dar paso a tío y sobrina.

Capítulo 28

Savanna entró en la habitación y sonrió al descubrir a Allen concentrado en la lectura del periódico. Cuando este se percató de su presencia, elevó su mirada y sonrió animado.

—No te esperaba tan pronto —expresó Allen, mientras doblaba cuidadosamente las hojas grises del diario y lo dejaba sobre la mesilla.

—No tengo mucho que hacer por aquí —confesó Savanna, cogiendo una silla y situándola junto a la cama del paciente—. ¿Qué tal te encuentras hoy? —preguntó, mientras cogía su mano y la acariciaba con cariño.

—Muy bien, aunque esta mañana ya he discutido con ese *medicucho* —refunfuñó, frunciendo la nariz en un gesto que le recordó a Savanna a su hija.

—¿Y se puede saber por qué? —indagó, mientras intentaba ocultar una sonrisa que afloraba a sus labios.

—Le he dicho que me encontraba perfectamente y que quería que me diera el alta. El rancho me necesita —afirmó tajante, a pesar de la mirada reprobatoria que le dedicó su nuera.

—El rancho está perfectamente —afirmó Savanna—, Chase se está encargando de todo.

—¡Oh, por Dios, Savanna! *El chico* pone mucha voluntad, pero no es que sea muy diestro.

—Allen, por favor, deja que tu cuerpo se recupere. Te necesitamos, y no queremos perderte —afirmó Savanna, clavando su mirada en el rostro del anciano con intensidad.

Allen, tras sus palabras, sintió la emoción crecer en su pecho y un picor arraigó en sus ojos. No pensaba llorar, se dijo, los hombres no lo hacían.

—Gracias, cielo —agradeció—. Intentaré ser paciente, pero no puedo evitar sentirme culpable porque Keith y tú tengáis que estar aquí.

—No te preocupes, Allen, San Antonio es precioso.

Una de las espesas cejas del anciano se elevó al escuchar su comentario.

—¿Y cómo te has percatado? No sales del Hospital —le recriminó.

—Me has pillado —replicó Savanna con humor mientras elevaba sus manos sobre su cabeza en señal de rendición—. Pero ya habrá tiempo para eso.

—¿Y Keith? —preguntó Allen, extrañado porque su hijo no hubiera ido con Savanna a visitarlo aquel día.

Savanna apartó la mirada incómoda. No quería decirle a Allen que habían discutido aquella mañana, como cada día desde que estaban allí. Como siempre, por una tontería, y tenía que admitir que la culpa era suya.

—Ahora vendrá, tenía que hacer unas gestiones —mintió, mientras se levantaba de la cama y comenzaba a estirar las sábanas de la cama.

Allen la observaba atentamente. Estaba claro que algo no andaba bien entre su hijo y Savanna, y no era nada nuevo. Llevaban un tiempo así, y su comportamiento esquivo solo lograba corroborar sus sospechas: algo sucedía entre ambos. Suponía que pensaban que era estúpido, pero había sido testigo involuntario de sus gestos y miradas, y a pesar de que ellos mismos pretendieran ocultar el sol con un dedo, se veía a la legua que sentían algo el uno por el otro. Había dejado pasar el asunto, creyendo que no debía meterse en asuntos de dos adultos, pero la marcha de Keith semanas antes, y la pena que asolaba a su nieta, le hizo tomar la decisión. Y antes de arrepentirse, expresó lo que pensaba.

—Savanna, siéntate, tenemos que hablar —ordenó tajante.

La joven le observó confusa, pero siguió sus indicaciones sin rechistar.

—Dime —dijo, mientras colocaba sus manos en su regazo y las mesaba con nerviosismo.

—¿Qué sucede entre tú y Keith?

Savanna se quedó muda por la impresión. Hubiera esperado cualquier cosa de Allen, pero nunca esa pregunta.

—Nada —mintió.

—¿Me tomas por estúpido? —replicó Allen, mientras cruzaba sus brazos sobre su pecho—. Tengo muchos más años que tú, y hasta un niño se daría cuenta de lo que sientes por mi hijo.

Las mejillas de Savanna se colorearon y bajó su mirada esquiva.

«¡Dios mío!, esto no puede estar pasando», se dijo mortificada. «¿Tan transparente soy?», se reprochó, mientras intentaba controlar los alocados latidos de su corazón.

—No tienes que avergonzarte, *mi niña*, el amor es el sentimiento más especial e intenso que existe desde que el mundo es mundo. Los que lo hemos sentido, y nos hemos dejado llevar por él, somos los más afortunados. Yo, por desgracia, perdí a mi Adelle. No pude luchar contra la muerte, ni revelarme.

Hazme un favor, no te niegues esa oportunidad —concluyó mientras se incorporaba con esfuerzo sobre la cama y acariciaba su mejilla con los dedos, demostrándole con aquel gesto que la quería.

Savanna notó cómo su labio inferior temblaba y las lágrimas escapaban libremente de sus ojos, empapando sus mejillas y los dedos de Allen. Sus palabras la habían emocionado. Tenía razón en cada una de ellas, pero el dolor que le había causado Keith aún dolía en su pecho y no sabía si podría superarlo. Dos rechazos por su parte eran demasiado.

—No dejes que el orgullo te ciegue —le dijo Allen, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Allen —dijo elevando su rostro y clavando su mirada en el del anciano, que la observaba con intensidad—, sé que tienes razón, pero este dolor —dijo, mientras golpeaba su pecho con una mano— es demasiado fuerte. Además, es él quien ha negado siempre lo que siente, no me culpes a mí.

—Lo comprendo, Savanna, sé que mi hijo es un estúpido, pero tú tienes más cabeza que él. Y no creas que se va a librar de una de mis charlas —añadió.

Dakota cerró la puerta del dormitorio de Adelle con cuidado, no quería despertarla, solo había ido a comprobar que se encontraba bien. Bajó las escaleras con cuidado y llegó hasta la cocina con la intención prepararse la cena. Aquella tarde apenas había parado; con los ensayos para la actuación de la pequeña y la cena de esta, la suya había quedado relegada al último puesto en su lista de tareas. Se acercó hasta la nevera y se vio sorprendida al encontrar una *post-it* amarillo pegado en la puerta.

Te espero en el granero, no tardes.

Chase.

Dakota sonrió, sin percatarse, y caminó hasta la puerta para salir al exterior. Estaba oscuro, pero la luz que provenía del granero la guió hasta allí. Al traspasar la puerta del edificio descubrió algo que la dejó con la boca abierta. Frente a sí había una pequeña mesa con un mantel, con dos sillas flanqueándola y varios platos dispersos sobre la misma humeaban con succulentos manjares. Varias velas iluminaban el espacio, situadas en sitios

estratégicos. Parecía otro lugar, no un simple granero para animales, y el ambiente era de los más romántico. Su corazón comenzó a bombear sobre su pecho y tuvo que colocar su mano sobre el mismo para poder controlar sus latidos.

—¿Te gusta? —preguntó la voz aterciopelada de Chase a su espalda.

Dakota se tomó unos segundos para recobrar el aliento antes de girarse para enfrentarse a él.

—Sí, pero no entiendo nada —expresó, clavando su mirada en su rostro.

—Tenemos un asunto que concretar, y pensé que una cena estaría bien —dijo Chase, mientras se mesaba la nuca.

Dakota, al descubrir su inseguridad, sonrió.

—Me encanta —expresó con entusiasmo.

Chase se sintió más seguro y sonrió a su vez. Y con un gesto de la mano, la invitó a sentarse antes de situarse frente a ella en la mesa.

—He traído un poco de todo —explicó, mientras señalaba los platos sobre la mesa—, no sabía cuál era tu comida preferida.

—Gracias, sabes cómo tratar a una chica —dijo Dakota mientras colocaba la servilleta sobre sus rodillas—. Pero sigo sin comprender a qué se debe esto.

—Es muy fácil, pretendo conquistarte.

Sus palabras provocaron un cataclismo en Dakota. Nunca ningún hombre se había tomado tantas molestias por su persona. No podía negar que Chase le gustaba mucho, pero había llegado a su vida en un momento crucial para cumplir sus sueños y temía que aceptar lo que parecía ofrecerle destruyera su única oportunidad de probarse a sí misma que era buena en su trabajo. Por no hablar de que Chase tenía su propia vida, donde no sabía si ella tendría cabida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Chase preocupado. Su rostro había perdido parte de su alegría y no sabía el porqué.

—Claro, pero no sé si estoy preparada para comenzar algo que no sé a dónde nos va a llevar —contestó con sinceridad.

Chase entendía las dudas de Dakota, las mismas que llevaban atormentando su cabeza durante días. Pero no pesaba renunciar a los sentimientos que despertaba aquella mujer en su corazón.

—Yo tampoco lo sé, pero lo que sí tengo claro es que quiero conocerte. ¿Nos darás una oportunidad?

—No estoy segura... —expresó Dakota, mientras jugaba con nerviosismo con una punta del mantel.

—Solo te pido que me permitas acercarme a ti lo suficiente para conocerte. No pienso cortar tus alas —añadió, sabiendo que ella temía que su relación se convirtiera en algo parecido a lo que había vivido con su hermano, que siempre había intentado manejar los hilos para que ella hiciera lo que él creía oportuno.

—Aún así... —intentó rebatir Dakota, sintiéndose acorralada.

Chase cortó sus palabras con un gesto de la mano.

—Faltan pocas semanas para tu exposición. Deja que lo que sentimos fluya hasta entonces, y luego tendrás tú la última palabra. Por favor —le rogó, como nunca había hecho con una mujer.

Dakota elevó su mirada, que hasta entonces había estado clavada en el plato frente a sí, y perdiéndose en la intensidad de su mirada, aceptó lo que él proponía.

—Está bien, pero pase lo que pase, no pienso renunciar a mi futuro como artista —le advirtió.

—Ni yo te lo permitiré —replicó Chase seguro—. Y ahora, será mejor que comencemos, no me gustaría que se enfriara la comida.

La cena, a pesar del comienzo tenso, transcurrió en armonía y entre risas. Chase se sintió agradecido al descubrir un poco más sobre Dakota, que en un principio se había mostrado algo reticente. Cuando la conoció, le pareció una mujer dura e irascible, a pesar de su sensibilidad artística, pero al conocer a su hermano, había entendido el motivo.

Dakota, por su parte, se dejó llevar por el ambiente romántico que la rodeaba. Cuando era más joven siempre había soñado con el amor, pero con el paso de los años y la sombra de Sean a su espalda, había renunciado a encontrar un hombre con quien compartir su vida. En Darrell Creek ninguno se había atrevido a acercarse demasiado a ella por culpa de su hermano. Y el que lo había intentado, no había tenido la valentía suficiente para seguir con ella cuando Sean se empeñaba en crear problemas. Él era diferente, pensó, clavando su mirada en su rostro. Lo supo en el momento en que la defendió frente a su hermano, a pesar de que apenas se conocían y que Sean era más grande que él. La atracción entre ambos ya había surgido mucho antes, pero era lo que menos le importaba a Dakota. Lo físico solo era eso, cuestión de

química, pero lo que Chase hacía en su corazón era muy diferente.

Chase, tras dar el último bocado a su postre, sacó su teléfono de su bolsillo, y tras unos segundos, una balada se propagó por el edificio. Ante la mirada sorprendida de Dakota, abandonó su silla y le tendió su mano.

—¿Quieres bailar?

—¡Dios mío, no! —exclamó Dakota con una risa nerviosa—. Se me da fatal —confesó, mientras se cubría el rostro con las manos.

Chase se sintió enternecido por su gesto y con delicadeza alcanzó su muñeca y la obligó a levantarse.

—Tu solo déjate llevar —dijo, mientras la envolvía entre sus brazos—. Tampoco es lo mío, pero estoy dispuesto a hacer el ridículo con tal de sentir tu cuerpo pegado al mío —expresó, antes de tomar su barbilla entre sus dedos para elevar su rostro—. Dios, eres preciosa —la piropeó, antes de que su propio rostro descendiera y así poder atrapar sus labios con los propios.

Capítulo 29

Keith introdujo la moneda en la ranura y seleccionó un café solo y sin azúcar. Mientras esperaba a que su consumición saliera de la máquina, pensó en los últimos días y se sintió frustrado. A pesar de que su padre se estaba recuperando y el doctor Castle le había informado de que al día siguiente, a primera hora de la mañana, le darían el alta, la situación que vivía con Savanna no le dejaba sentirse bien.

En la semana y media que habían convivido en San Antonio no había logrado acercarse a ella, a pesar de sus esfuerzos. Savanna había levantado un muro que le era imposible franquear. Comprendía que estuviera enfadada después de cómo se habían desarrollado los acontecimientos entre ellos en los últimos tiempos y que parecían haber abierto la caja de pandora. Sabía que la culpa era suya. Se había asustado y comportado como un gilipollas, pero estaba desesperado por llegar a ella, no quería perderla una vez más.

El sonido de la máquina, avisándole de que su café estaba hecho, lo sacó de sus oscuros pensamientos y, tras coger el vaso de plástico, encaminó sus pasos hasta la habitación de su padre. Lo encontró sentado en una silla, observando el exterior a través de la ventana. Su mirada parecía nostálgica e imaginaba que se debía a que extrañaba los campos que tanto amaba.

—Papá —lo llamó—, tengo buenas noticias que darte.

Allen se giró y sonrió al ver a su hijo.

—La única buena noticia que podrías darme es que puedo volver a casa.

—Eso mismo iba a decirte. Me ha dicho el médico que mañana te dará el alta, a condición de que cumplas con todas las normas que te ha estado dando los últimos días —añadió, sabiendo que sus palabras no serían bien recibidas por su progenitor.

—¡Bah! —expresó Allen mientras se levantaba con dificultad, ya que sus piernas habían perdido fuerza—. En cuanto llegue al rancho, estaré de maravilla.

Keith frunció el ceño al escuchar sus palabras.

—¿Voy a tener que vigilarte de cerca? —le dijo mientras le ayudaba a tumbarse en la cama.

—Si con eso consigo que vuelvas a casa, no tengo problema alguno — replicó Allen mientras se acomodaba las almohadas.

—Papá, tomé una decisión....

Allen hizo callar a su hijo con un gesto de la mano para que no siguiera hablando.

—Una decisión errónea. Si quieres conseguir a Savanna, no es muy inteligente alejarte de ella.

—Pero... —boqueó Keith, sorprendido ante las palabras de su padre.

—¿Tu también piensas que soy estúpido? —le recriminó Allen molesto.

—¿Yo también? —repitió Keith tontamente, y al percatarse de a qué se refería su padre, la ira creció en su interior—. ¿Has hablado con Savanna? —preguntó incrédulo y avergonzado.

—Por supuesto que lo hice.

—¡No tenías ningún derecho! —expresó Keith enfadado.

—Mira, hijo, voy a ser claro: me importa un bledo lo que pienses. No voy a permitir que sigáis haciéndoos daño el uno al otro, y de rebote a Adelle. Hasta un ciego vería lo que sentís el uno por el otro. ¿Por qué no dejáis de jugar al ratón y al gato?

Keith se sentó en la silla, situada junto a la cama, derrotado. No tenía sentido fingir ante su padre. Se veía impotente ante esa situación que era incapaz de controlar.

—Sí, es verdad, la amo. Pero he metido la pata hasta el fondo, y ella no quiere saber nada de mí. No hay nada que hacer.

—¿Lo has intentado? —cuestionó Allen.

—Una y cien veces desde que estamos aquí, pero no ha habido manera.

—Es una chica cabezota, no te lo voy a negar, pero ¿piensas rendirte?

—Me he quedado sin opciones.

—¿Sabes lo que te diría tu madre en este momento?

Keith elevó su mirada y la clavó en el rostro de su padre con intensidad antes de hablar.

—¿Qué?

—Lo que te decía siempre: persigue tu sueño. Y creo que esa frase también se puede aplicar a las cosas del corazón.

Keith sonrió al escuchar su discurso y sintió que algo en su interior crecía, ¿esperanza?. Iba a replicar a sus palabras cuando Savanna entró en la habitación. Observó a ambos hombres y frunció el ceño. No parecía cómoda.

El primero en reaccionar fue Allen.

—Savanna, tengo una gran noticia: mañana volveremos a casa.

La aludida, que hasta entonces había estado seria, cambió de expresión y con alegría se acercó a la cama y estampó un sonoro beso en la mejilla del anciano.

—Allen, no sabes cuánto me alegro.

—Y yo, mi niña, y yo. Y para celebrarlo, me gustaría que esta noche os la tomarais libre y fuerais a cenar juntos.

—Allen... —empezó Savanna, pero él la cortó antes de que pudiera negarse.

—Me gustaría acompañaros, pero no creo que las enfermeras me dejen salir.

Savanna salió de la ducha y comenzó a secar su pelo con la toalla. Sus movimientos eran bruscos, al igual que la rabia que bullía en su interior. «¿Por qué has tenido que aceptar?», se preguntó a sí misma. «Eres una blanda», continuó. Había intentado negarse a ir a cenar con Keith, pero Allen se había empeñado hasta que le había sido imposible rechazar su idea. Y allí estaba ahora, arreglándose para ir a un restaurante con Keith, el hombre con el que menos le apetecía compartir tiempo en el mundo.

Se vistió con desgana y ni se molestó en maquillarse. Estaba colocándose las sandalias cuando el sonido de unos nudillos en la puerta la sobresaltó.

—¿Estás lista? —preguntó Keith desde el otro lado.

«Por supuesto que no».

—Ahora salgo.

Keith se apartó de la puerta y se sentó en el sofá, que hasta entonces había sido su cama, para esperar. Sacó su móvil del bolsillo y trasteó con él, con la única intención de tranquilizarse. «Solo es una cena», se repitió, aunque sabía que era más que eso, era su oportunidad de hablar con Savanna, de acercarse, y no estaba seguro de que ella le fuera permitir que lo hiciera.

El sonido de la puerta al abrirse le alertó de que había llegado el momento. Se levantó y, cuando la vio, sus pies se quedaron aferrados al suelo. Savanna se había puesto un sencillo vestido verde que le llegaba a la altura de

las rodillas. La tela vaporosa acariciaba su piel y deseó que fueran sus dedos los que rozaran su contorno. Su maravillosa cabellera iba suelta a su espalda, y su rostro, libre de maquillaje, mostraba las pecas en sus mejillas que tanto adoraba. Lo único que estropeaba el conjunto era su ceño fruncido.

—¿Nos vamos? —expresó la voz femenina.

—Por supuesto —replicó Keith inseguro, mientras la invitaba a salir de la habitación.

Savanna se mantuvo en silencio mientras recorrían el amplio corredor. No estaba dispuesta a facilitarle una conversación a Keith. Solo interrumpió su silencio cuando entraron en el ascensor.

—¿A dónde vamos?

—A un restaurante italiano situado junto al río. Está a unas pocas manzanas andando, pero si prefieres, podemos coger un taxi.

—No es necesario —replicó ella escuetamente.

Como Keith había prometido, veinte minutos después estaban frente a un pequeño restaurante frente al río. Como tenían reserva les atendieron con rapidez, y en unos minutos estuvieron sentados en una pequeña mesa en el exterior, en una terraza iluminada tenuemente. El ambiente era de lo más romántico, cosa que solo logró que Savanna frunciera aún más el ceño.

—¿Ya han decidido? —preguntó la camarera mientras recogía las cartas que ambos habían estado ojeando.

El primero en hablar fue Keith.

—Alas confitadas de pato y una ensalada de la casa.

—Yo prefiero un plato de pasta Portofino —expresó Savanna, salivando con solo imaginar dicho manjar.

—¿Y de beber? —preguntó la empleada—. Tenemos una carta de vinos.

—¿Cuál nos aconseja? —replicó Keith con una sonrisa.

—*Un Chateau St. Michelle 2011*, de Columbia Valley.

—Perfecto —aceptó Keith, antes de que la joven se marchase.

—No creas que emborrachándome lograrás lo que pretendes.

Keith se quedó estupefacto ante la afirmación de Savanna.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —preguntó molesto.

Savanna se sintió avergonzada, pero su desconfianza hacia las intenciones de Keith la hacían actuar sin medir sus palabras.

—Solo sé que me has traído a un lugar romántico y has pedido uno de los mejores vinos de la carta. ¿Qué quieres que piense?

—¿Que quiero compartir una cena especial contigo? —replicó Keith.

—No me tomes por estúpida. Te voy a decir una cosa, no pienso volver a acostarme contigo.

Las palabras de Savanna dejaron mudo a Keith. ¿De verdad ella pensaba que solo le importaba su cuerpo?

—Pretendo algo más que eso de ti.

Savanna clavó su mirada en su rostro y pudo ver el dolor en él, y aún así, siguió a la defensiva, dejando salir todo lo que corroía su alma.

—¿Ah, sí? Perdona que lo dude —cuestionó, elevando una de sus cejas. Era la ira la que guiaba sus pensamientos.

—Duda lo que quieras, pero quiero tu corazón, no tu cuerpo.

—Pues lo siento, pero llegas tarde, lo perdiste hace tiempo, cuando renunciaste a mí por tu hermano. ¿Acaso vas a negarlo? —le espetó mientras aferraba la servilleta entre sus dedos.

Keith sabía que tenía razón, que había cometido el mayor error de su vida. Pero no podía cambiar el pasado.

—Sí, es verdad.

—¿Acaso se te ocurrió pensar en mí?

—Joder, Savanna, llevo toda mi vida enamorado de ti. No he dejado a nadie entrar en mi vida; ¿te parece poca penitencia?

—¿Pretendes darme pena? —expresó Savanna mientras se levantaba de la silla y tiraba sobre la misma la tela que había aferrado entre sus dedos hasta entonces—. Pues no, no me la das. Fui yo la que fue rechazada, abandonada.

Y sin añadir más, salió de la pequeña terraza en dirección a la calle.

—¡Maldita sea! —exclamó Keith mientras se mesaba las sienes con los dedos. Varios pares de ojos se clavaron en su persona tras presenciar la escena que habían protagonizado, pero a él poco le importó.

Capítulo 30

—*Abuelita* —dijo Adelle, interpretando a Caperucita mientras se encontraba en el centro del escenario—, *¡qué brazos tan grandes tienes!*

—*Son para abrazarte mejor, querida* —hizo la réplica Rob, en el papel del lobo.

—*Abuelita, ¡qué piernas tan grandes tienes!*

—*Son para correr mejor.*

—*Abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes!*

—*Para verte mejor, mi niña.*

—*Abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!* —expresó Adelle con expresión de horror.

—*¡Son para comerte mejor!* —exclamó Rob, mientras se abalanzaba sobre Adelle.

Minutos después, la obra finalizó y se propagó un coro de aplausos por el salón de actos del colegio de Darrell Creek. Savanna tuvo que sacar un pañuelo para enjuagar las lágrimas de emoción que empapaban sus mejillas. Su pequeña se estaba haciendo mayor sin que ella se hubiera percatado.

—Lo ha hecho genial, mejor que en los ensayos —comentó Dakota a su lado, mientras seguía aplaudiendo.

—Dakota, muchas gracias por estar con ella —agradeció Savanna mientras abandonaban sus asientos.

—¡Oh, Savanna, por favor! —le dijo su amiga quitándole importancia al asunto—, sabes que adoro a Adelle.

—Y ella a ti —replicó Savanna—. ¿Cómo se ha portado estos días? —interrogó mientras llegaban a la calle, donde esperarían a la niña.

—Fantásticamente, me ha ayudado con la casa —dijo Dakota con humor—, hasta he logrado que haga su cama.

Savanna rió ante sus palabras. Adelle era una niña maravillosa, pero respecto al orden era igual que su padre.

—¿Y Chase? —preguntó sin ninguna intención, pero cuando vio que el rostro de su amiga se coloreaba, una alerta se encendió en su cabeza.

—Bien, ya se apaña mejor con los trabajos del rancho —repuso Dakota

escuetamente.

Savanna se cuadró frente a su amiga y estudió más atentamente su expresión.

—¿Qué ocultas? —preguntó directa.

—¡Nada! —replicó Dakota con demasiada efusividad.

—¡Oh, Dios mío! Ese hombre te gusta, ¿verdad?

—Savanna, no digas estupideces —rebatía Dakota, intentando cambiar de postura, incómoda con el escrutinio de su amiga.

—Te conozco bien, no te molestes en negarlo.

—Está bien —se dio por vencida la morena—; sí, me gusta.

—¿Y? —insistió Savanna, con una ceja elevada.

—Y nos hemos besado unas cuantas veces —replicó Dakota queriendo quitar importancia al asunto—, pero eso no significa nada. En un par de semanas tengo que irme.

Savanna iba a replicar a sus palabras, pero se vio interrumpida por la llegada intempestiva de Adelle, que no se había querido quitar la capa roja que la cubría.

—¡Mamá, mamá! ¿Lo he hecho bien? —preguntó, esperando expectante el dictamen.

—Lo has hecho estupendamente bien —dijo Savanna mientras besaba su coronilla y la estrechaba entre sus brazos.

—Yo me asusté mucho, parecía tan real que creí que el lobo te comería —comentó Keith a su espalda.

Adelle dejó el abrazo de su madre y se encaramó a su tío para besar su mejilla. Savanna, al escuchar su voz, tardó unos segundos en componer una expresión neutral en su rostro, aunque le costó bastante. No se habían vuelto a ver desde que Keith los había dejado en el rancho.

—¿De verdad? —preguntó la niña con los ojos abiertos como platos.

—Eres una gran actriz —replicó Keith, sin tan siquiera mirar a Savanna—. ¿Quieres un helado? —ofreció, deseando alejarse de la cercanía de la mujer.

—¿De chocolate? —preguntó la niña esperanzada.

—Por supuesto, pero antes debes pedirle permiso a tu mamá.

La niña se giró, aún en los brazos de su tío, y preguntó con una expresión de súplica.

—Mamá, ¿puedo?

—Sí, pero no tardes, tenemos que regresar al rancho —replicó Savanna. Dakota fue consciente de la tensión que existía entre ambos y solo preguntó cuando estuvieron a solas.

—Savanna, ¿qué ha pasado?

—Nada —mintió, no quería hablar de ello.

—Ni siquiera lo has mirado. ¿Habéis vuelto a discutir? —insistió Dakota preocupada.

—Entre Keith y yo no hay nada más que discutir. Se acabó, o mejor dicho, nunca empezó.

—Eso es una gran mentira, y lo sabes —la riñó Dakota, pero se quedó muda al ver la expresión feroz que su amiga le dedicó.

—No quiero hablar más de eso, y ahora, si me disculpas, tengo que conversar con la señorita Bond sobre Adelle —concluyó, antes de dirigirse al grupo donde se encontraba la profesora.

Chase se dirigió a buscar a Dakota para volver a casa tras la función. La divisó junto a un árbol y se preocupó al verla tan quieta. Al llegar a su altura descubrió su rostro desencajado y su corazón comenzó a latir con rapidez. Aceleró el paso y llegó hasta ella en pocos minutos.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado, mientras aferraba sus brazos.

—Es Savanna —respondió escuetamente.

Sus palabras alarmaron aún más a Chase.

—¿Qué le ha sucedido?

—Ha vuelto a discutir con Keith, o eso creo, está destrozada —confesó Dakota con pesar.

Chase apretó los puños y notó cómo una ira ciega creía en su interior. Estaba cansado de que aquel hombre dañara una y otra vez a su hermana, y sin pensar en lo que hacía, se giró y comenzó a andar en su dirección.

—¡Chase! —exclamó Dakota, que corría tras él—. Espera, ¿qué piensas hacer?

—Lo que debí hacer desde el principio —expresó con voz fría.

—Por favor, no te metas —le rogó Dakota, pero no parecía escucharla.

Keith conversaba con uno de los padres de otro niño, mientras Adelle daba lametazos al helado con deleite.

Dakota, al ser consciente de lo que estaba a punto de suceder, se agachó junto a la niña y le dijo que su mamá la estaba buscando. Keith se percató de lo que hacía Dakota y la expresión desencajada de su rostro y supo que algo

pasaba.

—Bradford, tenemos que hablar —pronunció Chase con voz dura, plantándose frente a Keith.

—¿Sobre qué? —replicó este, tensándose al ver su rostro enfurecido y su postura amenazante.

—Quiero que te apartes de Savanna —expresó Chase directo.

Keith se quedó estupefacto antes sus palabras. «¿Qué bicho le ha picado a este tío?», se preguntó confuso. Por nada del mundo pensaba dejar que un desconocido se inmiscuyera en sus asuntos, y cuadrándose de hombros lo enfrentó.

—Peterson, no te metas donde no te llaman.

—No voy a permitir que le hagas más daño.

—Mira, será mejor que te largues... —comenzó Keith, pero Chase cortó su discurso.

—No pienso ir a ninguna parte.

—Savanna no es asunto tuyo, ¿o sí? —preguntó Keith, notando cómo los celos bullían en su interior.

—Lo es, y no voy a permitir que ni tú ni nadie la haga llorar.

—Mira, Peterson, vete a la mierda. Quiero que mañana mismo estés fuera de mi rancho.

—Ni en sueños, cabrón.

Keith perdió la escasa paciencia con la que contaba y estampó su puño contra el rostro de Chase. No tardó en recibir la respuesta, mientras los gritos y exclamaciones se propagaban a su alrededor.

Dakota corrió hasta Savanna desesperada, que permanecía tras el edificio, hablando con otras madres.

—¡Savanna, corre! —gritó atormentada—, tienes que ayudarme.

La aludida clavó su mirada en el rostro de su amiga y sintió que su corazón se detenía. Pidió a la madre de Rob que se hiciera cargo de Adelle y corrió junto a su amiga, que había comenzado una alocada carrera.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz entrecortada.

—Chase y Keith se están peleando —la informó cuando ya estaban a escasos pasos.

Savanna se quedó impactada al ver la escena. Keith asestaba un duro golpe contra las costillas de Chase, que a pesar de ser menos fuerte, no dudó en devolverlo. No entendía nada, pero sabía que tenía que detener aquella

locura. Sin pensar que podía salir herida en la trifulca, se metió entre ambos hombres, intentando separarlos.

—¡Basta ya, parad! —gritó, hasta que logró que los hombres que los rodeaban la ayudaran.

Keith se deshizo del agarre de Montgomery y se limpió la sangre que manaba de su labio con el dorso de su mano. Le hubiera gustado seguir golpeando a Chase, pero la llegada de Savanna se lo había impedido. La ira que le embargaba se evaporó cuando vio la mirada que le dirigió ella antes de hablar.

—Keith, vete —le exigió ella enfrentándolo.

Le hubiera gustado negarse, pero no quería dar más el espectáculo y, con los hombros hundidos, comenzó a caminar hasta su coche.

—Y tú y yo ya hablaremos cuando llegemos al rancho —expresó Savanna con voz fría, enfrentándose a Chase.

La vuelta al rancho fue de lo más tensa. La única que no era consciente de la situación era la pequeña Adelle, que no dejaba de parlotear sobre lo bien que se lo había pasado en el festival y de que su profesora la había felicitado por su trabajo. Cuando Chase aparcó, Savanna sacó a Adelle de la silla de seguridad y se encaminó a la casa sin tan siquiera dirigirle la palabra.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Chase frustrado.

—Será mejor que le des tiempo.

—Pero...

—No la enfrentes ahora, nunca la había visto tan enfadada. Y no sé si es contra ti o contra Keith. Será mejor que te cure en el granero —añadió mientras descendía del vehículo—, espérame allí.

Chase hizo caso a sus palabras y espero en el lugar indicado hasta que Dakota regresó cargada con el botiquín, que colocó sobre una mesa para hurgar en su interior.

—¡Ah!... —protestó Chase cuando Dakota colocó la gasa en su nariz.

—Te lo tienes merecido —le recriminó la joven con el ceño fruncido—. ¿Cómo has podido cometer semejante estupidez? —le reprochó.

Chase cerró los ojos cuando el desinfectante volvió a tener contacto con su piel. Sabía que Dakota tenía razón, que lo que había hecho era una temeridad, pero el afán de protección que había surgido en su interior para con

Savanna le había cegado.

—Lo sé, y lo siento. ¿Crees que Savanna me echará del rancho? — preguntó con preocupación.

—No lo sé, lo que sí tengo claro es que ha llegado el momento de que le cuentes la verdad.

—No estoy preparado —confesó desanimado.

Dakota dejó la gasa sobre la mesa y, sin poder contenerse, lo abrazó y besó su coronilla en un acto reflejo.

—Sé que tienes miedo —adivinó—, pero aunque lo retrases, nada cambiará. Conozco a Savanna y no te rechazará, si es lo que temes.

—No estoy tan seguro de eso, y más después de lo que acaba de suceder. Parecía querer asesinarme con la mirada.

—Savanna es dulce como la miel, pero cuando se enfada, más te vale estar a varios kilómetros de distancia —comentó Dakota con humor.

Capítulo 31

Keith estaba de un humor de mil demonios. Lo sucedido en el patio del colegio le había supuesto una buena reprimenda por parte de su superior, que le había llamado al día siguiente, después de que el rumor de la pelea que había protagonizado hubiera llegado a sus oídos. Y sus conciudadanos no parecían mucho más contentos por lo sucedido. Y toda la culpa la tenía ese maldito de Chase Peterson, que para colmo de males, aún seguía en el rancho.

El sonido del teléfono lo sacó de sus oscuros pensamientos y al descolgar descubrió que se trataba de la llamada que llevaba esperando toda la mañana.

—¿Perry? —preguntó a su interlocutor.

—*El mismo* —replicó una voz al otro lado de la línea.

—¿Sabes ya algo? —indagó Keith con anticipación.

—*Sí, ese tal Peterson no existe, debe ser una identidad falsa.*

—¿Estás seguro? —preguntó Keith, mientras aferraba fuertemente el auricular entre sus dedos.

—*Sí, pero no ha sido demasiado cuidadoso.*

—¿A qué te refieres? —preguntó Keith curioso.

—*He rastreado su número de teléfono; está a nombre de Chase Malone.*

—¿Chase Malone? —repitió Keith tontamente.

—*Sí, un rico empresario de San Francisco. Te mando todo en un correo electrónico, ¿te parece?*

—Sí, perfecto, Perry, te debo una —expresó Keith antes de cortar la llamada.

«¿Qué demonios significa todo esto?», se preguntó Keith mientras se recostaba contra su silla. Estaba claro que Chase ocultaba algo, y no por nada había mentido sobre su identidad, pero lo que más le inquietaba era que sospechaba que tenía que ver con Savanna. Se devanó los sesos durante varios minutos, sin saber muy bien cómo proceder. No podía ir al rancho y acusarlo de ser un mentiroso delante de Savanna, porque estaba seguro de que ella lo defendería a capa y espada con tal de llevarle la contraria. Entonces, «¿qué puedo hacer?», se preguntó mientras se mesaba la frente con los dedos.

De pronto recordó la complicidad que había descubierto entre Dakota y aquel tipo el día que había cenado en el rancho y decidió en aquel momento cuál sería su siguiente paso. Resuelto, volvió a descolgar el teléfono y tecleó la extensión de su secretaria.

—Rosalyn, quiero que cites a la señorita Dakota Crawford en una hora.

—*¿Con qué motivo?* —preguntó la aludida.

—Dile que han interpuesto una denuncia contra su persona.

—*¡Dios mío! ¿Qué ha hecho Dakota?* —preguntó Rosalyn sorprendida.

—Rosalyn, haz lo que te digo y punto —expresó Keith oscamente, antes de colgar el teléfono.

Dakota aparcó frente a la comisaría. Cuando Rosalyn la había llamado, no había entendido demasiado bien lo que sucedía, pero allí estaba, dispuesta a enfrentarse a Keith, la persona a la que menos le apetecía ver en el mundo.

Cuando entró, Rosalyn tampoco parecía demasiado contenta, lo denotaba su ceño fruncido.

—Buenos días, Rosalyn.

—Hola, Dakota —saludó la aludida mientras levantaba la vista de la pantalla del ordenador frente a sí.

—*¿Qué sucede exactamente?* —preguntó Dakota curiosa.

—No me preguntes a mí —replicó Rosalyn mientras señalaba la puerta del despacho de Keith—, él tiene la culpa. Te está esperando.

Dakota no se molestó en llamar a la puerta, entró directamente y se encontró a Keith sentado tras su escritorio. Sin preámbulos, se situó frente a él y lo interpeló.

—*Sheriff* Bradford, ¿me puede explicar para qué ha requerido mi presencia? —preguntó formalmente.

Keith elevó su mirada, sorprendido, y la clavó en el rostro de Dakota, que parecía más que enfadada.

—*¡Oh, Dakota!* No seas tan formal, y por favor, siéntate.

—Mira, estos días estoy muy liada y me estás haciendo perder el tiempo, ve directo al grano —expresó molesta mientras ocupaba una silla frente a él.

—Como quieras —replicó Keith—. Quiero que me digas que hace Chase Malone en Darrell Creek.

«Mierda», pensó Dakota cerrando la boca, que se había quedado abierta al escuchar sus palabras.

—No te molestes en mentir, sé que tiene que ver con Savanna.

—Escucha, Keith, me gustaría contarte todo, pero no me corresponde a mí.

—Entonces, tendré que ir al rancho —expresó Keith, intentando presionarla, pero la cara de póker que le mostró Dakota le dijo que no iba a conseguir nada.

—Haz lo que quieras, pero te aviso que a Savanna no le gustará que te metas en sus asuntos. Y no creo que te reciba con los brazos abiertos después de lo que le has hecho —le recriminó.

—Tú no entiendes nada —replicó Keith molesto.

Comprendía que Dakota era la mejor amiga de Savanna, pero no le iba a permitir que se metiera en sus asuntos.

Dakota, al escuchar sus palabras, notó cómo la ira creía en su interior.

—Entiendo perfectamente lo que le has hecho a mi amiga: le rompiste el corazón hace años, y no contento con ello, la has rechazado como a un trozo de mierda...

—Dakota, te estás pasando —le recriminó Keith, perdiendo la escasa paciencia con la que contaba.

—Eres igual que mi hermano —le recriminó Dakota con desprecio, antes de abandonar su silla y salir del despacho dando un sonoro portazo.

Dakota se detuvo en las escaleras de la comisaría. Notaba su cuerpo temblar, pero sabía que Keith no tardaría en salir de su despacho y dirigirse hasta el rancho. No tenía tiempo que perder y, con dedos temblorosos, buscó su teléfono en su bolso. Cuando dio con él, no dudó en marcar el número de Chase, que no tardó en descolgar.

—*Cielo, ¿dónde estás?* —preguntó la voz masculina al otro lado.

—Chase, tenemos un problema —expresó Dakota directa.

El aludido se puso en tensión al escuchar sus palabras.

—*¿Qué sucede?*

—Keith ha descubierto tu verdadera identidad.

—*¡Joder!* —exclamó Chase frustrado.

—Será mejor que hables con Savanna ahora mismo, él no tardará en llegar al rancho —le aconsejó con el corazón en la garganta—. Lo siento.

—*No te preocupes, Dakota, no es culpa tuya. Debí hacerlo hace mucho tiempo. Luego hablamos* —expresó, antes de cortar la comunicación.

Chase guardó el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón y suspiró pesadamente. «Ha llegado el momento», se dijo mientras caminaba hasta la casa. Como esperaba, encontró a Savanna en la biblioteca. Parecía concentrada en la lectura de unos folios, y cuando lo vio entrar, frunció el ceño. Aún estaba enfadada con él por lo sucedido el día del festival de Adelle.

—Chase, ¿sucede algo? —preguntó al ver la gravedad que mostraba el rostro masculino.

—¿Podemos hablar? —preguntó él con nerviosismo.

—Por supuesto —replicó Savanna mientras le instaba a sentarse frente a ella.

Pasaron unos minutos, pero Chase sentía un nudo en la garganta que le impedía pronunciar palabra. «¿Cómo empezar?», se preguntó.

—¿Chase? —sonó la voz de Savanna, que parecía alarmada.

—Tengo algo que contarte, y no sé si te va a gustar.

—Me estás poniendo nerviosa —replicó Savanna—, ¿le pasa algo a Allen? —preguntó temerosa.

—No es eso, se trata de mí. Verás, hace poco descubrí que, quienes creía que eran mis padres, no lo eran. Es difícil asumir que uno es adoptado.

Savanna sintió cómo su corazón latía acelerado. Ella también era adoptada, y podía imaginar cómo se sentía Chase, aunque ella había descubierto muy pronto lo que era estar sola. Nunca podría agradecer lo suficiente a sus padres que la hubieran acogido en su casa y le hubieran dado el calor de una familia. Pero no entendía por qué Chase le contaba eso.

—Te entiendo, yo también soy adoptada, pero si tus padres te han dado amor, no debes ahondar en un pasado...

—Sí debo hacerlo, porque ese pasado nos une —replicó Chase, clavando su mirada en el rostro de Savanna con intensidad.

—¿Qué? —boqueó Savanna incrédula—. ¿Chase, a qué te refieres? —preguntó confusa.

—Cuando descubrí que era adoptado, decidí investigar. Mis pesquisas me llevaron hasta la señorita Smith, una asistente social de lo más amable.

—¡Dios mío, no puede ser verdad! —exclamó Savanna mientras se cubría la boca con una mano. Recordaba perfectamente a aquella mujer, que había sido la que le había inculcado su amor por los libros. Pero no podía

digerir lo que las palabras de Chase podían significar.

Chase sintió una emoción especial embargar su pecho y, sin poder contenerse, se acercó hasta Savanna. Se acuclilló a su lado y tomó sus manos mientras fijaba su mirada en su rostro.

—Yo tampoco lo podía creer, pero es verdad, eres mi hermana.

—Pero... —balbuceó Savanna incrédula.

—¿Quieres que empiece desde el principio? —preguntó Chase más sereno.

—Sí —respondió Savanna, estudiando con avidez el rostro de Chase.

Keith aparcó junto a la casa y bajó del vehículo resuelto. Se sorprendió del silencio reinante en el interior, pero sin dudar se encaminó a la biblioteca de Savanna, donde descubrió algo que lo dejó estupefacto.

Chase y Savanna se abrazaban fuertemente mientras las mejillas de ambos estaban húmedas por las lágrimas. La intensidad del momento se expandía por la estancia, y por un momento Keith dudó en entrar.

Chase se sintió agradecido a los cielos cuando Savanna, tras escuchar toda la verdad, se levantó de su asiento y se aferró a su cuerpo fuertemente. Una sensación extraña invadió su cuerpo y dejó fluir las lágrimas que anegaban sus ojos. Suspiró, sintiéndose pleno, pero al levantar su mirada se encontró con Keith, que los observaba desde la puerta. No pudo evitar que su cuerpo se tensara, y Savanna pareció percatarse de ello, porque se apartó de su cercanía y se giró, para descubrir al intruso.

—Keith, ¿qué haces aquí? —preguntó molesta mientras se apartaba de su hermano y se situaba delante de él, en una postura de defensa.

—He venido a hablar con él —expresó con seguridad.

—¿Sobre qué? —interrogó Savanna con voz acerada.

—Savanna, no te metas —le advirtió Keith.

—Keith, habla de una vez —replicó Savanna molesta.

—Quiero saber qué hace aquí, en el rancho, y por qué mintió sobre su identidad —respondió Keith con seguridad.

—Es un asunto que no te incumbe —replicó Savanna, sin amilanarse ante su mirada peligrosa, dirigida a Chase.

—Por Dios, Savanna, este hombre nos ha mentado —explotó.

Savanna se apartó de su hermano y adelantó sus pasos hasta quedar

frente a Keith.

—Escúchame bien, Keith Bradford, no voy a permitir que te metas con este hombre. Lo único que me importa en este momento es que he recuperado una parte muy importante de mi pasado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Keith confuso.

—Chase es mi hermano —confesó Savanna, elevando su barbilla con orgullo.

Las palabras de Savanna dejaron noqueado a Keith, que no podía salir de su asombro.

—Y ahora, si no te importa, tenemos mucho tiempo que recuperar —añadió Savanna, deseando que Keith desapareciera de su vista.

—Claro —replicó el aludido confuso—, voy a ver a mi padre —añadió, antes de abandonar la estancia.

Capítulo 32

Keith había perdido la paciencia tras más de un mes sin ver a Savanna. Le había dado tiempo tras su reencuentro con su hermano, pero ya no aguantaba más. La necesitaba, no lo podía negar, y su vida sin ella y su familia estaba siendo el peor de los infiernos que podía vivir un hombre. Decidido, salió de la comisaría y se encaminó a la biblioteca, con la única intención de abrir su alma ante ella, con la esperanza de que al fin ella lograra perdonarlo.

Al entrar, el silencio reinante lo rodeó, y a pesar de la sensación de incomodidad que siempre le embargaba cuando entraba en aquel edificio, no se amedrentó, ni tan siquiera ante la presencia de la señora Albany. La anciana, que permanecía tras el mostrador de madera noble, estaba concentrada en la lectura de un voluminoso libro, y sus características gafas de metal pendían de su nariz. Cuando se percató de su presencia, lo miró severamente y Keith sintió que se le cortaba el aliento.

—*Sheriff*, ¿qué le trae por aquí? —preguntó directa, como era su costumbre.

Keith tragó saliva antes de responder.

—Vengo a buscar a Savanna, tengo que hablar con ella.

La señora Albany lo miró por encima de los cristales de sus gafas y le escudriñó atentamente antes de responder.

—Ya era hora, muchacho, llevas años haciendo el tonto. Esa chica no te esperará eternamente —le reprochó.

Keith se quedó sorprendido ante su afirmación. Y aunque hubiera querido, fue incapaz de contestar a sus palabras.

—Está en la sala del fondo, con el club de lectura —añadió la anciana indicándole el lugar, antes de volver su atención a las páginas que ocupaban anteriormente su atención.

Keith se obligó a moverse, a pesar del impacto recibido al descubrir que hasta la señora Albany se había percatado de sus sentimientos hacia Savanna, que parecían un secreto a voces en Darrell Creek.

Al llegar a la sala en cuestión, se encontró con un grupo de mujeres que en aquel momento reían alegremente. Lorraine, la mujer de Logan, el dueño del supermercado, fue la primera en reparar en su presencia, y una a una todas

ellas clavaron sus miradas en su persona, haciéndole sentir incómodo. Savanna, que hasta entonces había estado ocupada entregando los libros para comenzar la nueva lectura, se giró al percatarse del silencio reinante, y cuando lo visualizó, se quedó estática en el lugar.

—Keith —balbuceó, sorprendida por su presencia—. ¿Qué haces aquí? —preguntó confusa—. ¿Tu padre está bien? —indagó preocupada.

El aludido se acercó hasta ella y, a pesar de la desazón que le provocaba el público a su alrededor, no dudó en contestar a su pregunta.

—Mi padre está perfectamente, no es eso lo que me ha traído hasta aquí.

—¿Entonces? —inquirió Savanna.

—Estoy cansado de jugar al ratón y al gato.

—No entiendo —expresó Savanna, con el corazón golpeando contra su pecho.

—¡Oh, claro que lo haces! —dijo Keith, acortando la distancia que los separaba—. *Chica del cabello flameante*, te quise, te quiero y te querré toda la vida. ¿Por qué no dejamos de malgastar el tiempo? —preguntó, antes de coger su cintura entre sus manos y acercar su rostro al de ella.

Savanna, al escuchar su confesión directa, se olvidó de lo que los rodeaba. Había sido una cobarde, lo sabía, pero había llegado el momento de aceptar lo que sentía y lo que deseaba. Y a su pesar, se apartó de su cercanía y se negó.

—No estoy preparada.

Keith estaba empezando a perder la paciencia que había jurado tener. La mirada huidiza de Savanna decía una cosa, y sus labios otra, y por nada del mundo pensaba dejar que se escondiera tras los muros que había construido entre ambos.

—Llevo semanas esperando, dándote tu espacio, pero ya no puedo más. Sí, estás preparada —dijo mientras volvía a acercarse—, solo tengo que besarte para demostrártelo.

Savanna apretó la mandíbula antes de replicar a su parlamento con voz huraña.

—¡Eres un prepotente! ¿Quién te crees que eres? Tus besos tampoco son para tanto.

—¿Quieres que te demuestre lo que puedo lograr con uno de ellos? —replicó Keith con voz juguetona, mientras una sonrisa lobuna adornaba sus labios.

Un rumor de voces y risas se propagó por la sala. Fue entonces cuando ambos se dieron cuenta de que no estaban solos. Savanna se sintió mortificada y ocultó su rostro entre sus manos, deseando que la tierra se la tragase. Keith, por su parte, y a pesar de que notó que el calor llegaba a sus mejillas, no dudó en coger la muñeca de Savanna y obligarla a andar.

—Lo siento, señoras, pero Savanna y yo tenemos algo pendiente. ¿No les importa que se la robe? —preguntó, aunque no pensaba detener sus pasos hasta llegar a su casa, donde tendrían la intimidad que necesitaban.

—Por supuesto que no, *Sheriff* Bradford, es toda suya —respondió un coro de voces, mientras otras suspiraban sonoramente ante lo que acababan de presenciar.

La señora Albany, al verlos pasar, no pudo evitar sonreír, aunque con el gesto su piel se tensó por falta de costumbre.

Savanna le había seguido sin rechistar, aún impactada por lo sucedido en la biblioteca. Keith tiraba de su brazo y ella se dejaba llevar, a pesar del temor que le provocaba lo que iba a suceder cuando llegaran a su destino. En pocos minutos estuvieron frente a la casa de Keith, que comenzó a forcejar con la llave y la cerradura hasta que logró abrirla. Y sin miramientos, obligó a Savanna a entrar en el interior.

Savanna se sintió extraña en aquella casa. Solo había estado allí en dos ocasiones, y había sido acompañada por Andrew y su suegro. Era una vivienda pequeña y con cargado acento masculino, pero estaba ordenada, trasluciendo el carácter de su propietario. No pudo contener la curiosidad y se acercó hasta la chimenea, donde descubrió media decena de marcos con instantáneas de la familia. Se sorprendió al descubrir una de ellas, realizada el día que pasaron en el lago.

—Es mi foto favorita —sonó la voz de Keith a su espalda, sobresaltándola.

—No lo esperaba —comentó Savanna con sinceridad.

Keith sonrió dulcemente al denotar en su voz la sorpresa. Cogió su cintura y la guió hasta el sillón, donde la hizo sentarse.

Durante unos minutos permanecieron en silencio. Keith no sabía cómo enfrentar la conversación que tenía por delante, pero no había montado un espectáculo en la biblioteca para nada. Clavó su mirada en el rostro de la mujer, que parecía incómoda, y comenzó a hablar.

—Savanna —comenzó con temor—, debo confesarte algo.

—Dime —le instó ella.

—Mi corazón siempre te ha pertenecido, y todos estos años han sido un infierno para mí. He sido un estúpido al intentar negarlo, negármelo a mí mismo, pero no pienso seguir así, haciéndonos daño. Siempre te he querido.

Savanna sintió que su cuerpo vibraba al escuchar sus palabras. Ni en sus mayores fantasías había imaginado a Keith declarándole su amor a corazón abierto, pero allí estaban, en su casa, y él la miraba con una intensidad que apabullaba.

—¿Siempre? —preguntó confusa. No sabía a qué se refería con «siempre», y era importante para ella.

—Desde el mismo día en el que te conocí —indicó Keith con nostalgia — y acabé con restos de comida hasta las orejas. Y desde entonces no he dejado de hacerlo. Mil veces he luchado contra esos sentimientos, pero de nada ha servido.

Sus palabras le sonaban a Savanna como música celestial, pero algo no cuadraba con la realidad que ella había vivido.

—¿Y por qué me rechazaste aquel día del cuatro de Julio? —le reclamó dolida.

—Porque entonces ya sabía que Andrew te amaba, y no podía traicionar a mi hermano. Compréndelo —le rogó, mientras cogía sus manos entre las propias y se las besaba.

Savanna quería hacerlo, pero un dolor intenso atravesaba su corazón. No sabía si enfadarse con Keith o con Andrew por haber decidido su destino, pero se sentía como una marioneta en manos de los hermanos.

—Por favor, danos una oportunidad, aún tenemos una vida por delante —insistió Keith, temiendo perderla.

Savanna se abandonó a la marea de sus ojos verdes y quiso creer que lo que él decía era el comienzo de un futuro. De nada servían los «Y si hubiera...». La vida le estaba enseñando que no valía la pena pensar en el futuro, cuando tenían el presente por delante.

—Keith, yo también te amo, creo que nunca dejé de hacerlo —expresó con una trémula sonrisa.

Keith sintió cómo su corazón se aceleraba y no pudo resistir tomarla entre sus brazos y besarla con toda la pasión que había retenido durante años. La temperatura se elevó varios grados en sus cuerpos y acabaron tumbados en

el sofá, mientras sus manos descubrían el cuerpo del contrario a través de la ropa.

—Savanna —susurró dulcemente Keith en su oído—, necesito hacerte el amor o voy a explotar —confesó Keith, mientras sus manos llegaban a su piel por debajo de su vestido.

Savanna sentía que ardía con cada una de sus caricias, y cuando notó el tacto de sus manos, creyó morir de placer. Al escuchar sus palabras, no pudo evitar reír, logrando que él se apartara confuso.

—¿Qué sucede? —preguntó Keith inseguro.

—Que me gustaría que esta vez fuera en una cama —confesó, recordando su encuentro en el cuarto de la colaba.

—Tus deseos son órdenes para mí —expresó Keith mientras se levantaba y la cogía entre sus brazos para llevarla hasta el dormitorio.

Savanna sintió vértigo mientras él la portaba en sus brazos por el pasillo hasta llegar a una habitación donde descubrió una cama desecha. Aquello la sorprendió, ya que Keith era demasiado ordenado.

—¿Sábanas revueltas? —preguntó con humor mientras Keith besaba el arco de su cuello y la dejaba sobre el colchón.

Keith, al escuchar sus palabras, se sintió confuso, para finalmente sonreír.

—Te confesaré que mi cama lleva días así, y ni me había percatado. Mi vida se ha convertido en un verdadero desastre desde que me fui del rancho. Si no estoy junto a ti, pierdo el rumbo, eres mi brújula, sin ti estoy desorientado —confesó, mientras comenzaba a bajar la cremallera lateral del vestido de Savanna.

Savanna sonrió al escuchar sus palabras, que eran música para sus oídos, mientras sus manos desabotonaban diestramente su camisa. Se sintió recompensada cuando al fin tuvo acceso a la piel de su pecho. Keith estaba sobre su cuerpo, distraído en bajar sus tirantes para poder llegar a sus pechos, confinados en el sujetador. Pero Savanna estaba tan deseosa que, con un fuerte empujón, tumbó a Keith boca arriba, sorprendiéndolo, y se situó sobre sus caderas ágilmente para tener mejor acceso a sus pantalones, donde comenzó a luchar con su cinturón.

Una sonrisa enorme se dibujó en el rostro de Keith. No había esperado la reacción salvaje de Savanna y no podía negar que le encantaba, pero él también quería desnudar por completo su cuerpo.

—Espera —le dijo mientras atrapaba su rostro entre sus manos y clavaba su mirada en los ojos ambarinos de Savanna, consumidos por la pasión—, creo que lo mejor es que nos desnudemos por separado —propuso.

Savanna asintió y se apartó para deshacerse de la ropa que aún envolvía su cuerpo, sin apartar la mirada del de Keith, que hacía lo propio. Se quedó sin aliento al ver su cuerpo en toda su plenitud, sin una pizca de tela que lo cubriera. Era el mismo que había palpado y disfrutado pocas semanas antes, pero en aquella ocasión, apenas había podido disfrutar de su visión sin ropa.

—Eres espectacular —verbalizó sin percatarse, y se cubrió los labios con los dedos al descubrir la sonrisa prepotente de Keith.

—Gracias —replicó él con humor—, no es la primera vez que me lo dicen...

—¡Oh, cállate! —dijo Savanna, tirándole el sujetador blanco a la cara.

Keith rio con deleite y, en dos zancadas, estuvo a su lado para envolverla entre sus brazos, para no dejarla escapar de su vida nunca más.

—Savanna, no tienes por qué temer —expresó con voz cargada de emoción—. Siempre has sido la única mujer en mi vida. Y ahora preferiría hacer otra cosa muy distinta a hablar —concluyó, mientras se apoderaba de sus labios y la hacía caer nuevamente sobre el colchón.

Capítulo 33

Adelle llegó trotando hasta el porche, donde Allen permanecía sentado cómodamente en el balancín. La niña se sentó junto a él y se apoyó sobre su cuerpo mimosamente.

—¿Cuándo van a llegar los abuelos? —preguntó por sexta vez en la mañana.

—*Cielo*, ha llamado tu madre, el vuelo se ha retrasado —explicó Allen, aunque estaba seguro de que su nieta no lo comprendería.

—¿Entonces? —preguntó la niña, elevando su mirada y clavándola en el rostro de su abuelo.

—Entonces no llegarán hasta después de la comida.

—¿Por qué los abuelitos se fueron tan lejos? —preguntó molesta.

Allen sonrió al escuchar sus palabras. Greta y Morgan se habían ido a vivir a Florida cuando se habían jubilado, pocos años antes, tras vender la granja por un buen precio. Savanna se había apenado mucho en su momento, pero comprendía que sus padres se merecían cumplir el sueño de vivir junto al mar.

—Porque a tu abuelo le gusta mucho pescar —respondió Allen con humor.

—Pues a mí no me gusta el pescado —replicó la niña frunciendo el ceño.

—Pues si no lo comes, no te harás grande —le reprochó Chase, que llegaba en aquel momento cogido de la mano de una mujer, que observó a la niña con atención.

—¡Tío Chase, has vuelto! —exclamó la pequeña, saltando de la mecedora para aferrarse a su pierna—. ¿Quién eres? —preguntó, clavando su mirada en Evolet.

—Soy la mamá de tu tío —explicó la mujer mientras se agachaba para que su rostro quedara a la altura de la pequeña—, y tú debes de ser Adelle.

La niña asintió, antes de expresar sus dudas.

—Entonces, ¿eres mi abuelita? —preguntó confusa.

Evolet sintió una emoción en el pecho al escuchar las palabras de la niña.

—Si quieres llamarme así, estaré encantada —replicó.

—¿Cómo te llamas? —indagó la pequeña.

—Evolet.

—Abuelita Evolet, me gusta —expresó, elevando la mirada hasta el rostro de su abuelo, que había abandonado su asiento y se había situado a su espalda.

—Encantado, señora Malone, yo soy Allen Bradford —expresó Allen educadamente, tendiéndole su mano cuando la mujer se incorporó.

—Encantada —replicó Evolet con una sonrisa.

—Allen —habló Chase—, ¿te importaría enseñarle su dormitorio a mi madre? —solicitó, deseando ir en busca de Dakota.

—Por supuesto —replicó Allen con una sonrisa pícaro en los labios y, como si hubiera intuido sus pensamientos, habló—. Está junto al cerco de los caballos.

Chase sonrió agradecido antes de caminar con paso firme hasta el lugar indicado. Como esperaba, Dakota estaba sentada en una silla, con un gran cuaderno sobre sus rodillas, mientras sus manos se movían diestramente sobre el papel. En una mano tenía el carboncillo, mientras con los dedos de la otra difuminaba los trazos.

Se acercó lentamente y, cuando estuvo a su lado, tapó sus ojos con sus manos y esperó su reacción.

—¡Chase! —exclamó Dakota tirando el cuaderno al suelo, antes de incorporarse para tirarse en sus brazos.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó el hombre, clavando su mirada en el rostro femenino con adoración.

—Tu tacto es único —replicó Dakota antes de besar sus labios.

Durante minutos se besaron, como si hiciera un siglo que no se veían, aunque apenas habían pasado unos días. Solo cuando estuvieron parcialmente saciados, se separaron para poder hablar.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Chase, en alusión al cuaderno olvidado sobre la hierba.

—Este es el último —respondió Dakota—. Me ha llamado Amanda, el lunes tengo que estar en Dallas —informó con cierta pena.

Chase se quedó serio como no lo había visto nunca. Y la sorprendió cuando la cogió de la mano y tiró de ella hacia la casa.

—Ven, hay alguien que está deseando conocerte.

—Espera, ahora voy —le dijo apartándose—, tengo que recoger mis cosas.

Chase dudó, pero finalmente asintió y se encaminó a la casa.

Dakota recogió el cuaderno y lo cerró y luego guardó los carboncillos en un pequeño estuche de metal que metió en el bolsillo trasero de sus pantalones. A pesar de la alegría del momento, algo en su interior no la dejaba ser completamente feliz. La marcha de Chase unos días antes, cuando él había ido a recoger a su madre, le había demostrado cuánto lo había extrañado. Amaba a Chase, era algo innegable, pero sus respectivas vidas, él con sus negocios en San Francisco y ella con su eminente marcha a Dallas, presagiaban un futuro incierto para lo que había nacido entre ambos, y eso la asustaba. Temía acabar con el corazón destrozado después de haber descubierto lo que era el amor.

El día había llegado, y Savanna estaba más nerviosa que nunca en su vida. Estaba a punto de unirse al hombre que había amado media vida, y eso le provocaba una sensación de vértigo. Mientras se vestía, no dejaba de pensar que algo malo iba a suceder y estropear su sueño: unir su destino al de Keith.

Con manos temblorosas se deshizo del camisón y cogió el vestido azul índigo que reposaba sobre la cama. Cuando había elegido el diseño, Dakota se había quedado anonadada, y le había reprochado que no eligiera un modelo de novia, pero ella le había dicho que quería una boda completamente diferente a la que la había unido a Andrew. Iba a ser una ceremonia sencilla, donde solo acudirían los más allegados. Keith y ella habían decidido que se celebrara en el rancho y que fuera oficiada por el alcalde de Darrell Creek, que estuvo encantado.

Cerró la cremallera, situada en un costado, y observó el reflejo que le devolvió el espejo. Su cabello caía libremente sobre su espalda y apenas había maquillado su rostro, pero se veía más hermosa que nunca. Supuso que se debía a la luminosidad que le daba el amor que siempre había llevado en su corazón y que ahora era libre para ser expresado.

Unos sonidos en la puerta la alertaron de la llegada de alguien, y se dirigió hacia allí para abrirla. Cuál no fue su sorpresa al encontrarse con Suzanne Smith.

—¿Usted? —preguntó confusa, mientras instaba a la mujer a entrar.

—¿Te he sorprendido? —preguntó Suzanne con una sonrisa.

—La verdad es que sí, no la esperaba.

—Yo tampoco esperé nunca acudir a la boda de una de *mis niñas*, pero tú siempre fuiste especial para mí. Cuando Chase me avisó, no pude evitar la tentación de venir.

Savanna se sintió agradecida por sus palabras y no dudó en abrazar estrechamente a la mujer. Era una persona especial, y siempre ocuparía un lugar también especial en su corazón, porque gracias a ella había nacido aquel férreo amor a las letras que había regido su vida.

—Y usted para mí. Siento todo este tiempo que he estado sin escribirla... —intentó excusarse, pero Suzanne la silenció, colocando un dedo sobre sus labios.

—No te preocupes, cielo, Chase me ha contado todo lo que ha acontecido en tu vida en los últimos tiempos. No debió ser fácil, pero siempre supe que eras fuerte. Y a pesar de que el amor te decepcionó en muchas ocasiones, has sabido encontrar el camino del corazón. Y como dijo el Principito: «Es una locura odiar a todas las rosas porque una te pinchó. Renunciar a todos tus sueños porque uno no se realizó» —concluyó con una sonrisa.

Savanna sonrió al escuchar sus palabras, y de nuevo, aquel libro para niños que la había acompañado toda la vida, le daba una nueva lección que aprender. Con una sonrisa en los labios, cogió la cintura de la mujer y la instó a andar para salir del dormitorio y llegar al salón. No quería hacer esperar más de lo necesario a Keith, a quien ya imaginaba hecho un manojo de nervios.

Keith aflojó el nudo de su corbata con un dedo mientras intentaba que el aire alcanzara sus pulmones. Todos estaban ya situados en sus asientos, y su primo estaba situado a su lado, en su papel de padrino.

—Tranquilo —le susurró Callum, sintiendo cierta diversión al ver el estado de Keith—, no creo que sea una novia a la fuga.

—Muy gracioso —replicó el aludido, molesto, mientras colocaba por sexta vez las mangas de su traje.

—¡Mira! —exclamó Callum haciendo un gesto con su rostro en dirección a la escalera, por donde bajaba en aquel momento Savanna—, parece que has tenido suerte, ahí está la novia.

Keith ignoró sus palabras, ahora toda su atención era para Savanna. Estaba más hermosa que nunca, y su corazón dejó de latir por un instante. Solo recuperó su bombeo cuando ella llegó junto a él y sus manos se unieron, diciéndose todo con sus miradas, que no rompieron el contacto visual hasta que la ceremonia concluyó tras el “Sí, quiero” pronunciado por ambos.

Luego, los vítores de los asistentes se propagaron por el pequeño salón del rancho familiar. Allen tuvo que enjuagarse las lágrimas con el pañuelo que le proporcionó la señorita Smith, con la que había congeniado, y no rechazó su gesto cuando esta cogió su mano y la apretó con emoción.

—Hacen una pareja estupenda —expresó la mujer con alegría.

—Sí, tiene usted toda la razón —replicó, mientras clavaba con intensidad la mirada en su hijo, que por primera vez en mucho tiempo parecía feliz.

Keith buscó con la mirada a Savanna, pero había desaparecido. Tras saludar a algunas de sus amistades y abrazar a Mara, que acababa de llegar, se dirigió al exterior. Mientras caminaba, no dudó en deshacerse de la chaqueta, que dejó tirada sobre la barandilla del porche, y luego luchó con la corbata, hasta liberar su yugular. Tras vagabundear por el rancho, la localizó junto al cercado de los caballos, donde había una magnífica vista de las montañas. El corazón le dio un vuelco al recordar aquel día del cuatro de Julio, porque estaba en la misma postura. En aquel entonces la perdió, renunció al amor que sentía por aquella mujer, pero ahora todo era diferente, Savanna era suya y nunca jamás la dejaría escapar.

Se acercó hasta ella y pegó su pecho a su espalda, antes de abrazarla fuertemente. Ella se sobresaltó, pero al ver que se trataba de él, cogió sus manos entre sus dedos y apoyó su cabeza en su hombro.

—Gracias, Savanna —expresó Keith con emoción.

La aludida giró levemente su cabeza y clavó su mirada en su rostro con amor.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

—Por darme una nueva oportunidad, a pesar de lo estúpido que he sido.

Savanna se removió entre sus brazos y logró colocarse frente a él, antes de enlazar sus manos en su nuca. Amaba a ese hombre, y a pesar de que no se

arrepentía de su pasado, daba gracias a los cielos por darle esa oportunidad para ser feliz con el hombre que había robado su corazón un día cualquiera, mientras derramaba unas bandejas de comida sobre su persona.

—Te amo, Keith Bradford; no se puede luchar contra el destino, y el nuestro era estar juntos.

Keith sonrió ante sus palabras y, sin poder contenerse, atrapó sus labios entre los propios en un beso especial. Ahora sabía que no podría seguir viviendo sin ella. Con reticencia, se apartó, para expresar sus propios sentimientos.

—Yo también te amo, *chica del cabello flameante*, y mi vida no ha tenido ningún sentido hasta que he podido amarte libremente. Estoy deseando que todo esto acabe para poder demostrártelo.

Savanna sonrió y elevó una de sus cejas antes de expresar juguetonamente sus pensamientos.

—¿En el cuarto de la colada?

Keith, al escuchar su pregunta, no pudo evitar reír.

—Preferiría que fuera en una cama —expresó.

Savanna frunció ligeramente el ceño al escuchar sus palabras.

—¡Oh, vaya, *Sheriff* Bradford!, y yo que pensaba que era más aventurero. Me encantó cómo me *empotró* contra la lavadora.

Savanna disfrutó al descubrir su sonrisa lobuna y de la pasión que desprendían sus ojos mientras cogía su cintura y la elevaba, para que sus bocas quedaran a la misma altura, antes de susurrar contra sus labios.

—Sus deseos son órdenes, señora Bradford. ¿Qué le parece una comisaría vacía?, puedo *empotrarla* contra el escritorio... —comentó Keith con humor.

Epílogo

Dakota se había puesto un elegante vestido gris de gasa que realzaba sus curvas y había recogido su cabello oscuro en un moño alto que dejaba al descubierto su estilizado cuello, que había adornado con una fina cadena de plata que sostenía un colgante de color turquesa. Completó el conjunto con un maquillaje tenue.

Cuando alguien llamó a la puerta, supo que se trataba de Amanda, con la que se había reencontrado el día anterior y le había prometido ir a buscarla al hotel. Bajaron en el ascensor entre risas y charlas.

El taxi las dejó en el distrito de arte de Dallas, a escasos pasos de la galería donde se celebraría la exposición. En aquel barrio céntrico se encontraban agrupados los atractivos culturales de la ciudad y Dakota se sintió como en otro mundo.

—¿Estás bien? —preguntó Amanda, preocupada por el silencio de Dakota.

—Sí, sí —balbuceó la aludida, impresionada ante la entrada acristalada de la galería donde colgaba un cartel enorme con su nombre.

Amanda sabía que mentía, y rodeó su cintura para abrazarla, intentando infundirle ánimos.

—Todo va a salir bien —le prometió, mientras la obligaba a moverse.

—No estoy tan segura, pero ya no hay marcha atrás, ¿verdad? —preguntó, aunque sabía de sobra la respuesta.

Una hora después se sentía más relajada, ya había sido presentada y solo tenía que vagar por la sala para hablar con quien así lo requiriera. Incluso le habían hecho una pequeña entrevista para el periódico. Con la intención de relajarse, se acercó a una de las mesas donde se disponía un pequeño refrigerio y cogió una copa de Champagne, que nunca había probado.

—Dakota —la sobresaltó la voz de Amanda—, tengo que presentarte a alguien que está muy interesado en tu obra —le anunció.

Dakota se tomó unos segundos para recomponerse antes de girarse, pero al hacerlo se quedó sin aliento y tuvo que aferrar fuertemente el cristal entre sus dedos para que la copa no acabara estrellada contra el suelo.

—Te presento a Chase Malone, dueño de una importante galería de arte

en San Francisco.

Dakota se quedó sin aliento mientras estudiaba el rostro sonriente de Chase, que parecía divertido con la situación.

—¡Dakota! —la volvió a llamar Amanda, frunciendo el ceño ante su extraño comportamiento.

—Sí, discúlpame —intentó excusarse ante su amiga, mientras alargaba su mano para saludar a Chase, que besó su mano.

—Encantado de conocerla, señorita Crawford —expresó Chase, fingiendo que no se conocían.

Amanda pareció más contenta al ver que su amiga se comportaba como era debido. Expresó una excusa y los dejó solos para que pudieran hablar sobre una futura exposición en San Francisco.

—Chase, ¿qué haces aquí? —preguntó Dakota sorprendida, con el corazón latiendo alocadamente en su pecho.

—¿Acaso pensaste que lo nuestro sería un amor de verano? —replicó Chase, mientras enlazaba su cintura y la instaba a salir a la terraza de la galería, en busca de intimidad.

—Yo pensé... —balbuceó Dakota.

—Te amo, Dakota, y ni mil kilómetros de distancia me apartarán de ti —indicó Chase mientras la abrazaba, dispuesto a atrapar sus labios.

Dakota pensó que todo era un sueño, pero cuando los labios masculinos se unieron a los suyos con pasión, supo que lo que estaba sucediendo era real. El beso en un principio fue dulce como la miel, pero con el paso de los minutos, hizo que su cuerpo vibrara con anhelo. Con esfuerzo, logró separar al hombre de su cuerpo y al fin pudo expresar lo que su corazón le dictaba.

—Yo también te amo —confesó con voz trémula.

Chase se sintió dichoso al escuchar sus palabras. Cuando había planeado ir a Dallas para acudir la exposición de Dakota, las dudas le habían asaltado, temiendo que ella lo rechazara, pero ahora, al ver sus ojos iluminados, supo que lo que sentía por aquella mujer era un sentimiento mutuo. El principio de algo que esperaba durara toda una vida.

FIN

Agradecimientos

Creo que esta es la parte más difícil de todo libro. Son muchas las personas que durante el proceso de creación de una historia te brindan su ánimo, apoyo, cariño y amistad.

En primer lugar a ti, lector, por confiar en mí y en mis musas, que son las responsables de crear vidas ajenas en mi cabeza. Nunca me cansaré de agradecer vuestro tiempo y emociones.

Y especialmente a varias personas:

En primer lugar a mi marido y mi hijo, al los que he robado tiempo de estar con ellos para poder escribir esta y otras historias.

Luego a unas amigas muy queridas, que me han regalado su tiempo para leer esta novela y darme su opinión como lectoras:

Sara Victoria Roldán, mi mejor amiga desde que tengo uso de razón, te quiero mucho, brujita.

Raquel Campos, con la que comparto el amor por escribir y que siempre esta dispuesta a darme su opinión sobre mis locas historias.

Teresa Hernández, siempre dispuesta a ayudarme, echandome la mano sin dudar.

A Dana Robert, por su corrección infatigable de esta novela para que quedara perfecta.

Mil gracias a tod@s!!!!

Mar Fernández Martínez

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.

Puedes encontrarme en:

ABCEV

<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>

Otras obras de la autora

CONTEMPORANEA

Nunca te olvidé.

Atardecer contigo.

Viaje a los sentimientos.

Construyendo un amor.

Bilogía “Los chicos Bradford”:

**Atrapado en tu recuerdo.*

**Savanna, tentadora obsesión.*

HISTÓRICA

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor (I).

Perdida en tus brazos (II).

COLECCIÓN TIERRAS LEJANAS

Cruce de caminos.

El viaje de su vida.

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

El Halcón del Támesis.

(III parte Saga Despertar)

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.